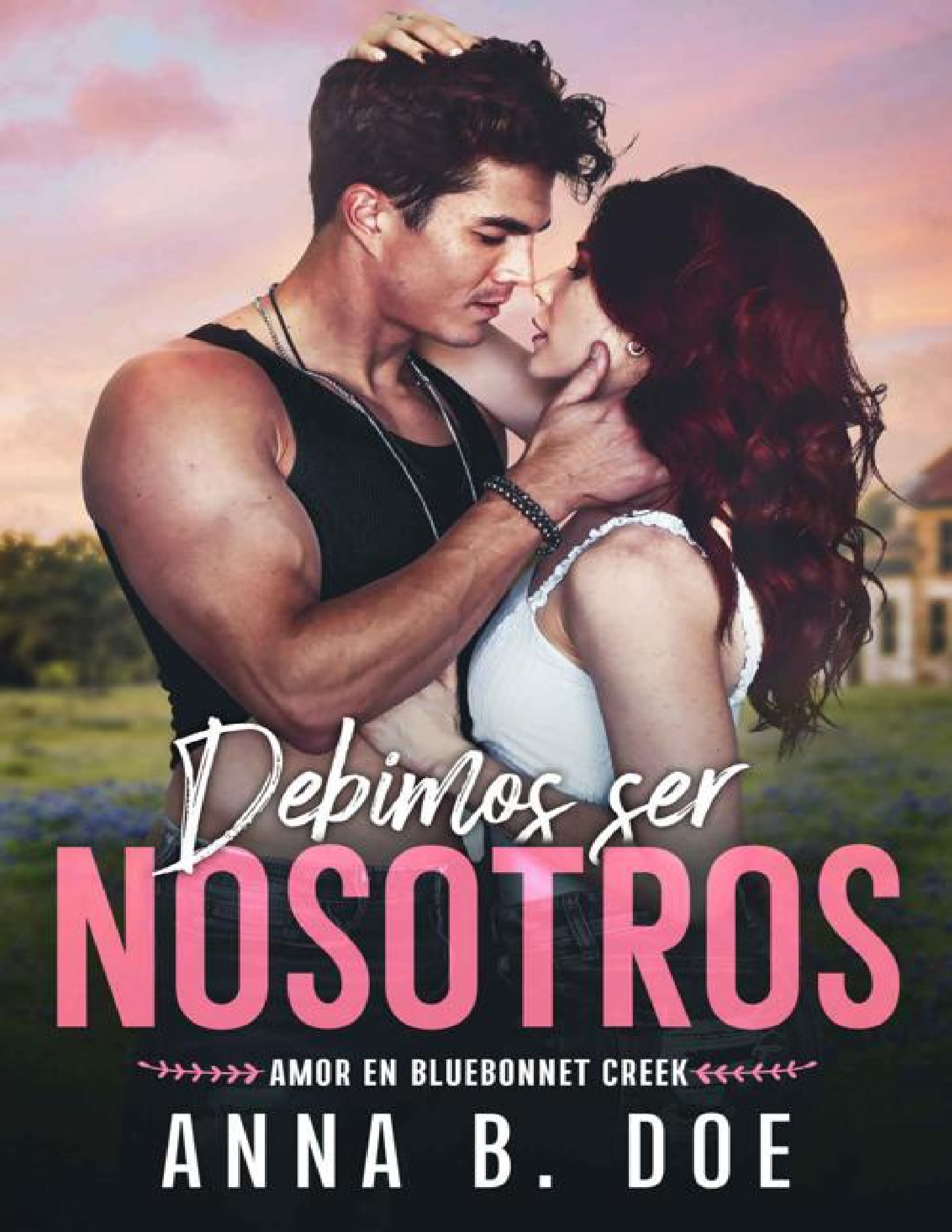

Debimos ser
NOSOTROS
AMOR EN BLUEBONNET CREEK
ANNA B. DOE

DEBIMOS SER NOSOTROS

AMOR EN BLUEBONNET CREEK

ANNA B. DOE

Copyright © 2023 por Anna B. Doe
Todos los derechos reservados.

Deberíamos haber sido nosotros por Anna B. Doe
Editorial: Wild Heart Publishing d.o.o.
Lukarišće, Croacia, 2023
Impresión bajo demanda

Traducción: Daisy Services for Authors
Diseño de portada: Qamber Designs
Fotografía: Wander Aguiar Photography

Sin limitar en modo alguno los derechos exclusivos del autor en virtud de los derechos de autor, queda expresamente prohibido cualquier uso de esta publicación para —entrenar— tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa para generar texto. El autor se reserva todos los derechos de licencia de uso de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.
Esta es una obra de ficción, creada sin utilizar tecnología de IA. Todos los nombres, personajes, lugares o incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, lugares o sucesos reales es pura coincidencia o ficción.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Agradecimientos

Lista de Reproducción
Otros libros de Anna B. Doe
Sobre la Autora

A veces dos personas tienen que separarse para darse cuenta de lo mucho que necesitan volver a estar juntas.

SINOPSIS

Mi novio del instituto, el chico que me rompió el corazón, ha vuelto a nuestro pueblo, y no habrá forma de evitarle durante las próximas dos semanas…

Pero Miguel Fernandez ha dejado de ser un chico. El mejor defensa novato de la NFL es aún más perversamente guapo que hace cuatro años. Alto, con abdominales de lavadero, todo ese cabello rebelde y una mirada oscura en la que quiero perderme.

Y eso es exactamente lo que pasa cada vez que nuestros caminos se cruzan.

Esto no debería ser un problema. Después de todo, nuestra relación terminó por una buena razón. Pero por mucho que intente poner distancia entre nosotros, es imposible cuando nuestros amigos se van a casar.

No sólo asistirá a la boda. Está *en el cortejo*: es el padrino y yo soy la dama de honor.

Él me destruyó… ahora la verdad está por salir a la luz y las consecuencias serán demoledoras…

PRÓLOGO

Miguel

Hace cuatro años

—¡No puedes hacer esto, Miguel! —gritó mi padre, con el ceño fruncido que sólo me dedicaba a mí.

La decepción familiar.

La oveja negra.

—No voy a pagar para que te vayas a la universidad a perder el tiempo con ese jueguecito estúpido.

Sus palabras no deberían doler.

Después de todo, no es la primera vez que me las lanzaba. He dejado de esperar que las cosas cambien y que por fin me vea como soy. Que al menos intente entender lo que el fútbol significa para mí. Lo que podría significar para nuestra familia, pero no. Mi padre sólo veía el fútbol como un juego de niños.

—Lo digo en serio, Miguel —continuó papá, claramente enrabietado—. Tienes que dejarte de juegos y hacer lo correcto. Consigue un título y encuentra un trabajo de verdad para poder cuidar de tu familia. He soportado esta tontería hasta ahora…

—¿Qué has soportado exactamente? —Me burlé, tirando de la cremallera de mi bolsa de viaje y echándomela al hombro—. ¡No has apoyado nada, papá! Llevamos discutiendo lo mismo desde que tengo uso de razón. —Sacudí la cabeza, harto de esta conversación—. Además, no necesito tu dinero. Voy a ir a la Universidad Estatal de Michigan con una *beca deportiva completa.* Así es. Ese jueguecito, como tú lo llamas, me va a pagar los próximos cuatro años, y haré todo lo posible por llegar hasta el final. —Le dirigí una mirada mordaz—. Con o sin tu aprobación.

No importa lo que haga, diga o logre, mi padre sólo verá el fútbol como un deporte estúpido jugado por un niñato inmaduro que no está preparado para crecer y ser un hombre.

Quisiera que no me importara lo que piense. Dios sabe que las cosas serían mucho más fáciles si no lo hiciera, pero no podía evitarlo. Ese niño dentro de mí todavía ansiaba la aprobación de su padre. He intentado apagar esa parte de mí, pero no es tan fácil como darle a un interruptor.

Tomo la otra maleta y me dirijo hacia la puerta, donde está mi padre, con su alto cuerpo en el umbral y los brazos cruzados sobre el pecho.

Siempre me ha parecido más grande que la vida, con sus anchos hombros y su rostro sombrío, curtido por todas las horas pasadas al sol, trabajando en el campo. Pero en algún momento de los dos últimos años, le he superado, y ahora estamos frente a frente. Él también ha envejecido. Tiene más canas en el cabello y las arrugas alrededor de los ojos y la boca son más profundas.

—Haces eso, y estás por tu cuenta. Lo digo en serio, Miguel. No apoyaré esta tontería.

—¡No necesito que apoyes nada, papá! —le grité, pasándome la mano por la cara, frustrado —. ¿No has oído ni una palabra de lo que te he estado diciendo los últimos meses? Tengo una *beca*. Y no una beca cualquiera. Una beca completa en la Universidad Estatal de Michigan. Todo por este tonto juego, como te gusta llamarlo. Saldré de la universidad sin deudas y, si tengo suerte, con una oferta para jugar como profesional, como siempre he querido.

—¿Pero y si no?

Apreté los dientes, con el estómago revuelto por la inquietud. No me permití pensar en esa posibilidad. En lo que pasaría si las cosas no salieran como las había planeado. Voy a ir a la universidad. Voy a graduarme. Voy a jugar fútbol profesionalmente. No tener éxito no está en mi destino.

—¿Pero y si lo hago? —desafié.

Papá sacudió la cabeza.

—¡Sé realista, Miguel! Vives en un mundo de fantasía. Un día, esa burbuja estallará y te quedarás sin nada.

Apreté y aflojé los dedos alrededor de la correa del petate mientras intento mantener la calma. Tenía que salir de allí antes de decir algo de lo que me arrepintiera.

—Al menos sabré que lo intenté.

Empujándole, me dirigí hacia las escaleras.

—Si te vas por *eso*, no te molestes en volver.

Mis pasos vacilaron cuando sus duras palabras resonaron en el pasillo que nos rodea, y el suave vello de mi nuca se eriza.

Esperaba la pelea. Esperaba que no estuviera de acuerdo con mi decisión o que no la apoyara. Pero no esperaba… esto.

Durante un rato, ninguno de los dos dice nada. Es como si el tiempo se hubiera detenido por completo.

Si te vas por eso, no te molestes en volver.

Mis dedos se apretaron alrededor de las asas de la bolsa.

—Entonces supongo que no volveré —dije en voz baja, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

No me permití girarme para mirar a mi padre. En lugar de eso, dí dos pasos cada vez, con los ojos fijos en el camino que tengo delante.

Necesitaba llegar a la puerta.

Necesitaba salir de aquí.

Necesitaba…

—¿Miguel? —La suave voz de mamá me detuvo en seco—. ¿Has hecho ya la maleta? ¿Necesitas algo más?

Me giré hacia ella y me tomé un momento para asimilarla. Lleva el cabello oscuro recogido en un moño, de modo que no le tapa la cara desmaquillada. Lleva un delantal atado a la cintura y el aroma de las especias se esparce por el aire de la cocina.

—Sí —murmuré, mientras acortaba la distancia, la abrazo y dejando mi boca en su cabello —. Todo empacado.

Se aparta y me mira con recelo.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Me aclaré la garganta y fingí una sonrisa—. Estaré bien, mamá.

En ese momento, las escaleras crujen y todo mi cuerpo se tensa porque sé que papá está arriba, mirándonos.

—Sé que estarás bien, pero soy tu madre y me preocupo. Es la primera vez que uno de mis bebés se va —murmuró en mi hombro—. Por favor, asegúrate de cuidarte y de comer, ¿vale?

Sus palabras me hicieron reír suavemente porque, por supuesto, le preocuparía que no comiera lo suficiente. Como si eso fuera posible. Pero si le preguntabas a Margaret Fernandez, nunca comíamos lo suficiente. Eso es algo que mi madre sureña siempre tuvo en común con la

Abuela María, la difunta madre de mi padre.

Me retumba el pecho y siento que me aprietan los pulmones.

—No te preocupes por mí, mamá —dije a la fuerza. Con un último abrazo, doy un paso atrás —. Estaré bien.

No me molesto en despedirme, me giré hacia la puerta y salí de casa. Metí las maletas en la parte de atrás de la camioneta, junto con otras cajas que he empaquetado y giré la llave, que se pone en marcha. Tuve que romperme el culo trabajando durante un año, ahorrando cada céntimo que ganaba ayudando en la granja para poder comprarme esta carcacha, pero es una de las pocas cosas que son mías.

Con una última mirada por el retrovisor, aprieto el acelerador y dejé atrás el lugar que ha sido mi hogar durante los últimos dieciocho años.

La necesidad de salir de esta ciudad olvidada de la mano de Dios es abrumadora, pero antes de irme, tengo que hacer una parada obligatoria.

Sin preocuparme por el intermitente, giré por la conocida carretera de grava hasta que veo una vieja granja. La casa de dos plantas ha sido mi hogar casi tanto como el mío propio.

Igual que la chica sentada en el porche con un libro entre las manos.

Rebecca levantó la cabeza cuando escuchó acercarse el carro, y una sonrisa se dibujó en sus labios en cuanto me ve.

Me detuve, salí del carro, me acerqué a ella y me senté a su lado en el columpio del porche.

—Hola, Roja —susurré, rozando con mis labios la parte superior de su cabello rojo. No era uno de esos colores brillantes artificiales. No, el cabello de Rebecca era de un castaño oscuro intenso que, a veces, parecía rojo. Ella lo describía como caoba. Me encantaba observarla bajo la luz del sol y ver los diferentes tonos que se entremezclaban en sus largos mechones.

—Hola. —Deslizó un marcapáginas entre las páginas, lo dejó a un lado y puso toda su atención hacia mí—. ¿Cómo te fue?

Me pasé la mano por los mechones rebeldes, apartándolos de la cara.

—Me dijo que, si me iba a jugar al fútbol, no me molestara en volver.

Rebecca se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? Miguel, lo siento mucho. —Su mano cubrió la mía y la apretó con fuerza—. Estoy segura de que lo pensará mejor y cambiará…

Sacudí la cabeza.

—No creo que eso ocurra, Becky. No ha cambiado de opinión en los últimos dieciocho años. No lo va a hacer ahora.

Rebecca me empujó hacia atrás y se subió a mi regazo, sus palmas ahuecando mis mejillas.

—Eso no lo sabes.

Me encanta que sea optimista, pero no conoce a mi padre. Ninguno de mis amigos lo conoce, no como yo.

—No me hago ilusiones. Si quiere hacerlo, que lo haga.

—Miguel…

Cubrí sus manos con las mías, entrelazando nuestros dedos.

—Ven conmigo, Rebecca.

Ella es lo único bueno que ha salido de este pueblo. La única persona, además de nuestro amigo común Emmett, que entendía de dónde venía.

—Termina el semestre aquí. —Le apreté la mano con fuerza, las palabras me salieron apresuradas ahora que por fin las he expresado en voz alta—. Luego puedes mudarte a Michigan. Podemos olvidarnos de esta puta ciudad y estar juntos.

Quería pedirle que viniera conmigo desde que me dijo que la habían aceptado en una universidad local, pero no quería ser gilipollas ni hacerla sentir mal por no haber entrado en otras universidades a las que había solicitado plaza.

En los ojos de Rebecca brillaban las lágrimas y se quedó mirándome sin decir nada.

Le acaricié la cara y le pasé el pulgar por la mejilla.

—¿Rebecca? ¿Qué te pasa?

—No puedo. —Ella sacudió la cabeza—. No puedo irme contigo.

—Lo sé, cariño. Pero son sólo unos meses, y luego puedes buscar traslados y…

—No me estás escuchando, Miguel —susurró—. No *puedo* irme. Ni ahora, ni nunca. Mi familia me necesita.

Me eché hacia atrás; sus palabras fueron como un golpe en el pecho.

Mi familia me necesita.

—Yo también creía que era tu familia —dije, la acusación clara en mi voz.

Teníamos planes, maldita sea.

Llevamos un par de años hablando de una vida, de un *futuro*, desde que empezamos a salir.

Rebecca y Emmett han sido una constante en mi vida. El pueblo nos llamaba los Tres Mosqueteros por algo. Pero en algún punto del camino, ella se ha convertido en mucho más que una amiga. Al principio, tenía miedo. Miedo de destruir lo único bueno que había en mi vida y de ahuyentar a la persona que tanto amaba. Pero Rebecca me convenció de que no pasaría. Que seríamos nosotros dos contra el mundo.

—Lo eres. Tú también eres mi familia. Pero Matthew me necesita. Mamá me necesita. No puedo hacer maletas e irme.

—Matthew tiene a tu mamá, Becky. Estará bien. Estarán bien.

Pero yo no tenía a nadie.

Mi padre casi me repudió. Emmett y Kate iban juntos a Blairwood y Rebecca…

Rebeca apretó los labios.

—No puedo, Miguel —susurró una vez más, con voz suave y compungida—. Lo siento mucho. Pero es que… —Se le escapó una lágrima y se la quitó con un rápido movimiento de la mano—. Desearía que las cosas fueran diferentes, de verdad, pero…

—Pero no quieres venir conmigo. Lo entiendo—asentí, intentando contener mis emociones mientras me puse en pie y dejé a Rebecca en el suelo.

—No es así, Miguel. —Me tomó de la mano—. Quiero irme, pero…

—No puedes —repetí sus palabras. Me metí los dedos en el cabello y dí un fuerte tirón mientras le daba la espalda—. ¡Maldita sea!

—Michigan no está en el fin del mundo —continuó Becky apresuradamente. Me rodeó el antebrazo con los dedos y me tiró hacia atrás—. Nos las arreglaremos. Iré de visita cada vez que pueda. Todo saldrá bien. *Todo saldrá bien*. Te amo, Miguel.

Agarré sus mejillas, me incliné y apreté mi boca contra la suya. El beso fue duro, inflexible. Incliné la cabeza hacia atrás y mi lengua pidió entrar en su boca. Y ella me dejó entrar. Con un gemido silencioso, sus labios se separaron, su suave lengua se encontró con la mía, y nos besamos desesperadamente, mis manos recorriendo su cuerpo mientras intentaba memorizar cada centímetro, cada suave sonido que hace, cada respiración agitada cuando la tocaba.

Rompiendo el beso, Rebecca me rodeó el cuello con los brazos y presionó su mejilla contra mi hombro.

—Todo va a ir bien —repitió—. Todo va a salir bien. Encontraremos la manera de que esto funcione.

Ese nudo en el estómago que había tenido durante todo el verano se hizo más grande que mientras me alejaba, con la inquietud subiendo por mi espina dorsal sin importar cuántas veces me repitiera las palabras de Becky.

Estaremos bien. Haremos que funcione. La amo, y ella me ama, y va a ser suficiente.

Pero me dijera lo que me dijera, esa sensación de inquietud no desaparecía.

Y tenía razón.

Porque ni siquiera un año después, terminamos.

CAPÍTULO UNO

Miguel

Bienvenido a Bluebonnet Creek, Texas.

Población: 11,209

—11,210 a partir de ahora —murmuro para mis adentros mientras paso junto al cartel y entro en el lugar que solía ser mi hogar, la sensación de desasosiego hace que la bilis me suba a la garganta.

—Temporal.

Es sólo temporal.

Pero por mucho que intente tranquilizarme, el pánico crece en la boca de mi estómago. Mis manos agarran con más fuerza el volante mientras sigo conduciendo por la carretera vacía. Hace unos treinta minutos que los naranjas y rojos brillantes han dejado paso a la oscuridad, y el cielo negro encaja a la perfección con mi estado de ánimo.

Nunca, ni en un millón de años, me había imaginado volviendo a Bluebonnet Creek.

La última vez que estuve aquí—hace cuatro putos años—fue el día que me fui a la universidad. Después de una pelea épica con mi padre, salí corriendo de casa, con el eco de nuestras acaloradas palabras resonando aún en mi cabeza, junto con el fuerte *golpe* cuando la puerta de la camioneta se cerró definitivamente antes de irme.

Juré que nunca miraría atrás.

Y no lo he hecho.

Fui a La Universidad Estatal de Michigan, tuve una carrera universitaria increíble y me reclutaron para la NFL en mi penúltimo año. Aunque la gente intentó decirme que debía esperar a terminar la universidad y adquirir más experiencia, decidí dejarlo y unirme a los profesionales.

Siempre podía terminar la universidad, pero sólo me quedaban algunos años para jugar profesionalmente, así que decidí aprovecharlos todos. Sí, siempre existía el riesgo de pasar un tiempo en el banquillo, pero resultó que había algunos equipos que necesitaban un nuevo extremo defensivo, y con urgencia. Uno de ellos eran los *Lonestars* de Austin, que me eligieron en tercera ronda del draft. No estuvo mal, si me permiten decirlo.

Así que dejé la universidad y me pasé el último año jugando para los *Lonestars*. No voy a mentir; el cambio fue duro, el ritmo de un equipo profesional puede ser brutal, pero de alguna manera, había encontrado mi lugar en Austin. Agaché la cabeza y me dejé la piel. El equipo hizo una buena temporada, pero perdió en el segundo partido de los playoffs. La derrota fue una mierda, pero lo que lo fue aún más fue la lesión que sufrí en el segundo cuarto. Intentaba aplacar a uno de sus receptores cuando fui arrollado por su ala cerrada, que me dislocó el hombro y me rompió la clavícula. En cuanto a las lesiones, no fue lo peor que me podía haber pasado. Pero estaba decidido a concentrarme en la fisioterapia y en mejorarme para cuando llegara el campamento de verano, para recuperar mi puesto.

Entonces llegó la invitación.

Sabía que ocurriría. Sólo era cuestión de tiempo.

Como si pudiera leer mis pensamientos, mi teléfono emite un pitido con una llamada entrante. Echo un vistazo a la pantalla antes de pulsar el botón de respuesta en mi volante, la llamada se conecta a través de los altavoces.

—¿Ya estás aquí? —pregunta una voz grave con un familiar acento tejano.

—Hola, viejo —digo secamente.

—Por el sonido de tu voz, imagino que sí —continúa mi mejor amigo, sin importarle lo más

mínimo mi animadversión. Pero, ¿por qué iba a importarle? Su vida se estaba desarrollando tal y como él la había planeado. Muy pronto, Emmett tendría todo lo que siempre ha querido, igual que yo tengo todo lo que siempre he querido.

¿De verdad?

Ignoro la molesta voz y la aparto de mi mente como hago con cualquier otra mierda con la que no quiero lidiar.

En lugar de responder, me remuevo en el asiento y gruño en señal de acuerdo.

—Realmente espero que hayas traído mejores modales para mi boda, Fernandez. Sabes que tendrás que hacer un brindis como mi padrino, ¿verdad? A Kate no le gustaría escuchar sólo gruñidos. Ni tampoco a mi madre.

—Bueno, entonces deberías haber elegido otro padrino, Santiago.

Emmett resopla.

—Como si eso fuera una opción.

—No, supongo que no —asiento, frotándome la mandíbula con la mano.

Emmett y mi familia han vivido uno al lado del otro desde que éramos niños. Bueno, tan vecinos como pueden vivir dos familias propietarias de ranchos. Hemos pasado juntos la mayor parte de nuestra infancia. Desde jugar en el campo hasta ayudar a nuestras familias a llevar los negocios y jugar al fútbol codo con codo, desde el fútbol infantil hasta el instituto, cuando nuestras vidas nos llevaron en direcciones distintas. Hemos seguido en contacto; nuestros equipos universitarios incluso jugaron entre sí en algunas ocasiones, pero ahora las cosas eran diferentes.

Ahora éramos diferentes, y sin embargo…

—¿Quieres salir esta noche?

Contemplo la idea por un momento. Estaría bien ponerse al día con mi mejor amigo. Pero luego estaba la cuestión de esa otra cosa. La que hemos estado evitando durante los últimos tres años.

No irás allí. No pensarás en ella. Todavía no.

Los faros iluminan la conocida señal del rancho de mi familia, y la garganta se me tensa aún más. No, no estoy preparado para volver a casa y ver a mis padres por primera vez en cuatro años, pero tampoco estoy preparado para tener un cara a cara con mi mejor amigo.

¿Egoísta?

Tal vez, pero en este momento, no me importaba.

—No —niego con la cabeza, aunque sé que no puede verme—. Estoy cansado del viaje. ¿Lo dejamos para otro día?

Se hace un silencio mientras sopesa mis palabras. Por un segundo, creo que insistirá, pero al final suelta un suspiro.

—Me parece bien. ¿Desayunamos mañana? Tengo que ocuparme de unas cosas en el rancho, pero podemos vernos en la cafetería sobre las diez.

Miro el reloj de la consola. Trece horas. Me daba trece horas. No es mucho, pero supongo que no puedo aplazar esto mucho más. No ahora que estoy de vuelta en Bluebonnet.

—Nos vemos allí por si no me echan del pueblo en cuanto baje de la camioneta.

La risa de Emmett retumba al otro lado de la línea.

—Sólo puedes desear que te suelten tan fácilmente. Es más probable que te rodeen y te torturen. No es divertido dejarte escapar.

—Eso es lo que temo.

—No hagas una estupidez, Fernandez. No estoy de humor para buscar un nuevo padrino sólo

un par de semanas antes de la boda.

—No prometo nada. —Reduzco la velocidad al acercarme al cruce, debatiendo mis opciones —. Tengo que irme —murmuro distraídamente—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Cuelgo, con la mirada fija en la señal. Podría dar media vuelta e irme a casa a enfrentarme a mis padres. El plan original era venir aquí, celebrar la boda y largarme antes de que nadie se diera cuenta de que había pisado Bluebonnet. No sé a quién intentaba engañar, porque las posibilidades de que viniera sin que nadie se diera cuenta eran iguales a las de que los Gigantes ganaran el *Super Bowl*. Pero esa ilusión se hizo añicos cuando mamá se enteró de que había aceptado ser el padrino de Emmett. Me llamó inmediatamente e insistió en que le prometiera que traería mi culo a casa para visitarme, algo que ha estado intentando que haga desde que me fui. Sin éxito hasta ahora, claro.

Podía volver a casa, enfrentarme a los demonios de los que huía, o podía ir a la ciudad y prolongar lo inevitable unas horas más.

Ni siquiera es una elección, no realmente.

Mi pie pisa el acelerador y el carro empieza a acelerar de nuevo, ese nudo en la garganta que se afloja en cuanto paso la familiar carretera de grava.

No tardan en aparecer los primeros signos de vida. Casas alineadas junto a la carretera, farolas que iluminan las calles, señales -algunas viejas y oxidadas, otras nuevas y brillantes- que te indican un camino u otro.

Estoy conduciendo casi en piloto automático. Se diría que lo he olvidado. Después de todo, han pasado años desde la última vez que estuve aquí, pero es como si hubiera sido ayer.

Antes de darme cuenta, estoy conduciendo por la calle principal. Reduzco la velocidad y me dejo llevar por la pequeña ciudad en la que crecí. Nuevas tiendas han encontrado la manera de aparecer entre las que han estado aquí probablemente desde la concepción de la ciudad. Lo que parece una nueva boutique ha abierto frente a la cafetería local, justo entre la panadería de la señora Smith y la floristería de la señora Timothy. Scoop, la mejor heladería del condado sigue en la esquina de la Main y la calle Dawson, y justo enfrente está la ferretería del señor Jamison.

Sigo conduciendo por la calle principal, observando a algunas personas que pasan por la calle, su mirada penetrante no pasa nada por alto a mi paso. Mañana por la mañana, sé que seré la comidilla de la ciudad en cuanto abran las tiendas. Diviso algunos negocios nuevos, algo que se parece mucho a un gimnasio, e incluso una librería y una cafetería con un gran cartel colgado sobre la puerta, *The Reading Nook*.

Han ocurrido tantos pequeños cambios desde la última vez que estuve aquí que no sabía muy bien qué pensar.

Estoy a punto de girar para ir a mi instituto cuando mis ojos se posan en el oxidado cartel del bar local, La Cabaña. La última vez que estuve aquí, ni siquiera me dejaron entrar. Pero por el número de carros estacionados delante, el local está abarrotado.

No es extraño, teniendo en cuenta que son más de las nueve de la noche de un viernes.

En ese momento se abre la puerta y salen unas cuantas personas charlando y riendo.

Decido detenerme un momento. Lo más probable es que alguien me reconozca, pero es eso o dar marcha atrás y conducir hasta casa para enfrentarme a mis padres.

El bar es, entonces.

Doy media vuelta en el estacionamiento, conduzco hasta encontrar un hueco libre, aparco el todoterreno y apago el motor. Suelto un suspiro, me reclino en el asiento y suelto lentamente los dedos del volante antes de dejarlos caer sobre mi regazo.

Siento el cuerpo agarrotado por las horas de conducción, pero empujo la puerta, salgo del camión y me dirijo hacia el bar, preparándome mentalmente para lo inevitable.

Unas cuantas personas desconocidas me miran con curiosidad cuando paso junto a ellas y empujo la puerta para abrirla, e inmediatamente me asaltan los ruidos del interior. La música country a todo volumen se mezcla con el sonido de las risas y las conversaciones.

Escudriño el espacio abarrotado mientras me abro paso entre la multitud. La mayoría son rancheros y gente del pueblo. Reconozco algunas caras y asiento mientras me dirijo a la barra, al otro lado de la sala.

Mick, el dueño, está detrás de la barra, limpiando un vaso. Me mira con el ceño fruncido y me dice:

—¿Qué te doy, Fernandez?

Me subo al taburete y miro la selección de botellas que hay detrás de él.

—Jack con hielo. Que sea doble.

Asiente en silencio mientras me prepara la bebida y me la pone delante.

Justo cuando creo que voy a pasar el día sin hablar con nadie, alguien exclama despacio:

—Pues que me parta un rayo. ¡Si es Miguel Fernández!

Se me eriza el vello de la nuca cuando me doy la vuelta lentamente y me encuentro cara a cara con Lucas Johnson. Fuimos juntos al instituto y jugamos en el equipo de fútbol.

—Hola, viejo. — Me acerco y tomo la mano que me ofrece—. ¿Qué tal estás?

—Lo mismo de siempre. No sabía que habías vuelto a casa.

De vuelta a casa.

Las palabras hacen que mi estómago se revuelva incómodo. Decir *de vuelta a casa* suena tan definitivo, tan… permanente. Definitivamente, no había vuelto a casa.

—Sólo estoy de visita por un tiempo.

Lucas asiente.

—Estás aquí por la boda de Emmett, ¿verdad? Esa ha sido la comidilla del pueblo.

Eso no me sorprende. Los Santiago siempre han sido una familia muy querida en nuestra pequeña comunidad, y Emmett era el chico de oro perfecto: Un gran estudiante, jugador de fútbol e hijo, todo en uno. Ayudó a traer el campeonato a casa y fue a la universidad con una beca de fútbol, donde fue tan bueno que podría haber jugado profesionalmente. Pero en lugar de eso, decidió volver a su pueblo natal, ayudar en el rancho de su familia y casarse con su novia del instituto.

Él es todo lo que tú nunca has sido y nunca *serás.*

—Sí —respondo, apartando los pensamientos oscuros—. Estoy aquí para la boda.

—Bien. No me sorprende. Santiago y tú siempre han sido uña y mugre.

—Así es. —Tomo un sorbo de mi bebida, saboreando el ardor del whisky mientras contemplo cómo salir de aquí.

Si Lucas nota mi reticencia, opta por ignorarla y simplemente continúa—: Aunque nunca pensé que te vería aquí. ¿Cuánto hace que no estás en casa?

Años.

—Un rato. —Me encojo de hombros—. He estado ocupado.

—Jugando fútbol profesional. —Me da una palmada en el hombro, y debo hacer una mueca porque se pone serio al instante—. Mierda, ¿es el hombro que te lesionaste?

Esbozo una sonrisa.

—Está bien. El hombro se ha curado.

Sigo en fisioterapia, y hay algún dolorcillo por ahí, pero en su mayor parte, no miento al

decir que estoy bien.

—Eso es bueno, amigo. No puedo esperar a verte de vuelta. Tuviste un año increíble. Incluso creo que los *Lonestars* podrían llegar hasta el final esta vez.

—Eso ya lo veremos —digo sin compromiso y me apresuro a cambiar de tema—. ¿Qué has estado haciendo?

—Oh, no mucho. —Levanta la mano, haciendo una señal a Mick para que se la rellene—. Llevo el negocio de construcción de mi padre desde que se jubiló. ¿Qué te pongo de beber?

Sacudo la cabeza.

—Estoy bien, gracias.

—¿Seguro?

—Sí, tengo que conducir hasta casa de mis padres.

Lo último que necesitaba era volver a casa oliendo a alcohol.

—¿Qué hay de nuevo por aquí? —pregunto, girando en mi asiento—. ¿Te has casado?

—No, pero hay una chica en Merrywill. Llevamos viéndonos unos meses.

—Eso está bien, viejo.

Mis ojos recorren el espacio, observando a todo el mundo. Recuerdo vagamente a algunos tipos que trabajaban en el rancho, y estoy seguro de que ese es el viejo señor López, sentado ahí en la esquina.

—No tan bien como las chicas en Austin, estoy seguro.

—Son…

Las palabras mueren en mis labios cuando mis ojos conectan con un par de ojos avellana que conozco bien, y es como si me hubiera atropellado un tren.

El aire se ha salido de mis pulmones y los ruidos se convierten en un murmullo sordo.

No sé por qué me sorprende tanto.

Sabía que seguía aquí. Fue la razón principal por la que nunca pudimos funcionar. Yo tenía que irme y ella insistía en que tenía que quedarse.

Sabía que tendría que verla más pronto que tarde, pero nunca imaginé que sería tan pronto.

Pero con mi suerte, ¿es realmente sorprendente?

Me quedo mirándola, completamente paralizado.

Tres años.

Hace tres años que no la veo.

Fue el día en que se alejó de mí. El día que no me dio la oportunidad de explicarme. No, me condenó, como han hecho todas las personas de mi vida.

Me dolió.

Me dolió muchísimo.

Se suponía que era diferente.

Se suponía que era mía.

Y al final, era como todo el mundo.

Me duele la garganta al tragar el sabor amargo que me ha dejado en la lengua y me permito asimilarla.

Parece la misma, pero, al mismo tiempo, diferente. Más madura.

Todo ese precioso cabello castaño le cae por la espalda en ondas sueltas. Miro cómo se mece mientras inclina la cabeza hacia un lado y le dice algo a una mujer rubia desconocida que está sentada frente a ella antes de volverse hacia el tipo que tiene al lado y sonreírle.

Los celos, calientes y pesados, me llenan el pecho. Cierro los dedos en un puño y siento que las uñas se me clavan en las palmas.

El tipo está sentado en un rincón oscuro, así que no puedo verle la cara. ¿Quién es para ella? ¿Un novio? ¿Amante? ¿Esposo?

Sólo de pensarlo se me hace un nudo en el estómago.

No importa. No es tuya; intento razonar conmigo mismo. *Hace tiempo que no lo es.*

Tres años para ser exactos.

—¿Miguel? —A lo lejos, oigo a Lucas reclamando mi atención, pero no puedo obligarme a apartar la mirada.

Antes de que pueda decidir qué hacer, gira la cabeza, escudriñando el espacio como si sintiera que la observo.

Contengo la respiración mientras su mirada me recorre, como si no existiera, pero ni siquiera un segundo después echa la cabeza hacia atrás, haciendo una doble toma.

Sus ojos color avellana se abren de par en par y una docena de emociones diferentes se suceden en su rostro. Sorpresa, pánico, dolor, nostalgia, ira, amor…

En un momento están ahí, al aire libre, y en otro ya no están, con una máscara desconocida cubriéndole la cara.

—Rebecca.

CAPÍTULO DOS

Rebecca

—Lo sé, lo sé, siento llegar tarde —digo mientras me deslizo en el taburete de la barra frente a mi amiga Savannah—. Perdí totalmente la noción del tiempo.

—Y eso es nuevo, ¿cómo? —Savannah levanta una ceja perfectamente perfilada y una sonrisa se dibuja en sus labios rojos.

Entrecierro los ojos y ella ríe con más ganas. Echa la cabeza hacia atrás, su melena rubia se balancea con el movimiento mientras la diversión brilla en sus ojos celestes. Savannah y yo nos conocimos el año pasado, justo después de que se mudara a Bluebonnet, donde trabaja como profesora de primer grado. Un día, entró en mi café/librería, *The Reading Nook*, y empezamos a charlar, y como las verdaderas amantes de los libros, el resto es historia.

Pero tiene razón. Hoy en día, casi nunca llegaba a tiempo. Por otra parte, entre todos los incendios que había que apagar, tanto en el trabajo como en casa, me sorprendía seguir viva.

Me río burlonamente.

—Qué graciosa eres.

—Lo sé, gracias. Pero tienes suerte porque me he tomado la libertad de pedirte una margarita. —Savannah levanta su vaso y bebe un largo sorbo, vaciando el resto.

Mis cejas se fruncen. Savannah no era una gran bebedora, así que cuando bebía era porque estaba disgustada por algo.

—¿Qué pasó?

—Oh, acabo de tener una pelea con Mark. —Me mira como retándome a decir algo—. Sí, *otra vez.*

Levanto las manos a la defensiva.

—No he dicho ni una palabra.

Esta vez.

He intentado decirle una docena de veces que su novio es un gilipollas que la trata como a una mierda. Se merece algo mucho mejor, pero no me escucha porque el idiota tiene la tendencia a engatusarla para que le perdone siempre después de una pelea. Él haría promesas y actuaría como un ser humano decente. Al menos durante un tiempo. Pero más pronto que tarde, volverían a pelearse.

—No tenías que hacerlo —Savannah deja escapar un suspiro—. Tu cara lo dice todo.

—Creo que tú necesitas esto más que yo. —Deslizo mi bebida por la mesa hacia ella antes de mirar a mi alrededor hasta que veo a una camarera y le pido otra ronda—. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Se suponía que iba a venir este fin de semana, pero al final decidió que iría a un viaje de chicos en su lugar.

—¿No dijo eso el fin de semana pasado?

Savannah toma mi vaso y da un largo trago.

—Claro que sí.

—¡Qué gilipollas! —Le tomo de la mano, dándole un firme apretón—. Lo siento mucho, Sav.

—Está bien.

—*No está* nada bien.

Se merecía algo mejor, mucho mejor que un chico estúpido e inmaduro que no para de poner todo lo demás por encima de ella.

—Bueno, no lo es, pero tiene razón. Fue mi elección dejar Houston y mudarme aquí.

—Él *no* dijo eso.

Savannah se ríe amargamente.

—Oh, lo hizo. No paraba de decirme que debería volver con él y que podríamos vernos siempre que quisiera. Como si fuera tan fácil.

Savannah es un año mayor que yo. Después de terminar la universidad, consiguió un trabajo en Houston, donde conoció al imbécil, pero el año pasado decidió volver a Bluebonnet porque la señora Parker, su abuela, tenía algunos problemas de salud. Savannah quería estar allí para ayudar a la mujer que la crio. Uno de los profesores de primer curso se jubilaba, lo que le venía muy bien, pero el gilipollas no quería mudarse con ella y dejar su maravilloso trabajo corporativo. Diablos, ni siquiera sé si vino al pueblo más de una vez.

—Qué arrogante pedazo de mierda. Te juro que, si estuviera aquí ahora mismo, le habría dado una patada en las pelotas.

—Umm, ¿debería venir en otro momento?

Ambos nos damos la vuelta y vemos a Nico de pie junto a nuestra mesa. Tiene una cerveza en la mano y con la otra se frota la nuca mientras nos mira con recelo.

—¿Eres un bastardo arrogante y egocéntrico? —pregunto, justo cuando la mesera viene con nuestros tragos. Me lanza una mirada desagradable, pero la ignoro y desvío mi atención hacia el hombre que tengo delante.

La comisura de la boca de Nico se levanta, revelando un hoyuelo en su mejilla.

—Bueno, desde luego intento no serlo. —Mira de mí a Savannah y viceversa—. ¿Quieres que me vaya?

—No, está bien. —Savannah agita la mano—. No es que sea nada nuevo. Mark siempre tiene algo mejor que hacer que venir aquí de visita. A estas alturas, no debería sorprenderme.

—Que se joda —me giro hacia ella, pongo mi mano sobre la suya y la aprieto—. Él es el que está perdiendo aquí. Y vamos a pasar una noche increíble, bebiendo margaritas, y quién sabe, tal vez encuentres un buen chico para bailar que te haga olvidar a ese pedazo de mierda.

—Sí a las bebidas, no a los chicos. Creo que ya he tenido suficiente de ellos por el momento. —La mirada de Savannah se desvía hacia Nico—. No te ofendas.

—No hay problema. —Nico sacude la cabeza, deslizándose en el asiento libre a mi lado.

—Además, ¿no dijiste que no podrías quedarte mucho tiempo?

Me muerdo el interior de la mejilla, sintiendo esa familiar punzada de culpabilidad que me sube al pecho cada vez que estoy lejos de casa. El peso de la responsabilidad que he estado cargando sobre mis hombros durante los últimos cuatro años se siente pesado.

Está bien y no está sola, me recuerdo. *No pasará nada si me tomo unas copas con los amigos.*

—Está bien. Puedo quedarme y asegurarme de que llegas a casa si es lo que necesitas.

—Bien, porque esta noche me apetece beber. —Se toma la copa, hace una mueca cuando el alcohol le quema la garganta y levanta el brazo para pedirle otra ronda al mesero—. Vale, ya está bien de hablar de mi molesto novio. ¿Qué pasa con ustedes dos?

—Acabo de llegar de la comisaría. Ha sido una locura esta última semana —dice Nico mientras da un trago a su botella de cerveza.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, mirándolo. Nico decidió renunciar a la universidad y fue a la academia de policía en su lugar, y el año pasado, había sido trasladado a trabajar en Bluebonnet —. ¿El señor Brown pensó que alguien está tratando de entrar en su casa otra vez?

—En mi turno —Nico suspira—. Y luego la señora Willow llamó hoy temprano porque su

gato se subió al árbol y no se bajaba, y como los bomberos estaban ocupados con una llamada propia, yo fui el afortunado que tuvo que lidiar con ese desastre. —Se mira los antebrazos desnudos—. La maldita gata me arañó cuando por fin conseguí llegar hasta ella. Una bestia viciosa.

No puedo contenerme. Empiezo a reírme mientras Nico se estremece visiblemente.

—Pobrecito —le arrullo, dándole una palmadita en la mano—. Ahora tienes la oportunidad de mostrar tus cicatrices a las damas.

—Sólo te ríes, pero eso ni siquiera es lo peor. Cuando acabé, ¡intentó emparejarme con su nieta!

—No lo hizo —jadea Savannah—. ¿Qué edad tiene, cuarenta?

—Lo más probable —estoy de acuerdo. La señora Willow tenía más de ochenta años, si no me equivoco, y aún se mantenía fuerte. Juro que esa mujer nos sobrevivirá a todos—. ¿No te van las mujeres mayores, Nico? —Muevo las cejas, incapaz de dejar de burlarme de él. Esto es demasiado bueno.

—¡No tan mayor! —protesta Nico cuando alzo la ceja en señal de desafío—. No es que haya nada *malo* en las mujeres mayores, es que… ¿Sabes qué? Creo que ya me voy a callar.

Sus mejillas se ponen rosadas de vergüenza, lo que sólo me hace reír más. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba una noche de relax con amigos hasta ese mismo momento. Escuchar las desventuras de Nico también fue un buen extra.

—¡Eres lo peor, Becky! —Sav protesta, tomando un sorbo de su bebida.

—¡Eh, no era la única que se reía! —Le doy un codazo a Nico, aún sonrojado—. Vamos, te traeré otra cerveza como disculpa. —Me doy la vuelta buscando al mesero, pero La Cabaña está *lleno.* Puede que sea más fácil ir al bar. Estaba bastante lleno, en su mayoría chicos cuidando sus bebidas—. ¿Y tú, Sav? —Empiezo a girarme hacia ella cuando una figura alta con el pelo oscuro y rizado llama mi atención y me hace hacer una doble toma—. ¿Quieres otra o…?

Las palabras mueren en mis labios, mi boca se queda abierta mientras mi mirada se posa en un rostro familiar. Un rostro que nunca pensé que volvería a ver.

Aspiro con fuerza, pero es como si tuviera la garganta cerrada y el aire no llegara a mis pulmones. Todos los ruidos pasan a un segundo plano mientras le miro fijamente desde el otro lado de la habitación. Me tiemblan las manos, las palmas húmedas de nervios.

No puede ser. Aprieto los dedos alrededor del tallo del vaso que tengo en la mano mientras me quedo mirando, completamente en estado de shock. *No puede ser posible.*

El tiempo parece ralentizarse mientras nos miramos, ninguno de los dos rompe el contacto mientras el aire se llena de tensión. Parpadeo y vuelvo a parpadear, pero él sigue aquí. A pocos metros de mí.

Tres años.

Han pasado tres años desde la última vez que vi a Miguel Fernandez.

Tres años desde que me rompió el corazón, y no he vuelto a verle ni a hablar de él. No he podido. Me dolía demasiado.

Pero ni siquiera el tiempo y la distancia han hecho que este dolor se apague lo más mínimo. Todos esos sentimientos que he estado relegando al fondo de mi mente, encerrándolos en una caja, con la esperanza de que desaparecieran, están de vuelta, al frente y al centro, con sólo una mirada a él. Igual que el dolor. Ese dolor retorcido y punzante parece estar partiéndome en dos.

—¿Becky? —Una mano se posa en mi hombro, sobresaltándome—. ¿Estás bien?

Por el rabillo del ojo, veo que Nico me observa con mirada preocupada.

Sacudo la cabeza en silencio.

No, no estaba bien.

Lo que sea que debe ver en mi cara le hace mirar a su alrededor, tratando de encontrar la causa de mi angustia, y sé el momento exacto en que lo ve.

—Mierda, ¿ese es Fernandez? —pregunta Nico mientras mi mirada se desplaza de nuevo al hombre en cuestión.

Y sigue ahí.

Mierda.

—¿Quién es? —pregunta Savannah, la curiosidad evidente en su voz.

Una de las mayores ventajas de salir con Savannah, aparte de lo increíble que es, es que ella no me conocía en el instituto. No conocía a la Becky de antes. No me miraba con recelo. No me miraba como si estuviera rota. Para ella, yo era simplemente Becky. Y me gustaba que fuera así, pero supongo que eso ya no existe.

La mirada penetrante de Savannah se posa en mí.

—¿Estás bien, Becky? Parece que hayas visto un fantasma.

Más bien una pesadilla viviente.

—Ese es Miguel —explica Nico—. Él y Becky solían salir en el instituto.

Las cejas de Savannah se levantan sorprendidas.

—¿En serio?

Justo entonces, Miguel se desliza de su taburete y empieza a caminar hacia nosotros.

Joder.

Tomo mi bolso y me pongo en pie de un salto.

—Lo siento, Sav, pero tengo que irme. No puedo quedarme aquí ahora. Te llamaré más tarde.

Sin esperar su respuesta, me dirijo directamente hacia la puerta. Me llama de nuevo, pero no miro atrás. No puedo mirar atrás.

Abriéndome paso entre la multitud, mis ojos están fijos en la puerta… mi escapatoria.

El aire caliente me golpea en la cara en cuanto atravieso la puerta y salgo a trompicones.

El corazón me late a mil por hora y respiro entrecortadamente mientras corro hacia el coche, agradecida por llevar puestos los zapatos. Acabo de abrir el seguro de mi vieja camioneta cuando oigo que la puerta se abre de un golpe y las risas se esparcen desde el bar hasta la silenciosa noche.

—¡Rebecca!

Se me eriza el vello de la nuca al oír mi nombre salir de su boca.

Rebecca.

Siempre usaba mi nombre completo cuando estábamos solos.

Algunas noches, aún podía oír cómo me lo susurraba al oído.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y subo a mi camioneta. Cierro la puerta con un fuerte portazo y deslizo la llave para arrancar el carro.

A lo lejos, puedo oír los pasos pesados acercándose.

—¡Rebecca, espera!

Incapaz de resistirme, levanto la mirada hacia el retrovisor y veo a Miguel corriendo detrás de mí. Me concedo unos segundos. Sólo unos segundos. Le miro unos segundos antes de salir del estacionamiento, pisar el acelerador y salir a toda velocidad.

En mi cabeza cae una avalancha de emociones y recuerdos mientras conduzco. Los latidos de mi corazón resuenan en mis tímpanos tan fuerte que apenas oigo el rugido del motor. Mis dedos agarran el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

Conduzco con el piloto automático por las calles vacías de la ciudad; lo único bueno de haber

vivido tanto tiempo en este pueblo dejado de la mano de Dios. Las farolas dejan paso a la oscuridad a medida que salgo de la ciudad y me dirijo a mi casa.

Miguel está aquí.

Miguel está aquí.

Miguel está aquí.

¿Cómo es posible?

¿Cuándo ha vuelto?

¿Cuánto tiempo se quedará?

¿Por qué?

¿Por qué?

Antes de que la pregunta se forme por completo en mi mente, mi corazón se hunde al darme cuenta.

—N-No. —Mi suave susurro resuena en la cabina de la camioneta mientras se me aprieta el estómago.

Ante mí aparece un cruce. Lo miro fijamente antes de girar rápidamente a la derecha. Por suerte, a estas horas de la noche no circula nadie por la carretera, así que no hay riesgo de matar a nadie mientras avanzo por el conocido camino de grava.

Él no me haría esto. Al menos me lo habría dicho. Él sabía lo que pasó. Partes de ello, al menos. Me lo habría dicho y me habría dejado prepararme. Todo esto es un gran lío. Esto…

Una casa aparece ante mí, las tenues luces iluminan la sala.

Bien, todavía están despiertos.

Mi camioneta apenas se detiene antes de que yo salte de ella. Subo las escaleras dando pisotones, pulso el timbre un par de veces con impaciencia y todo mi cuerpo tiembla de rabia reprimida.

El timbre de la puerta resuena en el interior y se hace el silencio antes de que oiga unos pasos que se acercan. Una risa ahogada llega desde el otro lado antes de que la llave gire y la puerta se abra, revelando el alto cuerpo de uno de mis mejores amigos.

Como a cámara lenta, Emmett se vuelve hacia mí y veo cómo su sonrisa se desvanece en cuanto me mira, con la preocupación brillando en sus ojos oscuros.

—Becky, ¿qué…?

—¿Lo sabías? —pregunto, sin darle la oportunidad de terminar. Aprieto y aflojo los dedos a mi lado mientras intento controlarme mientras espero su respuesta.

Hemos sido mejores amigos toda la vida.

Diablos, en este punto, lo consideraba mi hermano.

Estuvo ahí en cada acontecimiento importante de mi vida, bueno o malo. Sabía que estaría ahí. Sabía que me cubriría las espaldas.

Y ahora mismo, siento que se me abre un hueco en el estómago. Mi acusación resuena en la noche mientras en su rostro destella algo que se parece mucho a la culpabilidad.

—Lo has visto.

Parpadeo ante sus palabras, su *admisión*, que me llegan como una patada en las tripas. Sí, vine aquí para enfrentarlo, pero una parte de mí, una pequeñísima parte de mí, esperaba estar equivocada. Que mi mejor amigo no me traicionaría así.

—¿Lo has visto? —Escupo, con los dedos tan apretados que noto las uñas mordiéndome la piel. Esa rabia que se ha estado gestando dentro de mí desde que vi a Miguel volviendo a la superficie—. ¿Lo sabías? ¿Lo sabías y no se te ocurrió decírmelo?

Emmett da un paso adelante, extendiendo su mano hacia mí.

—Becky…

Me alejo de su alcance, no quiero que me toque.

No querer tener nada que ver con él.

Es mi mejor amigo. Mi hermano.

¿Cómo ha podido hacerme algo así?

—Lo sabías —susurro en voz baja, sacudiendo la cabeza mientras las lágrimas me queman los ojos. *Lo sabía y no me lo dijo.* Aún no podía hacerme a la idea—. ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¿Por qué?

Abre la boca, pero antes de que pueda decir nada, Kate aparece en la puerta.

—¿Qué pasa? —Su sonrisa decae cuando su mirada se desvía hacia mí—. ¿Becky? ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Miro fijamente a Emmett, limpiándome las lágrimas de la cara.

—¿Por qué no le preguntas a tu prometido?

Con eso, les doy la espalda y me largo.

CAPÍTULO TRES

Miguel

Mi respiración es agitada mientras me inclino hacia delante. Aprieto las palmas de las manos contra las rodillas, intentando recuperar el aliento mientras observo cómo las brillantes luces traseras de aquel camión viejo, oxidado y rojo cereza desaparecen por la carretera, llevándose a la única mujer que ha sido capaz de ponerme de rodillas, dejando polvo y recuerdos a su paso.

Hace seis años

—Eres buena con Becky. De todas formas, conduce como una vieja —le dije a Kate, sin poder evitar burlarme de ella. Había algo especial en ver cómo se encendían esos ojos color avellana cuando se enfadaba conmigo. Y tal como había previsto, Rebecca no me decepcionó.

—¡Vas a ver! —Las palmas de sus manos encontraron camino a mi pecho y me empujaron —. No conduzco como una anciana.

—Oh, por favor, olvidaste quién te enseñó a conducir.

Entrecierra los ojos y pone las manos en las caderas.

—Bueno, si soy tan mala conduciendo, entonces sabemos quién es el responsable de ello, ¿no?

Bueno, mierda, había cavado mi propia tumba.

—Vamos —solté un gemido—. Eso es totalmente innecesario.

Soy muy buen conductor. El problema era ella. La vieja Ford rojo cereza era de su padre, y ella insistía en conducirla, aunque era pésima conduciendo con marchas cortas. Intentaba cambiar de marcha demasiado rápido y el motor rugía en señal de protesta.

—Lo que no es necesario es que creas que puedes hablarme así, Miguel Luis Fernandez.

Bueno, mierda.

Rebecca sacando mi segundo nombre no era buena señal.

—Becky —di un paso adelante, la ansiedad aumenta dentro de mi pecho al ver el destello de dolor en sus ojos.

No me importaba discutir con ella, pero odiaba cuando nos peleábamos. Rebecca era mi mejor amiga, quizá incluso más que Emmett. Más que eso, era mi persona. Conocía mi situación familiar. Era la persona a la que acudía cuando me sentía fatal y necesitaba desahogarme. Ella era la que me entendía y me apoyaba sin importar nada.

Sacudió la cabeza y se alejó un paso de mí. Observé su espalda rígida mientras levantaba la barbilla en señal de desafío, como la maldita reina que es, antes de ponerse en pie y alejarse.

Presente

Alguien suelta una sonora carcajada que me trae de vuelta al presente tras el viaje por el carril de los recuerdos. Aprieto las rodillas, me enderezo y levanto la mano para frotarme el dolor que se extiende por mi pecho.

He hecho todo lo posible por no pensar en Becky ni en Bluebonnet desde que rompimos, y hasta ahora lo he conseguido, pero una mirada suya, sólo una puta mirada, y todo ese esfuerzo se viene abajo.

Me paso los dedos por el cabello.

—¡Joder!

Joder, joder, joder.

No estoy seguro de por qué estoy tan sorprendido. Sabía que seguía aquí. Después de todo, el pueblo es parte de ella. Ese fue siempre nuestro mayor problema. Mientras yo soñaba con irme, Becky simplemente no se iría.

No para ir a la universidad, y menos para mí.

Con el corazón todavía acelerado, me levanto y me concentro en ese punto que desaparece hasta que ella desaparece y lo único que queda es oscuridad.

¿En qué demonios estaba pensando? ¿Ir tras ella así?

No lo estaba. Ese es todo el problema. Si me hubiera parado a pensarlo, me habría dado cuenta de lo estúpida que era esa idea. Pero nunca se me dio bien pararme a pensar cuando Rebecca Williams estaba en cuestión. Esa chica me tenía tan atrapado que no podía pensar con claridad en ningún momento en que ella estuviera cerca de mí.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Fernandez?

La columna se me endereza ante la pregunta. Deseando que mis músculos se relajen, me giro lentamente y miro a mi antiguo compañero de equipo. Al igual que yo, ha ganado unos centímetros desde que me fui. Aunque dejó de jugar después del instituto, sigue manteniéndose en forma. Sus anchos hombros cubren la camiseta azul oscura, una capa de barba incipiente cubre su mandíbula apretada y tiene los dedos apretados a los lados.

Levanto la mirada hacia la suya. Algo en su postura me pone a la defensiva.

—Eso no es asunto tuyo, Nico.

Siempre tuve la sospecha de que Nico sentía algo por Rebeca, y verlo esta noche con ella no hizo más que confirmarlo. Me hervía la sangre, pero tenía que recordarme que no era mía. Ya no lo era. No podía hacer nada. Nada que debiera hacer. Pero saber eso no me quitaba el sabor amargo de la boca.

—Lo es cuando persigues a una mujer que claramente intenta alejarse de ti.

Lo miro con los ojos entornados.

—¿Qué? ¿Ahora eres de la policía?

Nico me mira despacio, evaluándome. Me aseguro de mantenerme quieta, con la mirada firme cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—De hecho, lo soy.

Genial, simplemente genial. Hablando de mala suerte.

—Sabes que no le haría nada. Somos… —Mis palabras se cortan mientras intento encontrar la etiqueta correcta.

¿Mejores amigos de la infancia?

¿Novios del instituto?

¿Ex amantes?

Nada de eso me parecía bien. No cuando se trataba de esa mujer. Incluso después de tres años de separación, el dolor y el desamor no pudieron romper ese vínculo que había entre nosotros desde que éramos niños.

—Terminaron —Nico termina por mí—. Y ella claramente no quiere tener nada que ver contigo. No hagas algo estúpido para que tenga que arrestarte.

¿Arrestarme?

¿Es de verdad?

—¿Es una amenaza, agente? —pregunto, bajando la voz mientras le miro fijamente.

—Es sólo una advertencia, Fernandez. Ya le has hecho bastante daño. Mantente alejado de ella.

Me da la espalda y se dirige a la barra.

¿Decía la verdad? ¿Sólo está preocupado por ella? ¿Como lo estaría un amigo? ¿O había algo más? ¿Pasaba algo entre esos dos? ¿Estaban juntos?

Sólo de pensarlo se me sube la bilis a la garganta.

—¿Qué pasa entre ustedes? ¿Están juntos?

La pregunta sale de mi boca antes de que pueda detenerla, un sentimiento se filtra por cada palabra apretada.

Celos.

Nico se detiene en seco mientras me maldigo en silencio, sus ojos se encuentran con los míos por encima del hombro.

—Eso no es tu problema.

Aprieto tanto los dedos que las uñas se me clavan en las palmas. Sin decir nada más, Nico se aleja, y yo me quedo mirándolo hasta que está dentro del bar.

—Joder. —Me doy la vuelta y me dirijo a mi carro. Me deslizo en el asiento de cuero, inclino la cabeza hacia atrás y me pellizco el puente de la nariz.

Demasiado para evitar cualquier drama, debería haberme ido directamente a casa.

Pero entonces no la habrías visto.

Las suaves líneas de su rostro. El vivo brillo del castaño en su cabello oscuro. La mirada de sorpresa absoluta y posterior angustia cuando me reconoció.

Es como si la imagen de Rebecca estuviera grabada a fuego en mi mente.

Cierro el puño y lo golpeo contra el volante, odiando cada segundo.

Nada de esto habría pasado si ella te hubiera dado la oportunidad de explicarte.

Pero no lo hizo.

Me condenó y me dio la espalda sin mirar atrás.

Aprieto la mandíbula, deslizo la llave y arranco el carro. Mientras conduzco por las oscuras calles, mi mente aún está aturdida por todo lo que ha pasado en el bar.

La vieja casa está a oscuras cuando, unos quince minutos más tarde, paro el motor. Se me hace un nudo en el estómago mientras me siento en el carro y contemplo la casa de mi infancia. Cuatro años y una carrera en la NFL a mis espaldas, y aun así… Y, *aun así,* estar aquí me hace sentir como un niño egoísta y petulante que abandonó todo lo que conocía para poder perseguir un sueño que nadie creía capaz de cumplir.

Un fuerte *crujido* me saca de mis pensamientos. Miro por la ventana, mis ojos se dirigen al granero que está a unos metros, justo a tiempo para ver la puerta cerrarse detrás de una figura alta. Respiro mientras veo al hombre levantar la mano y frotársela en la cara. Suelta la mano y levanta la vista, pero se detiene al verme.

La luz del granero ilumina su rostro y siento que una parte de la tensión se escapa de mi cuerpo.

No es él.

Al menos tengo un pequeño respiro hasta mañana, eso sí.

Supongo que es ahora o nunca.

Desenrosco los dedos, abro la puerta de mi todoterreno y me deslizo fuera del coche.

—Vaya, vaya, vaya… mira a quién ha arrastrado el gato —dice mi hermano mientras me mira despacio.

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Ha engordado desde la última vez que lo vi. Sus hombros son más anchos, los músculos más prominentes. Pero mientras mi cuerpo fue perfeccionado por profesionales en un centro deportivo de primera categoría, el suyo ha sido definido por la naturaleza y el duro trabajo que supone la ganadería. Aunque sólo nos separan seis años sobre el papel, en la vida real parece mucho mayor de veintiocho. Su piel ya está bronceada por todo el trabajo que realiza, y profundas arrugas delinean su rostro cuando me mira con el ceño fruncido desde la distancia.

Nadie puede acusar a los hombres de Fernández de una cálida bienvenida.

—Yo también me alegro de verte, Aaron.

—Hubiera sido mejor verte aquí en la cena que hizo mamá en previsión de que volvieras a casa, pero como siempre, en la única persona que piensas es en ti.

Sus palabras fueron un golpe que debería haber esperado, pero no apagan el fuego que causan.

Mierda. Debería haber sabido que mamá intentaría montar un espectáculo para que viniera, aunque intenté decirle que no se molestara. Nunca se le dio bien escuchar. Y una de las cosas que más odiaba era cuando sus hijos se peleaban, que era la mayoría de las veces.

—Le dije que llegaría tarde.

—No tuviste problemas en parar en el bar, por lo que he oído.

Maldita sea. Sabía que esto volvería para morderme en el culo. Sólo que no me di cuenta de lo pronto que sucedería.

Aaron sacude la cabeza con desaprobación.

—Las noticias vuelan en nuestro pueblito, ¿o lo has olvidado ahora que te has mudado a la gran ciudad, hermano?

Mis dedos se aprietan a mi lado ante su golpe.

—No he venido aquí a pelear.

—Lo que me sorprende es que hayas venido. La última vez que te vi, dijiste algo parecido a… —Ladea la cabeza y se pasa el dedo por la barbilla como si estuviera pensando—. Oh, claro, nunca volveré a pisar este pueblo olvidado de la mano de Dios.

—Créeme, no habría interrumpido a tu familia si Emmett no me hubiera amenazado con hacerme patear el culo si no aparecía. Y luego, *mamá* insistió en que viniera. Si fuera por mí, estaría fuera de aquí antes de que terminara la boda.

Aaron se burla.

—¿Por qué no me sorprende? Siempre fuiste bueno alejándote.

—Sabes por qué me alejé —grito, tratando de mantener la calma—. Demonios, deberías estar feliz. Esto es lo que siempre quisiste para tu vida, y ahora no tienes que compartirlo.

Aaron me mira con los ojos entrecerrados.

—No te atrevas a decirme lo que quería.

Aprieto la mandíbula y me quedo mirando a mi hermano. Sé que está cabreado, pero diablos,

yo también. Por otra parte, no era nada extraño. Toda la vida hemos estado a la greña, hasta el punto de que algunos días, estar en lados opuestos del rancho no nos ayudaba a mantener la calma.

—Entra —Aaron suspira, y de repente parece muy cansado. Sus manos caen a los lados—. Mamá dejó la puerta sin llave y arregló tu vieja habitación.

Con eso, Aaron se da la vuelta y empieza a caminar en dirección contraria, hacia donde está su casa.

—Aaron —grito tras él, lo suficientemente alto como para que pueda oírme, pero no lo suficiente como para despertar a toda la casa—. Lo último que quería era interrumpir en sus vidas.

Ni en mis sueños más salvajes pensé que volvería aquí. Teniendo que lidiar con las consecuencias de lo que pasó hace cuatro años. Todas las palabras duras que se dijeron.

Aaron se detiene y mira por encima del hombro. Hay un instante de silencio y, justo cuando creo que me va a dejar colgado, sacude la cabeza.

—Lo hecho, hecho está.

CAPÍTULO CUATRO

Rebecca

Pongo lo último de la masa de chocolate en la sartén y me limpio la mejilla con el dorso de la mano, apartándome un mechón rebelde de la cara. No sé por qué lo intento, porque lo siguiente que recuerdo es que el mechón rebelde vuelve a caerme en el ojo.

Maldiciendo en silencio, dejo el bol en el fregadero y tomo la taza de café de la encimera. Era el tercero que me tomaba hoy, y teniendo en cuenta que ni siquiera son las siete de la mañana, creo que ya es mucho decir. Pero que le den. Anoche apenas dormí. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba lo que había pasado y me despertaba de nuevo. Atrévete a juzgarme.

Incluso pensar en ello ahora me produce un escalofrío de inquietud.

Miguel ha vuelto a casa.

Era una posibilidad en la que nunca me permití pensar porque conocía su postura sobre este pueblo. Los problemas que tenía con su padre y todo lo que ocurrió en su último día en Bluebonnet.

Llaman a la puerta de atrás. Todo mi cuerpo se paraliza durante una fracción de segundo. Entonces el corazón me empieza a latir desbocado dentro del pecho. Tragándome el nudo que tengo en la garganta, levanto despacio la vista y me encuentro con la cara de Emmett asomando tras el cristal.

Tranquila, sólo es Emmett.

No es como *si* viniera a buscarme.

O que yo quisiera que lo hiciera.

No, definitivamente *no quería* que lo hiciera.

Emmett me sonríe tímidamente y me saluda con la mano.

Es una de sus sonrisas de soy-tu-mejor-amigo-y-necesito-que-recuerdes-lo-bonito-que-soy-aunque-soy-un-hombre-y-estoy-guardándome-todo.

Menos mal que le conozco de toda la vida, y esa sonrisa no funciona conmigo.

Mis dedos se flexionan alrededor de la taza antes de dejarla sobre la encimera y marchar a abrir la puerta.

—¿Qué? —Le pregunto, cruzando los brazos sobre el pecho. Todavía estoy irritada con él por lo que pasó ayer, y quería que lo supiera.

Emmett levanta una bolsita en el aire.

—¿Ofrenda de paz?

Entorno los ojos hacia la bolsa.

—¿Quieres decir un soborno?

La comisura de la boca de mi mejor amigo se tuerce hacia arriba.

—Galletas de chocolate de mamá.

Maldita sea, me conoce tan bien.

No es que le haga saber que me tiene.

—Puedo hacer mis propias malditas galletas.

La sonrisa de Emmett se ensancha.

—Ya lo veo.

Me señala la mejilla.

—Tienes algo justo ahí.

Aparto su mano y me limpio la mejilla.

—¿Qué quieres, Emmett?

Ignorando mi pregunta, su mirada se desplaza por encima de mi hombro, observando el desorden que es mi cocina.

—¿Qué estás haciendo?

La mejor pregunta era qué *no estaba* haciendo.

—Muffins. Con arándanos. —Le hago una mueca—. Y chocolate extra.

Su favorito.

—Maldita sea, Becky, no estás jugando limpio.

Te lo mereces.

—Nunca dije que lo estuviera. —Inclino la barbilla en su dirección—. ¿Qué quieres, Santiago? Tengo trabajo que hacer.

—Galletas. Toma. —Me da la bolsa, que agarro a regañadientes mientras se desliza a mi lado —. Ni siquiera voy a hacerte trabajar por ello.

Pongo los ojos en blanco al verle retroceder.

—Qué generoso eres.

—Así es. Son las mejores, y lo sabes.

Yo sí lo sabía. Dios sabe que he intentado reproducir la receta de la señora Santiago en más de una ocasión, pero nunca sabían igual, y la madre de Emmett no quería contarme cuál era su secreto.

—Bien, ahora que has entregado tu soborno, puedes irte. —Trato de echarlo, pero no mueve ni un músculo.

—Tienes mucha suerte de que la insolencia no funcione conmigo, Becky.

—¿Ah, sí? Aún no ha visto el verdadero descaro, señor. —Le clavo el dedo en el pecho, harta de jugar a este juego—. ¿*En qué estabas pensando*?

Emmett levanta las manos en señal de rendición.

—Nada.

—¡Claro! —Ese maldito mechón me cae en la cara, así que lo echo hacia atrás—. Si estuvieras pensando, nada de esto habría pasado.

Sólo decirlo en voz alta me trajo de vuelta los pensamientos de anoche.

El shock de ver a Miguel en La Cabaña.

Siempre fue alto, pero en los últimos años había ganado unos centímetros más. Sus hombros eran más anchos, las líneas de su cara más duras, más maduras, pero luego estaba su pelo. Las puntas de aquellos mechones oscuros seguían rizándose cuando lo dejaba crecer demasiado. Algo que, al parecer, seguía haciendo.

Precioso, era tan jodidamente precioso que costaba verlo.

Aprieto los labios mientras alejo las imágenes, intentando mitigar el dolor contra el que he estado luchando desde que puse mis ojos en él.

No podía lidiar con esto. No ahora que funcionaba con café, azúcar y determinación.

Me pongo en pie y vuelvo a la cocina. Trabajo. Necesitaba sumergirme en el trabajo y olvidar que las últimas veinticuatro horas habían sucedido.

No es que Emmett reciba el memo; ese hombre es implacable.

—No quieres hablar de él. Para nada.

Sus palabras me hacen detenerme un segundo. Miro por encima del hombro y le fulmino con la mirada.

—¿Así que es culpa *mía*?

—Mierda. —Emmett levanta la mano y se la pasa por la cara—. Yo no he dicho eso.

—Parecía que sí.

Por un momento, un silencio incómodo se instala sobre nosotros, y lo odio con cada fibra de mi ser. Emmett y yo somos mejores amigos desde que estamos en pañales, y no soportaría pelearme con él, pero maldita sea, sus palabras duelen.

Se me hace un nudo en la garganta al tragar saliva. No sé si Emmett puede ver las emociones que se agitan en mi rostro. Maldice en voz baja y, de repente, me rodea con sus fuertes brazos.

—Lo siento mucho, Becky —susurra con suavidad, y parte de la determinación a la que me aferraba se resquebraja.

Le devuelvo el abrazo y hundo la nariz en su camisa de franela. El olor a sándalo, caballos y heno se adhiere a él como una segunda piel. El olor del hogar.

—Debería haberte dicho que iba a volver. Pensé que tenía tiempo para pensar cómo abordar el tema. Tiempo para prepararte, pero… no sabía *cómo*. Cada vez que intento decir su nombre, te cierras, y no sé qué hacer. No sé qué pasó con ustedes dos o cómo arreglarlo, Becky. Simplemente… no lo sé. Y si eso me convierte en un gilipollas, que así sea —.

Doy un paso atrás.

—Es tu mejor amigo.

—Tú también.

—Exactamente. Nunca te quitaría eso. A *ninguno de los dos*. No deberías tener que elegir entre nosotros dos, Emmett. *Por* eso no hablo de él. Porque pase lo que pase entre nosotros, siempre serán amigos, y no te culpo por ello. Pero tenía derecho a saber que iba a volver.

Tal vez si lo hubiera hecho, no habría dolido tanto.

Verlo así.

Quizá si lo hubiera sabido, habría sido más fácil.

O tal vez me escondería en mi casa hasta que se fuera para evitar encontrarme con él.

—Realmente lo siento, Becky.

—Lo sé. —Dejo escapar un suspiro—. Sólo necesito… tiempo.

Para resolver esto. Para lidiar con esto. Para encontrar la manera de que no me duela tanto cada vez que lo veo.

Porque admitámoslo, no habrá forma de evitar a Miguel Fernandez, no en un pueblo tan pequeño como Bluebonnet.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Un par de semanas. Hasta la boda.

Mierda, la boda.

—Cierto, la boda.

Porque nuestros amigos comunes se van a casar. Así que tendré que sentarme con él durante la despedida de solteros. Y la boda en sí. Fácil.

—Haré lo posible por evitarlo hasta entonces. —Asiento, más por mi bien que por el de Emmett, mientras tomo mi taza de café—. No debería ser muy difícil.

—No sólo vendrá a la boda, Becky. —El tono suave de la voz de Emmett hace que se me erice el vello de la nuca. Es como si anduviera de puntillas alrededor de una bomba de relojería, y la bomba de relojería soy yo. Aprieto los dedos alrededor de la taza, las líneas de mi visión se vuelven borrosas mientras contengo la respiración, esperando a que termine—. Está *en* el cortejo. Es mi padrino.

Claro que sí.

Por supuesto que sí.

CAPÍTULO CINCO

Miguel

Volver a casa es como haber retrocedido en el tiempo. Mi habitación sigue igual que el día que me fui, y aunque no puse el despertador, con la esperanza de evitar el enfrentamiento con mi padre el mayor tiempo posible, es como si mi cuerpo no hubiera tenido ningún problema para ponerse al día. No, me desperté al amanecer.

Me tumbo boca arriba, mirando al techo y escuchando el ruido de las sartenes y los platos que venían del piso de abajo, junto con las suaves voces de los peones que pasaban por la cocina mientras se preparaban para empezar el trabajo del día.

Mis dedos se enroscan y desenroscan a mis lados mientras mi cuerpo me insta a moverme.

Porque, contrariamente a la mala opinión que mi padre tenía de los futbolistas, no solíamos holgazanear y no hacer nada. No, la mayoría de los días, me levantaba tan temprano como cuando vivía aquí, salía a correr antes de dirigirme a las instalaciones de entrenamiento, donde tenía mi acondicionamiento y preparación para nuestro próximo partido: ver películas, reuniones de equipo, revisiones con los médicos y los fisioterapeutas, y cualquier cosa de los medios sociales que nuestro RRPP quería que hiciéramos en ese momento, por nombrar algunos. Mis días estaban repletos, lo que me venía muy bien. Me dejaba menos tiempo para pensar en cosas que no debía.

Me froto la cara con la mano, suelto un suspiro y me incorporo. La cama cruje y siento una punzada de dolor en el hombro. Lo giro hacia atrás, tratando de aflojar los músculos agarrotados. La operación y la fisioterapia me han ayudado, pero intuía que el hombro nunca volverá a ser el mismo.

Agarro unos pantalones cortos limpios y una camiseta, me los pongo y atravieso el pasillo para ir al baño. Cuando ya no tengo nada más que hacer, bajo las escaleras de mala gana.

De la cocina salen animadas charlas y risas mientras me dirijo lentamente hacia allí. Me detengo en la puerta, contemplando la escena que formó parte esencial de mi infancia. La mayoría de las familias estaban formadas por padres e hijos, pero la nuestra… La nuestra era todo eso y mucho más. Mis padres han acogido con los brazos abiertos a todos los peones de rancho que pasaban por estos campos, y se han convertido en nuestra familia improvisada.

—Te lo digo, Margie, ese esposo tuyo se está volviendo cada vez más cascarrabias en su vejez —dice Dylan. El hombre canoso tiene más o menos la edad de mi padre y ha estado en el rancho desde que tengo uso de razón. Hasta ahora, se sentía como un tío honorario para mí cuando era niño.

Mi madre resopla, toda su atención en los huevos revueltos que está preparando.

—Mi esposo siempre ha sido un cascarrabias. La vejez no tiene nada que ver. Algunos días ni siquiera sé cómo lo aguanto.

Su respuesta, la que he oído tantas veces en el pasado, hace reír a los comensales.

—Sabes, si alguna vez decides dejarlo, estoy buscando una esposa.

Justo cuando termina, se abre la puerta trasera y el alto cuerpo de mi padre entra por ella.

—¿Estás ligando con mi mujer otra vez, Dylan? —pregunta papá. Tiene el ceño fruncido que ya conozco.

La sonrisa de Dylan se ensancha.

—Si es una mujer maravillosa y cocina estupendamente.

—Y es mía. Ve a buscarte la tuya —refunfuña papá.

Se da la vuelta y yo aspiro cuando sus ojos se cruzan con los míos. Expulso todo el aire de

mis pulmones mientras nos miramos fijamente, sin decir nada. El tiempo pasa despacio y un silencio inquietante se apodera de la habitación. O quizá todo esté en mi cabeza.

Su ceño se frunce como siempre, con la desaprobación claramente escrita en su rostro.

—Miguel —murmura papá, con los labios apretados mientras me mira fijamente desde el otro lado de la habitación—. Veo que has vuelto.

Esto fue una mala idea. Nunca debería haber venido aquí.

Mamá levanta la cabeza al oír mi nombre y sus ojos se abren de sorpresa cuando se posan en los míos. El susto le dura cinco segundos antes de apartar la sartén y lanzarse sobre mí, con toda su estatura de metro setenta y cinco chocando conmigo con una fuerza digna de un liniero tres veces más grande que ella.

—¡Miguel! —Las manos de mamá me rodean y me abraza—. No me había dado cuenta de que te habías levantado. ¿Por qué no me dijiste nada? —Da un paso atrás, sus manos se deslizan hasta mis hombros y me abraza con una sonrisa radiante que se ensancha mientras sus ojos se empañan con lágrimas no derramadas—. ¡Mírate! Dios, cómo te he echado de menos.

—Hola, mamá —sale ronco, con la voz tensa por la culpa de haberla hecho llorar.

Culpa por haberla ignorado durante los últimos años, aunque no se lo merecía en absoluto.

Sólo… culpa.

Se seca las lágrimas antes de volver a abrazarme con fuerza. Margaret Fernandez podía medir treinta centímetros menos que yo, pero era una fuerza a tener en cuenta. Mi cuerpo se relaja en sus brazos mientras me envuelve su aroma familiar. Aire fresco, heno y flores silvestres mezclados con una pizca de azúcar que siempre asocié con mi madre.

—Es tan bueno tenerte de vuelta en casa —susurra suavemente, aferrándose un segundo más antes de retirarse—. Vamos, vamos, siéntate. —Me empuja hacia la silla desocupada—. El desayuno está listo.

Veo a mi padre con los ojos clavados en mí. Se me revuelve el estómago. Aún no ha dicho nada, aunque ¿qué se puede decir? Nos despedimos hace cuatro años y, después de eso, me sorprendió que me dejara quedarme aquí.

—No tenías que molestarte por mi bien.

—¡Calla! —Mamá me da una palmada en el hombro y me empuja hacia la mesa. Sólo cuando estoy sentado vuelve a los fogones. toma la sartén con huevos revueltos y la pone sobre la mesa junto con el tocino—. Todos tenemos que comer algo.

—Y todo el mundo sabe que Margie es la mejor cocinera de los alrededores, ¿no es así? —Me giro hacia Dylan para encontrarlo mirándome con sus ojos oscuros, la boca curvada hacia arriba—. Bueno, que me aspen, ¿Miguel Fernández ha decidido volver a casa a visitar a su familia? Creía que eras demasiado bueno para nosotros, la gente normal, ahora que eres una superestrella de la NFL.

Me froto la nuca, sintiéndome de repente cohibida por su cumplido.

—Difícilmente soy una superestrella.

—Oh, por favor —me da una palmada en el hombro herido, y tengo que contener una mueca de dolor—. Ayudaste a tu equipo a llegar hasta los playoffs la temporada pasada. Estoy seguro de que todo el mundo en el pueblo piensa que eres una superestrella.

La silla chirría estrepitosamente contra el suelo mientras mi padre toma asiento a la cabecera de la mesa, haciendo todo lo posible por evitar mirarme. ¿Esperaba algo diferente? Tal vez me echaría. Pero si mamá insistía en que viniera, era imposible que lo hiciera. Así que supongo que estábamos jugando a ignorarnos, lo cual me parecía más que bien.

Vuelvo a centrar mi atención en el hombre que está a mi lado.

—Bueno, el equipo es increíble, y estoy emocionado por volver a jugar.

—¿Cómo va ese hombro tuyo?

La hago rodar instintivamente, sintiendo esa punzada en la articulación.

—No está tan mal. Sigo haciendo fisioterapia y espero estar al cien por ciento para el comienzo del campamento de verano.

—Es increíble oír eso. Todos estamos…

—¿Quieres dejar de parlotear y ponerte a desayunar? —pregunta papá mientras clava el tenedor en un trozo de tocino y me mira con los ojos entrecerrados—. Algunos tenemos trabajo de verdad.

Todo mi cuerpo se pone rígido ante las duras palabras de papá.

Por supuesto que pensaría eso. Era una de nuestras principales peleas, incluso cuando yo jugaba en el instituto. Para él, el fútbol era sólo un juego, y no creía que mereciera toda la atención que yo le prestaba.

Supongo que algunas cosas nunca cambian.

—¿Ves lo que te dije? Un maldito gilipollas gruñón. —Dylan sacude la cabeza, sin preocuparse lo más mínimo por la dura mirada que le dirige—. Ha estado insufrible los últimos días. Cualquiera diría que está contento de tener a su hijo en casa.

Los ojos de papá se cruzan con los míos durante una fracción de segundo antes de apartarse de la mesa.

—He terminado. Te veré afuera.

Un pesado silencio cae sobre el lugar diciendo más de lo que podrían decir las palabras.

Observo la espalda de mi padre mientras sale de la casa en dirección al granero. Aaron se encuentra con él a medio camino, con un niño pequeño a su lado. El hijo de Aaron. No he visto a mi sobrino desde que era un bebé. Veo cómo papá se inclina y le alborota el cabello al niño, antes de que los tres se dirijan juntos al granero. Siento un pinchazo en medio del pecho: celos.

Una mano se posa en mi hombro y, al levantar la vista, veo a mamá dedicándome una suave sonrisa.

—Ya se le pasará.

No, no lo hará. No ha sucedido en todos estos años, así que no veo que eso cambie pronto.

¿Esa molestia de la que hablaba Dylan? Era por mí. Porque lo último que quería mi padre era tenerme de nuevo bajo su techo, aunque fuera temporalmente.

Mi teléfono suena en cuanto entro en los límites del pueblo. Después del tenso desayuno, ayudo a mamá a limpiar y hago mis ejercicios físicos, lo que me deja apenas tiempo para una ducha antes de tener que salir para encontrarme con Emmett en la ciudad.

Al comprobar la pantalla, se me levanta la comisura de los labios, pulso el botón de respuesta y la llamada se conecta.

—¿Ya me echas de menos, viejo?

Se hace un silencio y, por un momento, pienso que podría haberme colgado, pero entonces la voz hosca de mi compañero de equipo se extiende por la cabina.

—¿A quién llamas viejo, novato?

—Novato, una mierda. ¿No crees que ya es hora de que dejes de llamarme así? Creo que me merezco el ascenso después del año pasado.

—Lo que te mereces es que te den por el culo para que aprendas cuál es tu sitio. ¿Besas a tu

madre con esa boca, Fernández?

—Claro que sí, y no he oído ninguna queja. Además, tienes que afrontar la verdad. Eres un viejo para los estándares de la liga, Walker. Acéptalo de una vez.

Blake Walker es uno de los lineros del equipo de los *Lonestars*, capitán de la defensa y, a sus treinta y cuatro años, uno de los jugadores más veteranos del equipo. Me tomó bajo su protección en cuanto entré en las instalaciones, y hemos estado en sintonía desde el primer día. No sé si vio algo en mí, una especie de potencial, o si simplemente apreciaba el hecho de que hubiera un chico en el equipo por el que no tuviera que preocuparse de meterse en problemas fuera del campo. Fuera cual fuera la razón, congeniamos dentro y fuera del campo, y eso se notó.

—Y una mierda, aún puedo correr más que tú cualquier día de la semana, novato.

—Siempre puedes *intentarlo* —señalo, incapaz de ocultar mi sonrisa burlona.

A pesar de su palabrería, estamos bastante igualados. Puede que yo fuera un poco más rápido, pero todos los años en la liga le enseñaron a Blake a ser calculador, lo que nos puso en igualdad de condiciones.

—Oh, créeme, en cuanto vuelvas, te demostraré lo equivocada que estás. —Hay un silencio —. ¿Cómo es estar de vuelta en casa?

La interacción de esta mañana destella en mi mente.

—Se siente… bien.

No me gusta hablar de mi familia, pero Blake estaba conmigo cuando Emmett me invitó a la boda. No entendía mi reticencia, que, en retrospectiva, tiene razón. Mi mejor amigo se va a casar, y debería estar emocionado por ello. Así que le conté cómo y por qué me fui. Era difícil explicar nuestra dinámica a la gente. Mientras que la mayoría de los padres estarían encantados de saber que su hijo estaba jugando profesionalmente, mi padre piensa que estoy perdiendo el tiempo jugando a un juego y actuando como un crío inmaduro, lo cual no podría estar más lejos de la realidad.

—Así de bien, ¿eh?

—Sí —murmuro, con los dedos apretados alrededor del volante a medida que aparecen más casas en mi campo de visión.

—¿Cuándo es la boda?

—En dos semanas. Después de eso, me voy de aquí.

Tenía que terminar la fisioterapia para que me autorizaran a unirme a mis compañeros para la próxima temporada. Oh, diablos, tal vez incluso me vaya de vacaciones. Después de esto, Dios sabe que me las merezco.

—Nunca se sabe. Pueden cambiar muchas cosas en dos semanas.

Sacudo la cabeza, aunque sé que no puede verme.

—No hay nada que me retenga aquí.

Me encanta mi vida en Austin. Allí soy feliz haciendo lo que estaba destinado a hacer, pero más que eso, no pienso quedarme en un sitio donde no me quieren.

Y eso piensa más de una persona.

Porque incluso si por algún milagro mi padre cambia de opinión, todavía está *ella*.

Y definitivamente no quiere verme aquí.

Su huida de ayer como si el diablo le pisara los talones es una prueba de ello.

—Si tú lo dices…

—Créeme, lo último que quiere la gente de aquí es que me quede. Estoy aquí para la boda, y eso es todo.

Al girar en la calle principal, el viejo y descolorido letrero de la cafetería se ilumina con el

sol de última hora de la mañana.

—Ahora tengo que irme. El futuro novio me está esperando.

—Buena suerte. Hablamos pronto.

Me despido, cuelgo la llamada y entro en el estacionamiento. El lugar está lleno de camionetas, así que miro a mi alrededor en busca de un hueco libre cuando diviso una camioneta blanca y polvorienta. Mi mejor amigo está apoyado en ella, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ha sustituido su gorra de béisbol por un Stetson. El ala le cubre la cara y la mantiene oculta a la vista.

Acerco la camioneta a su lado, apago el motor y salgo.

Emmett se baja de su camioneta y viene a mi encuentro.

—Hola, hombre, mucho tiempo…

Las palabras se me mueren en la lengua cuando su puño me golpea las tripas, haciéndome doblarme.

—Joder —siseo, con las manos cubriéndome el medio mientras el dolor me recorre. Levanto la vista y le fulmino con la mirada—. ¿Por qué demonios ha sido eso?

—Prometí que te haría pagar si la hacías llorar, ¿o lo olvidaste?

No me molesto en pedirle explicaciones. Ambos sabemos quién es la *mujer de la que* habla. La advertencia que me hizo hace tantos años.

Para mí, Becky era una amiga antes de convertirse en mi todo, pero para Emmett era la hermana que nunca tuvo, y decir que era protector con ella sería quedarse corto.

—Deberías sentirte afortunado de que no te rompiera la nariz en su lugar, pero Kate me hizo prometer que no lo haría. Algo sobre las fotos de la boda, al parecer.

—Qué suerte —murmuro secamente mientras me enderezo hasta alcanzar toda mi estatura—. Además, ¿qué culpa *tengo yo*? Ni siquiera estaría aquí si *tú*… —Le clavo el dedo en el pecho—, no me hubieras invitado a venir.

—¡Bueno, dijiste que te ibas a casa! —protesta Emmett—. Pensé en pasarme por su casa esta mañana y decírselo. Aunque, en serio, ¿por qué te creí? No tengo ni idea.

—Siento decepcionarte —digo secamente—. Además, sabías desde hace unas semanas que iba a venir.

Emmett se quita el sombrero de la cabeza y se pasa los dedos por el cabello.

—Sí, bueno, los dos sabemos lo testaruda que puede llegar a ser Becky. No puedes venir y hablar con ella de algo si se empeña en no hacerlo. Y créeme cuando te digo que *no quiere* hablar de ti. Lo he intentado.

Sus palabras no deberían doler, pero lo hacen.

Levanto la mano, frotándome el centro del pecho.

—No me sorprende en absoluto.

Al principio, me lo esperaba. Incluso lo esperaba. Esperaba que Emmett me llamara y me echara la bronca a kilómetros de distancia por haber hecho daño a su mejor amiga. Pero la llamada nunca llegó, e incluso cuando hablamos, no lo mencionó. No hasta que le dije que habíamos terminado.

—Me alegro de verte, viejo —dice Emmett, sacándome de mis pensamientos mientras me abraza con un solo brazo.

Le doy una palmada en el hombro.

—Lo mismo digo.

A pesar de toda la mierda que está pasando con Rebecca y mi padre, me alegro de ver a mi mejor amigo. Nuestros caminos se cruzaron apenas un puñado de veces en el último par de años,

principalmente cuando el fútbol nos unió.

—Vamos, vayamos al restaurante de Letty. Seguro que echas de menos algo especial.

Mi estómago gruñe ruidosamente en señal de confirmación.

Emmett se ríe entre dientes.

—Eso pensé, vamos.

En cuanto entramos en la cafetería de Letty, todas las cabezas se giran hacia nosotros, lo cual, por suerte, no es mucho ya que es media mañana y la mayoría de la gente está en el campo trabajando.

—Vaya, mira quién ha decidido pasarse por aquí —exclama Letty lentamente, con acento marcado, mientras una de sus cejas se alza—. Todos pensábamos que te habías olvidado de nosotros.

Emmett me da un codazo y lo fulmino con la mirada antes de volver mi atención a la señora mayor. La señora Letty debe de tener por lo menos setenta años. Sólo ella sabe por qué no está jubilada; por otra parte, siempre ha parecido el tipo de mujer a la que tendrían que arrastrar a la tumba directamente desde aquí. Este restaurante era toda su vida y siempre lo ha sido.

—Como si alguna vez pudiera olvidarme de usted, señora Letty —le digo, mostrándole mi sonrisa más encantadora. La que me hizo ganar más de una magdalena extra en mi juventud, pero esta vez, la señora Letty no se mueve. Cruza los brazos sobre el pecho.

—Entonces, ¿hay una buena razón para que no hayas visitado a tu familia en los últimos cuatro años?

Por supuesto, pensaría que es culpa mía; diablos, todos pensaban que yo era el culpable, que quería alejarme y lo hice por despecho o lo que fuera. Nunca nadie pensó dos veces por qué podría no querer volver.

—He estado ocupado. —Me encojo de hombros, no quiero entrar en detalles con ella.

—Ocupado —repite, el escepticismo claro en su voz—. Bueno, chicos, tomen asiento y vendré por su pedido en un momento. O, ya saben, en cuatro años.

—Maldita sea, quizá esta no haya sido la mejor idea después de todo —susurra Emmett mientras nos damos la vuelta para buscar un sitio donde sentarnos—. Creo que nunca he visto a Letty guardarle rencor a alguien.

—¿Por qué no me sorprende ser el primero?

Veo un reservado vacío en la parte de atrás, me acomodo en el asiento de cuero y recorro el local con la mirada. El local apenas ha cambiado desde que me fui hace cuatro años. Las mismas mesas de madera oscura, los mismos manteles de cuadros rojos y blancos y los mismos menús de plástico.

—¿Ha comprado algo nuevo? —Pregunto mientras saco un menú y empiezo a mirar la selección.

Emmett se burla.

—¿Conoces a Letty?

—Pregunta estúpida.

Nada cambia mucho por aquí. Si no está roto, ¿para qué arreglarlo?

—¿Qué les sirvo, muchachos? —Pregunta la señora Letty, apareciendo de la nada, con una cafetera en la mano.

—Lo de siempre, señora Letty. —Emmett sonríe a la mujer mayor.

—Por supuesto. ¿Cómo está esa preciosa chica tuya? —pregunta la señora Letty, con una sonrisa radiante en la boca—. ¿Alguna novedad sobre la boda?

—Le va bien. Ha estado ocupada con las cosas de la boda y montando el negocio.

La señora Letty asiente.

—¡Eso he oído! ¿Va a abrir un centro de rehabilitación en el rancho?

—Así es.

—Siempre ha sido buena. Has tenido suerte.

La sonrisa de Emmett se ensancha.

—Lo sé.

—Me alegro de que al menos uno de ustedes aprecie a las buenas mujeres en sus vidas. —Esos ojos afilados se vuelven hacia mí, lanzándome una mirada mordaz. Demasiada sutileza—. ¿Y qué puedo ofrecerle, señor Fernandez?

—¿Señor Fernández? ¿En serio, señora Letty? El señor Fernandez es mi papá.

—No, tu padre es Luis. Tú, señor jugador de fútbol, eres el señor Fernandez —dice mientras nos llena las tazas de café.

—*Ay* —murmura Emmett en voz baja para que Letty no le oiga.

Le fulmino con la mirada. Demasiado para los mejores amigos que se defienden unos a otros.

—¿Qué puedo ofrecerle?

Suelto un suspiro y hago mi pedido -lo que solía ser habitual en el restaurante-, lo que me vale un resoplido antes de que ella se ponga en pie y vuelva al mostrador.

—Hablando de hacer que un hombre se sienta bienvenido —comento secamente, sacudiendo la cabeza.

—Todo es tu maldita culpa. No sólo te alejaste, sino que también rompiste el corazón de Becky en el proceso, y sabes lo mucho que la gente de por aquí la quiere.

Pero ¿y mi corazón?

Nadie me preguntó sobre eso. Nadie me preguntó qué pasó exactamente ese día. Simplemente asumieron que hice algo malo. Cuando, en realidad, fue ella la que se marchó sin darme siquiera la oportunidad de explicarme.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —le pregunto, cambiando de tema a la razón por la que vine aquí en primer lugar.

Emmett suelta un gemido.

—Bueno… Mamá y Mabel tienen todas esas ideas que no paran de lanzarnos, a pesar de que Kate fue bastante específica al decir que quiere una boda *pequeña*.

—Sí, buena suerte con eso, amigo.

No hay tal cosa como una boda pequeña aquí en Bluebonnet. Es un asunto de todo el pueblo, y teniendo en cuenta lo queridos y respetados que son los Santiago en la comunidad, tendrán suerte si consiguen contenerlo del todo.

—Sólo quiero que termine para poder disfrutar de mi mujer.

—Me cuesta creer que no la estés disfrutando ya. —Frunzo el ceño, pero él se limita a tararear sin compromiso. No es que esperara otra cosa. Kate siempre estuvo fuera del alcance de cualquiera—. ¿No se han ido a vivir juntos?

Recuerdo que Emmett mencionó que le pidió oficialmente a su padre comprar una parte de las tierras de Santiago hace un par de años, más o menos cuando le propuso matrimonio a Kate. Desde entonces, se ha dejado la piel construyendo su casa, que ha terminado hace poco.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de mi amigo.

—Así es, pero estoy listo para llamarla mi esposa. Llevo años preparado, ya lo sabes.

Lo hago. Emmett se habría casado con ella nada más salir del instituto. Así de loco estaba por ella. Diablos, se habría casado con ella el primer día que la conoció. Y punto. Una parte de mí pensaba que estaba loco, pero sabía que acabarían juntos.

A Kate no le importó ir con él a la universidad, me recuerda una voz amarga. *Es difícil trabajar en una relación cuando una de las partes no está implicada al cien por cien.*

—Sólo unas semanas más.

—*Dos* semanas —corrige Emmett, dejando escapar un suspiro exagerado—. Dos semanas de más si me preguntas, pero supongo que tendrá que valer.

—Vamos, has esperado todo este tiempo. ¿Qué son dos semanas más? —Levanto la taza y le doy un sorbo al café.

Maldita mierda.

Estoy a punto de escupir el café en la taza cuando aparece la señora Letty con nuestra comida a cuestas. Una de sus afiladas cejas se levanta mientras me observa.

—¿Va todo bien?

Me obligo a tragar el café. No permitiré que esa mujer me vea retorcerme.

—Perfecto.

Esos ojos atentos se quedan mirándome un momento más antes de que nos ponga la comida delante.

—Chicos, buen provecho.

Muy poco probable.

El músculo de mi mejilla se tuerce por la sonrisa forzada, pero no la dejo caer hasta que me da la espalda y vuelve con sus otros clientes, asegurándose de que están todos listos y rellenando los cafés.

Con una olla diferente.

Hijo de puta.

—¿Qué ha sido eso? —Emmett me pregunta mientras come.

—¿Está bien tu café?

—Sí. —Emmett frunce el ceño—. ¿Por qué?

—Porque el mío es como si alguien hubiera tirado una bolsa entera de azúcar en él, por eso.

Malditos pueblerinos ruidosos.

—Oh, mierda —Emmett estalla en carcajadas, el sonido atrae algunas miradas curiosas hacia nosotros—. Esto está buenísimo. Así se hace, señora Letty.

Le doy una patada por debajo de la mesa.

—¿De qué lado estás?

—¿Cuándo se trata de este tema en particular? De la señora Letty.

—Por supuesto. —Clavo el tenedor en la salchicha y la levanto para poder olerla tentativamente, lo que sólo hace que Emmett se ría más—. Sigue riéndote a mi costa, Santiago.

—No puedes negar que es divertido.

—Oh, *claro*. No hay nada más divertido que tener diabetes porque una anciana tiene una venganza contra ti. ¿Por qué tengo la sensación de que puede haber escupido en mi comida? —pregunto, mirando con desconfianza a la mujer que se detiene junto a otra mesa, toda sonrisas—. Letty me quiere.

—Si yo fuera tú, me preocuparía si ella puso algún tipo de laxante dentro de la comida. —Emmett toma la cátsup y pone un poco sobre sus papas fritas.

Vuelvo a dejar el tenedor en el plato. De repente se me quita el apetito.

—Gracias.

—Oye, puede que te haya querido alguna vez, pero las cosas cambian, amigo. —Aparta la botella, sus ojos se cruzan con los míos, y la diversión que había en ellos desaparece—. Puede que al principio no lo parezca, pero las cosas han cambiado, incluso por aquí.

Un escalofrío de inquietud me recorre la espalda.

Por alguna razón, no creo que sólo se refiera al extraño comportamiento de Letty.

—¿Entonces por qué me invitaste a volver?

Emmett se limita a observarme desde el otro lado de la mesa durante un momento, sin decir una palabra. Justo cuando creo que va a ignorar mi pregunta, dice:

—Porque, independientemente de lo que haya pasado en los últimos años, eres mi mejor amigo y quiero que estés a mi lado el día más feliz de mi vida. Puede que no sepa lo que pasó porque los dos son demasiado testarudos para decir algo, así que ni siquiera voy a intentarlo y, después de esta conversación, voy a dejar de darte la lata con todo este tema, pero dime una cosa.

Me pican los dedos de las manos, pero me obligo a quedarme quieto.

—¿Qué?

—¿Mereció la pena?

No tengo que pedirle explicaciones. Lo sabía. Le conocía. Emmett nunca antepondría su carrera a su familia, a la persona que ama, pero yo no era mi mejor amigo. Mi familia me odiaba por el camino que tomé. La mujer que amaba se alejó de mí sin darme una oportunidad, ¿merecía la pena? Tenía que merecerlo. Porque mi sueño era lo único que me quedaba.

Me paso la mano por el cabello y suelto una risita sin gracia.

—Juego en la maldita NFL, ¿qué te parece?

Espero que Emmett se ría conmigo, pero se queda callado, con el rostro completamente serio.

—Creo que esa no es la respuesta.

—Bueno, es la verdad. —Dejo caer la mano sobre la mesa—. Estoy viviendo mi sueño.

Completamente solo. En un lugar que no es mi hogar. Lejos de la gente que una vez fue mi familia.

—Estoy jugando al juego que amo al nivel más alto posible y ganando una mierda de dinero mientras lo hago. Todo lo que tú también podrías haber tenido, si lo hubieras querido.

—Quizá podría haberlo hecho, pero ése nunca fue mi camino. —Sacude la cabeza—. No me malinterpretes, quiero que seas feliz, Miguel…

—Soy feliz, maldita sea.

—Vale. Me alegra oírlo. Sólo me preocupo por ti, eso es todo.

—No hay necesidad de que ninguno de ustedes se preocupe. Estoy bien. —Echo los hombros hacia atrás, sintiendo ese tic familiar.

Emmett también lo nota, porque inclina la barbilla en mi dirección mientras extiende el tenedor y toma el trozo de salchicha que he cortado.

—¿Cómo va ese brazo?

Observo cómo mastica despacio, deseando relajarme.

—Sigo trabajando en ello, pero estará como nuevo para el comienzo del campamento de verano.

—Más vale que así sea. Estuvieron tan cerca de ganar ese maldito trofeo, y en tu primera temporada, nada menos. Estoy orgulloso de ustedes, amigo.

—Gracias. Fue un año duro.

—¿La gente te da problemas?

—No, nada de eso. El equipo está bien y hemos trabajado bien. Creo que tienen una buena mezcla de novatos y veteranos, lo que sin duda ha ayudado.

—Tiene sentido —Emmett asiente—. Tener un buen equipo siempre es la clave. Por cierto, la comida sabe bien. Creo que estás a salvo de cualquier laxante.

Miro con escepticismo mi plato.

—Sólo el tiempo lo dirá.

—Supongo que en eso tienes razón.

Aun así, tomo el tenedor y pruebo los huevos revueltos. Emmett tenía razón, sabían bien. Mejor que buenos, en realidad. Y como apenas había probado la comida esta mañana después de la interacción con papá, me moría de hambre.

Son sólo un par de semanas. Puedes hacerlo.

—¿Necesitas que te ayude con algo para la boda? ¿Vamos a hacer una despedida de soltero? Estoy seguro de que podría reservar un viaje a Las Vegas y…

—Nada de Las Vegas. —Emmett sacude la cabeza—. He pensado que haremos una fiesta en el lago. Como en los viejos tiempos, solo que esta vez también invitamos algunos de mis amigos de la universidad. Pero puedes traer el alcohol si realmente quieres ayudar. Aparte de eso, todo está más o menos resuelto. Papá y yo seguimos trabajando en el arco para la ceremonia, pero eso también debería estar listo esta semana.

—¿Arco?

—Sí, Kate vio este arco de madera en Pinterest o algo así, y pensó que quedaba bien. —Se encoge de hombros—. Así que hablé con papá y Bradley, y decidimos construirlo.

Por supuesto que sí.

—Bueno, si necesitas ayuda, házmelo saber. Siento que me voy a volver loco aquí si sigo sentado sin nada que hacer.

—Si necesitas trabajo, siempre hay algo que hacer por aquí. ¿O como eres una estrella para trabajar en un rancho?

—Tus bromas se están haciendo viejas, Santiago.

—Todavía me estoy riendo.

En ese momento suena su teléfono. Lo agarra, mira la pantalla y suelta un largo suspiro.

—El deber me llama.

Se levanta y saca la cartera del bolsillo, pero le hago un gesto para que se vaya.

—Yo invito.

—¿Seguro?

—Vete ya.

—Vale, ¿hablamos pronto? Podemos ir a tomar algo a La Cabaña una noche.

—Suena como un plan.

Levanta la mano y contesta al teléfono mientras se dirige a la puerta. Me quedo sentado un momento más, terminando de comer. Saco unos billetes y los pongo sobre la mesa mientras me levanto.

La señora Letty me fulmina con la mirada durante todo el camino hasta la puerta, así que me aseguro de sonreír mientras empujo la puerta y me deslizo en la calurosa tarde texana.

Sé que probablemente debería volver al rancho, pero no estaba listo para otra ronda con mi padre. Todavía no.

Tal vez podría encontrar un lugar para sentarme y trabajar un poco.

Me detengo junto a mi carro y agarro la mochila del asiento del copiloto antes de bajar a la calle. Algunas personas lo suficientemente valientes como para salir a la calle bajo un calor abrasador asienten con la cabeza en señal de reconocimiento. Les devuelvo el gesto, pero no me detengo a charlar con ellos. En lugar de eso, observo la mezcla de tiendas antiguas y nuevas de Main Street hasta que mi mirada se posa en la cafetería recién inaugurada.

Rincón de lectura.

Perfecto.

Juro que aún siento en la lengua el azúcar que Letty puso en mi café. No me importaría cambiarlo. Cruzo la calle y abro la puerta de un empujón. El aire acondicionado me estalla en la cara en cuanto entro, un suave *timbre* se extiende por el local mientras la mujer que está detrás del mostrador gira la cabeza hacia mí.

—Diablos…

Las palabras mueren en sus labios mientras ella parpadea, sorprendida, y un destello de dolor relampaguea en esos familiares ojos avellana cuando se posan en los míos.

Los ojos que solían mirarme con tanto amor.

—Rebecca.

CAPÍTULO SEIS

Rebecca

—Hola, ya he terminado por hoy. —La oscura cabeza de Jessica se asoma a la cocina y mira a su alrededor, observando el desorden—. ¿Estarás bien sola? Puedo quedarme si…

—No te preocupes, estaré bien. —Me quito el polvo de las manos—. ¿Me das cinco minutos para terminar aquí?

—Puedo hacerlo. —Inclina la barbilla hacia las galletas de mantequilla de cacahuete recién horneadas—. Querrás traerlas contigo. Tal vez incluso las magdalenas. Nos estamos quedando sin nada.

¿Por qué no me sorprende?

—Lo haré.

Con una inclinación de cabeza, Jessica deja que la puerta se cierre y vuelve a la parte delantera de la cafetería. El lugar ha estado lleno de clientes desde el momento en que lo abrí. Parece como si la mitad de Bluebonnet necesitara hoy café o golosinas, y tenía la sospecha de que tenía menos que ver con su deseo de dulces y más con los últimos cotilleos.

Dios bendiga a la pequeña Jessica Richards por intervenir como una profesional después de que la llamara y por permitirme esconderme en la cocina y concentrar mi frustración en hornear.

Jessica era un año más joven que Matthew, y mientras mi hermano menor eligió ir a la universidad en la otra punta del país, Jessica se quedó en Bluebonnet y asistió a la misma universidad local que yo.

A principios de esta primavera, la cafetería estaba muy concurrida, así que ella se ofreció. Y aunque yo no era de las que ceden el control fácilmente, la cafetería ha crecido últimamente. Si a eso le añadimos toda la locura de la boda que sabía que se me venía encima, tuve que admitirme a mí misma que no podía hacerlo todo sola. Pero con todo lo que estaba pasando ahora, estaba más agradecida que nunca por su ayuda.

Me acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja, voy al lavabo y me lavo las manos antes de agarrar dos bandejas de golosinas frescas y pasar al frente.

Jessica no mentía. Había bastantes mesas ocupadas y una cola de clientes esperando a ser atendidos.

—¿Estás segura de que estarás bien? —Jessica vuelve a preguntar mientras termino de acomodar las galletas.

Si la situación fuera diferente, le habría pedido que se quedara, pero el otro día la oí hablando con una de sus amigas de ir de compras.

—Sí, vete. Diviértete.

Jessica asiente, se quita el delantal y se escabulle detrás del mostrador. Me vuelvo hacia el siguiente cliente y me doy cuenta de que es Nico. Va vestido con su uniforme de policía y lleva los dedos engarzados en los aros del cinturón del pantalón.

Me mira por un momento antes de que una pequeña sonrisa aparezca lentamente en su rostro.

—¿Un día ocupado?

—Aparentemente, todo el mundo tiene antojo de café hoy.

Nico echa un vistazo a la cafetería y se da cuenta de que algunas personas nos miran con curiosidad.

—Mhmm… No estoy seguro de que el café sea lo único que les interesa.

—Bueno, el café es lo único que van a conseguir. ¿Qué puedo ofrecerle, oficial?

—Dos cafés negros y… —Mira el expositor y se le ilumina la cara—. ¿Son galletas de

mantequilla de maní?

—Claro que sí. Acabo de hornearlas.

Nico gime suavemente.

—Maldita sea, Becky. Me estás matando. Vale, dame una docena de esas también.

—¿Una docena? —Tomo una caja y unas pinzas y empiezo a empaquetar su pedido—. Por favor, dime que no piensas comértelas todas tú solo.

—Ojalá. La última vez que las traje a la estación, tuve que pelearme con todo el mundo para tener *una*, así que pensé que era mejor prevenir que curar esta vez.

—Es muy amable por tu parte. —Cierro la tapa de la caja y la dejo junto a la registradora antes de empezar con los cafés—. ¿Has terminado por hoy?

Nico resopla.

—En unas ocho horas más o así. Pensé que un buen café no vendría mal.

La comisura de mi boca se curva hacia arriba ante el cumplido. Me rompí el culo para construir este café de la nada, y yo estoy feliz y orgullosa de que la gente de Bluebonnet quiere apoyarme.

—Gracias. —Pongo los dos cafés en el mostrador junto a la caja con las galletas—. Eso será…

Antes de que pueda girarme hacia la caja registradora, la mano de Nico cubre la mía y baja la voz para que sólo yo pueda oírle.

—¿Cómo estás?

Parpadeo, levanto la vista de nuestras manos unidas y miro sus ojos castaños, y parte de la felicidad que sentía hace un momento se desvanece.

—Estoy bien.

—Ayer saliste corriendo. Estaba preocupado por ti.

—No empieces tú también. No hay nada que…

El timbre de la puerta suena justo a tiempo para salvarme.

—Demonios… —Me giro hacia la puerta, pero es como si me hubiera atropellado un semirremolque.

Esto no puede estar pasando.

Pero lo está.

Porque esa es mi suerte.

Las palmas de las manos se me humedecen, el corazón me late tan fuerte que oigo su eco en los tímpanos, apagando todos los demás sonidos.

Porque está aquí.

Miguel Luis Fernandez.

De todos los lugares de esta ciudad a los que podría haber ido, está aquí.

—Rebecca.

Mi nombre es un ronco graznido que me produce un escalofrío. Hace tres años que no hablamos ni nos vemos, y mi cuerpo sigue reaccionando ante él como siempre.

Tres malditos años.

Hace tres años que nadie me llama por mi nombre completo.

Siempre he sido Becky para la mayoría de mis amigos y familiares.

Pero no a Miguel.

No cuando estábamos los dos solos.

Sólo que esta vez, no estamos solos.

Se me forma un nudo en la garganta que me dificulta la respiración.

Había media docena de residentes de Bluebonnet que estaban sentados en el borde de sus asientos mientras veían cómo se desarrollaba esto.

Mierda.

Abro la boca, para decir qué, no estoy segura, pero Nico es más rápido. Se da la vuelta y veo que todo su cuerpo se prepara para un ataque.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí, Fernandez?

La mirada de Miguel se detiene en mí un instante más antes de dirigirse a Nico.

—Yo supondría lo mismo que tú, tratando de conseguir un poco de café.

Nico abre la boca, pero le rodeo el brazo con los dedos.

—No lo hagas —le susurro, aunque es inútil. El único sonido que llena el espacio es la radio que suena suavemente de fondo. Todos los demás se han callado, con los ojos puestos en nosotros, esperando a ver qué pasa.

Pero no son sus miradas las que más queman.

Son los ojos de Miguel los que se clavan en el lugar donde mi mano descansa sobre el antebrazo de Nico.

Retiro la mano, juntando los dedos.

Nico se vuelve hacia mí, con las cejas fruncidas.

—No tienes que hacer esto, Becky.

Sin embargo, se equivoca.

Tengo que hacerlo. Ya estamos montando una escena; echar a Miguel de *The Reading Nook* sería la comidilla de la ciudad, y eso era lo último que quería.

—Rompimos hace años. Todo va a salir bien —murmuro en voz baja y me dirijo a la caja registradora. Tardo un par de intentos, pero finalmente consigo el total correcto. Nico niega con la cabeza antes de darme el dinero.

—Si te da algún problema, me llamas.

Asiento, pero permanezco en silencio. Nico se da por vencido y toma sus cosas. Al salir, se acerca a Miguel. Veo que Nico mueve los labios, pero no puedo descifrar las palabras por el zumbido de mis oídos.

Miguel aprieta la mandíbula, pero no muerde el anzuelo. Sus ojos oscuros se cruzan con los míos y, lentamente, acorta la distancia que nos separa.

—Q-qué… —Mi voz sale ronca, así que me aclaro la garganta—. ¿Qué haces aquí?

—Esto es una cafetería, ¿verdad? —Mira a su alrededor como si estuviera tratando de averiguar si está en el lugar correcto.

Listillo.

—Sí, esta es *mi cafetería*. ¿Qué quieres?

Me mira un momento, con esos ojos oscuros clavados en mi cara como si me estuviera bebiendo, intentando memorizar cada línea de mi rostro.

—¿Podemos hablar?

¿Hablar? ¿Quiere hablar? ¿Aquí y ahora? ¿Con medio Bluebonnet mirando?

—No tenemos nada que discutir. —Empiezo a dar un paso atrás, pero sus dedos rodean mi muñeca. Mientras que la mano de Nico sobre la mía me resulta agradable, el contacto de Miguel es como si me hubiera quemado. Una descarga eléctrica recorre mi brazo en el momento del contacto y todo mi cuerpo se estremece.

Los recuerdos del pasado relampaguean en mi mente, abrumándome en su intensidad.

No vayas allí.

Recito esas palabras como un mantra. Se me cierran los ojos un momento mientras intento

serenarme.

—Eso es mentira, y lo sabes —dice Miguel, con una nota de irritación en la voz.

¿Mentira?

Abro los ojos de golpe. Me quito la mano de encima, me rozo la muñeca con los dedos y le lanzo una mirada asesina.

—No, no creo que sea una mentira —susurro en voz baja, inclinándome para que solo él pueda oírme—. Hemos dicho todo lo que había que decir. Ahora puedes pedir lo que has venido a buscar o puedes irte.

A Miguel se le desencaja la mandíbula mientras me mira. Por un momento, no sé si quiere estrangularme o darse la vuelta e irse. Pero al final, me sorprende al no elegir ninguna de las dos opciones.

—Café negro. Y dos de esas galletas.

—Está bien, las pondré para llevar…

—Oh, no. —Me dedica una sonrisa, pero no hay nada cálido o cariñoso en ella—. Me quedo aquí.

CAPÍTULO SIETE

Miguel

Noto la mirada de Rebecca clavada en mi cara desde el otro lado del mostrador. Llevaba allí escondida desde que llegué y sólo salía de su pequeño santuario cuando era absolutamente necesario, lo que no ocurría muy a menudo. Por supuesto, este lugar estaba lleno y, al parecer, ella era la única persona que trabajaba.

La he visto moverse detrás del mostrador, haciendo cafés, empaquetando golosinas y hablando con la gente durante las dos últimas horas, mientras yo me quedaba aquí sentado y fingía estar ocupado. La idea de hacer algo de trabajo se vino abajo en cuanto la vi en la cafetería. Con nadie más que Nico. ¿Qué es, su perro guardián?

Sólo de pensarlo me rechinan los dientes, lo cual es una locura. No estamos juntos. Ella puede hacer lo que quiera, salir con quien quiera. Diablos, tal vez ella sale con ese tonto.

Y ahora estoy viendo rojo.

Joder.

La risa de Rebeca se extiende por el lugar y me hace levantar la cabeza. Está hablando con una mujer de nuestra edad que lleva a un niño en la cadera. Una sonrisa genuina se dibuja en la boca de Rebecca mientras extiende la mano para despeinar al niño.

Preciosa.

Es tan jodidamente hermosa cuando ríe. Me duele mirarla, pero no puedo apartar la vista.

Ese es siempre el principal problema cuando se trata de Rebecca. Es difícil estar cerca de ella e imposible alejarse.

Como si sintiera mi mirada clavada en ella, levanta la vista y esa sonrisa desaparece casi de inmediato.

Sus dientes rozan su labio inferior mientras me mira fijamente, con una expresión completamente vacía de emoción. No sé cuánto tiempo nos quedamos así hasta que la mujer por fin llama su atención.

Sacudiendo la cabeza, vuelvo al portátil, pero la pantalla vacía se burla de mí. Demasiado para eso.

Suena el timbre y veo a la mujer pasar por delante del escaparate. Me doy la vuelta, de cara a la tienda, pero el lugar está relativamente tranquilo. Otro hombre se sienta a unas mesas de distancia de la mía, pero toda su atención está puesta en su portátil. Al fondo, un grupo de chicas charlan y se ríen.

Sin nada más que hacer, Rebecca sale de detrás del mostrador y empieza a limpiar algunas mesas. La observo mientras hace todo lo posible por evitarme.

Decido dejarlo, apago el portátil y lo meto en la mochila. Me la echo al hombro y me pongo en pie justo cuando ella pasa junto a mi mesa.

—¿Podemos hablar? —Pregunto pasándome los dedos por el cabello.

Ella finge que no me oye, pero esta vez casi no hay público que nos vea chocar las cabezas, así que no voy a dejarlo pasar tan fácilmente.

—Sabes que soy el padrino de Emmett —digo mientras la persigo—. No puedes evitarme para siempre.

—Puedo hacer todo lo que pueda —murmura en voz baja.

—Ya lo he oído.

Mira por encima del hombro.

—No intentaba ser callada.

—¿En serio? ¿Así es como va a ser?

¿Cómo de testaruda puede ser una persona?

—Ya te he dicho que hemos dicho todo lo que había que decir. Yo no…

—¿Lo dijiste antes o después de que me dieras la espalda y te marcharas? —Aprieto los dientes. La tomo de la mano y la atraigo hacia mí. Choca con mi pecho, separa los labios y respira entrecortadamente; sus ojos color avellana se abren de par en par, sorprendidos, y una descarga eléctrica me recorre.

Hace seis años

—¡Rebecca! —grité mientras corría tras ella, apartando las ramas de los árboles de mi camino. Noté cómo una se clavaba en mi piel y sé que me hará un corte, pero me da igual.

Lo único que importaba era la mirada de dolor en los ojos de Rebecca y que yo era quien la había puesto allí. Ahora estaba huyendo y mi corazón latía tan rápido que juraría que se me iba a salir del pecho.

—¡Joder! Rebecca, espera.

—Déjame en paz, Miguel —grítame gritó ella, pero no se molestaba en frenar.

—No te voy a dejar aquí.

Por fin capté un destello rojo a la luz de la luna.

Allí.

Empujándome con más fuerza, empecé a alcanzarla hasta que mis dedos rodearon su muñeca y la atraje hacia mí. Rebecca chocó con mi pecho y la rodeé con los brazos.

—Suéltame, Miguel —protestó ella, intentando zafarse de mi agarre.

Se agitó entre mis brazos, su cuerpo se frotaba contra el mío mientras se daba la vuelta y sus palmas me presionaban el pecho. Donde antes había tristeza, ahora hay rabia, y noto cómo se aflojaba ligeramente el agarre de mi corazón. A la Rebecca enfadada puedo soportarla.

—No voy a dejar que te escapes.

Me clavó el dedo en el pecho.

—Suéltame o voy a gritar.

Agarré sus manos con las mías para evitar que me pinche.

—Como si alguien fuera a oírte tan lejos en el bosque.

Sus fosas nasales se inflaron al inhalar profundamente, echando las manos hacia atrás.

—No estoy bromeando, Miguel.

Me encogí de hombros, sabiendo que sólo conseguiría cabrearla aún más.

—Adelante, te reto.

Ni siquiera llegué a terminar antes de que empezara a abrir la boca, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, la atraje más hacia mí, mi boca chocando con la suya.

Presente

—¿Yo? —suelta una carcajada, sacándome de mi caída por el carril de los recuerdos. Me suelta la mano, y esta vez la dejo—. ¿*Me estás reclamando* eso?

Se le ha ido todo el color de las mejillas, lo que hace que resalte aún más esa espolvoreada de pecas que siempre le aparecían en los meses de verano en el puente de la nariz. Rebecca siempre odió esas pecas. Pensaba que la hacían parecer una niña pequeña. A mí, en cambio, me encantaban todas y cada una de ellas. Recuerdo que las miraba fijamente, las trazaba con la punta del dedo y, más tarde, con la boca, mientras salpicaba de besos cada centímetro de su cuerpo.

¿Cómo es posible que alguien parezca tan diferente y, sin embargo, exactamente igual tres años después?

Parece toda una vida, pero también que no ha pasado suficiente tiempo.

Levanto la mano y la aprieto contra el punto que me duele en medio del pecho. Es exactamente el mismo punto en el que se abrió un agujero el día que se alejó de mí, sin querer siquiera escuchar lo que tenía que decirle.

Creo que esa parte fue la que más me dolió.

—¿Te fuiste o no te fuiste?

Ella, la única persona que decía amarme incondicionalmente, la única en la que me permití confiar, me dio la espalda y se largó.

Las uñas se clavan en mi piel, un mordisco de dolor me sube por el brazo.

—¿Qué demonios se supone que tenía que hacer? ¿Qué? Quedarme ahí y esperar…

En ese momento, suena el timbre de la puerta, interrumpiendo todo lo que quería decir. Aprieta los labios antes de volverse hacia la puerta.

Pero sigo sin poder apartar la mirada de ella.

Me la bebo como un sediento en el desierto, intentando memorizar todo lo que es Rebecca Williams.

El rojo de su cabello parece más oscuro. La forma en que la camiseta negra de tirantes se ciñe a su pecho. La forma en que los jeans recortados muestran sus largas y bronceadas piernas y la curva de su culo.

Contrólate, amigo. Sacudo la cabeza, salgo de mis pensamientos y desvío mi atención hacia la puerta para encontrarme con dos de los mayores cotillas de pie en el umbral, mirándonos con interés.

—Miguel Fernandez, he oído las historias, pero no podía creer que hubieras vuelto a casa después de tanto tiempo —dice la señora Miller mientras se adentra en el café, con su mano huesuda agarrando el mango de su bastón de madera, y la señora Tyson pisándole los talones—. ¿Qué te trae por aquí?

Abro la boca, pero antes de que pueda decir una palabra, la señora Tyson se burla.

—¿Qué crees que está haciendo aquí? El chico por fin se sacó la cabeza del culo, así que vino a casa a arreglar las cosas, Trish.

—Ya lo sé, Milly. —La otra mujer sacude la cabeza exasperada—. Sólo quiero que *él* también se dé cuenta.

—Es un *hombre*. Ya sabes cómo son. Si no le muerde el culo, no lo ve. Mi difunto George era así. Que Dios lo tenga en su gloria —.

—¿Te refieres al diablo? Ese hombre era insufrible en un buen día.

—Pero creo que Miguel aún tiene esperanza. Ha vuelto, después de todo.

—Lo que es es que Miguel *se va* —aprieta Rebeca entre dientes apretados, con una sonrisa falsa dibujada en la cara—. Acabo de oír que la señora Fernandez le ha llamado para que lleve harina a casa y pueda terminar de preparar la cena.

Parpadeo, inseguro de haberla oído bien.

—Oh Dios, no puedes hacer esperar a tu madre. —La señora Tyson asiente con decisión.

Sin dejar de mirar a Rebecca, esbozo una sonrisa.

—Ni se me ocurriría.

La señora Miller me da una palmada en el hombro.

—Después de todo, tienes más de una mujer en tu vida a la que tienes que compensar. Vamos, Milly, veamos lo que Becky horneó para nosotras hoy.

Las mujeres entrelazan las manos y se dirigen hacia el expositor de cristal, pero no dudo lo más mínimo de que están escuchando atentamente todo lo que decimos.

Me acerco más, inclinándome para que mis labios rocen prácticamente la concha de la oreja de Becky. Tan cerca, su dulce aroma invade todos mis sentidos. Rosas, jazmín y azúcar mezclados con algo propio de Rebecca.

Mi mirada se cruza con la suya, observando esas largas pestañas que se abren en abanico sobre la línea de sus pómulos. Cómo se le escapa el color de esa bonita boca rosada -una boca que ya he besado mil veces- por lo fuerte que aprieta los labios.

Verla tan cerca remueve algo dentro de mí.

Algo que no había sentido en tanto tiempo que casi había olvidado lo que era.

Lujuria.

—Esto aún no ha terminado —le digo con voz ronca, con los dedos enredados en la correa de la mochila para impedir que me acerque a ella.

Sin molestarme en decir nada más, me pongo en pie y me dirijo hacia la puerta.

Esa maldita campana tintinea con fuerza cuando me adentro en el calor abrasador de la tarde, y al instante se me forman gotas de sudor en la cara. Aun así, me obligo a respirar el aire fresco, con la esperanza de que me ayude a despejar la mente.

Por tus amigos. Estás aquí por tus amigos, para estar a su lado mientras llegan a su felices para siempre. Eso es todo.

Pero no importa cuántas veces lo repita, no puedo borrar su olor de mi cabeza, ni puedo olvidar cómo se sentía su mano en la mía.

Una pareja perfecta.

Una pieza que faltaba.

Adecuado, considerando que me rompió el corazón y ni siquiera se molestó en mirar atrás.

CAPÍTULO OCHO

Rebecca

—¡Rebecca!

Los pasos apresurados de Miguel golpearon el suelo mientras me perseguía, pero no me atreví a girarme.

Mantuve la cabeza baja mientras corría por el bosque, con lágrimas calientes quemándome los párpados mientras intentaba navegar por el oscuro espacio que me rodea.

Estaba harta de todo esto.

De él.

¿Por qué tenía que ser él?

Quien pensara que enamorarse de tu mejor amigo era dulce y perfecto nunca tuvo que lidiar con Miguel Luis Fernandez y sus gilipolleces.

Una lágrima resbalaba por mi mejilla. Resoplando irritada, me la limpié con el dorso de la mano.

No iba a llorar por ese estúpido, ya no…

La mano de Miguel rodeó mi muñeca y me atrajo hacia él.

—Aún no hemos terminado —gruñió, con sus ojos de chocolate ardiendo incluso bajo la tenue luz de la luna. Es lo último que vi antes de que mi espalda chocara contra la dura superficie de un árbol cercano y su boca se estrellara contra la mía.

Respiro con fuerza y me despierto de un sobresalto. Mi corazón late desbocado dentro de mi caja torácica mientras miro a mi alrededor, intentando orientarme.

Mi habitación.

Estoy en mi habitación, y todo lo que pasó fue sólo un sueño.

Dejo que mi cuerpo se relaje en la almohada mientras me paso la mano por la cara, sintiendo el sudor pegado a mi piel.

Bueno, supongo que no todo.

Que Miguel volviera a Bluebonnet era muy real, y no sabía qué hacer al respecto.

Quería ignorarlo, pero sabía que lo que decía era cierto. En una ciudad del tamaño de Bluebonnet Creek, dos personas no pueden evitarse durante mucho tiempo y, si los dos últimos días servían de indicio, se nos había acabado la suerte.

Gimiendo, me doy la vuelta y entierro la cabeza en la almohada, dejando que se trague mi grito de frustración.

¿Por qué?

¿Por qué tuvo que volver?

Verle me trajo todos los recuerdos que creía olvidados. Todos los sentimientos que guardaba a buen recaudo: la traición, la frustración, el dolor, la…

¿Y por qué quería *hablar*?

Después de todo este tiempo, pensó que era el momento de hacer una recapitulación de lo que ocurrió hace tantos años…

Al diablo con esto.

Que le den.

Retiro las sábanas, salgo de la cama, me calzo las chanclas y agarro la liga de la mesilla. Rápidamente, me hago un chongo desordenado en el cabello antes de detenerme en el baño y echarme agua fría en la cara.

Levanto la vista y me miro en el espejo. Tengo la piel pálida y unas ojeras visibles. La combinación hace que las pecas sobre el puente de mi nariz destaquen más de lo habitual.

Agarro la toalla y me limpio la cara antes de bajar las escaleras. La planta baja está inquietantemente silenciosa mientras me dirijo a la parte trasera de la casa.

Café.

Necesito café si quiero hacer algo hoy.

La tarima cruje cuando entro en la cocina, recordándome por enésima vez que debería hacer que alguien le echara un vistazo.

Es sólo una de las millones de cosas que tengo por hacer.

Una cosa cada vez.

El marco alto junto a la estufa llama mi atención.

—Qué… —Levanto la vista justo cuando mi hermano se da la vuelta bruscamente, unos ojos verdes muy abiertos se encuentran con los míos mientras levanta la espátula como si fuera un arma.

Me da un vuelco el corazón, me detengo y levanto las palmas de las manos para que las vea con claridad.

—Eh, soy yo, Becky —le digo en voz baja, esperando tranquilizarle.

Hay una fracción de segundo en la que Chase se queda completamente quieto. Contengo la respiración mientras le observo en silencio. Su pecho sube y baja rápidamente, y puedo ver las gotas de sudor que cubren su frente. Tiene los dedos tan apretados alrededor de la espátula que me sorprende que no la haya partido en dos.

Toda la interacción dura apenas unos segundos, pero parece toda una vida antes de que Chase parpadee, su mirada se enfoque y me devuelva a mi hermano mayor.

O lo que queda de él.

—Becky. —Deja escapar un suspiro tembloroso. Veo cómo hace que sus dedos se relajen, baja suavemente la mano y con la que tiene libre se pasa la mano por la cara y el cabello revuelto —. No deberías acercarte así a la gente.

No me molesto en señalar que no me he acercado sigilosamente.

Lo sabe muy bien.

Chase entró en el ejército en cuanto cumplió dieciocho años. Nuestra familia pasaba apuros económicos y mamá seguía luchando contra la depresión, a pesar de que habían pasado años desde la muerte de papá.

Un latido, eso es todo lo que hizo falta, una decisión precipitada y nuestra familia estaba destrozada. Papá se había ido, y una parte de mamá se fue con él. Chase, como el mayor de nosotros tres, se sentía responsable. Como si tuviera que ser el cabeza de familia. Intenté convencerle de que encontraríamos otra manera, pero se limitó a darme un beso en la frente y a decirme que todo iría bien mientras se marchaba.

Mintió.

Nada estaba bien.

Hace unos meses, Chase se lesionó durante su última gira. La mayoría de sus lesiones físicas se estaban curando lentamente. Los huesos rotos, los rasguños y las quemaduras se estaban curando, y acababa de empezar fisioterapia para la pierna. Su oído, en cambio, estaba irreparablemente dañado. La explosión de la bomba fue tan fuerte que le dañó el tímpano. No

está completamente sordo, pero su audición nunca volvería a ser la de antes. Intenté convencerle de que debería ir a aprender ASL para poder comunicarnos más fácilmente, pero él insistía en que estaba bien, así que decidí dejarlo estar por el momento. Lo que me preocupa es que su corazón nunca se recuperaría. Tampoco su mente. Aunque hacía todo lo posible por ocultarlo, algunas noches me despertaba con sus gritos de auxilio, dando vueltas en las sábanas sudadas, pero cuando intentaba entrar en el tema de sus pesadillas, me daba la espalda y se marchaba.

Aun así, no me pasa desapercibido el hecho de que el oscuro vello que cubre su mandíbula se ha vuelto más grueso en las últimas semanas, y las bolsas bajo sus ojos son tan oscuras que parecen hematomas gemelos.

Veo a Shadow, la Shepard alemana de Chase, rozar el costado de su pierna, sus ojos agudos y oscuros se cruzan con los míos. Los dos son compañeros desde hace dos años. Ella estaba con él cuando se produjo la explosión; una de sus patas resultó herida en la explosión, y aún cojea de esa pata, pero eso no le impidió estar junto a Chase. Es como si la perra pudiera sentir cuándo se intensifica su trastorno de estrés postraumático, así que siempre está ahí para ofrecerle apoyo.

—Lo siento —me disculpo mientras entro en la cocina—. ¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido algo?

—Como siempre —refunfuña Chase—. Joder.

Se vuelve hacia la estufa, pero ya es demasiado tarde. El olor a huevos revueltos quemados llega hasta mis fosas nasales. Abro la boca para advertirle, pero antes de que pueda pronunciar palabra, agarra el asa metálica de la sartén y empieza a levantarla. Llega hasta el fregadero antes de maldecir y dejarla caer.

—Toma. —Me muevo rápidamente, abriendo el grifo y empujando suavemente su mano bajo el chorro tibio mientras inspecciono la marca roja de su palma—. No creo que sea demasiado grave.

—¿Qué es una cicatriz más? —Chase se ríe sin gracia.

Me muerdo el interior de la mejilla para evitar decir algo que no debería. Pero es difícil. Tan jodidamente difícil cuando lo único que quiero es sacudirle y recordarle que sigue aquí, *vivo*. No es que vaya a cambiar nada. Lo que ocurrió en el este le atormentaba, y sé que se preguntaba por qué seguía aquí cuando tantos de sus amigos murieron aquel día, pero yo nunca dejaría de estar agradecida por haber recuperado a mi hermano -roto y magullado, pero ¿no lo estamos todos en cierto modo?

Cierro el grifo, agarro la toalla y envuelvo su mano en ella.

—¿Qué tal si preparo el desayuno? Los dos sabemos que soy mejor cocinera.

Un destello de luz brilla en los ojos de mi hermano, pero desaparece casi tan rápido como apareció. Aun así, lo considero una victoria.

—Adelante.

—Siéntate.

Tiro los restos de sus huevos quemados a la basura y saco una sartén nueva. Enciendo la cafetera y recojo todos los ingredientes mientras espero a que se prepare el café.

Miro por encima del hombro y me encuentro con los ojos de Chase.

—¿Tú también quieres?

Chase sacude la cabeza en silencio mientras se dirige lentamente hacia la mesa. Seguía cojeando de la pierna derecha y dudo que el médico le hubiera autorizado a caminar sin muletas, pero sé que no debo indagar.

Estos últimos meses he aprendido a elegir mis batallas con respecto a mi hermano mayor, y ésta no merece la pena.

Le añado un poco de azúcar y crema y le doy un largo trago, disfrutando del primer golpe de cafeína en mi organismo. Dios sabe que la necesitaré para sobrevivir hoy.

Menos de cinco minutos después, ya me he terminado la mitad de la taza y el tocino está chisporroteando en el fuego. Estoy añadiendo los huevos cuando oigo pasos en el pasillo. Me doy la vuelta justo cuando mamá aparece en la puerta, con el camisón de flores morado oscuro todavía puesto mientras mira por la cocina, desorientada.

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

—Buenos días. Sí, yo… —Me mira frunciendo el ceño—. ¿Qué hora es?

—Poco después de las siete —le dirijo una sonrisa tranquilizadora—. Estoy preparando el desayuno. ¿Quieres?

Hay un latido de silencio mientras mamá mira de mí a la sartén y luego de vuelta, en el que contengo la respiración.

—¿Has quemado algo?

Se me escapa una risita mientras el alivio se extiende por mi cuerpo.

—Chase estaba cocinando. No hace falta decir que no acabó bien.

—¿Chase? —Su cabeza se dirige a la mesa donde Chase está sentado, con la cabeza apoyada en su rodilla. Se precipita hacia él, sus brazos rodean sus hombros mientras lo aprieta con fuerza.

Veo que mi hermano se estremece al contacto, pero luego, al cabo de un momento, se relaja y sus brazos rodean lentamente la esbelta cintura de ella.

—Hey, Ma.

Ella se echa hacia atrás, ahuecando sus mejillas mientras lo mira.

—¿Cuándo llegaste a casa?

—Hace un rato.

Dándome la vuelta, termino de preparar el desayuno mientras los escucho hablar. Chase ha sido un gruñón silencioso desde que volvió a casa, pero ni siquiera él puede decirle que no a mamá.

—¿Y lo primero que decides es cocinar? —Mamá pregunta en voz alta.

Riendo por lo bajo, apago el fuego y emplato la comida.

—¿Qué puedo decir? Me gusta vivir al límite.

Le da una palmada en el hombro.

—Eso no tiene gracia, jovencito. Déjame ir y…

—Siéntate. —Deslizo el plato delante de mi hermano y el espacio abierto al lado.

—Oh, podría haberte ayudado.

—No me importa hacerlo.

—Bueno, al menos uno de mis hijos sabe cocinar, así que supongo que hice algo bien. —Mamá me dedica una sonrisa, y un dolor agridulce se extiende por mi pecho, pero decido ignorarlo y concentrarme en la felicidad que se esconde tras él.

Me doy la vuelta, vuelvo al mostrador para rellenarme el café, cuando suena mi teléfono en el mostrador.

—Oye, Becky, yo…

—Oye, sé por qué llamas. No tienes que preocuparte. Hablé con Emmett y…

—Mierda, yo… —sus palabras se cortan, un sonido nauseabundo viene del fondo.

Mis cejas se fruncen mientras escucho atentamente. No, náuseas no, más bien arcadas.

¿Qué demonios…?

—¿Estás bien? No suenas muy bien. ¿Necesitas que vaya?

Los ojos de Chase se entrecierran mientras me observa atentamente, pero le hago un gesto

para que se vaya mientras espero a que Kate deje de vomitar.

—Kate, en serio, estoy…

—Estoy bien —dice finalmente, después de lo que parece una eternidad—. Es sólo un virus estomacal.

—¿Un virus estomacal? —Repito con escepticismo.

—O tal vez comí algo malo. —Suelta un largo suspiro, y puedo oír el cansancio en su voz—. Llevo vomitando desde anoche.

—Mierda.

—Mierda lo resume perfectamente.

—¿En qué puedo ayudarle? ¿Necesitas que te traiga algo? —Mi cabeza ya está dando vueltas con todas las opciones y reajustes de horarios, así que puedo pasarme por su casa y llevarle lo que pueda necesitar—. Puedo ir a bu…

—Estoy bien. Emmett ya se hizo cargo y su mamá trajo sopa anoche.

Por supuesto que sí. Emmett lleva a Kate como una gota de agua en medio de la palma de la mano, y su familia no es diferente. Kate es la hija que siempre habían querido. No me extrañaría que su madre se pasara más tarde por su casa para asegurarse de que Kate está bien y para ver si necesita ayuda en casa.

—Pero tengo que pedirte un gran favor.

—Sí, claro. Cualquier cosa, ya lo sabes.

—Tengo una degustación de pasteles programada para hoy a las dos, pero no hay manera de que pueda hacerlo. Sólo de pensarlo se me revuelve el estómago.

—¿Degustación?

—Sí, sé que estás súper ocupada con tu café, y odio incluso preguntar, pero…

—No, está bien. Jessica abre esta mañana, así que comprobaré si puede quedarse hasta que vuelva, y puedo ir en tu lugar.

—¿Segura?

—Sí, ya se me ocurrirá algo.

Kate suelta un largo suspiro.

—Gracias. Estoy en deuda contigo.

—Oh, por favor. Elegiré algo bueno. ¿Hay algún sabor en particular que no quieran?

—No me importa. Ahora mismo no quiero nada. Sólo de pensar en comida me dan ganas de vomitar. Pero escoge algo sabroso.

—Sabroso —entendido—. Intenta descansar, ¿vale? Y llama si necesitas algo.

—Mhmm… —murmura Kate, claramente fuera de sí.

Suelto una risita.

—Vete a la cama, Kate.

—Lo haré.

Sacudo la cabeza, cuelgo y abro mis mensajes. Primero le mando un mensaje a Jessica para ver si puede cuidar del fuerte hasta que vuelva. Su confirmación es instantánea. Luego abro el hilo con Emmett.

REBECCA:

Estoy segura de que tu prometida se quedó dormida en el baño, sería bueno que fueras a casa y la acostaras.

EMMETT:

Mierda. Pensé que ya se sentiría mejor. Iré a ver cómo está. Gracias por avisarme.

REBECCA:

No te preocupes. Cuida de ella. Iré a elegir el sabor del pastel más tarde.

EMMETT:

Doble mierda. Lo había olvidado por completo.

REBECCA:

¿Por qué no me sorprende? Cuida de Kate, yo resolveré lo del pastel.

EMMETT:

Eres la mejor.

REBECCA:

Recuérdalo antes de hacerme enfadar la próxima vez.

Dejo el teléfono en la encimera, tomo mi plato y me reúno con mamá y Chase.

—¿Qué fue todo eso? —Chase pregunta.

—Kate no se encuentra bien, así que me ha pedido que vaya a elegir el sabor del pastel de boda. —Hundo el tenedor en la comida—. Por suerte, Jessica puede quedarse en la tienda hasta que vuelva.

Desde que Jessica empezó a trabajar, he decidido tomarme dos días a la semana en los que pueda dormir hasta tarde, y por dormir hasta tarde me refiero a no levantarme al amanecer para estar en la cafetería horneando antes de que abra la tienda. Así que, normalmente, se lo preparaba todo la noche anterior y ella venía y lo metía en el horno. Aunque últimamente la he visto jugando a decorar magdalenas, y la verdad es que se le da bastante bien.

Mi mirada se dirige hacia mamá antes de volver a fijarse en Chase.

—¿Estás segura?

—Sí, además, Linda llegará pronto. Vete. Haz lo que tengas que hacer.

CAPÍTULO NUEVE

Miguel

A la mañana siguiente, cuando bajo los escalones, el silencio es inquietante. Parte de la tensión abandona mi cuerpo y, por primera vez desde que llegué a casa, me permito observar los pequeños detalles que han cambiado desde la última vez que estuve aquí. El edredón nuevo, las fotos de familia que se hicieron en el tiempo que he estado fuera, la lámpara nueva que hay en un rincón del salón junto al viejo y feo sillón de papá. Todavía recuerdo a mamá rogándole a papá que lo tirara antes de irme, pero al parecer, había una línea de lo que él haría por su mujer, y tirar esa cosa vieja sería cruzarla. Aun así, la mayor parte es igual.

Paso por la cocina, entro y me calzo los tenis antes de salir. Es relativamente temprano, poco más de las siete, pero el sol ya brilla en el cielo y me hace entrecerrar los ojos nada más salir.

El fuerte estruendo de un motor llama mi atención. La vieja camioneta sigue en marcha delante del garaje. La camioneta tenía probablemente la edad de mi padre, si no más. Lo que solía ser un color rojo brillante ahora está oxidado, haciendo que la camioneta pareciera de un color granate.

En ese momento, un hombre sale del granero con un montón de tablas al hombro. Veo que las tablas empiezan a tambalearse, así que antes de que pueda pensármelo demasiado, me abalanzo hacia la persona, agarrándola en el último segundo.

—Aquí, déjame…

El ceño de papá se cruza con el mío al otro lado de las tablas. Respira agitadamente, tiene las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y una gota de sudor le resbala por la frente. Ninguno de los dos dice nada mientras le ayudo a acomodar las tablas en la cama.

Apenas le he visto desde ayer después del desayuno. Había estado trabajando en el campo todo el día hasta que llegó la hora de cenar. La comida fue tensa, con mamá llevando la mayor parte de la conversación hasta que papá finalmente se levantó y se fue de la mesa, alegando que estaba cansado.

Dejo caer los brazos y me limpio las manos en el pantalón de baloncesto.

—¿Están arreglando vallas? Podría…

—No hemos necesitado tu ayuda en los últimos cuatro años mientras jugabas, y te aseguro que no la necesitamos ahora —me dice papá con severidad. Me lanza una mirada asesina antes de ponerse en pie y volver al granero.

Mis dedos se cierran en puños a mis costados mientras intento contener mi temperamento.

—Sólo un par de semanas. Solo un par de semanas —repito las palabras como un mantra.

No sé lo que esperaba. ¿Que las cosas fueran diferentes? Sí, pocas posibilidades de que eso ocurriera. Papá no es de los que cambian. Y sólo porque mamá quería que volviera a casa no significaba que él compartiera el sentimiento.

Entonces, ¿por qué me pidieron venir?

No tiene sentido.

Al oír los pasos procedentes del granero, me doy la vuelta y empiezo a trotar en dirección contraria. Lo último que quiero es ir a por el segundo asalto con papá ahora mismo.

No llevo corriendo ni un par de minutos cuando el sudor empieza a formarse en mi piel, pegándome la camiseta a la espalda. Mantengo el ritmo mientras mis pies golpean contra la grava del camino. El único camino que conduce a Bluebonnet. Tardo una buena milla antes de llegar al cruce, pero en lugar de ir hacia el pueblo, hago un giro hacia el rancho de Santiago.

Estoy jadeando cuando veo la gran casa blanca de dos plantas. Delante hay estacionado un

Range Rover último modelo, pero no hay nadie a la vista. Reduzco la velocidad y rodeo la casa.

—Vaya, vaya, vaya… ¿A quién tenemos aquí? Y yo que pensaba que te habías olvidado de nosotros.

Me vuelvo hacia el sonido de la familiar jerga sureña y me encuentro con una mujer pequeña y pelirroja en el porche trasero, con los brazos apoyados en las caderas mientras me mira con el ceño fruncido.

—¿Te he olvidado? —Una sonrisa se dibuja lentamente en mis labios—. No creo que eso sea posible.

La señora Santiago sacude la cabeza y abre los brazos.

—Ven aquí para que pueda darte un abrazo.

Aunque está de pie en el porche, a tres pasos de mí, tengo que inclinarme para poder rodearla con mis brazos.

—Me alegro mucho de verte, Miguel —susurra la señora Santiago, frotándome la espalda con las manos—. ¿Cómo te ha ido? ¿Cuándo has vuelto?

Algo de esa tensión que ha quedado después de mi interacción con mi padre se filtra fuera de mi cuerpo. La señora Santiago fue como una segunda madre para mí mientras crecía, y no me di cuenta hasta este momento de lo mucho que la he echado de menos en los años que he estado fuera.

—Yo también me alegro de verla, señora S. —Doy un paso atrás, dejando caer los brazos a los lados—. Me va bien. Acabo de entrar en Bluebonnet hace un par de días.

—¿Hace un *par* de días? —Me da una palmada en el hombro—. ¿Y apenas ahora vienes a saludar? Te juro, jovencito, que tendremos unas cuantas palabras. —Menea la cabeza y se burla —. ¡Lleva días aquí y ni siquiera se ha molestado en saludarme!

—No es así, señora S. Estaba ocupado…

—Oh, ya veo a dónde va esto.

Me río por lo bajo.

—¿Me perdonas si te ayudo a llevar ese cubo a casa? —Inclino la barbilla en dirección a sus pies, donde hay un cubo casi tan grande como ella en el suelo.

—Supongo que no estaría de más.

Todavía riendo, agarro el cubo con una mano y me dirijo hacia la casa. Estoy seguro de haberla oído murmurar algo sobre los hombres y sus grandes manos mientras me seguía.

—¿Dónde está el señor Santiago? —pregunto mientras dejo suavemente el cubo en la encimera de la cocina.

—Oh, está por aquí haciendo Dios sabe qué. —Agita la mano mientras empieza a ordenar las verduras—. Creo que él y Emmett hablaron de ir a ver el ganado. ¿Quieres tomar algo?

—No, creo que iré a buscar a Emmett si te parece bien.

—Por supuesto. Tengo que preparar esta sopa. —Levanta la vista y sus ojos se cruzan con los míos—. Sé que estás ocupado y probablemente quieras ver a tus amigos ahora que estás en la ciudad, pero asegúrate de pasar a cenar un día, ¿vale?

—Lo haré, señora S.

Salgo por la puerta trasera con un gesto de la mano. Hay unos cuantos peones mezclados. Uno de ellos me ve, así que empiezo a caminar hacia él.

—¿Has visto a Emmett?

El tipo, probablemente de mi edad, si no más joven, se levanta el sombrero vaquero, pasándose los dedos por el pelo antes de volvérselo a poner.

—Sí, acaba de… Oh, ya viene.

Me doy la vuelta y, efectivamente, la camioneta de Emmett está detrás del Range Rover y él se baja, tapándose los ojos mientras me mira.

—¿Fernandez? ¿Qué te trae por aquí?

Levanto los hombros encogiéndome de hombros.

—¿No dijiste que necesitabas ayuda?

—¿No hay suficiente trabajo en tu casa?

—No para mí —murmuro secamente, todavía enfadada con mi padre por haberme dejado de lado tan fácilmente.

Emmett debe de notar mi irritación porque me da una palmada en los hombros.

—Vamos, te encontraremos algo en lo que trabajar, pero primero, necesitas ropa adecuada. No esta mierda de niño rico de ciudad.

—Oh, vete a la mierda, Santiago. —Le doy con el codo en las costillas—. ¿Qué haces aquí? Creía que estarías en el campo.

—Lo estaba, pero luego oí que Kate no se sentía bien, así que fui a verla.

Empieza a caminar hacia el granero, así que le sigo.

¿Kate? ¿Enferma? Se me levantan las cejas.

—¿Qué le pasa?

—Un virus estomacal. Lleva vomitando desde anoche. Aunque no sé por qué, comimos la misma maldita cosa, y me siento bien.

—Tal vez sea ese estómago tuyo que está acostumbrado a todo tipo de tonterías.

—Odio verla enferma y no poder hacer nada al respecto. —Emmett me lanza una mirada asesina mientras entra en un despacho y va directo al petate que hay en un rincón. Rebusca en él un momento antes de lanzarme unos jeans y una camisa.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Veamos si todavía tienes lo que se necesita, vaquero. ¿O la ciudad te mimó el culo demasiado tiempo y olvidaste lo que es trabajar con animales?

Tiro la ropa en la silla y me quito la camiseta.

—Te enseñaré quién ha sido mimado estos últimos cuatro años.

Emmett se ríe entre dientes.

—No quiero ver tu culo flaco, Fernandez. Algunos tenemos prometidos esperándonos en casa.

—Oye, fuiste tú quien sacó el tema.

Me pongo la camisa y me abrocho los botones antes de ponerme unos jeans y un par de botas. Por suerte, Emmett y yo tenemos más o menos la misma talla, así que su ropa me queda bien porque tiene razón. La mayoría de mi ropa de trabajo se quedó atrás cuando me fui a la universidad, y no había forma de que me quedara bien ninguna de ellas ahora. No es que quisiera volver a casa ahora mismo.

—Vale, jefe, ¿qué tienes para mí?

Emmett levanta la vista del teléfono y se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Mira eso. Se viste como un vaquero. A ver si aún se acuerda de cómo subir el culo al caballo.

Le dirijo una mirada aburrida.

—¿Quieres mi ayuda o no, gilipollas?

—Vamos, sabes que sí. —Se mete el teléfono en el bolsillo, abre la puerta y salimos.

—Actúas como si hubieras estado en casa los últimos cuatro años cuando, si no recuerdo mal, estabas en el norte, pasando el rato con los Yankees.

—Estudiando cómo dirigir un rancho. ¿Qué estudiaste?

Pongo los ojos en blanco.

—Negocios.

—Cierto, y la última vez que lo comprobé, aún no habías conseguido ese título. —Frunce el ceño en señal de desafío.

Tenía razón. Tuve un año futbolístico muy bueno en mi segundo y tercer año de universidad, así que después de hablar con mi entrenador, decidí presentarme al draft antes de tiempo. A él no le hizo mucha gracia, insistiendo en que debía terminar la carrera, pero yo lo quería. Tenía tantas ganas de jugar profesionalmente que decidí ir en contra de su consejo. Sin embargo, le prometí a él y a mí mismo que acabaría la carrera.

—De hecho, estoy tomando clases en línea. Tengo una este verano. Será lento, pero acabaré la carrera.

Emmett asiente mientras seguimos hacia el granero.

—Eso está bien, viejo. El fútbol es genial, pero ambos sabemos lo rápido que pueden cambiar las cosas.

Eso es cierto. Lo he visto pasar varias veces esta temporada. Lesiones fatales que terminan con la carrera. No pasar el corte final. Tu suerte podría cambiar en cuestión de minutos, y entonces te quedarías sin nada y sin plan de respaldo.

—¿Tienes un buen agente?

—Sí, Andrew Hill. Parece un tipo sólido, y su agencia es una de las mejores ahora mismo. Mi colega Blake también trabaja con él y parece contento.

—Eso está bien. Necesitas a alguien que vele por tus intereses.

—Esa es la idea. —Miro alrededor del granero, el intenso olor a caballos y heno me llena los pulmones—. ¿Planeas utilizarme para palear mierda de caballo? ¿Es esa tu idea de venganza?

—No, eso lo dejo para los demás. Vamos a salir a montar. ¿Aún recuerdas cómo ensillar el caballo?

Ese cabrón.

Paso junto a él, asegurándome de mirarle el hombro.

—Por supuesto que recuerdo cómo se ensilla un caballo.

La risa de Emmett resuena en la habitación cuando se une a mí y, juntos, ensillamos nuestros caballos y los sacamos del establo.

Volver a montar a caballo es como montar en bicicleta. Mi cuerpo está tan acostumbrado al movimiento que me deslizo en la silla como si no hubiera pasado el tiempo. Emmett saluda con la cabeza a los pocos peones que pasan a nuestro lado.

—Quería salir y comprobar los pastos. Quiero asegurarme de que todo está en su sitio y ver si hay que mover algún rebaño.

—Suena bien. Ve delante.

En cuanto nos alejamos lo suficiente de la zona del establo, pasamos al trote.

Mi ritmo cardíaco aumenta mientras me inclino más hacia el cuello del caballo, mi cuerpo se adapta al ritmo familiar mientras corremos por el suelo.

Joder, me perdí esto.

Echaba mucho de menos esto.

Contrariamente a la mala opinión que mi padre tenía de mí, no odiaba este estilo de vida. No odiaba el trabajo duro. No odiaba a los animales. No odiaba estar a la intemperie. No había forma de que pudiera odiar la tierra que era una parte intrínseca de mí durante la mayor parte de mi vida.

Me gustaba más el fútbol.

No hablamos mientras cabalgamos por la propiedad de Santiago. Dejo que Emmett tome la iniciativa y le sigo mientras vamos de pasto en pasto. En algunas partes, Emmett incluso se baja del caballo para comprobar una valla aquí o allá o hablar con la gente que trabaja en el rancho.

Tardamos tres horas en volver. Me tiemblan las piernas al bajar del caballo y todos los músculos de mi cuerpo notan el esfuerzo.

Mañana sentiré las consecuencias de cabalgar después de tanto tiempo, y las sentiré *bien*.

Me giro y veo a Emmett con el ceño fruncido mirando el móvil.

—¿Qué pasa?

—Kate no me ha mandado ningún mensaje —murmura, con los dedos tecleando sobre la pantalla.

—Quizá esté durmiendo —señalo—. Dijiste que no se sentía bien.

—Tal vez. —Levanta la vista, su mirada se dirige hacia el lago y una casa un poco más pequeña con un tejado oscuro construida a su lado. Su casa. Un hogar que construyó para Kate y para él.

Se me retuerce el estómago, algo amargo me lo hace revolcar. Tardo un momento en darme cuenta de qué.

Celos.

Estoy celoso de mi mejor amigo. De lo que tiene.

—Ve a ver cómo está —le digo en voz baja.

La cabeza de Emmett gira hacia mí.

—¿Qué? No, tengo que enfriar a Trueno y…

Le quito las riendas.

—Yo me ocuparé de Trueno; tú ve a ver cómo está tu chica. Sé que te mueres de ganas.

—Lo odiará. Me dirá que soy demasiado entrometido.

—Probablemente —asiento con una risita—. Pero te dará tranquilidad saber que está lo bastante bien como para refunfuñar por ello. Así que vete.

Emmett sopesa sus opciones durante menos de un minuto antes de asentir.

—Sí, creo que lo haré. ¿Seguro que estás bien aquí?

—Creo que acabamos de establecer que todavía lo tengo en mí, viejo.

—Sí, sí, sólo piensas eso. El jurado sigue deliberando. No puedes recuperar tu sombrero de vaquero tan fácilmente.

—Vete a la mierda, Santiago.

—Con mucho gusto. —Emmett me da una palmada en el hombro—. Gracias por esto.

—Cuando quieras. —Ya se está alejando cuando grito tras él—. ¿Necesitas que me encargue de algo más mientras estoy aquí?

De repente, se da la vuelta.

—En realidad, hay algo que puedes hacer…

CAPÍTULO DIEZ

—Gracias, Becky. —La señora Johnson me sonríe mientras me da una palmada en el hombro al salir de la cafetería. Dejo el plato y la taza en mi bandeja antes de limpiar la mesa. Como tengo que ir a la degustación más tarde, decido pasarme por el *The Reading Nook* para asegurarme de que todo está en orden antes de irme.

Justo cuando me doy la vuelta, veo a una mujer que sujeta la puerta a la señora Johnson antes de entrar en la tienda.

—¡Señora Santiago! —Una gran sonrisa se dibuja en mi cara y me apresuro a abrazar a la mujer mayor. Sus manos me envuelven con fuerza mientras aspiro su aroma a flores silvestres y azúcar. Doy un paso atrás para admirarla. Lleva un vestido largo que la envuelve. Su pelo pelirrojo está peinado con mechones perfectos que se enroscan alrededor de su cara—. ¿Qué hace aquí? No la esperaba hoy. ¿Se ha cortado el cabello?

La señora Santiago me suelta y se pone la mano en la cadera mientras levanta la ceja en señal de desafío.

—No sabía que tenía que anunciarme cuando venía, señorita.

—Claro que no, pero es un animal de costumbres.

La señora Santiago salía del rancho exactamente dos veces por semana. Normalmente, a mitad de semana para hacer la compra, que era cuando se paraba a tomar un café y charlar, y luego los domingos para ir a la iglesia, después de lo cual nos invitaba a cenar.

—Eso es cierto. —Ella desliza su mano alrededor de mi cintura—. Y sí, en realidad vengo de la peluquería. Tenía que refrescarme un poco y domar todas las canas de mi cabello antes de la boda.

—Bueno, salió bastante bien. Y con ese vestido verde salvia, estarás impresionante en la boda.

—Oh, por favor. —Ella agita la mano—. Sólo soy una anciana. No hace falta que me vea despampanante. Eso es para ustedes, señoritas.

—Tonterías. Todas podemos sentirnos guapas, independientemente de nuestra edad. Y usted, señora S., es una mujer hermosa por dentro y por fuera.

—Gracias, cariño. ¿Cómo han ido las cosas por aquí? ¿Cómo está tu madre? ¿Cómo estás *tú*?

La forma en que formula la última pregunta hace que me detenga en seco y se me erice el vello de la nuca.

Me giro lentamente hacia ella, mis ojos se encuentran con los suyos.

—Lo ha visto.

No necesito decirle a quién me refiero. Ella ya lo sabe.

La señora Santiago ha sido una figura materna para mí toda mi vida, pero especialmente en los últimos años. Intervino cuando mi vida se desmoronaba y me ayudó a recoger los pedazos. Estuvo ahí en mis momentos más oscuros y solitarios, y nuestro vínculo no hizo más que estrecharse. No sé si habría podido sobrevivir a estos últimos años de no ser por ella.

—Sí, ya lo vi. —Me dedica una suave sonrisa.

Niego con la cabeza y me alejo de ella. Con la necesidad de ocuparme, me deslizo detrás del mostrador y empiezo a preparar su pedido. Al igual que su horario, su pedido de café es predecible.

—Vino a nuestra casa esta mañana buscando a Emmett —continúa, sin inmutarse lo más mínimo, mientras toma asiento en el mostrador—. Parece que le va bien.

—Si eso creo que lo hace.

—¿Qué pasó cuando lo viste?

Mi mano se detiene en la cafetera mientras la miro por encima del hombro.

—¿Cómo sabes que lo vi?

Esa ceja testaruda se levanta una vez más.

—El regreso de Miguel Fernandez y todo lo que ha estado tramando desde que llegó aquí ha sido hoy el tema principal en el salón.

Cierro los ojos un segundo e inhalo profundamente para calmarme.

Me encanta esta ciudad. Me encanta la gente que hay en ella. Pero maldita sea, pueden ser entrometidos.

Dejo escapar un suspiro, abro los ojos y veo que la señora Santiago sigue observándome atentamente, solo que ahora hay preocupación escondida en su mirada.

—¿Cómo estás, de verdad?

—Estoy bien.

—No te atrevas a mentirme, Rebecca Allison Williams. Te conozco mejor que eso.

La máquina emite un pitido, así que saco la taza y le pongo una tapa encima antes de reunirme con ella en el mostrador.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad. Siempre la verdad. Sabes que quiero a Miguel como a un hijo, pero lo que te hizo… —Sacude la cabeza, con los labios apretados.

—Han pasado años. Lo superé. Yo…

—Mentira —me interrumpe la señora Santiago, con los ojos desorbitados por su tono duro —. Si lo superaras, ahora mismo tendrías novio, quizá incluso estarías casada.

Siento cómo se me calientan las mejillas bajo su atenta mirada.

—Es que he estado ocupada. —Me acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja.

La señora Santiago se burla.

—Eso es una excusa, y lo sabes. Llevas guardándote el corazón desde aquel día que volviste llorando de Michigan y tuve que llevarte al hospital.

El dolor que he estado reprimiendo estos últimos años aflora ante sus palabras, los recuerdos de aquel día tan vivos como siempre.

Aparto la mirada, obligándoles a bajar.

Una mano cálida toca la mía y me doy cuenta de que me he agarrado al mostrador con todas mis fuerzas.

—Odio verte herida, dulce niña.

—Estaré bien. —No me extraña el escepticismo de su cara—. Lo estaré —insisto—. Estará aquí para la boda y luego se irá y todo volverá a ser como antes.

Levanta la mano y me acaricia la mejilla.

—Eso espero. Porque si vuelve a romperte el corazón, tendrá noticias mías.

—Eso no sucederá.

No lo permitiría.

Otra vez no.

Miguel y yo habíamos terminado.

—De acuerdo.

Dejando caer la mano, se lleva el bolso al pecho.

—En realidad, vine a verte por una razón. Estaba controlando a Kate y me pidió que te diera esto.

La señora Santiago saca de su bolso un cuaderno amarillo claro que le resulta familiar. La agenda de la boda de Kate.

—¿Cómo está?

—Ligeramente mejor. Estaba durmiendo cuando la dejé. Ese virus estomacal le hizo mucho daño. La pobre estaba tan pálida.

—Eso apesta. Esperemos que se sienta mejor pronto. Lo último que necesita es estar enferma el día de su boda.

—Esperemos que así sea. Si nada cambia, me aseguraré de que vaya a su médico —.

—No lo dudo ni por un momento —suelto una risita suave. A la señora Santiago le encanta consentir a los amigos de su hijo, y acoger a Kate y a su hermana Penelope en su redil era algo natural para ella.

Paso las páginas hasta encontrar las notas sobre el pastel, junto con unas cuantas imágenes de Pinterest que Kate encontró como inspiración.

—¿Necesitas ayuda con algo de esto?

Sacudo la cabeza.

—Creo que estoy bien, pero gracias.

—Qué bien. No puedo creer que la boda esté a la vuelta de la esquina.

Yo tampoco podía. Parecía que este último año había pasado en un borrón de organización. Como Kate estaba en Blairwood, recurrió a la señora Santiago, a su tía Mabel y a mí para que la ayudáramos a organizar algunas cosas, y pasamos la mayor parte de las vacaciones de invierno haciendo adornos para la boda.

—Hay tantas cosas por hacer. De hecho, voy de camino para asegurarme de que la carpa, las mesas y las sillas se van a entregar a tiempo, como acordamos.

Charlamos un rato más sobre los planes de boda antes de que la señora Santiago me dé un beso de despedida, dejándome tiempo suficiente para limpiar alrededor de la cafetería y rellenar el expositor entre cliente y cliente antes de tener que irme.

—No debería tardar mucho —le digo a Jessica mientras me quito el delantal—. Pero si necesitas algo, tengo mi teléfono.

—Estaré bien. Ve a lo tuyo.

Miro el reloj.

—Mierda, ya llego tarde.

Tomo mi bolso de la trastienda y salgo corriendo hacia la puerta.

—Volveré pronto.

Cuando salgo a la calurosa tarde, me asoman gotas de sudor por la frente. Compruebo rápidamente la calle antes de cruzar al otro lado y caminar hasta la tienda que hay unas calles más abajo.

El timbre suena cuando empujo la puerta y entro en la tienda. La fresca ráfaga de aire acondicionado me golpea y me pone la piel de gallina. Bocaditos es la única pastelería del pueblo especializada en pasteles, y Kate, tal y como es, insistió en que la mayor parte de los preparativos de la boda se hicieran en la zona. El local lo regenta la familia Wilson desde que abrió sus puertas a principios de los ochenta.

—¡Hola, Becky! ¿Cómo estás? —pregunta Lisa, una de las chicas Wilson.

Aunque es unos años más joven que yo, la he visto por la ciudad. Su hermana mayor, que tenía mi edad, dejó la ciudad para ir a la universidad, donde conoció a su esposo y se mudó.

—Hola, Lisa. Me va bien. ¿Y tú? ¿Terminaste la escuela?

—Sí, estaba tan lista para que terminara.

Suelto una pequeña risita.

—Me lo imagino.

Érase una vez, yo me sentía como ella. Lista para acabar los estudios y empezar mi vida hasta que me di cuenta de que con la edad llegaban las responsabilidades que nunca pensaste que tendrías que afrontar. No a una edad tan temprana, y el futuro que pensé que tendría nunca podría existir.

—Estoy tan lista para mi escuela culinaria para empezar, sin embargo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Eso es asombroso. ¡Felicidades! En realidad, necesito hablar con tu madre. Se suponía que Kate vendría a degustar su pastel de boda, pero no se siente bien, así que me envió a hacerlo por ella.

—Oh, vaya. Al menos no está tan cerca del día de su boda.

—Cierto. —Hubiera sido un asco que estuviera enferma el día de su boda después de todos los preparativos y todo—. Con suerte, es sólo un bicho, y volverá a ser la de antes pronto.

—¡Crucemos los dedos! Mamá está atrás. Le haré saber que estás aquí.

—Gracias.

Lisa se cuela por la puerta de la trastienda y yo me acerco al mostrador para echar un vistazo a las diferentes opciones que tienen en la tienda. Se me hace la boca agua al ver el pastel de fresa del expositor, que me recuerda que no he comido nada desde el desayuno.

Vuelvo a oír el timbre y me doy la vuelta instintivamente, pero se me borra la sonrisa de la cara cuando veo a la persona que está en la puerta.

—Miguel.

CAPÍTULO ONCE

Miguel

—*Miguel.*

Mis pasos vacilan, un escalofrío recorre mi espina dorsal al oír mi nombre en esa voz baja y ronca que algunas noches aún podía escuchar en mis sueños.

¿Qué demonios hace ella aquí?

Al menos, no soy el único sorprendido por nuestro encuentro. Becky se queda un segundo con la boca abierta antes de poder ordenar sus facciones. Esa máscara de indiferencia se desliza en su lugar mientras sus ojos se entrecierran hacia mí.

—Rebecca. —La saludo con la cabeza.

Sus ojos se crispan al oír su nombre completo, y tengo que obligarme a mantener la cara seria.

Dios, echaba de menos meterme con ella.

Es tan fácil irritarla; siempre lo ha sido. Me encanta ver el fuego que arde en sus ojos color avellana, me encanta ver cómo se enciende su temperamento feroz. Pelear con ella siempre era lo mejor porque sabía que una vez que nos reconciliáramos, sería tan bueno como la pelea, incluso mejor.

Se me revuelve el estómago y tengo que recordarme a mí mismo que no estoy aquí para eso.

Ella aprieta los dientes y aprieta los puños.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy aquí para elegir el sabor del pastel.

—¿Qué?

—Estoy aquí para la degustación —repito, rodando los hombros. Podía sentir ese punzada de dolor clavándose en mi hombro. O tal vez era la tensión que se acumulaba en mi interior—. Emmett me pidió que viniera. Se suponía que Kate y él iban a hacerlo, pero ella no se encuentra bien.

—Emmett… —Exhala un largo suspiro y veo cómo se le abren ligeramente las fosas nasales. Tardo dos segundos en atar cabos—. Pero ya lo sabías.

—Claro que lo sé. ¡Porque Kate me llamó esta mañana y *me pidió* que viniera a ocuparme de las cosas del pastel! Algo de lo que Emmett es muy consciente.

Ese hijo de puta.

Debería haber sabido que se guardaba algo en la manga cuando me pidió que hiciera esto. Había algo en la forma en que me hizo la pregunta. No pensé demasiado en ello en ese momento porque estaba buscando una excusa para no ir a casa de mis padres, pero ahora que lo pienso…

—Huh —digo lentamente, sintiendo que la comisura de mis labios se inclina hacia arriba—. Así que, supongo que ambos estamos aquí para la degustación.

—Ambos… —Esos grandes ojos se abren aún más, el color sube lentamente por su cuello.

Sé que probablemente debería estar tan cabreado con Emmett como ella lo está. El imbécil lo hizo a propósito. Está jugando con fuego al empujarnos juntos, y él lo sabía. Pero no puedo negar que una parte de mí se alegra por ello. Aunque sólo sea por eso, merece la pena por la expresión de completa indignación de su cara.

Levanto las cejas.

—¿Sí?

—Eso no es ne…

Antes de que pueda terminar, la señora Wilson entra en la tienda.

—Hola, Becky, me alegro de verte. —La mujer mayor se limpia las manos en la toalla mientras mira de Becky a mí y viceversa, con la curiosidad claramente escrita en su rostro—. Miguel, vaya, qué sorpresa.

—Más bien una molestia —murmura Becky para sí misma, pero a nadie le pasa desapercibido su silencioso pinchazo.

Decido ignorarla, me vuelvo hacia la señora Wilson y le ofrezco mi sonrisa más encantadora mientras le tiendo la mano.

—Señora Wilson, me alegro mucho de volver a verla. Está igual que antes de irme.

Becky emite una arcada mientras la señora Wilson se sonroja, haciéndome señas para que me vaya.

—¡Oh, por favor! Supongo que algunas cosas nunca cambian. Sigues siendo el mismo encantador de hace cuatro años.

Suelto una risita y me froto la nuca.

—Me encantaría pensar que he madurado un poco en los últimos años.

La mujer me mira de arriba abajo.

—Bueno, ciertamente lo hiciste.

Becky deja escapar un sonido irritado.

—Siento interrumpir, pero ¿podemos centrarnos en la tarea que tenemos entre manos? Algunos tenemos que volver al trabajo.

La señora Wilson dirige su atención a Becky.

—Por supuesto, cariño. Seguro que estás muy ocupada. Vamos, sentémonos y podremos empezar a degustar. —Se da la vuelta y se dirige a la mesa del rincón, echando un vistazo por encima del hombro mientras camina—. Lisa me ha hablado de Kate. Tengo todas…

Dándose la vuelta, Becky marcha tras la señora Wilson. No les presto atención mientras la recorro con la mirada de pies a cabeza. La melena pelirroja que le cae por la espalda, el seductor contoneo de sus caderas a cada paso que da, la forma en que esos pantalones cortos le abrazan el trasero como si estuvieran hechos para ella.

Tranquilízate, viejo, me reprendo pasándome la mano por la mandíbula desaliñada.

Tragándome el nudo en la garganta, sigo a las mujeres. Mi mano cae sobre el respaldo de la silla y choca con la suya. Rebecca levanta la vista y sus ojos grandes y redondos se encuentran con los míos. Así de cerca, puedo ver la mezcla de colores de sus iris. El verde musgo, mezclado con el marrón, y algunas motas doradas salpicadas entre medias. Las pestañas oscuras y largas que los rodeaban.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Degustación?

Le rechinan los dientes.

—Ya te lo he dicho. No te necesito aquí. Puedo hacerlo yo sola.

No lo dudé ni un segundo. Nadie podía acusar a Rebecca Williams de ser incompetente. Pero no se trata de eso.

Se trata de que ella quiere establecer el control.

Y ahuyentarme.

Pero ella debería recordar como soy.

Le acerco la silla.

—No me importa. Me gusta el pastel.

—Iré por las muestras —dice la señora Wilson, dejándonos a los dos solos en un duelo de miradas.

Becky entrecierra los ojos, claramente exasperada conmigo.

Bueno, ya somos dos, Roja.

—¿No deberías evitar los dulces? —Ella toma asiento, haciendo un punto para deslizar su propia silla más cerca de la mesa—. Ya sabes, para mantenerte en forma.

Mujer testaruda.

Espero a que me devuelva la mirada antes de fruncir el ceño.

—¿Preocupada por mí, Roja?

Esos ojos color avellana brillan con rabia, y sé que he tocado un nervio.

—No me llames así.

Dos pueden jugar a este juego, cariño.

—Es temporada baja. —Me encojo de hombros con indiferencia, deslizándome en la silla junto a la suya—. Además, algo de pastel no le hace daño a nadie.

Me reclino en la silla y deslizo la mano por mi vientre plano. Mi dedo se desliza bajo el dobladillo de la camisa, tirando de ella hacia arriba y revelando mis abdominales.

La mirada de Rebecca se concentra en mis movimientos, sus ojos recorren mi brazo y se fijan en la parte de piel que queda al descubierto. Se me aprieta el estómago al sentir el calor que me recorre, su fijación es casi como un contacto físico.

Casi, pero no del todo.

—¿Ves algo que te guste? —pregunto, mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

El color que se extiende por sus mejillas se vuelve más vivo al ser sorprendida mirando.

—Como si hubiera —se burla ella, apartando la mirada.

—Mhmm, totalmente imaginando cosas.

Aprieta los labios y juro que la oigo rechinar los dientes, lo que hace que mi sonrisa se amplíe.

—Además, soy el padrino. Siento que es mi deber dar mi opinión sobre el pastel si los novios no pueden estar aquí. Me parece justo.

Justo en ese momento, la señora Wilson se une a nosotros, con una bandeja con platos llenos de diferentes tipos de pasteles en las manos. Le dirijo mi sonrisa más encantadora.

—¿No le parece, señora Wilson?

La mujer mayor se sonroja visiblemente.

—Por supuesto. Más opiniones son definitivamente bien recibidas.

Me vuelvo hacia Becky, que me está lanzando dagas.

—¿Ves?

—Como quieras. —Pone los ojos en blanco—. Vamos a terminar con esto.

La señora Wilson pone la bandeja en la mesa delante de nosotros. Hay media docena de platos, todos con una sola porción de pastel encima, un par de tenedores y vasos de agua.

—Bien, aquí tienen algunos de los sabores que comenté con Kate y Emmett cuando estuvieron aquí la última vez. Tómense su tiempo para probarlos y volveré dentro de un rato.

Rebecca abre la boca como si quisiera protestar, pero en ese momento suena la puerta y entra otro cliente. Aprieta los labios, me mira y nos quedamos mirándonos un momento.

Parpadea y agacha la cabeza, rompiendo el contacto. El cabello le cae sobre la cara, protegiéndola de mi mirada, y me pica la mano por alcanzarla y pasárselo por detrás de la oreja. Volver a sentir esa sedosidad entre mis dedos, envolverla alrededor de mi muñeca mientras…

No *lo hagas.*

Aprieto el puño y me muerdo las palmas con las uñas.

—Supongo que deberíamos comenzar a probar esto —murmura Becky, totalmente ignorante

de los pensamientos que se arremolinan en mi cabeza. Quizá sea mejor así. Estoy seguro de que no le gustaran nada.

Tampoco deberían gustarme. No debería estar pensando en ellos. No debería estar pensando en *ella*.

Habíamos terminado.

Por ella.

Ella fue la que se fue, después de todo. La que no tuvo problema en marcharse sin mirar atrás, sin darme la oportunidad de explicarme.

Rebecca toma uno de los tenedores y lo clava en el primer trozo de pastel, una galleta oscura con glaseado marrón claro. Se lo lleva a la boca y rodea el tenedor con sus bonitos labios rosados.

Mi polla se estremece al verla masticar, un gemido grave que sale de lo más profundo de su garganta.

No me jodas.

¿Por qué he vuelto a pensar que esto sería una buena idea?

Becky asiente mientras se zampa el segundo pastel, éste de fresas, y una vez más, ese pequeño gemido sale un poco más fuerte esta vez.

Me muevo en mi asiento, acercándome a la mesa para que ella no note el bulto que crece en mi regazo.

Aunque sé que debería apartar la mirada, mis ojos se quedan clavados en su boca, en ese rastro de escarcha que se aferra a la comisura de sus labios.

Debe de sentir mis ojos clavados en ella porque levanta la vista, saca la lengua y se la desliza por los labios, solo para perderse ese trocito de glaseado.

Me mira con desconfianza.

—¿No dijiste que querías probar el pastel?

Hay tantas cosas que quiero probar, que el pastel es lo último en lo que pienso.

—Sí —murmuro, con voz áspera. Me aclaro la garganta y vuelvo a prestar atención al plato.

Concéntrate en el maldito pastel, Fernandez.

Eso es todo.

Pastel.

A ciegas, tomo el tenedor, clavándolo en el trozo que tengo más cerca y llevándomelo a la boca. El dulce sabor del chocolate me roza la lengua. Se me cierran los ojos y suelto un fuerte gemido.

—Joder, qué bueno.

Hacía siglos que no comía pastel. Probablemente la última vez que estuve en Bluebonnet, y olvidé lo bien que sabía. Teniendo en cuenta que estos últimos cuatro años me he centrado en ser profesional, he seguido un riguroso programa de nutrición y entrenamiento. Y eso significaba eliminar algunas cosas de mi vida. Ya podía ver cómo el médico de mi equipo me miraba mal, pero después de todo, puede que merezca la pena.

El silencio es lo único que me saluda. Abro los ojos y veo que Rebecca me mira fijamente. Sus ojos se centran en mi boca, un suave rubor se extiende por sus mejillas mientras sus dientes se hunden en su labio inferior.

Me tiembla la comisura de los labios, pero hago todo lo posible por mantener la compostura.

Así que no soy el único afectado por esto. Bien.

Tomo un trozo de pastel y extiendo el tenedor hacia ella.

—Vamos, pruébalo.

Se queda boquiabierta y el pánico se apodera de su rostro durante una fracción de segundo, antes de volver a clavar en mí sus ojos color avellana.

—No estoy haciendo tal cosa —murmura ella, con las mejillas aún más coloradas.

—¿No estamos aquí para probar pasteles? No puedes no probarlos todos. ¿Cómo vas a saber cuál es el mejor?

—Oh, lo sé todo sobre tus *muestras*. —Niega con la cabeza, una sonrisa sin gracia tuerce su boca. Su voz es fría, pero no se me escapa el mordisco de rabia que esconde tras sus palabras.

—Rebecca… —Lo intento, pero ella me ignora. Agarra el tenedor con tanta fuerza que sus nudillos se han vuelto blancos.

—De acuerdo. Probaré el maldito pastel —dice cambiando de tema. Ignorando mi tenedor, va ella misma a por el pastel, toma un trozo y se lo lleva a la boca, haciendo como si yo no estuviera allí. Listilla. Me tiemblan los dedos por la necesidad de ponérselos sobre los hombros y sacudirla con fuerza, pero contengo el impulso.

En lugar de eso, la miro masticar despacio, atenta a cada línea de su cara; como si, si la miro fijamente el tiempo suficiente, fuera capaz de entender a la mujer que se sienta a mi lado. Antes, conocía su cara como si fuera la mía. Podía leerla como un libro. Por mucho que se esforzara en ocultar sus emociones, no podía ocultármelas, pero ahora mismo no estaba seguro de lo que pasaba por su cabeza. Y lo odiaba. Porque tal vez si lo supiera, entendería dónde fueron las cosas mal y por qué nos separamos.

Finalmente, deposita el tenedor en su plato, sin pronunciar palabra.

Se me aprieta el pecho de malestar, como si me hubiera caído encima un gran peso.

—Re…

—¿Cómo vamos por aquí? ¿Han encontrado algo que les guste? —pregunta la señora Wilson al reunirse de nuevo con nosotros.

Rebecca traga saliva y asiente.

—Bien. Creo que deberíamos elegir el de crema de cacahuate y chocolate. —Ella señala el primer pastel—. A todo el mundo le encanta el chocolate, así que no creo que podamos equivocarnos con algo *fiable.* —Me lanza una mirada mordaz antes de dirigir su atención a la señora Wilson y dedicarle una sonrisa—. Y luego quizá dos tipos diferentes de magdalenas. ¿Una con fruta y otra de chocolate?

—Gran elección. Esperemos que les gusten a los novios.

No creo que ni a Kate ni a Emmett les importara lo más mínimo el pastel ni los demás detalles. Sólo querían casarse por fin y estar juntos.

—Bueno, esperemos que sí. A mí me gustan, así que, de lo contrario, podría caer en la tentación de comérmelos yo misma —se ríe Becky.

—Me alegra oírlo, cariño. Te lo anotaré.

—Estupendo. Gracias, señora Wilson. Ahora, si me disculpan, realmente necesito volver a *The Reading Nook*.

Antes de que pueda reaccionar, se pone en pie y se echa el bolso al hombro, corriendo hacia la puerta como si la habitación estuviera ardiendo.

Empujo hacia atrás y la silla choca con el suelo.

—Rebecca, qu… —El timbre de la puerta suena mientras ella sale de la pastelería gritando una sonora despedida—. ¡Joder!

Me paso la mano por la cara, dejándola caer a mi lado, cuando una mano me acaricia el hombro, recordándome que no estoy sola.

—Lo siento, señora Wilson.

—Está bien. Sólo dale tiempo. Lleva mucho tiempo sufriendo.

Sus palabras hacen que se me haga un nudo en el estómago.

—No es la única —murmuro, con esa familiar irritación por lo ocurrido creciendo en mi interior. Todas las cosas que podrían haber pasado de otra manera si tan solo…

Ojalá.

Sacudo la cabeza y sonrío a la mujer.

—Gracias por el pastel, señora Wilson. Es tan increíble como siempre.

—Por supuesto. Tal vez deberías probar ese amuleto tuyo con ella. Funcionó la primera vez —.

Sacudo la cabeza. —No sé nada de eso. Estamos demasiado rotos para eso —.

—Oh, por favor. No hay nada demasiado roto. Incluso las piezas más pequeñas se pueden juntar si uno quiere. —Me lanza una mirada mordaz—. La pregunta es, ¿quieres?

CAPÍTULO DOCE

Rebecca

—Hey, estoy en casa.

Al entrar en casa, me aseguro de que la puerta está cerrada y la llave guardada en el bolso antes de quitarme los zapatos. Me duelen los pies de estar todo el día de pie en la cafetería. Ha sido otro largo día con innumerables clientes, la mayoría de los cuales querían hablar de *él*. Al parecer, alguien nos vio sentados juntos en la pastelería el otro día, y ahora todo el mundo pensaba que habíamos vuelto. Era molesto, y Jessica no podía venir lo suficientemente rápido para que yo pudiera desaparecer dentro de la cocina una vez más. En serio, para cuando salga de Bluebonnet, tendré que darle un aumento a esa chica.

El silencio me recibe cuando me doy la vuelta y camino por el pasillo. Me asomo al sala y lo encuentro vacío, así que continúo hasta la cocina, donde Linda está limpiando.

—Oye, Linda, ¿dónde están todos?

La mujer mayor se da la vuelta, con una sonrisa en los labios.

—Becky, no te he oído entrar. Chase recibió una llamada del refugio sobre un perro callejero vagando por ahí, así que fue a echar un vistazo. Y tu madre está en su habitación. Tuvo un día duro, así que la acosté temprano.

—Mierda. —Me paso la mano por la cara.

Que mamá tuviera un mal día nunca era bueno. Y después de hoy, esto era lo último que necesitaba oír.

Miro hacia las escaleras.

—Iré a ver cómo está.

Linda me ofrece una sonrisa triste y asiente. Dándole la espalda, subo de dos en dos. La puerta del fondo del pasillo está ligeramente entreabierta. Paso por alto mi habitación y me dirijo directamente a la de mamá, empujándola suavemente hasta abrirla del todo.

Como dijo Linda, está durmiendo en su cama. Su pecho sube y baja uniformemente bajo la sábana. Me deslizo dentro y me acerco a la cama, con el corazón encogido al verla.

Parece tan tranquila cuando duerme. Como la mujer que solía ser. Antes.

Levanto la mano y le retiro un mechón de cabello plateado que se ha deslizado por su cara mientras la observo un instante más, empapándome de este momento único en el que el dolor me aprieta el corazón.

Con una última caricia, me retiro, salgo de la habitación tan silenciosamente como he entrado y dejo la puerta ligeramente abierta. Dejo las cosas en mi habitación y mi vista se posa en la agenda de la boda de Kate. Esperaba dejárselo después de la cata, pero en la cafetería todo se complicó y mamá tuvo uno de sus episodios…

No tenía suficientes horas al día para hacerlo todo.

Miro con nostalgia hacia la puerta abierta de mi cuarto de baño y la bañera que me llama, y suelto un suspiro.

Más tarde esta noche, me lo prometo.

Mi reflejo en el espejo me llama la atención cuando empiezo a darme la vuelta. Mi coleta está hecha un desastre y estoy segura de que tengo una mancha de chocolate en la camiseta.

Me agarro al dobladillo, me quito la camiseta por la cabeza y la tiro a la basura antes de ponerme otra. Me quito la mancha de la cara y me paso un cepillo por el cabello.

Al salir de la habitación, recojo la carpeta, el teléfono y las llaves antes de bajar suavemente las escaleras para no despertar a mamá.

—Linda, tengo que ir a casa de Kate un momento. No debería tardar mucho. ¿Estarás bien?

Odio dejarla sola ahora que ha salido del trabajo, pero sé que si no voy a casa de Kate ahora, no estoy segura de cuándo podría hacerlo. Además, quiero saber cómo esta porque hoy no me había mandado ningún mensaje cuando le pregunté cómo estaba.

—Por supuesto. Adelante. Aquí estamos bien.

—Eres una santa, Linda. Vuelvo enseguida.

Me dirijo rápidamente a la camioneta. El viejo cacharro tose en señal de protesta, pero al tercer intento consigo arrancarlo.

Ir al mecánico. Sólo otra cosa que añadir a mi interminable lista de cosas por hacer.

La suave música country llena el habitáculo mientras conduzco hasta casa de Kate y Emmett. Su casa está iluminada cuando estaciono frente a ella unos diez minutos después, detrás de un todoterreno negro que no me resulta familiar.

¿Han llegado ya sus amigos de la universidad? Estaba segura de que Kate dijo que vendrían un par de días antes de la ceremonia.

Me desabrocho el cinturón, voy hacia la puerta y llamo al timbre. Por un momento resuena en el interior de la casa, pero enseguida oigo los pasos que se acercan.

—Tienes una pinta horrible —digo en cuanto se abre la puerta y me encuentro con el rostro pálido de Kate. Sus ojos azules parecen cansados, y las bolsas oscuras que tiene debajo resaltan aún más sobre su piel de marfil.

Kate se pasa por detrás de la oreja un mechón del cabello oscuro que se le ha caído del moño desordenado.

—No empieces tú también con esto.

—¿Empezar con qué? —Paso junto a ella y camino por el pasillo—. ¿Por qué no estás descansando?

—Empieza a regañarme. Emmett ha estado viniendo a casa para ver cómo estoy cinco veces al día, y si no está aquí, no para de mandarme mensajes. Y luego está la señora Santiago e incluso la tía Mabel estuvo aquí, y luego papá pasó por aquí hoy temprano también. Mi casa empieza a parecer un aeropuerto.

—Porque tienes gente a la que le importas y se preocupa por ti.

—Lo sé, y me siento culpable hasta de decirlo. —Kate deja escapar un suspiro—. Pero si viene una persona más y trae algo de comer, no tendré dónde ponerlo.

—¿Así que no debería haber traído mis nuevas magdalenas de cereza y chocolate negro que horneé para que las probaras? —pregunto, levantando la bolsa en el aire.

La atención de Kate se vuelve hacia la bolsa y puedo ver el interés que despiertan sus ojos.

—¿Dijiste chocolate negro?

—Mhmm… Supongo que, si *realmente* no lo quieres, puedo llevármelas a casa…

No llego a terminar antes de que Kate me arrebate la bolsa.

—Dame.

Riendo, veo cómo la abre, saca un cartón de la bolsa y toma una magdalena, mordiéndola.

—Maldita sea, esto es tan bueno.

—¿Lo es? Quería hacer algo que no fuera demasiado dulce. —Me encojo de hombros, el borde del cuaderno clavándose en mi brazo—. Ah, y también te traje esto. Siento no habértelo devuelto el otro día. Pensaba hacerlo, pero mamá no se encontraba bien y cuando la ayudé a acostarse ya era tarde.

—No pasa nada. Ya casi terminamos de todos modos. ¿Cómo estuvo la degustación?

—Fue…

Miro a mi alrededor, intentando encontrar una respuesta adecuada, pero la cara de Miguel es lo único que me viene a la mente.

¿Frustrante? ¿Enojante? ¿Abrumador?

Había tantos sentimientos arremolinándose dentro de mí en ese momento, todos enredados hasta el punto de que no sabía dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Era demasiado.

El olor de Miguel era imposible de ignorar ya que estábamos sentados tan cerca, su rodilla chocaba con la mía debajo de la mesa. Esa sonrisa de niño pequeño que se extiende por su cara cuando prueba algo que le gusta fue como una patada en las tripas porque me devolvió al pasado, cuando yo horneaba algo nuevo y él lo probaba por primera vez. Era como si volviera a tener dieciséis años y sólo quisiera ver sonreír al niño que amaba.

—Salgamos —balbuceo con la voz entrecortada. Sin esperar respuesta, me dirijo hacia la puerta corredera—. Podemos sentarnos en el porche trasero y…

—Becky, no…

Me detengo al ver a las dos figuras trabajando bajo el sol poniente justo delante del muelle que da al lago que se extiende detrás de la casa de Emmett y Kate. Los dorados, naranjas y rojos iluminan la piel dorada que exhibe, sus músculos flexionándose mientras sujeta el arco mientras Emmett trabaja clavándolo en su sitio.

—Lo siento mucho. —La mano de Kate cae sobre mi hombro, sacándome de mis pensamientos.

Mi garganta se estremece mientras trago.

—Está aquí.

Por supuesto que sí.

Debería haberlo sabido en cuanto vi el carro estacionado delante, y debería haber corrido.

—Intenté decírtelo. —Kate se mordisquea el labio inferior—. ¿Estás enfadada?

Esbozo una sonrisa.

—¿Por qué iba a enfadarme? Es tu amigo y el padrino de Emmett. Por supuesto que estaría aquí.

Ojalá lo supiera para poder mantenerme alejada.

—Ha estado ayudando a Emmett en el rancho desde que regresó. Creo que sólo busca una excusa para alejarse de la casa de sus padres.

Me lo imaginaba, sabiendo cómo acabaron las cosas la última vez que Miguel y su padre estuvieron en la misma habitación.

—No tienes que darme explicaciones, Kate. Sólo me he pasado para devolverte la agenda y decirte que ya me he ocupado del pastel, o quizá ya lo sepas, teniendo en cuenta que Emmett ha enviado a Miguel para que me acompañe.

Kate levanta las manos en señal de rendición.

—Esa fue su brillante idea.

—Oh, lo sé, y pronto tendrá el suyo —murmuro, mi atención se desvía de nuevo hacia los hombres.

—Y tienes todo mi apoyo. —La mano de Kate se desliza alrededor de mi cintura—. Pero ¿cómo ha ido realmente?

—Bien.

—Mentira. No pareces estar bien.

No, no me sentía bien en lo absoluto. Me sentía intranquila. Sabía que sería difícil evitar a Miguel porque esta maldita ciudad era demasiado pequeña tal y como era, pero no podía

imaginarme que estaría saltando sobre mí desde cada rincón y esquina.

—Tú tampoco tienes buen aspecto. —La miro, cambiando de tema—. ¿Has ido ya al médico?

Kate entrecierra los ojos.

—No estábamos hablando de mí.

—Bueno, mala suerte, ¿no?

—No puedes evitar esto para siempre, ¿sabes?

Aprieto los labios.

—Claro que puedo intentarlo.

El rostro de Kate se suaviza.

—¿Qué pasó entre ustedes dos, Becky?

El sonido de la risa de Miguel me hace levantar la vista y observarle.

Todavía puedo ver la expresión de su cara la última vez que le vi. Esta grabada en mi memoria, tan vívida como el día en que ocurrió.

La sorpresa en su cara al verme.

La desesperación al darse cuenta de lo que estaba pasando.

La ira cuando me alejé.

Mi estómago se aprieta, y mi mano se aprieta contra él.

El dolor cuando la última cuerda que sujetaba el mundo que conocía se rompió en pedazos a mi alrededor.

Sacudo la cabeza, alejando los recuerdos.

—No importa, Kate. Él está aquí. Es tu amigo, no es que te pida algo distinto. Lo que pasó, pasó. Ya pasó y hace años que pasó. Se irá después de la boda y yo volveré a mi vida y todo será como antes.

—Sólo estoy preocupada por ti. Estás diferente desde que volvimos. Más callada. Más reservada.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, eso es todo.

Una mano se desliza alrededor de mi hombro, tirando de mí hacia un cuerpo firme.

—Y mira quién apareció finalmente.

Miguel

El codo de Becky conecta con el torso Emmett, empujándolo.

—Ni se te ocurra tocarme, Santiago. Estás todo sudoroso.

No podía creer que estuviera aquí, pero era ella. Era imposible confundir aquel tono de cabello pelirrojo con otra persona que no fuera Rebeca. Kate y ella están en el porche, apoyadas en la barandilla y hablando, lo que me da un minuto para serenarme.

—Si no recuerdo mal, no te importaron nuestros culos sudorosos cuando saltaste sobre nosotros después de ganar un partido de fútbol en su día.

—Entonces me caías en gracia, cosa que no puedo decir que sea el caso ahora mismo. —Le lanza una mirada mordaz y cruza los brazos sobre el pecho.

La comisura de la boca de Emmett se inclina hacia arriba, pero escruta rápidamente sus facciones.

—No sé de qué estás hablando.

—Oh, sabes perfectamente a qué me refiero.

Su mirada se desplaza por encima del hombro de Emmett y sus ojos color avellana se posan en los míos. Durante un segundo se queda mirándome y noto que se me pone la piel de gallina bajo su mirada atenta.

—Miguel —inclina la barbilla a modo de saludo, con esa máscara de completa indiferencia en el rostro, antes de volverse hacia nuestros amigos, y yo sé lo que va a pasar incluso antes de que abra la boca—. Mi trabajo aquí ha terminado. Creo que los dejaré…

Huyendo una vez más.

A estas alturas, ni siquiera me sorprendía.

—¡Tonterías! —Kate protesta—. Deberías quedarte a cenar. He metido en el horno la lasaña que trajo la señora Santiago hace un rato. Creo que ya debería estar hecha.

—Kate —suspira Rebecca—. Yo no…

—Vamos, Becky. Aún tenemos que hablar de la fiesta de la semana que viene.

Abro la boca para decir que me voy cuando Kate se vuelve hacia mí con expresión severa.

—Ninguno se va. Tengo toda esta comida en el refrigerador que ha traído la gente y no sé qué hacer con ella. Así que sentarán el culo, se comerán la comida y hablaremos de todo lo que hay que hacer para la fiesta cuando vengan nuestros amigos de Blairwood. ¿Quedó claro?

—Sí, señora —digo, justo cuando Rebecca murmura—: Bien.

—Estupendo. Ahora voy a…

Emmett empuja suavemente a Kate hacia el sofá.

—Siéntate mientras voy a ver la cena.

Kate mira por encima del hombro.

—Puedo hacerlo.

—Pero no tienes por qué. —Le da un beso en la cabeza—. Vuelvo en un rato.

Kate niega con la cabeza, pero no intenta protestar.

Sin embargo, puedo ver por qué Emmett está preocupado. Cuando llegué a su casa, ella estaba blanca como una pared. Aparentemente, había estado vomitando de nuevo. Desde entonces, algo de color ha vuelto a sus mejillas.

—Te juro que este hombre me vuelve loca.

—Sólo está preocupado por ti. —Rebeca se desliza en la silla junto a Kate—. Entonces, ¿de qué querías hablar sobre la fiesta?

Escucho con media oreja mientras las dos hablan de la fiesta y de todas las cosas que hay que tener listas para entonces. Pancartas, lazos, globos y una docena de cosas por el estilo. En un momento dado, Rebecca saca su teléfono y empieza a hacer una lista. En serio, es sólo una fiesta.

Emmett no tarda en volver al porche, con platos y cubiertos en una mano y dos botellas de cerveza en la otra.

—¿Puedes traer la bebida? —me pregunta mientras pone la mesa.

—Ya lo sabes. ¿Algo más?

—No, creo que tenemos todo lo demás bajo control.

Se sumerge de nuevo en la casa para las bebidas y la comida antes de unirse finalmente a nosotros.

Tomo un trozo de lasaña y me zambullo en ella. Emmett y yo llevamos toda la tarde trabajando y me muero de hambre. Además, la comida de la señora Santiago siempre estaba deliciosa, y esta no era una excepción.

—Aquí tienes. —Emmett le tiende un plato a Kate, pero ella lo mira con atención, escurriéndosele de la cara el poco color que le había vuelto a las mejillas.

—Esto…

Los ojos de Emmett se entrecierran al verla.

—¿Otra vez? —Levanta el plato hasta la nariz y huele la comida—. Parece buena. —Su atención se desplaza hacia mí—. ¿Sabe raro?

—No, está perfecta, como siempre.

—Realmente está bueno —asiente Rebecca, limpiándose la boca con una servilleta—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, está bien. Quizás mi estómago aún se está recuperando de lo de antes.

—¿Qué tal si voy y te preparo una sopita? —Emmett empieza a bajar el plato sobre la mesa, pero Kate le pone la mano en el muslo, dándole un apretón.

—Come, has estado trabajando todo el día. Sólo tomaré una de estas magdalenas. Pero, por favor, no le digas a tu madre que no he comido. Pensará que odio su comida, y no es el caso.

—Eso no es verdad. Mamá te quiere y está preocupada. Ella trataría de traer algo más, sin embargo.

—¡Eso es lo que le digo siempre! —Kate suspira—. Me siento tan mal por no comer, pero me da mucho miedo que vuelva a salir todo si lo hago.

Emmett le acaricia la mejilla.

—No pasa nada, cariño. Cómete esas magdalenas. Creo que no te he visto comer nada en todo el día.

—Desayuné, y ya sabemos cómo acabó —suspira—. Sólo espero que se me pase antes de que empiece a venir gente.

—¿Cuándo será eso?

—El equipo de Blairwood vendrá el viernes por la mañana, y mamá por la tarde.

Mis cejas se levantan.

—¿Viene tu madre?

Kate y su hermana se mudaron a Bluebonnet cuando teníamos diecisiete años, pero entonces su madre apareció de repente e intentó llevarse a las hermanas Adams de vuelta a Los Ángeles. Al final, consiguieron convencerla para que las dejara quedarse aquí, pero no sabía que vendría a la ceremonia.

—Sí, le enviamos la invitación, pero nunca imaginé que querría volver. No después de estar tanto tiempo.

—Huh, interesante.

—Supongo que hay algo en el aire, ya que todo el mundo parece estar volviendo a casa estos días.

Me vuelvo hacia Rebecca, sin pasar por alto su silencioso golpe. Aprieto los labios mientras la irritación se extiende en mi interior. Y yo que pensaba que esta noche iba bien.

—Si vale la pena volver por la persona, no veo por qué sería sorprendente. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas.

Rebecca se estremece como si le hubiera dado una bofetada, y siento que un pie conecta con el mío por debajo de la mesa.

—Sí, supongo que tienes razón. *Hay* gente por la que merece la pena venir, y otros te mostrarán sus verdaderos colores cuando les pilles desprevenidos.

Echa la silla hacia atrás, se levanta y empieza a recoger platos.

—Yo me encargo de los platos.

Sin volver a mirarme, ni a mí ni a ninguno de nosotros, se mete en casa.

—¿En serio, amigo? —Emmett sisea en el momento en que ella está fuera del alcance del oído.

—¿Qué? —pregunto a la defensiva, con la mirada fija en Rebecca, que se mueve por la cocina y mueve la boca como si murmurara para sí misma. Conociéndola, probablemente me esté maldiciendo. No sería la primera vez—. Ella empezó primero.

Sé que probablemente suene como una niña petulante, pero en serio, ¿tenía que sacar todo esto? Ella sabía por qué no podía volver a casa entonces. Aunque no hubiera pasado nada con mi padre, entre el horario de clases, los entrenamientos, los partidos y los viajes, apenas tenía tiempo para dormir, y mucho menos para conducir más de veinte horas para volver a Texas a verla. Lo odiaba, pero ella se negaba a mudarse conmigo y sabía lo que estaba en juego: mi futuro. *Nuestro* futuro.

Las llamadas telefónicas y los mensajes de texto eran nuestra mejor opción y nuestra principal forma de comunicación. Si ella respondía, claro.

Hace cuatro años

Mis dedos se apretaron alrededor de la correa de mi mochila mientras escuchaba el teléfono sonar, y sonar, y sonar.

¿Dónde diablos está?

—Hola, nene —dijo Rebecca cuando por fin tomó el teléfono.

—Eh… —Se oyó un fuerte estruendo de fondo. Mis cejas se fruncieron—. ¿Dónde estás?

—Conduciendo de vuelta a casa —suspiró Rebecca—. Tenía clase y luego me quedé en la biblioteca para trabajar en un proyecto. Apagué el móvil para poder concentrarme, pero el tiempo se me pasó volando.

—Oh, intenté llamarte, pero nunca contestaste.

Ni contestó a ninguno de mis mensajes, pero me mordí la lengua para que no salieran las palabras. Sabía que ella también estaba ocupada, pero maldita sea, la echaba de menos. Hemos sido inseparables toda la vida, estar de repente lejos de la persona que lo era todo para ti… No sabía cómo afrontarlo.

—Lo siento. Ha sido un día de locos, y necesitaba terminar esta tarea porque hay que entregarla esta noche.

Y ahora me siento como un gilipollas quejica.

—No te preocupes. Estoy actuando como un estúpido. Estaba ansioso porque siempre me mandas mensajes el día del partido, pero…

—Mierda, me desmayé completamente. ¿Cómo ha ido el partido?

—Ganamos. —La comisura de mis labios se torció hacia arriba—. En realidad, les ganamos. Cuarenta y dos a cero.

—Es increíble. ¿Llegaste a jugar?

—Sí.

La emoción posterior al partido siguió recorriéndome y, ahora que he conseguido hablar con Rebecca, por fin me sentí en paz. Empecé a describir la última anotación cuando ella me interrumpió de repente.

—Mierda, tengo que irme, Miguel.

—¿Qué? —*¿Irse? ¿A dónde iba? ¿No acaba de decir que estaba conduciendo a casa?*—. Pero acabamos de empezar a hablar.

—Lo sé, y lo siento. Te llamaré más tarde, ¿vale? Realmente necesito irme.

—¿Va todo bien?

—Sí, yo… te llamaré más tarde.

—Sí, bi… —La llamada se desconectó—-. Roja…

Ahora

La puerta corredera se abre y me saca de mis pensamientos. Rebecca sale y sus ojos se posan en los míos. La fría indiferencia que brilla en sus iris me sacude hasta la médula. Estaba acostumbrado a la ira de Rebecca, demonios, la esperaba, pero esto… Esto es algo diferente.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, un teléfono zumba sobre la mesa. Algo parpadea en su cara, pero desaparece tan rápido que no tengo oportunidad de procesarlo antes de que agarre el aparato.

—Tengo que contestar.

Sin decir nada más, se levanta y se mete en casa.

—¿Qué es todo eso? —Intercambio una mirada con Emmett, que se limita a encogerse de hombros, pero por la expresión de preocupación de su rostro, sabe lo que pasa. Solo que no quiere decírmelo.

—De verdad que tengo que irme —le dice Rebeca a Kate al salir—. Pero si necesitas algo más para la fiesta, dímelo, ¿vale?

—Suena bien. Y tenemos la prueba final del vestido la semana que viene.

—Bien, ¿me recoges para esa?

—Lo sabes.

—Llama al maldito médico, Kate. —Con un rápido abrazo, Rebecca toma el resto de sus cosas y se marcha sin volver a mirarme.

Pasándome la mano por la cara, suelto un suspiro.

—Espero que no se haya ido por el comentario.

Kate desvía su atención hacia mí.

—No es que no fueras un idiota, pero Becky tiene mucho en su plato ahora.

—¿Qué significa eso? —pregunto, sintiendo la irritación chisporrotear bajo mi piel ante el vago comentario.

¿Qué demonios le pasa a Rebeca para que sientan la necesidad de ocultármelo?

—Es la historia de Becky para contar.

Ahí esta otra vez, eludiendo la respuesta.

¿Es sólo por mí y por la historia que compartimos, o la respuesta sería la misma independientemente de quién preguntara?

Y lo que es más importante, ¿por qué no puedo dejarlo pasar?

Tomo una magdalena de la caja y me la meto en la boca. El rico sabor a chocolate negro mezclado con cerezas me golpea la lengua y gimo ruidosamente.

—Joder, qué bueno. ¿Tú lo hiciste?

—No, Becky los trajo.

Supongo que debería habérmelo imaginado. Rebecca siempre era la que estaba haciendo algo en la cocina. Normalmente, era a mí a quien traía la primera hornada de cualquier cosa nueva que se le ocurriera. Siempre bromeaba diciendo que era porque yo tenía un estómago fuerte, pero la realidad era que no necesitaba un estómago fuerte. Todo lo que preparaba estaba así de bueno.

Mis pensamientos corren a cien kilómetros por hora mientras me devoro el resto de la magdalena y me limpio las moronas de las palmas de las manos.

—Supongo que debería dejarlos descansar.

Me pongo en pie, pero la suave pregunta de Kate me detiene en seco.

—¿Miguel?

—Kitty —Emmett intenta cogerle la mano, pero ella se la quita de encima.
—No, Emmett, tengo que decir esto.
La miro, levantando la ceja.
—Di lo que quieras decir.
—Te amo mucho, pero si lastimas a Becky una vez más, tendrás que vértelas conmigo.
—No esperaría nada diferente.

CAPÍTULO TRECE

Rebecca

—Oye, ¿puedes echarle un ojo a la cafetería? —La puerta de la cocina se cierra detrás de mí mientras miro a Jessica, que está haciendo un pedido para un cliente—. Quiero dejar esto en el colegio para Savannah. Se suponía que tenía que recogerlos, pero se olvidó. No debería tardar mucho.

Como Savannah fue entrenadora de fútbol infantil durante el verano, todos los viernes lleva magdalenas a su equipo para que terminen la semana con buen sabor de boca. Es muy entretenido, y me divierto mucho decorándolos de forma diferente cada vez, pero hoy, ella no estaba por ningún lado.

Jessica levanta la vista cuando la máquina zumba, el olor a cafeína se extiende por la habitación.

—Sí, claro.

—Gracias. —Me desato el delantal de la cintura y miro la cafetera—. Pero antes de eso…

Preparo rápidamente el pedido favorito de Sav, tapo el vaso para llevar para que no se derrame. Con el café en una mano y la bolsa de golosinas en la otra, me subo a la camioneta que está aparcada en el callejón junto a la cafetería. Tardo un par de intentos, pero por fin el cacharro se pone en marcha.

Saludo a algunas personas mientras salgo de mi plaza de estacionamiento y conduzco hacia la escuela. Como no hay muchos alumnos en Bluebonnet, todos los cursos están en el mismo campus, sólo que, en edificios diferentes, con los campos de atletismo situados junto al estacionamiento. Mi mirada se posa en el campo de fútbol del instituto. Es una reacción natural. Había pasado incontables horas de mi infancia sentada en aquellas gradas mientras veía a Emmett y Miguel entrenar y jugar al fútbol. No importaba si hacía sol o llovía. Si estaban en el campo, yo solía estar allí con ellos, con un libro en la mano, animándolos.

Espero que la cancha esté vacía, pero justo cuando estoy a punto de apartar la vista, mi mirada se centra en la figura solitaria que corre por la pista. Casi por instinto, suelto el acelerador y la camioneta reduce la velocidad. Mis dedos se aprietan alrededor del volante a medida que la figura se acerca, la expectación hace que mi corazón lata desbocado en mi pecho.

Por supuesto, es él.

Miguel.

¿Quién si no?

Empiezo a preguntarme seriamente qué demonios he hecho para merecer tanta mala suerte cuando se trata de este hombre.

No debería ser tan difícil evitarlo. Sí, Bluebonnet es un pueblecito, pero, aun así. Siento como si me estuvieran castigando por algo.

Lleva pantalones cortos de baloncesto y tenis deportivos. Lleva una gorra de baloncesto en la cabeza, pero aun así puedo ver cómo se le riza el cabello alrededor del ala y cómo los auriculares le tapan las orejas mientras corre bajo el sol de la mañana. Su piel brilla por el sudor, lo que me hace preguntarme cuánto tiempo lleva corriendo.

Hundo los dientes en el labio inferior. Sé que debería irme, pero no me atrevo a apartar la mirada.

Hn pasado años desde la última vez que le vi hacer ejercicio o jugar. El día que rompimos, me prometí a mí misma no volver a verle. Le bloqueé en las redes sociales. No veía deportes por televisión, aunque tampoco tenía tiempo para hacerlo. Ni siquiera me habría enterado de que

había llegado a profesional si no me lo hubiera dicho la gente de la ciudad, sobre todo después de que su equipo llegara a los playoffs la temporada pasada.

Lo ha conseguido.

Después de todo, consiguió su sueño.

Una parte de mí se alegró por él. Sabía mejor que nadie lo duro que trabajaba, pero la otra parte… La otra parte no podía evitar preguntarse, ¿merecía la pena? Su partida, su traición, mi angustia… ¿valió la pena?

Obligándome a apartar la mirada de la figura del campo, aprieto el acelerador y conduzco hasta el campo más pequeño del lateral.

Estaciono la camioneta en la primera plaza libre, tomo la bolsa y el vaso de café y salgo de un salto. Casi de inmediato, me recibe el fuerte griterío procedente de la banda.

Siguiendo los sonidos, encuentro a Savannah de pie junto al campo. Lleva una gorra de béisbol en la cabeza y un silbato colgado del cuello mientras anima a gritos a una niña de unos cinco o seis años que corre hacia la zona de anotación. Algunas de sus amigas, que están junto a Savannah en la banda, saltan cuando la niña casi cae en la zona de anotación.

Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando veo a Savannah bombeando el puño en señal de victoria, justo cuando los niños corren hacia su amiga en el campo y la abrazan en grupo.

—Buen partido, entrenadora —le digo mientras me detengo a su lado.

—Hola, Becky. —Sav se da la vuelta, con una sonrisa radiante en los labios—. Gracias. Es bueno ver a los niños felices.

—Te he traído café y pastelitos.

Sus ojos se posan en el paquete que tengo en las manos.

—Dios… —Dispara—. La abuela estaba siendo difícil, así que llegué tarde y me despisté completamente.

—No se preocupe. Me lo imaginé, así que decidí conducir hasta aquí y traerte tu pedido. Que parece justo a tiempo para un aperitivo de celebración.

Cuando nadie se presentó como entrenador de fútbol infantil, Savannah decidió dar un paso al frente y hacerlo ella misma. Aunque no sabe mucho de este deporte, se sintió fatal cuando se enteró y vio cómo algunos de sus chicos estaban decepcionados.

—Eres un regalo de Dios. ¿Cuánto te debo?

—¡Entrenadora! —empiezan a gritar los niños, reclamando la atención de Savannah.

Le hago un gesto para que se vaya—. Lo arreglaremos más tarde. Ve y diviértete.

Savannah me señala con el dedo.

—No creas que lo olvidaré. —Da un paso atrás—. ¿Tomamos algo esta semana?

Me mordisqueo el interior de la mejilla.

—No sé, Sav. He estado muy ausente con todo lo de la boda. Yo no…

—Vamos, es sólo una copa. Una hora máximo. Necesito a alguien que se queje de Mark —.

—Ugh, ¿qué hizo ahora?

Te juro que no sé por qué no puede dejarlo y acabar con él de una vez. Ella se merece algo mucho mejor que el tipo que siempre se pone a sí mismo en primer lugar.

—Te lo diré mientras tomamos algo en La Cabaña. Incluso seré yo quien invite, ya que sé que no me dejarás pagar los pastelitos.

Supongo que me tenía allí.

—Bien. —Levanto el dedo—. *Un* trago, y puedo elegir el día.

—¡Perfecto! —Me sonríe mientras los chicos la apartan. Sacudo la cabeza, me doy la vuelta y empiezo a caminar de vuelta a mi carro. Al salir del campo de los niños, mi mirada se dirige

instantáneamente al campo de fútbol más grande.

Mordiéndome el interior de la mejilla, lo miro momentáneamente. Debería ir a mi vehículo y volver al café. Apenas tengo tiempo para respirar estos días, pero es como si una cuerda invisible tirara de mí hacia él.

Me acerco lentamente hasta que mis dedos tocan la valla metálica que la rodea. Enrosco el dedo entre los bucles metálicos mientras inhalo profundamente, el aroma de la hierba recién cortada invade mis sentidos.

¿Cuántas veces me había sentado en las gradas?

Demasiadas para contarlas.

No importaba si era un entrenamiento o un partido: si Emmett y Miguel estaban en el campo, yo me sentaba en las gradas para verlos. Era como ver magia. Eran así de buenos.

Los recuerdos del instituto, los que guardé en una caja después de que Miguel y yo rompiéramos, vuelven a la superficie y me cuesta respirar.

Animándolos desde las gradas.

Correr hasta la cancha después del partido y saltar a sus brazos.

La primera vez que Miguel deslizó su camiseta sobre mi cabeza.

La mirada acalorada en sus ojos mientras me tomaba.

Sus manos ahuecando mis mejillas.

El tacto de sus dedos rugosos al acariciarme la cara.

Cierro los ojos, ese dolor familiar me aprieta los pulmones, dificultándome la respiración.

Vamos. Se me hace un nudo en la garganta al tragarme el nudo que se me ha formado. *Tengo que irme.*

No debería haber venido aquí en primer lugar.

Hay una razón por la que lo evité todo este tiempo.

Y ahora que había vuelto, era aún más importante que me mantuviera alejada y me protegiera. Proteger mi corazón.

Me zumban los oídos cuando suelto los dedos de la valla y me doy la vuelta, pero todo el aire se me escapa de los pulmones cuando un cuerpo duro conecta con el mío.

Respiro bruscamente mientras retrocedo tambaleándome por la fuerza del choque y mi mirada se fija en un par de ojos marrones que me resultan familiares.

Unos dedos fuertes me rodean el bíceps y, al contacto, una descarga eléctrica me recorre y me empuja hacia delante. Alargo la mano, preparándome para el impacto; sólo mi mano toca su pecho. Su pecho, muy firme y desnudo. Su piel caliente me quema la palma, pero me tiene tan cerca que no puedo apartarme.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunto soltando un suspiro tembloroso.

—¿Qué estoy haciendo? —Sus ojos se entrecierran mientras me mira fijamente—. Te has chocado conmigo.

—Estaba dando la vuelta para ir a mi carro, ¿y tú qué estabas haciendo exactamente?

Dejo que mis ojos bajen mientras lo miro, un error, porque lleva un par de pantalones cortos de baloncesto oscuros y nada más. Su pecho perfectamente esculpido brilla de sudor bajo el sol de la tarde y, *maldita sea*, tiene buen aspecto. Mejor que bien, en realidad. Miguel siempre fue musculoso, incluso cuando estábamos en el instituto. Supongo que era una mezcla de acondicionamiento para jugar al fútbol y ayudar a su padre en el rancho. Por aquel entonces, era un hombre comparado con los demás chicos de nuestra edad, pero verlo así me demuestra lo niño que solía ser. Pero no hay nada de niño en el cachas que tengo delante. Con sus dos metros y medio de puro músculo, me supera por unos cuantos centímetros. Sus hombros son más

anchos, sus músculos más duros, cada línea definida a la perfección, una máquina construida para derribar a sus oponentes, y no parece tener ningún problema en mostrar su cuerpo.

Un dedo se desliza bajo mi barbilla y me levanta la cara, con una sonrisa arrogante destellando en su boca.

—Mis ojos están aquí arriba, Roja —ronronea Miguel. Su cálido tacto, combinado con su voz grave y ronca, hace que se me retuerza el estómago y me recorran escalofríos por la espalda. Tanto que tardo un momento en asimilar sus palabras.

Joder.

Me quedé mirando.

Y el imbécil lo sabe.

Me sube el color a las mejillas y maldigo a mis antepasados pelirrojos por hacer tan fácil que la gente sepa lo incómoda que estoy.

Aparto su mano de un empujón y doy un paso atrás, lo que facilita la observación de su silueta. Su pecho sigue subiendo y bajando rápidamente de tanto correr por el campo. Su camiseta cuelga del bolsillo trasero, completamente olvidada. Lleva una gorra de los *Lonestars* en la cabeza y unos auriculares en las orejas. Como si pudiera leerme la mente, se los pasa por el cuello.

—Entonces, ¿cuál fue exactamente la razón por la que te encontraste conmigo? —pregunto, ignorando su comentario.

Esa sonrisa se hace aún más grande porque sabe exactamente lo que estoy haciendo.

—No te vi hasta que ya estabas en mi camino.

—Sí, claro. Da igual. —Sacudiendo la cabeza, me doy la vuelta, pero antes de que pueda dar un paso, sus dedos envuelven mi mano.

—Espera.

Aprieto los dientes.

—¿No puedes hacer eso?

—¿Qué?

Levanto nuestras manos enlazadas.

—Esto. De hecho, ¿puedes alejarte de mí?

Mi teléfono empieza a zumbar en mi bolsillo trasero. Intento alcanzarlo, pero no me suelta la mano.

Miguel frunce las cejas.

—No creo que sea posible, teniendo en cuenta que la boda está a la vuelta de la esquina.

—Bueno, no veo una razón para que interactuemos antes de eso. O durante la boda, para el caso.

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Simplemente ignorar que estás ahí enfrente de mí?

—Sí, deberías hacer exactamente eso. —Tiro con más fuerza, mi mano finalmente se escapa de su agarre—. No es tan difícil. No tuviste problema en ignorarme durante los últimos tres años, así que ahora no debería ser diferente.

Se acerca un paso, todo su cuerpo se eleva sobre mí.

—¿Hablas en serio?

Levanto más la barbilla.

—¿Qué te parece?

Nunca me he acobardado ante él y estoy segura de que no empezaré a hacerlo ahora. Por mucho que la voz de mi cabeza me pida a gritos que huya mientras pueda.

Miguel se me queda mirando, la tensión crece entre los dos. Juro que es como algo vivo, que

respira. El aire chisporrotea, dificultando la respiración.

—¿Qué nos ha pasado, Rebecca? —susurra suavemente después de lo que parece una eternidad.

La forma en que dice mi nombre me hace estremecer.

Es como una caricia, como la forma en que solía decirlo cuando éramos sólo dos niños locos enamorados, y nada importaba. Cuando aún creíamos en los cuentos de hadas. Cuando pensábamos que podíamos superarlo todo si estábamos juntos.

Pero no estamos juntos.

No por mucho tiempo.

Me trago el nudo en la garganta mientras fuerzo las palabras a salir.

—Tú.

Tengo que salir de aquí.

Doy un paso atrás y me dispongo a huir, pero su mano vuelve a agarrarme y a retenerme como rehén.

—¿Yo? Me echas la culpa a mí cuando fuiste *tú* quien se fue. Fuiste *tú quien no* me dio la oportunidad de explicarme. *Tú fuiste la* que me dijiste que estarías a mi lado pasara lo que pasara y luego me diste la espalda. Tú, Rebecca. No yo. *Tú*.

Cada palabra suavemente pronunciada es como un tajo en mi corazón, desgarrando las piezas remendadas que tanto me costó recomponer después de que él atravesara mi vida como una bola de demolición.

Mi teléfono deja de zumbar, pero casi tan pronto como lo hace, vuelve a hacerlo.

Mierda.

Nadie me llama, y menos dos veces seguidas, no si no es urgente.

—No vamos a hacer esto, Miguel. Aquí no. Ni ahora. Ni *nunca*.

Me quito la mano de encima y me doy la vuelta para alejarme. Me meto la mano en el bolsillo trasero y saco el móvil. Mi mirada se desploma y mi corazón se hunde cuando veo el nombre en la pantalla. El nudo vuelve a mi garganta, más apretado que nunca. Pulso el botón de respuesta y me acerco el aparato a la oreja.

—¿Becky?

El sonido de mi nombre pronunciado de forma tartamuda hace que se me pare el corazón en el pecho.

—¿Linda? —Mi agarre se tensa alrededor de mi teléfono—. ¿Qué está pasando? ¿Qué ha pasado?

—Lo s-s-siento, Becky —tartamudea suavemente—. Lo siento mucho.

Se me escapa todo el aire de los pulmones mientras Linda llora al otro lado de la línea.

No, no, no.

—¿Qué ha pasado, Linda? —Pregunto, con el estómago cada vez más revuelto.

—Ella estaba aquí. Juro que estaba aquí hace un minuto, pero me di la vuelta y… —Los sollozos silenciosos de Linda hacen difícil entenderla.

—Linda, necesito que respires hondo y me cuentes qué ha pasado.

Del otro lado de la línea llegan más mocos. Intento mantener la calma mientras ella aspira largas bocanadas de aire. Si le grito no conseguiré nada, lo sabía, pero maldita sea.

¿Qué está pasando?

No saberlo me iba a volver loca.

Por el rabillo del ojo, veo a Miguel acercarse, pero hago todo lo posible por ignorarlo. No podía ocuparme de muchas cosas a la vez, y la situación con mi madre siempre tendría prioridad.

—¿Qué ha pasado? —Repito suavemente una vez que la respiración de Linda vuelve a la normalidad.

—Estábamos en la sala. Ella estaba tejiendo y viendo su programa de televisión, como hace siempre, y yo estaba sentada allí con ella, pero entonces tuve que ir al baño. Estuve fuera un minuto. Puede que incluso menos, y lo siguiente que recuerdo es que se había ido.

Mierda.

Se me cierran los ojos por un momento y mi cerebro se pone a pensar en todas las hipótesis posibles.

—¿Has mirado por la casa? Tal vez subió a su habitación.

A veces mamá se ponía de mal humor y quería estar sola. Normalmente, se encerraba en su habitación.

—Revisé toda la casa, pero…

Otro hipo se cuela por la línea y quiero gritarle que lo suelte de una vez, pero me muerdo la lengua.

—Pero la puerta principal se quedó abierta.

Doble mierda.

Me muerdo el interior de la mejilla y el corazón se me acelera al pensar en todas las posibilidades. ¿Dónde podría haber ido? A tantos sitios. Tantas posibilidades. Cuando estaba así, era difícil saber qué podía hacer. Dónde podría estar. ¿Y si se perdía? ¿Y si se hacía daño? ¿Y si…?

—¿Becky? —Unas manos grandes caen sobre mis hombros, sacándome de mis pensamientos.

Parpadeo y veo los ojos preocupados de Miguel clavados en los míos.

—¿Qué está pasando?

Sacudo la cabeza mientras Linda sigue explicando lo sucedido al otro lado de la línea.

—Salí, intenté llamarla y buscarla. Esperaba que simplemente hubiera salido, pero no estaba por ninguna parte. Ni en el patio trasero, ni en la carretera que lleva a la ciudad. Llamé a Chase, pero fue a la ciudad a su cita con el médico y…

Y no volvería hasta dentro de un par de horas, si no más.

No es que pudiera ayudar.

No cuando se puso así.

—¿Becky? —me apremia Miguel, apretándome los hombros, pero le doy la espalda.

No podía concentrarme en él. No ahora. Había cosas más importantes de las que ocuparse en este momento. ¿Miguel y yo? Estábamos al final de la lista.

—No sabía qué hacer, y tú siempre me decías que llamara así que…

Se lo dije. Claro que se lo dije. Era mi madre, después de todo, y tenía años de experiencia lidiando con esto.

—Esto es lo que vamos a hacer… Me subiré a mi carro y daré una vuelta para intentar averiguar si ha llegado a la ciudad. Tú quédate en nuestra casa por si vuelve. Tal vez salió a dar un paseo. Y llama a la señora Santiago, dile lo que pasó. Tal vez fue a su casa. Llevaré el teléfono encima, así que llámame en cuanto sepas algo, ¿vale?

—De acuerdo. La llamaré ahora mismo.

—Bien. Hablaremos pronto.

Al colgar, mi mano se tensa alrededor de mi teléfono.

Un plan.

Eso es lo que necesito. Necesito un plan y rápido.

Dios, ¿y si le pasara algo?

Sacudo la cabeza, maldiciéndome en silencio. No podía pensar así. No podía entrar en barrena. No había tiempo que perder. Ella está bien. Tenía que estarlo.

Tengo que encontrarla.

Lo hice en el pasado, así que lo volveré a hacer.

Ella estará *bien.*

Decidida, empiezo a caminar hacia mi camioneta, o lo haría si una mano no me tirara hacia atrás.

—¿Qué demonios está pasando, Rebecca?

—¿Quieres parar? —Le quito la mano de un tirón—. No tengo tiempo para esto.

—Bueno, no te soltaré hasta que me digas qué coño te pasa. —Los ojos de Miguel me miran a la cara, y puedo ver la preocupación bailando bajo la ira—. ¿Quién es Linda?

Mierda, no quería hacer esto, no ahora.

—Miguel, de verdad…

—Algo va mal. Puedo verlo en tu cara. —Sus dedos sobre mí se tensan, dándome una pequeña sacudida—. Y no, no me importa una mierda lo que esté pasando entre nosotros ahora. Está claro que estás enfadada, así que no voy a dejar que te enfrentes a esto sola.

No, no lo haría. Miguel siempre solía cuidar de la gente que quería. Era cariñoso y protector.

No es que crea que seguía enamorado de mí.

Ha pasado demasiado tiempo. Estábamos demasiado rotos.

Su mano se eleva hasta mi cara, su pulgar roza suavemente mi mejilla.

—¿Qué pasa, Roja?

Un escalofrío me recorre al tacto, un enjambre de sentimientos que no podía identificar -no quería reconocer- se abalanzan sobre mí.

—Mamá ha desaparecido. —Me trago el nudo en la garganta, apartando los sentimientos—. No tengo tiempo para ocuparme de todo esto.

Capto un destello de sorpresa en los ojos de Miguel, pero no espero a que diga nada. Aprovecho la oportunidad, me escabullo de sus garras y corro por el estacionamiento hasta mi carro. Abro la cerradura de mi camioneta, me deslizo en el asiento del conductor y rezo a todos los dioses mientras deslizo la llave y la giro. El motor protesta durante un instante, pero luego arranca.

—Gracias a Dios.

Estoy a punto de salir marcha atrás del estacionamiento cuando se abre la puerta del acompañante y Miguel entra de un salto.

Piso el freno y agarro el volante con los dedos.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—Voy a ayudarte.

—Tú… —Las palabras mueren en mis labios mientras nos miramos fijamente. Quiero discutir con él, pero entonces recuerdo que mamá está ahí fuera, perdida, confusa y sola—. Como quieras.

Compruebo por el retrovisor que no hay otro loco dispuesto a saltar delante de mí parachoques, salgo a la carretera y empiezo a conducir de vuelta a mi casa.

Si sólo habían sido unos minutos como había dicho Linda, no podía haber ido tan lejos, ¿verdad? Conducir de vuelta a casa era lo más lógico.

—¿Quién es Linda? ¿Y a qué te referías cuando dijiste que tu madre había desaparecido? —pregunta Miguel, sacándome de mis pensamientos.

—Exactamente lo que he dicho —murmuro en voz baja, con los ojos escrutando la carretera frente a mí—. Ha desaparecido. Es decir, estaba en casa y ahora no está.

Miguel se remueve en su asiento.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecida? ¿Quizá se fue al pueblo a por algo?

—¿Y cómo lo haría si tengo la camioneta conmigo?

—Vale, ¿entonces quizás fue a casa de Santiago? O diablos, ¿tal vez incluso fue a mi casa? Ambas están a un trayecto corto.

—Tal vez —susurro, con los dedos enroscándose con más fuerza alrededor del volante.

Lo mismo pensé yo. Ambos estaban a unos veinte minutos a pie. Podría haber ido a cualquiera de esos lugares, pero yo sabía que no. Hoy era un mal día. Estaba al límite desde que se despertó y no quería escuchar nada de lo que le decía. Y cuando está completamente perdida así desde la mañana, no habría forma de salir de ella pronto.

Suena mi teléfono, lo que me hace dar un respingo. Lo saco rápidamente del bolso, esperando que sea Linda con alguna noticia, pero no hay suerte. Contesto y pongo el altavoz para poder seguir conduciendo.

—Becky, ¿qué demonios está pasando? —La voz profunda de Emmett viene del otro lado de la línea—. ¿Mamá acaba de llamarme y me ha dicho que tu madre ha desaparecido?

—Sí, salió de casa hace un rato. Estoy conduciendo de vuelta hacia la casa y espero encontrarla en algún lugar del camino.

—Maldita sea —maldice Emmett—. Vale, les diré a los chicos que estén atentos por si alguien la ve merodeando.

—Gracias, Emmett —susurro suavemente, hundiendo los dientes en mi labio inferior para evitar que se tambalee—.Llámame si la ves. No sé en qué estado estará cuando la encontremos. Esta mañana ha sido dura.

—Lo siento mucho, Becky. —Su suave voz sólo hace que me duela más el corazón.

Tú y yo. Tú y yo…

—¿Cómo que esta mañana ha sido dura? —pregunta Miguel de repente, interrumpiendo la tranquilidad—. ¿Qué me estoy perdiendo?

Bueno, mierda.

Cierro los ojos un segundo. Un gran silencio se instala en la cabina del camión, como si una bomba de relojería acabara de explotar en su pequeño habitáculo.

Esto es exactamente lo que no necesitaba.

Cuando abro los ojos, noto que los nudillos de mis dedos se han vuelto blancos por la fuerza con la que agarro el volante.

—¿Miguel? —Emmett pregunta lentamente, la curiosidad evidente en su tono.

¿Por qué no iba a tener curiosidad? Lo último que sabía era que Miguel y yo no nos hablábamos.

—Sí, ¿quién más podría ser?

No sé, casi cualquier otro.

Emmett ignora su pregunta y formula una propia en su lugar.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí?

—Saltó a mi carro como el idiota que es —digo rápidamente. Necesito cortar esto de raíz antes de que se metan de verdad—. Tengo que irme, Emmett. No quiero tener un accidente además de todo lo demás, y necesito mi teléfono por si alguien me llama con noticias sobre mi madre.

—Sí, por supuesto. Estaré atento. Avísame si la encuentras.

—Lo haré —prometo.

—Pero para que no queden dudas, *los dos*, esto no está terminado.

No, no pensé que lo estuviera.

—Hablamos pronto.

Con un rápido adiós, desconecto la llamada. Justo entonces, veo un destello plateado. Mi corazón se acelera, solo para caer en picado hasta el fondo de mi estómago cuando hago una doble toma y me doy cuenta de que no es mamá.

Ella va a estar bien. Tiene que estarlo.

La mano de Miguel se posa en mi muslo, sacándome de mis pensamientos. Su tacto es como un fuego que atraviesa mis capas y se clava en mi piel.

—Dime qué pasa, Rebeca. ¿Por qué estás tan preocupada por ella?

Dejo escapar un largo suspiro. Será mejor que vaya y lo diga. No es como si no lo fuera a ver pronto por sí mismo.

—Ella no es la mujer que recuerdas. Se está perdiendo a sí misma.

—Perder… —Arruga las cejas, con cara de confusión.

—Le diagnosticaron Alzheimer en fase inicial —explico, con la mirada fija en la carretera.

Las palabras pesan. Es como si se aspirara todo el aire del pequeño espacio, dificultando la respiración. Siempre me sentí así cuando dije esas palabras en voz alta. Como si estuviera escribiendo nuestra sentencia de muerte. Aunque, en realidad, ya estaba escrita desde mucho antes, y nada de lo que hiciera o dijera cambiaría eso. Porque el Alzheimer era precisamente eso: la peor de todas las sentencias de muerte.

Perder a papá fue doloroso, claro, pero al menos fue rápido. Un día estaba aquí, al siguiente se había ido. Esto era diferente. Mamá estaba tan sana como puede estarlo una mujer de cincuenta años, pero su mente la estaba traicionando. Era una muerte lenta y dolorosa en la que tienes que ver a la persona que amas perderse poco a poco agonizante. Observar su mirada perdida mientras se olvida de que alguna vez exististe.

—Joder, Rebecca, ¿por qué no dijiste nada?

¿Por qué no…?

Mis dedos se hunden en el cuero del volante mientras me aferro a él con todas mis fuerzas. La ira hierve en mi interior, mezclada con el miedo, así que la dejo salir. —No estabas aquí, así que no veo por qué esto tiene que ver contigo.

En la cara de Miguel se dibuja un gesto de dolor ante mi arrebato, y al instante me siento fatal por haber dicho esas palabras en voz alta.

Había muchas cosas por las que enfadarse cuando se trataba de Miguel y de mí, pero la enfermedad de mamá no tenía nada que ver con él. Al contrario, en realidad. Él fue parte de la razón por la que la oculté en primer lugar. Miguel tenía grandes sueños y yo quería que se hicieran realidad. De verdad que los quería.

Al principio, ni siquiera sabía qué estaba pasando. Pensaba que mamá estaba distraída o que le había vuelto la depresión. Pero a medida que empezaron a ocurrir más “accidentes” como que mamá se olvidara de recoger a mi hermano del colegio, que no se acordara de cosas sencillas y de citas recientes, e incluso que casi prendiera fuego a la cocina, supe que algo pasaba. Pero no me di cuenta de lo difícil que sería llevarla al médico y conseguir la ayuda que necesitaba. Quizá si hubiera sido más rápida…

No pienses así, me reprendo.

Sabía que no debía hacerlo. No había forma de detener esta enfermedad una vez que atacaba. No hay cura. Sólo esperar.

Sabía que no podía dejar a mi hermano solo con ella. Así que hice lo único que podía hacer. Me callé y me quedé en casa para cuidar de mi familia. Si uno de nosotros tenía que renunciar a sus sueños, esa persona era yo. Con lo que no contaba era con que renunciar a mi sueño significaría perder a Miguel en el proceso.

—Tienes razón. Yo no estaba aquí. —Miguel se limita a asentir, volviendo a centrar su atención en la carretera.

El tono vacío de su voz me hace un nudo en la garganta.

Conocía bien esa voz porque solía ser yo quien le sacaba de ese estado tras su pelea con su padre.

Estúpido, estúpido, estúpido.

Tragándome el bulto, fuerzo las palabras:

—Miguel, yo…

—¿Recuerdas qué llevaba puesto esta mañana? —No me deja terminar antes de cambiar de tema, su voz completamente fría y comercial.

Dejo escapar un suspiro tembloroso y sopeso mis opciones. Podía intentar disculparme, pero sabía que caería en saco roto.

Así que decidí centrarme en lo importante: encontrar a mamá. Todo lo demás podía esperar.

—Vestido de verano azul oscuro. Su cabello es más gris que rojo estos días, también.

—Vale, ¿algún sitio al que creas que podría haber ido? ¿Hizo algo así en el pasado?

El miedo asfixiante que sentí cuando desapareció la primera vez me viene a la mente. Era mi último año de instituto y, al volver de clase, encontré la puerta de casa abierta de par en par. El agua corría por el fregadero. Ya estaba enfadada porque la profesora de mi hermano me llamó al no poder localizar a mi madre, y nadie vino a recoger a Matthew, así que tuve que hacerlo yo en su lugar.

Estaba muy enfadada con mamá porque no era la primera vez que se le olvidaba algo en los últimos meses. No sabía qué le pasaba. ¿Era el aniversario de la muerte de papá? Se acercaba, pero hacía tiempo que no le afectaba tanto. Pero entonces me di cuenta de que la casa estaba vacía, y la culpa me golpeó de golpe. Sin embargo, cuando mi mente empezó a idear todos los diferentes escenarios de lo que podría haber pasado, el miedo echó raíces.

¿Y si alguien se la llevó? ¿O se marchó? ¿Pero por qué? No tenía ningún sentido. Así que después de registrar la casa y el patio de arriba abajo y llamar a todos nuestros vecinos para obtener la misma respuesta -Mamá no había estado allí en días- dejé a Matthew en casa para que esperara por si mamá volvía mientras yo la buscaba. Me llevó horas. Horas conduciendo por las calles de nuestra pequeña ciudad natal hasta que por fin la encontré.

Parpadeo, vuelvo al presente y me aclaro la garganta.

—Unas cuantas veces, pero hace tiempo. Hay algunos sitios a los que suele ir, pero como Linda me ha dicho que lleva poco tiempo fuera, quiero conducir hasta su casa para asegurarme de que no sigue por allí.

—¿Quién es Linda?

—La señora que la cuida —admito en voz baja.

Este tema fue otra píldora difícil de tragar. Linda es increíble. Realmente lo es. Y a mamá parecía gustarle en su mayor parte, pero siempre sentía esa vergüenza cuando tenía que dejarla. Sabía que no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Tenía que trabajar para poder ayudar a mantener a mi familia. No podía quedarme con mi madre las veinticuatro horas del día y darle los cuidados que necesitaba. Pero nada de eso lo hacía más fácil.

Miguel no dice nada, así que me quedo callada.

¿Qué hay que decir realmente?

No quería ni necesitaba sus disculpas; sólo quería encontrar a mamá y asegurarme de que estaba bien.

Durante la siguiente media hora, nos sentamos en la cabina del coche en completo silencio y nos limitamos a conducir. En un momento dado, pensé que la había visto, pero me di cuenta de que no era ella, sino la señora Willow.

Linda se reúne con nosotros cuando volvemos a la casa, pero un pequeño movimiento de su cabeza me dice todo lo que necesito saber, así que volvemos a la ciudad.

Primero, paso por delante del lugar donde murió papá. Aprieto el volante con tanta fuerza que siento las uñas clavadas en las palmas de las manos, y el dolor físico es lo único que me ayuda a no pensar en lo peor. Pero la plaza está vacía, así que continúo hasta las afueras de la ciudad, donde se encuentra el cementerio. Estaciono delante de la puerta metálica y dejo el contacto en marcha mientras salto del carro.

—Vuelvo enseguida.

No espero su respuesta mientras entro en el espacio silencioso, mis ojos buscan cualquier señal de vida mientras camino hacia donde está enterrado papá. Sólo su tumba está vacía. Las flores que dejé allí hace unas semanas, ahora completamente secas, son lo único que me espera.

Miro fijamente el tocado de piedra durante un segundo, deseando que mi padre estuviera aquí. Esperando que supiera cómo afrontar esto. Esperando que pudiera quitarme parte del peso que pesa sobre mis hombros, pero en cuanto esos pensamientos aparecen en mi mente, los alejo. Nadie merece ver a un ser querido pasar por esto. Nadie.

—La encontraré, papá —prometo, mi mano rozando su lápida antes de dar media vuelta y volver al carro.

—¿Nada? —pregunta Miguel, con la preocupación bailando en esos ojos marrones.

En silencio, sacudo la cabeza mientras salgo de la plaza de estacionamiento y volvemos a la carretera.

—¿Deberías llamar a la policía?

—Todavía no. —Sacudo la cabeza antes de que pueda terminar su pregunta—. La gente que tiene que saberlo la está buscando.

—¿Estás segura? Cuanta más gente haya, más probable…

—Ahí está —susurro, pisando el freno con tanta fuerza que la camioneta da una sacudida hacia delante.

La mano de Miguel me aprieta el pecho, impidiéndome conectar con el volante.

—Rebe… —Miguel no llega a terminar porque ya estoy estacionando la camioneta y saliendo de un salto. Le oigo maldecir en voz baja detrás de mí, pero no me molesto en frenar.

Me quedo sin aliento cuando me detengo delante del restaurante. Mamá está sentada en la hierba, bajo un árbol, con esa mirada lejana.

Estoy a punto de dar un paso adelante cuando una mano me toca el hombro, sobresaltándome.

—Estaba a punto de llamarte —dice suavemente el señor Maverick—. Lleva un rato ahí, mirando fijamente a la nada. Intenté hablar con ella, pero no paraba de preguntar por tu padre.

—Gracias, señor Maverick. —Mi garganta se estremece—. Iré a hablar con ella.

El anciano asiente, sus ojos se dirigen hacia mi madre, una mirada triste y comprensiva en su rostro.

—Es una pena.

Tragándome el nudo en la garganta, acorto lentamente la distancia que nos separa. Sabía que

no debía asustarla y lo último que quería era montar una escena. Había algunas personas más en la acera, observándonos con interés. Mamá se merecía algo mejor que ser el tema de los próximos cotilleos del pueblo.

—¿Mamá? —Grito suavemente una vez que estoy a distancia auditiva.

Por un momento, no reacciona en absoluto, pero luego parpadea y vuelve hacia mí esos ojos marrones y brumosos.

—No ha venido —susurra en voz baja.

Sus ojos me miran, pero es como si mirara a través de mí.

—Lo siento mucho, mamá.

—Me lo prometió. —Parpadea, una única lágrima cae por su rostro mientras su voz se hace más fuerte, más frenética—. ¡Me prometió que estaría aquí, pero no está! ¿Por qué, Gigi? ¿Por qué? ¿Hice algo mal? Dijo que me quería, pero si fuera así, estaría aquí, estaría…

Mierda.

Sabía exactamente lo mal que estaban las cosas cuando ella pensaba que yo era su hermana menor. Me resultaba extraño que me confundiera con una mujer que vivía en la otra punta del país y a la que apenas veíamos, pero supongo que mamá y la tía Georgiana solían estar más unidas cuando eran más jóvenes.

—Oye —me agacho para que estemos al mismo nivel, mis manos caen sobre sus hombros para evitar que se agite—. Oye, no pasa nada. Sólo llega tarde. No has hecho nada malo. Sólo llega tarde.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque lo vi, ¿vale? —La mentira se desliza fácilmente de mi lengua. Tardé un rato en darme cuenta de que era lo único que calmaría lo suficiente a mamá y conseguiría que se fuera a casa conmigo.

—¿Viste a Jackson? —pregunta, el escepticismo claro en su voz.

—Estoy aquí, ¿no? Si no, ¿cómo iba a saber dónde encontrarte? —Le doy un momento para que lo piense antes de continuar—. Vi a Jackson, y me pidió que te dijera que se había liado en el trabajo, y que no llegará hoy, pero quería que te llevara a casa.

Observo cómo procesa mis palabras y rezo a Dios para que me crea. Normalmente lo hacía, pero algunos días…

—Ese hombre, siempre trabajando tan duro. —Mamá sacude la cabeza, secándose las lágrimas.

—Que sí —asiento, dejando que mis palmas se deslicen hasta la parte superior de sus brazos —. ¿Qué tal si te ayudo a levantarte y nos vamos a casa? Estaremos los dos solos. Noche de chicas. No hemos tenido una de esas en mucho tiempo. ¿Qué dices?

—De acuerdo —acepta finalmente.

La ayudo a ponerse en pie. Cuando se marcha, se ha olvidado los zapatos, así que tiene los pies desnudos y sucios de barro, hierba y Dios sabe qué más. Quiero mirárselos, pero sé que sólo conseguiría enfadarla más, así que me muerdo la lengua y lo dejo estar. Sus pies pueden esperar. No parece herida de ninguna otra forma, que es lo único que importa.

Por el rabillo del ojo, veo a Miguel caminando hacia nosotros, pero sacudo un poco la cabeza con la esperanza de que entienda el mensaje y se mantenga alejado mientras conduzco suavemente a mamá hacia el camión que sigue parado en medio de la calle.

Abro la puerta del acompañante y la acompaño dentro, asegurándome de que se abrocha el cinturón antes de cerrar la puerta tras ella. Solo ahora que está a salvo cierro los ojos y suelto un suspiro tembloroso, con el alivio golpeándome como una bola de demolición.

Ella está bien. Ella está bien. Ella está bien.

—¿Estás bien?

Abro los ojos al oír ese barítono ronco que me resulta familiar y me encuentro cara a cara con los ojos oscuros de Miguel. En sus ojos bailan la preocupación y algo que se parece demasiado a la compasión, así que desvío la mirada para no enfrentarme a él.

Lo último que necesito o quiero es su compasión.

—Sí, necesito llevarla a casa. Ha tenido un día duro. —Me paso la mano por la cara—. Te llevaría de vuelta, pero… se altera mucho con la gente que no conoce cuando está así.

—No pasa nada. He estacionado el carro en el colegio. Correré hasta allí.

—Escuela, claro.

Olvidé por completo lo que pasó allí. Parecía como si toda la interacción hubiera sido hace siglos y no menos de unas pocas horas.

—De acuerdo, entonces. —Miro a mi alrededor, mis dientes rozando mi labio inferior, mientras finalmente encuentro su mirada—. Yo… gracias.

Diferentes emociones se arremolinan en mi interior, haciéndome un nudo en el estómago. No podía olvidar lo que pasó entre nosotros dos, pero al mismo tiempo, me sentía agradecida por tenerlo hoy conmigo. Odiaba su compasión, pero en ese momento lo único que quería era acurrucarme en sus brazos y pedirle que hiciera que todo desapareciera.

Fue ese último pensamiento el que me hizo dar un paso atrás. Sin esperar respuesta, camino alrededor de la camioneta. Miguel no dice nada y no me detiene. Me siento en el asiento del conductor, echo un vistazo rápido al espejo retrovisor y se me eriza el vello de la nuca.

Sigue ahí de pie. Todavía mirando.

Por un momento, parece como si retrocediéramos en el tiempo y volviera a ser esa chica de diecisiete años.

—¿Quién era? —Mamá me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

Ese nudo en la garganta se hace más prominente, pero fuerzo la mano para poner el coche en marcha y me alejo lentamente.

—Nadie.

CAPÍTULO CATORCE

Miguel

—La hemos encontrado —digo a modo de saludo en cuanto se conecta la llamada.

—Por fin, joder —Emmett suelta un largo suspiro de alivio. Me alegro de que pudiera respirar porque aún sentía el pecho demasiado pequeño para que mis pulmones se expandieran del todo y pudiera inhalar—. ¿Está bien?

—Define bien —murmuro, mi visión aún fija en el pequeño punto que es el camión de Rebecca alejándose de mí.

Se hace el silencio al otro lado de la línea, esa irritación que he estado reprimiendo desde el momento en que me contó lo que estaba pasando aflora con toda su fuerza.

Mis dedos se aprietan alrededor del teléfono.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Me enteré cuando volvimos. Fue totalmente al azar. Un día pasé por su casa para llevarle algo. Estuvimos charlando un momento en el recibidor cuando su madre vino a buscarla, pero cuando la saludé y le pregunté cómo estaba, se me quedó mirando como si no me conociera de nada. No sabía qué pensar. Su madre empezó a enfadarse, así que Becky la llevó a la sala y, más tarde, admitió que tenía Alzheimer. Al parecer, el asunto venía de hace rato.

Unas pocas semanas. Sólo lo sabe desde hace unas semanas.

Sé que oír esto no debería hacerme sentir aliviado, pero lo hizo. No fui el único a la que Rebecca excluyó. Nos lo hizo a los dos.

—¿Un rato?

—Sí, no es que me sorprendiera que se lo callara —suspira Emmett—. Ya sabes lo testaruda que puede llegar a ser. Intenté sacarle más información, pero sus labios estaban sellados. Al menos contrató ayuda y Chase ha vuelto.

—¿Chase ha vuelto? —No he visto al hermano de Rebecca en años. Desde que se alistó en el ejército cuando éramos estudiantes de primer año en la escuela secundaria. Rara vez llegaba a casa, y Rebecca apenas lo mencionaba. Recuerdo lo devastada, desconsolada y asustada que estaba cuando él se fue de Bluebonnet. Esos primeros días después de que él se fue, ella era como un fantasma. Casi como cuando perdió a su padre. Sólo una cáscara de la chica que conocía. Pero ahora había vuelto—. ¿De permiso?

—No, Chase ha vuelto para quedarse. Fue herido durante su última misión y…

Alguien grita su nombre al fondo.

—¡Ya voy! —Emmett le grita, con la voz un poco apagada por haberse quitado el teléfono de la oreja—. Escucha, me necesitan. Gracias por avisarme de que la hayas encontrado.

—Sí, claro. ¿Hablamos pronto?

Nos despedimos, cuelgo el teléfono y me paso la mano libre por la cara. Dejo que caiga a mi lado mientras empiezo a correr hacia la escuela, donde he dejado el coche, con los pensamientos aún en Rebecca.

Su madre tiene Alzheimer, y ahora su hermano ha vuelto de la guerra porque le han herido.

Y yo no tenía ni idea de nada de eso.

La culpa empieza a roerme por dentro. Debería haber estado allí. Debería haberla cogido de la mano cuando se enteró y haberle asegurado que todo iría bien. Debería haber…

Nada. No deberías haber hecho nada. Ella no es tuya.

Mi mirada se dirige hacia el campo de fútbol. Los últimos rayos de sol desaparecen lentamente tras el horizonte. ¿Cuántos días he pasado aquí? Demasiados para contarlos. El

campo de fútbol era mi espacio seguro, mi hogar. ¿Y Rebeca? Ella también formaba parte de mi hogar.

Hace cinco años

—Sabía que te encontraría aquí.

Levanté la cabeza al oír la suave voz y mis ojos se posan en la única mujer que ha conseguido que mi corazón deje de latir, y esta vez no es una excepción.

Levanté la mano para proteger mi mirada del sol poniente. Rebecca estaba de pie en el campo, su cabello castaño brillaba más rojo que castaño. Un vestido veraniego le llegaba a las rodillas y sus brazos rodeaban la chaqueta.

Mi chaqueta del equipo.

Algo se hinchó dentro de mí, mi mano se levantó para frotar en medio de mi pecho.

—Eh, tú. ¿Qué haces aquí? Creía que te habías ido a casa.

Recientemente, Rebecca había empezado a llevar en carro a su hermano. Eso significaba que sólo alcanzaba a ver el principio del entrenamiento antes de tener que ir a recogerlo.

—Lo hice, pero tenía que ir a comprar algo a la ciudad, y como no respondiste a ninguno de mis mensajes de texto, supuse que pasaría por el campo de camino a casa.

—El entrenamiento se retrasó.

Una ceja oscura se levantó en señal de desafío.

—Así fue —me defendí.

—No veo a ningún otro jugador merodeando.

—Vale, podría haberme quedado un poco más.

No sólo he aprovechado cada minuto libre para entrenar y así tener la mejor oportunidad de atraer a los posibles reclutadores universitarios que vengan a nuestros partidos esta temporada, sino que quedarme hasta tarde ha significado pasar menos tiempo en casa con mi padre. Lo aceptaría; sin embargo, lo pagaría mañana despertándome al amanecer para poder hacer mi parte de trabajo antes de ir a la escuela, pero todo merece la pena.

—¿Cómo van las cosas en casa? —Rebecca preguntó, sacándome de mis pensamientos.

—Bien.

Se acercó más. Aunque en un día normal le saco un buen metro de ventaja, parece aún más pequeña cuando voy vestido de futbolista. Levantó la mano y me rozó la mejilla.

—Sabes que estoy aquí para ti. Siempre estaré aquí para ti.

Recorté la última distancia y deslicé la mano hasta su nuca. Ella respiró entrecortadamente y separó los labios cuando mis dedos se deslizaron entre esos mechones preciosos y sedosos, y se tensaron cuando la atraigo hacia mí.

—Y siempre estaré ahí para ti, Roja —susurré mientras aplastaba mi boca contra la suya en un beso fuerte hasta que ninguno de los dos pudiera respirar. Solo entonces la solté, abrí los ojos y descubrí una mirada casi de asombro en los suyos—. Eres mi vida, Rebecca Williams. Mi para siempre.

Presente

Parpadeo, pero me cuesta más rechazar los sentimientos contradictorios que esa promesa rota despertó en mí.

Antes de ser pareja, era mi mejor amiga.

Debería haber estado ahí para ella, igual que ella estuvo ahí para mí cuando la necesité.

Al menos en su mayor parte.

Me paso la mano por el cabello con frustración, doy la espalda al campo de fútbol y me dirijo a mi camioneta. Mis movimientos son automáticos, lo cual es bueno porque mi mente sigue atascada en lo que he visto.

La mirada lejana que apareció en su rostro antes de empezar a acercarse a su madre. Como si estuviera apagando todas sus emociones y preparándose para lo que vendría.

La forma cuidadosa en que Rebecca manejaba a su madre como si pudiera romperse en cualquier momento.

La rigidez de sus hombros.

La forma en que sus labios se apretaban casi imperceptiblemente.

Hoy claramente no era su primer rodeo con una situación como esta.

¿Cuántas?

¿Cuántas veces había ocurrido algo así? ¿Cuántas veces había tenido que cuidar de su madre? ¿Cuántas veces se fue su madre sin avisar a nadie? ¿Cuántas veces Rebeca la buscó sola porque era demasiado testaruda para pedir ayuda?

Porque la conocía.

No habría pedido ayuda.

No de mí, no de Emmett, y ciertamente no de la gente de este pueblo.

Mujer testaruda.

Murmurando en voz baja, doy la vuelta y tardo un momento en darme cuenta de adónde voy.

Mis dedos se aprietan alrededor del volante mientras mi corazón empieza a latir más deprisa.

Era instintivo. Perfeccionado de muchas, muchas veces, había hecho exactamente lo mismo durante años.

A buscarla. Quiero asegurarme de que estaba bien. Porque rara vez se abría. Para todos los demás, era una malvada. Nada podía perturbar a Rebecca Williams, pero yo la conocía. Conocía su tierno corazón y cómo podía sangrar sin que nadie se diera cuenta.

Sólo una parada rápida.

Ni siquiera saldré del carro.

Sólo pasa por su casa para asegurarte de que llegaron bien.

Sí, sólo un…

Todos los pensamientos que se arremolinan en mi cabeza se esfuman al frenar el carro cuando llego a la granja de dos plantas que tengo delante. El color amarillo brillante está ligeramente desteñido, pero el lugar sigue pareciendo ordenado. El césped está bien cortado y hay macetas con flores decorando el porche delantero. Hay una luz encendida en la cocina del primer piso. Pero no es eso lo que llama mi atención.

No.

Es la mujer sentada en la oscuridad en el columpio del porche. Está encorvada hacia delante, con los codos clavados en las rodillas y la cara hundida en las palmas de las manos.

Debe de oír mi carro porque levanta la vista y veo rastros de lágrimas pegadas a sus mejillas.

Un dolor que no había sentido en años se abalanza sobre mí, y todo lo que me había dicho a mí mismo hace unos segundos salta por los aires.

A la mierda con esto.

Estaciono el carro, salgo de un salto y corro hacia ella.

Hay una fracción de segundo en la que mira a su alrededor, su respuesta de lucha o huida se activa, sólo que no hay ningún lugar a donde ir.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras subo los escalones, con la necesidad de hacer algo, lo que sea, para evitar que llore, como una mordaza apretándome la garganta.

Nunca he podido soportar sus lágrimas. Había algo en ver a esta mujer fuerte y resistente romperse que me destrozaba. No importaba lo que tuviera que hacer. Lo haría sólo para borrar esa mirada de su cara.

—¿Es tu madre? ¿Ha pasado algo?

—No —susurra Rebecca, con la voz ronca de tanto llorar—. Mamá está bien. Acabo de acostarla.

La vergüenza se dibuja en su rostro y mira hacia otro lado, secándose la mejilla con el dorso de la mano.

Me acerco y me agacho frente a ella. Mi dedo se desliza bajo su barbilla mientras la giro lentamente para que me mire.

Sus ojos color avellana están llenos de tanta tristeza, y mi corazón se rompe por ella.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto suavemente.

No sé por qué es tan importante para mí saberlo, pero lo es.

Se hace un silencio mientras sus dientes se preocupan por su labio inferior, la culpa relampaguea en su rostro mientras dice en voz baja, tan baja que mi cerebro tarda un momento en registrar sus palabras.

—Desde el bachillerato.

Desde el bachi…

—¿Qué?

¿El bachillerato? ¿Ha estado ocultando esto durante más de cuatro años? No sólo eso, ¿sino durante el tiempo que estuvimos juntos? ¿Cómo no me di cuenta?

He estado en su casa innumerables veces, primero como su amigo, luego como su novio. Pienso en el pasado, tratando de imaginar cómo podría habérmelo perdido, pero no encuentro nada. Mirando a la señora Williams hoy, era tan obvio que algo andaba mal con ella, pero en ese entonces…

—¿Lo sabías desde hace tanto tiempo y no se lo dijiste a nadie?

Hace tanto que lo sabes y no *me* lo dijiste.

El rosa se extiende por sus mejillas ante la acusación, la culpa en sus ojos brilla como un faro en la noche.

Saber esto me dolía más de lo que podía expresar con palabras.

Por aquel entonces, éramos inseparables. No sólo porque estábamos saliendo. Rebecca era mi mejor amiga. Más que eso, era *mi* persona.

Alguien que me conocía tan bien que no tenía que abrir la boca y ella ya estaría allí. Ella podía leerme sin ningún problema, y yo era igual. Conocía sus historias. Podía leer su estado de ánimo. Estábamos conectados de una manera que nunca podría explicar. Por eso me dolió tanto cuando se fue. Fue como si hubiera perdido una parte de mi alma y no supiera cómo seguir adelante.

Excepto, que tal vez no la conocía tan bien como pensaba en primer lugar.

—No fue así. Al principio… —Deja escapar un largo suspiro y levanta la mano para frotarse las sienes—. Al principio, las cosas no estaban tan mal. Empezó con cosas pequeñas. Mamá perdía las llaves, extraviaba la compra, olvidaba dónde había puesto algo… Eran pequeñas cosas como ésas. Nunca le di mucha importancia. La gente es olvidadiza. Demonios, yo era olvidadiza la mayoría de las veces. ¿Y qué si cada cosa tenía un lugar en nuestra cocina? Tal vez decidió reorganizar y se olvidó, ¿sabes?

—¿Qué pasó entonces?

Su garganta se tambalea mientras traga, su mirada cae hacia abajo.

—Entonces las pequeñas cosas se convirtieron en grandes cosas.

—¿Cómo?

—Se olvidaba de recoger a Matthew del colegio o de alguna de sus actividades. Decía que iba a hacer la compra, para volver horas después sin comida.

—Mierda, Rebecca…

Sus hombros se levantan en un encogimiento de hombros poco entusiasta. Pero yo sabía que no era así. Pude ver cuánto le dolía contarme esta historia.

—Cuando me di cuenta de que algo iba mal y la llevé al médico, ya era demasiado tarde.

Mis dedos rodean su barbilla y la giran hacia mí.

—Esto no es culpa tuya.

—Lo sé. Sé que no habría cambiado nada si lo hubieran descubierto antes. El Alzheimer es una enfermedad progresiva, y sólo se vuelve más agresiva con el tiempo. Pero si lo hubiera sabido… quizá habría sido más amable con ella. Algunos días, estaba tan frustrada y enojada con ella. Necesitaba que fuera mi madre. De lo que no me daba cuenta era de que no es que ella no quisiera ser lo que yo necesitaba. Simplemente no podía. Estaba luchando contra un enemigo invisible, y ellos estaban ganando.

—Estoy seguro de que no te culparía.

—No importa. Me culpo lo suficiente por los dos.

—¿Recuerda algo?

—Algunos días. Algunos días, ella es sólo mi madre, y todo es como siempre fue. Otros días, *la mayoría de los días* si soy completamente honesto, ella se ha ido.

Rebecca se levanta y yo la dejo. Camina hacia la barandilla con las palmas de las manos apoyadas en la madera mientras mira hacia el cielo oscuro. Las estrellas están esparcidas como luces parpadeantes que iluminan el camino, la luna creciente brilla intensamente.

Esta fue mi parte favorita de Bluebonnet.

No se veía algo así en la ciudad.

En invierno o en verano, cuando las cosas se ponían difíciles, salía a mirar al cielo y dejaba que su familiaridad me ayudara a tranquilizarme.

Mi mirada se centra en la espalda de Rebecca. En la línea tensa de sus hombros. La piel de gallina que se extiende por su piel. La forma en que la luz de la luna hace que el rojo de su cabello parezca más brillante y vibrante me hace querer enterrar mi cabeza en el pliegue de su cuello.

¿Seguirá oliendo igual?

¿Le gustan las rosas, el azúcar y el hogar?

Porque eso es lo que siempre fue para mí.

Mi hogar.

Ni esta ciudad, ni mi familia, ni siquiera el fútbol.

A ella.

Como si sintiera mis ojos clavados en ella, se da la vuelta y sus ojos color avellana se encuentran con los míos.

—Estoy tan cansada —susurra suavemente, con lágrimas brillando en sus ojos—. Tan jodidamente cansada. Verla así me está destrozando el alma y no sé cuánto más podré aguantar. ¿Cuánta gente más tengo que perder para que sea suficiente?

El dolor crudo en su voz me está matando.

Odio esto por ella. Sabía lo mucho que apreciaba a su familia. La destruyó cuando su padre murió, y luego su hermano se unió al ejército, y ahora esto.

¿Y tú? Una vocecita en el fondo de mi cabeza se burla de mí. *Tú también la dejaste.*

Sólo que no lo hice. Si hubiera dependido de mí, nunca la habría dejado irse. Pero ella tomó la decisión. Ella fue la que se fue.

Sin embargo, no intentaste detenerla.

Una lágrima resbala por su mejilla.

—Rebecca —ronroneo, dando un paso más cerca.

Su nombre, un susurro y una súplica.

Le acaricio la mejilla, le quito la lágrima y su mirada se convierte en mi rehén. Esta noche, sus ojos parecen más verdes que marrones. Abre los labios y saca la lengua para deslizarla sobre el labio inferior.

Durante un rato, ninguno de los dos dice nada. Sólo nos miramos. Es tan familiar, todo esto, y sin embargo tan diferente.

Algo parpadea en sus iris. Respiro mientras le froto la mejilla con el pulgar, apartando las últimas lágrimas. Mis dedos se deslizan hasta su nuca y se enredan entre los sedosos mechones de su pelo.

No estoy seguro de quién es el que da el primer paso. Lo único que sé es que su cuerpo roza el mío. Su mano en mi pecho. Mi cabeza se inclina hacia abajo. Su cálido aliento roza mi piel. Y entonces su boca está sobre la mía. O la mía sobre la suya.

Ni siquiera me importa.

Lo único que sé es que nos estamos besando. Mis labios se deslizan sobre los suyos, familiarizándome con la forma de su boca, aunque no sea necesario.

Se adapta perfectamente a mí, como cuando teníamos diecisiete años. Le agarro el cabello con fuerza y le inclino la cabeza. Sus labios se separan en un suave gemido mientras mi lengua se desliza en su boca.

Y *joder*. Ella también sabe igual. Como la más dulce de las adicciones y el adicto que soy, no puedo tener suficiente de ella.

—Roja… —Gimiendo, mi mano libre se posa en su cadera, los dedos se clavan en su piel mientras la atraigo más hacia mí.

Todas esas deliciosas curvas me oprimen el pecho, su cuerpo se amolda al mío, sus manos me rodean el cuello y nos besamos profundamente. Los últimos años se han borrado con un movimiento de nuestras lenguas.

Me pellizca el labio inferior y su mano me desliza por la espalda, provocándome escalofríos. Mi polla está dolorosamente dura cuando se apoya en su bajo vientre, mi rodilla se desliza entre sus muslos mientras la aprieto contra la barandilla. Tomo el control y profundizo el beso.

Sus dedos se deslizan bajo el dobladillo de mi camisa, bailando sobre los músculos de mi espalda. Noto su calor contra mi rodilla cuando se frota contra ella, buscando fricción…

El sonido del motor me saca de la neblina que es Rebecca Williams. Abro los ojos en cuanto veo el camión, cuyos brillantes faros me deslumbran.

—Joder —murmuro, cerrando los ojos mientras atraigo a Rebecca hacia mí, asegurándome de que esté a cubierto de la vista de quienquiera que acabe de llegar.

El motor se apaga y las brillantes luces desaparecen. Parpadeo un par de veces y vuelvo a enfocar la vista en el momento en que la puerta del carro se cierra de golpe y una figura alta se acerca hasta detenerse en el porche.

Hacía años que no veía a Chase Williams. El tipo siempre ha sido fornido. Diablos, incluso solía jugar de defensa en el equipo de fútbol. Pero parece que de alguna manera se hizo más grande en el tiempo que ha estado fuera. Tiene al menos un par de pulgadas más que yo. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y me mira con cara de desaprobación. Y no es el único. Lo que parece un pastor alemán está a su lado. El oscuro pelaje negro y marrón del perro le hace confundirse con la noche, excepto por sus ojos. Esos ojos oscuros me observan atentamente, y tengo la sensación de que si hago un movimiento en falso, el animal no tendrá ningún problema en saltar sobre mí y arrancarme la garganta.

Aun así, alzo un poco más la barbilla. Puede que sea el hermano mayor de Rebecca y tenga algún tipo de mezcla de lobo a su lado, pero yo no me acobardaría ante él.

—Chase —Rebecca me empuja, su voz ligeramente entrecortada por nuestro beso—. Has vuelto.

Esa mirada gélida permanece en la mía durante un latido más antes de que se desplace hacia su hermana.

—He venido en cuanto he podido. ¿La has encontrado? —pregunta en voz baja.

—Sí. —Becky se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Está en la cama. Llegó hasta el pueblo, buscando a papá.

El ceño de Chase se frunce aún más, pero se limita a asentir, con una expresión contemplativa en el rostro.

Rebecca le pone la mano en el antebrazo.

—Ella está bien.

Chase se estremece visiblemente, pero no retrocede. En lugar de eso, la mira fijamente.

—¿Y tú?

—Lo estaré.

Otra inclinación de cabeza mientras se aclara la garganta.

—Estaré dentro.

Con una última mirada en mi dirección, gira sobre sus pies y se marcha. Observo su espalda rígida y, por primera vez, noto algo más.

Una cojera.

Apenas es perceptible, pero está ahí.

—¿Está bien? —pregunto una vez que está fuera del alcance del oído.

Rebecca se vuelve hacia mí, con cara de sorpresa. Casi como si se hubiera olvidado de que estaba allí por un segundo.

—Sí, él… —Deja escapar un suspiro—. Estaba herido, pero ha estado mejor.

—Lo siento mucho, Rebecca.

—Está en casa y de una pieza, es lo único que podía pedir.

Las palabras son uniformes; como si las hubiera repetido tantas veces que se hubieran convertido en un mantra. Por otra parte, cuando vas a la guerra, no hay garantías. Diablos, no hay garantías en ninguna parte.

—Re… —empiezo a decir, acercándome a ella, pero da un paso atrás, desviando la mirada.

—Debería irme. A ver cómo está mamá. —Otro paso atrás—. Yo… Gracias por ayudarme

hoy.

Sus dedos se enroscan alrededor del pomo de la puerta.

—Sí, claro.

—Buenas noches, Miguel. —Con una última mirada hacia mí, entra en casa.

—No… —La puerta se cierra antes de que pueda terminar—. Es necesario.

Me paso la mano por la cara, con el pulgar rozándome los labios. Juro que aún puedo sentir la boca de Rebecca apretada contra la mía. Siento su sabor en mi lengua.

Joder.

¿Qué demonios he hecho?

Rebecca

—No sabía que Miguel había vuelto a la ciudad.

La voz ronca de Chase me hace dar un respingo de sorpresa.

—¡Maldita sea, Chase! —reprendo, dándome la vuelta para mirar a mi hermano. Se me erizan los pelos de la nuca del susto que me acaba de dar. No es que le importe. No, solo levanta la ceja en una pregunta silenciosa mientras sigue mirándome.

Pensé que ya estaba en la cama, teniendo en cuenta que la casa estaba vacía cuando entré, pero supongo que me equivoqué. O tal vez simplemente no podía conciliar el sueño, igual que yo. Aunque los demonios que nos acechaban eran muy diferentes.

Dejando escapar un suspiro tembloroso, vuelvo mi atención al agua que se calienta lentamente en la estufa porque, sí, prefiero ver hervir el agua que enfrentarme a mi hermano. No es que sirviera de mucho. Siento su mirada penetrante en un lado de mi cara. Muchas cosas han cambiado en mi hermano mayor desde que volvió a casa, pero seguía siendo tan intuitivo como siempre y podía leer a la gente como un libro abierto.

Inclino la cabeza en su dirección para que pueda leerme los labios con facilidad.

—Lo sabrías si te molestaras en ir al pueblo y hablar con la gente de vez en cuando. Es de lo único que habla la gente desde hace una semana.

Chase se burla.

—Paso sin ver.

Levanto la vista para que me vea poner los ojos en blanco.

—¿Por qué pensé lo contrario?

Chase siempre fue un poco gruñón, pero desde que volvió a casa se ha convertido en un auténtico recluso. Si no tenía algo que ver con sus citas con el médico o con los perros de rescate, no quería saber nada. Intenté comprenderle y darle el tiempo que necesitaba para curarse, pero algunos días sólo quería sacudirle y hacerle entrar en razón.

Chase se encoge de hombros mientras se dirige a la cafetera y vierte una buena dosis de oro negro en una taza.

—Eso no te ayudará a dormirte —le digo, pero prefiere ignorarme y bebe un sorbo de su taza.

—¿Qué quería?

¿Por qué no podía dejarlo pasar?

La tetera empieza a silbar, así que apago el fuego. Me hundo los dientes en el labio inferior mientras vierto el agua sobre la bolsita de té de lavanda y manzanilla. El intenso aroma de las hierbas llega a mis fosas nasales casi de inmediato. El té se hacía localmente, y era una de las únicas cosas que me ayudaban cuando mi ansiedad se volvía excesiva. Dios sabe que hoy lo necesitaba.

Juro que aún puedo sentir la boca de Miguel sobre la mía. La firme presión de sus labios contra los míos me quemaba la piel con su contacto. Aquellos dedos callosos recorriendo mi piel mientras sus manos se deslizaban bajo el dobladillo de mi camisa. El aroma especiado de su colonia, su sudor y algo más. Algo masculino y todo Miguel.

¡Basta ya!

No debería estar pensando en el beso. Demonios, no debería haberlo besado en primer lugar. ¿En qué estaba pensando?

No lo estaba. Ese era el problema. Estaba demasiado herida y vulnerable después de todo lo

que había pasado. Mamá desapareciendo, buscándola, teniendo que lidiar con sus preguntas sobre papá… Cada vez que se ponía así, era como si rascara en la herida apenas cicatrizada, desgarrándola una vez más.

Y entonces llegó él, y fue como si retrocediera en el tiempo. Era tan fácil olvidar todo lo que había pasado entre nosotros. Podía apoyarme en él como había hecho tantas veces en el pasado. Miguel era la única persona a la que permitía verme así. La única persona que sabía cómo recomponer mis piezas.

Si no era él quien daba el golpe final.

Nunca debí dejar que las cosas llegaran tan lejos.

—¿Becky?

Sacudo la cabeza y alejo esos pensamientos. Enrosco los dedos alrededor de la taza y me la acerco a la cara, aspirando su dulce aroma.

—Se enteró de lo de mamá, así que vino a ayudar. Eso es todo.

No era una verdad completa, pero Chase no tenía por qué saberlo.

—Oh, ¿es por eso por lo que te estaba maltratando en nuestro porche? Culpa mía.

Mi cabeza gira en dirección a mi hermano ante el comentario sarcástico. Su rostro está completamente impasible mientras me observa atentamente.

—Es que… —Separo los labios, saco la lengua y la deslizo sobre mis labios secos.

Chase levanta las cejas.

—¿Qué? ¿Crees que no lo he visto?

No, lo sabía. ¿Pensé que sacaría el tema? La verdad es que no. Más que hablar en general, Chase odiaba discutir cosas sensibleras, y esto definitivamente entraba en esa categoría.

Le fulmino con la mirada.

—Ser un entrometido no te sienta bien, hermano mayor. Quizá este pueblo te está afectando más de lo que te gustaría admitir.

Chase se burla.

—Difícilmente.

—Mhmm… Sigue diciéndote eso.

El silencio vuelve a apoderarse de nosotros mientras levanto la taza y doy un tímido sorbo a mi té. Sombra aparece por el pasillo y, tras mirarla, Chase se dirige hacia la puerta trasera. Su cojera siempre se nota más por la noche, después de haber estado levantado todo el día. Sombra sale y Chase se vuelve hacia mí.

—Creo que deberíamos hablar de mamá.

El tono firme de su voz me revuelve el estómago y siento que la bilis se me sube a la garganta.

—¿Y mamá?

—Creo que deberíamos buscar una solución más permanente.

Sacudo la cabeza antes de que pueda terminar la frase.

—Eso no es…

—Becky. —Chase pone su mano sobre la mía, los ojos verdes de mi hermano mirándome fijamente—. Sé que esto es duro para ti, pero mamá no está bien, y ella no…

—¡Tú no sabes nada! —Hago todo lo que puedo para mantener el tono de voz mientras le quito la mano de encima. Si la situación fuera diferente, celebraría el hecho de que mi hermano me tendiera la mano voluntariamente, pero odio la dirección que está tomando esta conversación —. Tú no estabas aquí, Chase. Estaba yo. —Aprieto la taza con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos—. No tuviste que lidiar con nada de eso. *Yo* sí. Los cambios de humor, las

rabietas, la confusión, la incertidumbre… Yo estaba aquí para todo. La cubrí, la obligué a ir al médico y fui yo quien no se rindió hasta que tuvimos una respuesta. Así que no te atrevas a volver e intentar darme órdenes y decirme qué es lo mejor para nosotros. No te… —Se me escapa un hipo, así que me muerdo el interior de la mejilla, intentando evitar que me salga uno nuevo.

Chase se queda sentado y me observa, completamente tranquilo.

—Lo sé. Sé que mi marcha supuso una carga mayor sobre tus hombros, y que tuviste que lidiar con todo ello tú sola. Pero ya no estás sola. Déjame ayudarte.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. Sé que tiene razón, pero he estado lidiando con todo por mi cuenta durante tanto tiempo que no sé cómo dejarlo ir. No sé si *podría*. Porque, ¿qué pasaría si vuelve a irse? No, si algo me han enseñado los últimos años es que sólo puedo confiar en una persona: en mí misma.

—El trabajo no es un problema, es sólo que… no creo que pueda internarla en una institución. Me sentiría como si estuviera renunciando a ella. —Sacudo la cabeza, sin saber cómo explicarlo.

Sí, cuidar de mamá es duro. No puedo negarlo. Ni siquiera es el hecho de que la mayoría de los días no se acordara de mí, aunque no puedo negar que me duele cada vez que ocurre. Son otras cosas. Cómo se enfada y frustra hasta por las cosas más insignificantes. Lo testaruda que se vuelve cuando se propone algo. Como salir de casa e ir en busca de papá.

—No vamos a renunciar a ella. —Chase se mueve en su asiento y el chirrido de la silla me saca de mis pensamientos—. Se lo he comentado a mi médico, y me ha sugerido que la ingrese en un centro para enfermos de Alzheimer y que eso sería lo mejor para ella. Estará rodeada de especialistas, recibirá los mejores cuidados y estará controlada las veinticuatro horas del día, pero, sobre todo, estará rodeada de gente como ella.

—Lo entiendo. De verdad, pero no la conocen como nosotros.

—¿Pero realmente la conocemos? —desafía Chase—. Conocemos a nuestra madre, pero no conocemos realmente a la mujer en la que se convierte cuando olvida los últimos veintitantos años.

—Yo… —Me paso la mano por la cara—. Déjame pensarlo, ¿vale?

—Hazlo. —Esos ojos serios se encuentran con los míos—. Te mereces ser feliz, Becky.

—No soy la única.

CAPÍTULO QUINCE

Miguel

No importa. Me culpo lo suficiente por los dos.

Las palabras de Becky siguen resonando en mi cabeza mucho después de acostarme. Sigo dando vueltas en la cama, con los acontecimientos del día anterior repitiéndose en mi cabeza.

Todavía no puedo creer que sospechara que algo iba mal, incluso cuando estábamos juntos, pero no me dijo ni una palabra. Ni siquiera un indicio de que algo pudiera estar pasando con su madre o de que estuviera preocupada.

Sólo de pensarlo me irrita.

Allí estaba yo, compartiéndolo todo con ella, confesándole mis secretos más profundos y oscuros, hablándole de mis problemas y peleas con mi familia. Le di todo de mí, sólo para darme cuenta de que ella nunca hizo lo mismo. La verdad es que no.

Dejando escapar un gemido frustrado, me vuelvo hacia el otro lado, golpeando la almohada con la mano como si una almohada más cómoda me ayudara a dormir mejor. Pero ya lo sabía. Mi mirada se desvía hacia las cortinas y puedo ver el primer rastro de luz que se asoma a través de ellas. Aún es temprano, antes de las cinco, y la casa está en silencio, pero sé que no me dormiría pronto.

Volviéndome de espaldas, me paso la mano por la cara antes de tirar la funda y levantarme.

Si no voy a dormir, al menos podría hacer algo útil.

Me pongo una camiseta y unos pantalones cortos de baloncesto, salgo de mi habitación y bajo las escaleras con cuidado. Por mi experiencia anterior, me salto la tercera desde abajo para no despertar a mis padres.

Me detengo en la cocina para beber agua y me dirijo a la sala de barro, donde me calzo las zapatillas de correr y empiezo a correr. El cielo aún está relativamente oscuro y sólo unos pocos rayos de sol asoman entre las nubes. Me tomo unos minutos para calentar y estirar los músculos, y justo cuando me dispongo a empezar a correr, una figura que viene hacia mí capta mi atención.

Mi hermano se sorprende al verme delante de la casa. Se fija en mi atuendo e inclina la barbilla hacia mí.

—¿Vas a correr?

Su tono no deja de juzgarme. Aprieto los dedos ante su pregunta, la irritación aumenta en mi interior.

—Que me haya ido del rancho no significa que no me levante temprano y no trabaje duro.

Veo cómo se tensa la mandíbula de Aaron al oír mi comentario, y una parte de mí se siente mal por haber arremetido contra él, pero lo de levantar mis murallas fue algo natural cuando se juntaron el tema del fútbol y el de mi familia.

—Mira, siento haberme puesto así. —Me paso la mano por la cara—. Ha sido una noche de mierda, y estoy irritado.

—¿Hay algún momento en el que no estés irritado? —me reta mi hermano.

Demasiado para intentar hacer las paces.

—Bueno, tú tampoco has sido muy acogedor, ¿verdad? —Sacudo la cabeza. Esta conversación no tiene sentido. Lo único que saldrá de ella es que nos enzarcemos en una trifulca. No sería la primera ni la última vez—. Me largo de aquí.

Empiezo a correr junto a él y bajo por el camino de entrada. Mis pies golpean la grava. Me cuesta contenerme y mantener un ritmo constante cuando lo único que quiero es correr. Salir pitando de esta ciudad y no volver la vista atrás.

Me viene a la mente la cara llena de lágrimas de Rebecca, burlándose de mí.

Cierro los dedos en puños mientras empujo con más fuerza.

A la mierda el ritmo constante.

Mantengo la mirada en el suelo mientras empujo con más fuerza. Necesito sacar esta energía inquieta que se ha estado gestando en mi interior durante la última semana. Aprieto los dientes y miro hacia arriba. Estoy tan excitado que tardo un momento en darme cuenta de dónde estoy.

La casa del árbol.

Echo un vistazo a la estructura de madera en la que he estado infinidad de veces en el pasado. El padre de Rebecca la construyó para ella cuando era pequeña, pero con los años nos hemos escondido aquí. Era nuestro lugar más que cualquier otro en Bluebonnet. Diablos, ni siquiera Emmett lo sabía.

Por mucho que intentara olvidarla, mi cuerpo encontraba la forma de llegar a ella.

Una parte de mí ni siquiera se sorprende. Lo he hecho tantas veces en el pasado que he perdido la cuenta. Ella era mi puerto seguro. La única persona que siempre tenía la puerta abierta para mí. La única persona que escuchaba sin juzgar.

Ella era mi persona.

Pero tú no eras su persona.

Ese pensamiento me tranquiliza rápidamente. Maldiciendo en voz alta, me doy la vuelta y cambio bruscamente de dirección.

Empujo todo lo que puedo; mis músculos protestan por los movimientos, pero no aflojo el ritmo. Corro alrededor de los límites de nuestra propiedad, concentrándome en el golpeteo constante de mis pies contra el suelo.

Pero por mucho que corra, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de la cara de Rebecca.

—Hoy has madrugado —la voz de mamá me saca de mis pensamientos. Levanto la vista del portátil y la veo de pie en la puerta, mirándome con curiosidad.

—No podía dormir, así que salí a correr.

La casa estaba en silencio cuando, hace aproximadamente una hora, volví a casa, y después de una ducha rápida y un café, decidí que probablemente debería sentarme y trabajar un poco.

—Ya lo veo. Llamé a tu puerta para ver si querías desayunar, pero ya habías salido. —Echa un vistazo a mi portátil—. ¿Estás ocupado?

—Estoy terminando algo. ¿Qué pasa?

Entra en el lugar y camina hacia mí.

—Estaba pensando que tal vez querrías ir a la tienda conmigo.

Mis cejas se levantan.

—¿A la tienda?

—Sí, a la tienda. ¿Por qué es tan extraño?

—Porque nunca me pediste que te acompañara a la tienda. Si no recuerdo mal, la última vez que me llevaste, me dijiste que era un gamberro y que nunca más me llevarías.

Mamá pone las manos en las caderas y me dirige esa mirada severa que ya me era muy familiar.

—La última vez que te llevé a la tienda tenías diez años, y tu hermano y tú se pelearon y tumbaron una estantería entera.

Hago una mueca de dolor cuando el recuerdo me viene a la mente. Como siempre, tiene

razón.

—Suponía que habías crecido desde entonces y aprendido a comportarte en público. Además, apenas te veo, así que discúlpame si quiero pasar un poco de tiempo con mi hijo antes de que vuelva a escaparse y no regrese a casa hasta dentro de cuatro años.

No hay ira en su voz, pero no puedo evitar la culpa que me invade; sus palabras son como un puñetazo en las tripas.

—Lo siento, mamá.

—Está bien. —Me hace señas para que no le tome importancia—. Se supone que los niños crecen y viven sus vidas, forman sus familias. Ahora estás aquí, y eso es lo que importa. —Su mirada se dirige a mi portátil, sus ojos se entrecierran mientras lee por encima de mi hombro—. ¿Eso es… un ensayo?

Joder.

—No es nada importante. —Me doy la vuelta y compruebo rápidamente si el archivo está guardado antes de cerrarlo—. Venga, vamos…

—¿Por qué escribes un ensayo?

Dejo escapar un suspiro, sabiendo que no hay forma de que dejara pasar esto ahora que lo vio.

Me paso la mano por la mandíbula y noto que la barba de unos días me araña los dedos.

—Es para clase, ¿vale?

—¿Clase? Pero no…

Su voz se entrecorta, y no hace falta ser un genio para darse cuenta de cómo iba a terminar.

—¿Dejé la universidad para entrar en el reclutamiento? —Termino por ella—. No, la he puesto en pausa. Tomaré clases en línea en verano hasta que pueda terminar. Probablemente necesitaré ese título con el tiempo.

—Eres…

Una sonrisa radiante se dibuja en sus labios y su mano me acaricia la mejilla. —Lo siento. No debí suponerlo.

—Está bien.

No sería la primera ni la última persona que me juzgara antes de conocer toda la historia. Cierro el portátil y me pongo en pie.

—Entonces, ¿vamos a la tienda o qué?

—Sí, por supuesto. Sólo déjame coger mi bolsa.

Diez minutos después, estamos en mi todoterreno, conduciendo hacia la ciudad. Mamá parlotea todo el camino, contándome todas las cosas que me he perdido desde que estoy fuera. Escucho con media oreja, haciendo ruidos apropiados de vez en cuando, para que ella sepa que la escucho, aunque a duras penas.

Una cosa que definitivamente no eché de menos de Bluebonnet fueron todos los cotilleos que corren por aquí.

Una vez en la tienda, tiro del carrito y sigo a mamá mientras saca una lista y empieza a meter cosas dentro como si su vida dependiera de ello.

Veo el pasillo de la higiene y me viene a la cabeza el bote de champú vacío de mi cuarto de baño.

—Oye, voy a coger algo.

Mamá me despide sin pestañear mientras compara dos frascos de Dios sabe qué, así que empujo el carrito hacia la sección de champús. Tardo un momento en encontrar el adecuado y, cuando vuelvo al lugar donde dejé a mamá, no la encuentro por ninguna parte.

Miro a izquierda y derecha.

¿Dónde está…?

—Miguel Fernandez, ¡qué agradable sorpresa!

Me doy la vuelta y veo a dos mujeres juntas al final del pasillo. Parecen gemelas, con vestidos de verano y tacones a juego, el cabello largo cayendo en rizos por la espalda, los labios rojos brillantes curvándose en una sonrisa mientras sus ojos me miran de pies a cabeza.

Los miro fijamente, y pasa un momento hasta que por fin me doy cuenta de dónde los conozco.

—¿Mary Sue? —La sonrisa de la morena se hace más grande cuando cambio mi atención de ella a la rubia—. ¿Y Lauren?

—¡Y se acuerda de nosotros! Madre mía. Y yo que pensaba que nos habías olvidado ahora que eres una estrella —ríe Mary Sue, rozándome el bíceps con la mano.

—Apenas. —Obligo a sonreír—. ¿Cómo están ustedes dos?

—Oh, lo mismo de siempre. Nada cambia mucho por aquí. No como en una gran ciudad. La mejor pregunta es, ¿qué te trae por aquí?

—La boda de Emmett —comento, echando un vistazo por encima de su hombro. *¿Dónde demonios se habrá metido mamá?*

—Correcto, ¿él y Karmen finalmente se van a casar?

—Kate —corrijo, aunque estoy seguro de que ella lo sabe. Al fin y al cabo, todos fuimos juntos al instituto. No es que se llevaran bien con Kate o Rebecca. Mary Sue y Lauren estaban en el equipo de animadoras, y siempre había una extraña animadversión entre las chicas del equipo de animadoras y las demás. La mayoría de ellas pensaban que tenían algún tipo de derecho sobre los chicos del equipo de fútbol, pero ese tipo de cosas nunca le importaron a Emmett, ni a mí.

—Tonta de mí, me olvidé por completo. No puedo creer que sigan juntos.

—Todavía van fuerte. No…

Antes de que pueda terminar, Lauren me interrumpe.

—¿Y tú? —Esas pestañas antinaturalmente largas baten en mi dirección—. ¿Estás saliendo con alguien?

—Yo…

Mierda, no están perdiendo el tiempo, ¿verdad?

—No, me estoy centrando en el fútbol en este momento.

En serio, ¿dónde está…?

Pero no es mi madre quien llama mi atención. Es la mujer que está con ella.

Rebecca.

Veo aparecer una sonrisa radiante en los labios de mi madre cuando repara en ella. Mamá tira de Rebecca en un abrazo que ella devuelve, sus labios se mueven, pero no puedo descifrar las palabras desde tan atrás.

Me detengo y me quedo mirándolas. A lo largo de los años, he visto a mamá y a Rebecca relacionarse cientos de veces, tanto en mi casa como fuera de ella, y sin embargo hay algo en toda esta situación que no me cuadra.

¿Siguen siendo amigos?

No sé por qué, pero no esperaba que fuera así, pero al parecer, no podía estar más equivocado.

Rebecca debe de sentir mi mirada, porque mira lentamente por encima del hombro de mamá, separa los labios y sus ojos se posan en los míos. Pero entonces su mirada se desvía hacia un lado y veo que su expresión se cierra y sus labios se tensan un segundo antes de que los dedos que aún

me sujetan me rodeen el brazo.

—¿Miguel?

De mala gana, desvío mi atención hacia la mujer que está a mi lado.

—Perdona, ¿qué decías?

—Me preguntaba cuánto tiempo te quedarás aquí. Tal vez podríamos ponernos al día alguna vez. Pasar el rato.

—¿Y cómo se sentirá tu esposo al respecto, Lauren?

Se me eriza el vello de la nuca al oír la voz dulce como la sacarina que viene de detrás de mí. Me doy la vuelta y veo que Rebecca y mamá se han unido a nosotros. Rebecca centra toda su atención en Lauren, y no puedo evitar fijarme en la expresión divertida de mamá.

¿En serio?

—Bueno, yo… —Lauren se mete un mechón de pelo detrás de la oreja. Sus mejillas se ponen de color rojo remolacha.ca

—Ya no están juntos, aunque no veo por qué es asunto tuyo —dice Mary Sue, mirando a Becky.

—Siento mucho oír eso, Lauren —se une mamá—. Debe ser duro para ti. Segundo matrimonio en los últimos años.

Si cabe, sus mejillas se vuelven aún más brillantes.

—Bueno, es lo que hay. Vamos, Mary Sue. Acabo de recordar lo que olvidé comprar.

Coge a su amiga de la mano y tira de ella en dirección contraria.

Mary Sue me mira por encima del hombro.

—Espero que podamos ponernos al día mientras estés en la ciudad, Miguel.

Sí, creo que no.

Ya tenía bastantes problemas sin añadirlos a ellos dos a la mezcla.

Rebecca murmura en voz baja algo que suena muy parecido a—: Apuesto a que sí.

Tiene la espalda rígida y los dedos enroscados en la cesta que lleva.

—¿Qué has dicho? —pregunto, inclinándome más cerca.

Todo su cuerpo se estremece ante mi pregunta.

—Nada —dice rápidamente, dando un paso atrás.

—Esa pobre chica, saltando de un hombre a otro. —Mamá sacude la cabeza—. Dios la bendiga.

Suelto un bufido. No puedo decir que me sorprendiera. Tanto Mary Sue como Lauren habían estado saltando de un chico disponible a otro. No importaba quién fuera mientras fuera un atleta, preferiblemente en el equipo de fútbol.

Mamá se vuelve hacia mí, con las cejas levantadas.

—Pensé que te habías perdido y que tendría que enviar un equipo de búsqueda.

—No tengo cinco años. —Empujo el carrito más cerca, mi atención todavía en Rebecca, pero ella evita mi mirada.

Hoy, su largo cabello está recogido en una trenza que se desliza sobre su hombro. Su rostro está desmaquillado, acentuando las ojeras.

¿También le costaba dormirse después de todo lo que había pasado anoche? ¿O pasó algo con su madre? ¿Por eso se quedó despierta hasta tarde? ¿Tuvo otro episodio e intentó huir?

—Teniendo en cuenta que tenías doce años la última vez que tuve que hacerlo, no sé si eso es alentador.

Me obligo a volver la vista hacia mi madre.

—Y eso fue totalmente culpa de Aaron. Fue él quien sugirió que jugáramos al escondite.

Mamá hace una mueca, negando con la cabeza.

—Ni siquiera voy a comentar eso. —Se vuelve hacia Rebecca—. Las cosas que esos chicos me hicieron pasar.

—Me lo imagino. —Los labios de Rebecca se curvan en una sonrisa, pero no le llega a los ojos—. Ha sido un placer verla, señora Fernandez. Debería pasarse por *The Reading Nook* cuando esté en la ciudad.

—Lo haré, cariño. —Mamá le palmea el hombro cariñosamente—. Saluda a tu madre de mi parte.

—Lo haré. —Con una última sonrisa en dirección a mi madre -al mismo tiempo que me ignora-, Rebecca se marcha.

Mis ojos están pegados a su espalda en retirada hasta que se esconde tras la esquina.

Y no soy el único.

—Esa pobre chica —suspira mamá—. Siempre cargando demasiado peso sobre esos delgados hombros.

Eso era cierto. Rebecca odiaba ser una carga para nadie. Tras la muerte de su padre, se vio obligada a crecer demasiado deprisa, como todos los hijos de los Williams, pero supongo que ya entonces, como única niña de la familia, llevó la carga más pesada mientras su madre lloraba la muerte de su esposo.

—Tú y Becky parecen llevarse bien.

—¿Es eso un problema? —pregunta, y no se me escapa la nota de actitud defensiva en su tono.

Cuando vuelvo a mirar a mi madre, veo que me mira con los ojos entrecerrados y una de sus cejas arqueada.

—No, claro que no. —Levanto la mano, pasando los dedos por mis rizos salvajes—. Es sólo una observación. Nada más.

—Conozco a Becky desde que era una niña. No sé qué pasó entre ustedes dos, pero no veo por qué debería cambiar algo entre…

—Espera, ¿qué? —Frunzo el ceño ante su comentario. ¿No sabe lo que ha pasado? ¿Cómo es posible? Parecía que todo el mundo en este pueblo sabía lo que había pasado, y no tenían ningún problema en mostrarme exactamente cómo se sentían. Basta con mirar a la señora Letty.

—He visto a Rebecca transformarse de una jovencita en la increíble mujer que es hoy, dirigiendo su propio negocio, todo mientras cuida de su familia, y sólo puedo estar orgullosa de todas las cosas que ha logrado.

—Eso no. Me refería a la otra parte.

Un ceño fruncido aparece entre las cejas de mamá.

—¿Qué otra parte?

—¿Qué quieres decir con que no sabes lo que pasó?

—¿Cómo voy a saberlo? —Mamá se encoge de hombros, dejando sus cosas en el carrito—. Apenas contestabas a mis llamadas entonces, alegando que estabas demasiado ocupado con el fútbol.

Me lanza su mirada de a-quién-te-crees-que-estás-engañando mientras se da la vuelta y empieza a andar de nuevo.

Maldiciendo en silencio, la sigo.

—Te dije que habíamos roto.

Todo lo que pasó después de que Rebecca y yo rompiéramos fue un borrón. Estaba enfadado con ella por hacer lo que hizo, así que decidí ahogar mis penas en la bebida y la fiesta. Dios sabe

cuánto tiempo habría seguido así, también, si mi entrenador no me hubiera sentado un día y amenazado con sentarme en el banquillo si no ponía mi vida en orden.

—*Semanas* después del suceso. Mirando hacia atrás, recuerdo haber visto a Becky por la ciudad. Era como un fantasma que caminaba y hablaba. Allí, pero completamente vacía y sin vida. Triste. Intenté hablar con ella, pero me ignoraba, diciendo que estaba ocupada. Ni siquiera sacó el tema hasta que me lo contaste, y le pregunté qué había pasado, e incluso entonces, evitó responder. Dijo que las cosas no funcionaron. Ni una sola vez esa chica dijo nada malo sobre ti o lo que había pasado. Ni siquiera soy la única que ha preguntado, estoy segura. Ya sabes lo entrometida que puede ser la gente en este pueblo. Si la gente me había preguntado cuándo volverías, seguro que hicieron lo mismo con ella, sabiendo que estaban saliendo, pero no he oído ni pío de lo que causó que terminaran.

Levanto la mano y me froto el centro del pecho, donde noto una opresión desconocida.

No sabía qué hacer con toda esta situación. Creía que Rebecca les había contado lo sucedido y que por eso me miraban de reojo en Bluebonnet. Y ahora que sabía que no era así, no sabía qué hacer al respecto.

Nada, no hay nada que debas hacer.

Un destello rojo en mi visión periférica capta mi atención. Casi por instinto, mi mirada la sigue hasta posarse en ella.

Rebecca está de pie en la cola de la caja, sacando las cosas de su cesta, y ese maldito pinchazo dentro de mi pecho sólo crece más fuerte, más insistente.

—No parecías sorprendido de verla. —El comentario de mamá me saca de mis pensamientos, así que me obligo a apartar la mirada. No tenía que darle más munición de la que ya tenía. O, a juzgar por el brillo de sus iris, ninguna idea.

—Ya la había visto.

—¿En La Cabaña?

Por supuesto, se habría enterado de que fui al bar. No había forma de que ese pequeño chisme no llegara a mi familia.

—Sí, en La Cabaña.

Entre otros lugares.

Porque ella estaba en todas partes, y no había forma de escapar de ella. No mientras estuviera en esta ciudad.

Mamá arrumba. —Bueno, será mejor que tengas cuidado con lo que haces —.

—¿Yo?

—Sí, *tú*. —Mamá me pincha en el pecho—. Puede que se callara lo que había pasado entre ustedes, pero no hace falta ser un genio para darse cuenta. Vi a esa chica después de su ruptura y estaba destrozada.

¿En serio? ¿Mi madre también?

Mis dedos se enroscan alrededor de la barra del carro con tanta fuerza que mis nudillos se han quedado sin color.

—¿Así que inmediatamente es culpa mía?

—No digo que sea culpa tuya o de ella. Sé que no es así. Las relaciones toman dos personas, y la ruptura también.

Abro la boca para protestar, pero me vuelve a pinchar.

—Puede que ya seas mayor, Miguel Fernandez, pero hay cosas que nunca cambian. Hagas lo que hagas, no vuelvas a romperle el corazón a esa chica.

Genial, hasta mi propia madre estaba en mi contra.

—¿No deberías estar preocupada por mi corazón?

Justo cuando creo que va a pincharme otra vez, su palma se apoya en mi pecho y su expresión se suaviza.

—Lo hago. ¿Por qué crees que lo digo? Veo cómo la miras.

—No la miro de ninguna manera.

Suelta una risita suave. Su mano me acaricia la mejilla y me da una palmadita.

—¿No te gustaría pensar eso?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Rebecca

¿En qué demonios estaba pensando?

No lo estaba. Ese era todo el problema, ¿no? Me dejé llevar por mis impulsos.

No, no es impulso.

Celos.

Sólo de pensarlo se me sube el color a las mejillas.

No estaba celosa de las mujeres con las que hablaba Miguel. No tenía derecho a estarlo. Miguel no era mío. Ya no. Pero todo pensamiento racional abandonó mi cerebro cuando no vi a nadie más que Lauren y Mary Sue adulando cada una de sus palabras, sus garras hundiéndose en su brazo posesivamente, todo mientras lo miraban como si quisieran devorarlo.

En serio, ¿qué les pasaba?

Pero, de nuevo, ¿era realmente sorprendente? Mary Sue había estado saltando de un chico a otro incluso antes de acabar el instituto, intentando encontrar a alguien a quien pudiera arrastrar al altar. Lauren, por otro lado, hizo exactamente eso. *Dos veces* hasta ahora. Y ambas veces terminaron terriblemente, pero al parecer, ella todavía no ha aprendido la lección.

—¿A qué viene ese ceño fruncido?

Sorprendida por la pregunta, descubro a Savannah de pie frente a mí, con una mirada contemplativa.

—Cielos, dale a una chica una pequeña advertencia, ¿quieres?

—Por eso tienes la campana.

Bueno, esa era la idea, pero supongo que estaba demasiado metido en mi propia cabeza para escucharlo. No es que se lo fuera a decir.

Miro la hora en mi muñeca.

—Llegas pronto.

—Por fin tengo unos minutos extra, así que pensé en venir a ver cómo estabas. Además, necesito ese expreso doble tuyo como ayer.

Mi ceño se frunce mientras me dirijo a la cafetera y empiezo a prepararle el café.

—¿Mal día?

—Más bien una mala semana. La abuela está siendo terca, como siempre. Y luego tuve una pelea con Mark.

—¿Qué ha hecho esta vez? —Miro por encima del hombro justo a tiempo para pillarla poniendo los ojos en blanco.

—Tiene otro fin de semana de trabajo. —Savannah se desliza en la silla del mostrador, cruzando los brazos delante de ella.

—¿No fue esa su excusa la semana pasada? En serio, ¿cuántos fines de semana de trabajo puede tener una persona?

—Y cuando le pregunté exactamente eso, tuvo la osadía de decir que no todo el mundo tenía la suerte de los profesores de tener todo el verano libre. ¿Te lo imaginas?

—¿Suerte? —me quedo con la boca abierta—. Eso es lo más estúpido que he oído nunca. ¿Le diste un puñetazo? Por favor, dime que le diste un puñetazo.

Savannah se ríe, pero sus carcajadas no parecen sinceras.

—Si lo tuviera delante, me habría tentado mucho. Lo juro.

—Y nadie podría culparte por ello. —Le pongo la taza de café delante—. Aquí tienes.

Savannah bebe un largo sorbo de la taza, sus ojos se cierran por un segundo mientras saborea

el sabor del líquido negro.

—Esto es exactamente lo que necesitaba —suspira feliz. Sus ojos azules se abren y me miran —. De todos modos, no falta mucho para que empiece a venir gente, así que olvídate del estúpido de mi novio. ¿Qué pasa *contigo*?

No se me escapa la curiosidad de sus iris y, por el tono de su voz, sé exactamente lo que pregunta. Por *quién* pregunta.

—¿Yo? Nada, ocupada con… —Me encojo de hombros, agarro un trapo y empiezo a limpiar la ya impecable superficie de trabajo. Cualquier cosa para evitar la intensa mirada de Sav. No es que ayude. Puedo sentirla sondeándome en un lado de la cara—. Bueno, todo.

—Mhmm… ¿Todo eso incluye a tu ex?

Mi mano choca con el vaso que está sobre la barra y cae al suelo, haciéndose añicos y llamando la atención de los pocos clientes que hay en la cafetería.

—*Mierda*.

Savannah se ríe.

—Si has decidido destrozar cosas, debe ser malo.

—Se cayó.

No es que no se me pasara por la cabeza la idea de estrellar algo contra Lauren y Mary Sue, pero…

Miro a mi alrededor hasta que veo la escoba en un rincón. Salto con cuidado por encima del cristal para cogerla y empezar a limpiar el estropicio que he hecho.

Mirar el millón de pedazos destrozados en el suelo me inquieta. Es casi como una especie de premonición siniestra.

—Sí, sí, ¿y qué pasa con el futbolista buenote? Todavía no me puedo creer que salieras con un jugador de fútbol profesional y no lo hubieras mencionado ni una sola vez en todo el tiempo que hemos salido.

Y yo quería que siguiera siendo así, pero al parecer, mi deseo no se haría realidad gracias a todos los cotilleos que corren por esta ciudad.

—No era futbolista profesional cuando estábamos juntos. Y no lo mencioné porque no había nada que decir. Miguel y yo rompimos hace años —murmuro, con la esperanza de que si se lo quito de encima como algo insignificante deje el tema, pero debería haberlo sabido.

Savannah me lanza una mirada mordaz—. A mí no me lo pareció el otro día en La Cabaña —canta, inclinándose más hacia mí—. El tipo corrió detrás de ti como el príncipe detrás de Cenicienta. Eso no me suena a terminado. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¿Ya te estás metiendo en el papel para cuando vengan los niños?

Savannah dirige un club de lectura mensual para niños aquí en el café. Tenemos tres grupos, y los más pequeños tienen que venir hoy.

¿No pueden darse prisa ya?

Como si pudiera leerme el pensamiento, Sav me mira con complicidad.

—Tus habilidades evasivas apestan, Rebecca. Ahora escúpelo. No quiero enterarme de todo por los periodicuchos de cotilleo.

—Me sorprendió verle allí, eso es todo.

—¿Cuánto hace que no se ven?

Tres años, cinco meses y trece días.

No es que estuviera contando ni nada.

—Unos cuantos años.

—¿Y? —Me da un codazo con el brazo.

—¿Y qué?

—¿Qué se siente al ver a tu ex de vuelta en la ciudad?

Molesto. Abrumador. Inquietante.

Era como si fuera donde fuera, él estaba allí, y no podía escapar de él por mucho que lo intentara. Y luego estaba ayer y ese maldito beso.

Me muerdo el interior de la mejilla.

Juro que aún puedo sentir su boca en la mía. La forma en que su cuerpo envolvía el mío por completo, metiéndome en el capullo de su calor. Era curioso, porque aunque he estado en Bluebonnet toda mi vida, sentir los brazos de Miguel envolviéndome me hacía sentir como si, por fin, *estuviera* de nuevo en casa. Me hacía sentir segura y protegida, como si, pasara lo que pasara, fuera capaz de sobrevivir. Seríamos capaces de sobrevivir.

—¿En qué estás pensando? —La mano de Savannah agarra la mía, sacándome de mis pensamientos.

Pero no hay un nosotros. Hace tiempo que no lo hay.

Sacudo la cabeza.

—Nada.

—Tu cara dice lo contrario. —La expresión de Savannah se vuelve seria—. ¿Hizo algo? Porque si lo hizo, sólo tienes que decirlo e iremos a destrozarle el carro o algo así. Leí un libro en el que una chica metía una lata de atún abierta en el carro de su ex, y él no podía encontrarla, así que el olor era tan fuerte que tuvo que remolcarlo.

—¿Que hizo qué? —Suelto una carcajada estrangulada.

—Te lo digo, la chica era viciosa. —Menea las cejas—. ¿Quieres probarlo?

—No, tonta. Yo sólo… —Se me cae la sonrisa. No sabía qué decirle ni cómo explicarle esto que había entre Miguel y yo. Era demasiado jodidamente complicado, nuestras vidas demasiado entrelazadas—. Está en todas partes, ¿sabes? No importa lo que haga o adónde vaya, él está cerca, y me está volviendo loca. No se suponía que volviera.

No se suponía que pusiera mi vida patas arriba con su presencia exigente y sus besos temerarios que me hacían sentir viva por primera vez en los últimos tres años.

—Becky…

Antes de que pueda terminar, el timbre vuelve a sonar. Agradezco la interrupción y alzo la vista, con una sonrisa en los labios, pero me falla un poco cuando veo a la mujer en la puerta.

—¿Rose?

¿Qué es esto? ¿Una maldita reunión de instituto?

—¿Becky? —Esos ojos azules se abren de par en par, los labios se separan por la sorpresa mientras me mira fijamente al otro lado del lugar.

Rose Hathaway o supongo que ahora es O'Neil, si hemos de creer lo que dicen los cotillas del pueblo, tiene el mismo aspecto que hace cuatro años, cuando se fue a la universidad. Lleva el cabello largo y oscuro recogido en una coleta alta, ni un mechón fuera de su sitio, el maquillaje es impecable y un bonito vestido veraniego ciñe sus curvas.

Rose mira alrededor del espacio, con la incertidumbre escrita en su rostro.

—¿Es aquí donde se celebra el club de lectura?

—Ese es, pero este es…

Un chillido agudo me interrumpe, y un niño pequeño pasa corriendo junto a Rose y se dirige hacia la ventana de cristal.

El corazón me da un vuelco y siento un pinchazo de dolor al verle poner las manitas sobre el cristal y mirar las magdalenas con sus grandes ojos azules.

—Lo siento mucho —murmura Rose cuando por fin lo alcanza. Le pone la mano en el hombro y lo aparta del cristal. Se agacha hasta quedar a su altura y empieza a mover las manos.

Parpadeo y tardo un momento en darme cuenta de lo que está pasando.

Señas.

Está usando el lenguaje de señas con el niño.

Su hijo.

La primera vez que oí hablar de ello fue durante las vacaciones de Navidad. Estaba en la tienda cuando oí por casualidad a dos ancianas hablar de la boda escopeta entre Rose y su novio del instituto, John O'Neil, porque se había quedado embarazada.

Y aunque ya no éramos amigas, hacía años que no lo éramos, una parte de mí se sentía mal por ella.

No debió de ser fácil ir a la universidad para acabar embarazada a los pocos meses de empezar el semestre y tener que dejarlo antes incluso de poder empezar a disfrutarlo.

No es que a Rose parezca importarle.

Rose sonríe al niño, le toca suavemente la mejilla con la mano y se inclina para darle un beso en los rizos oscuros. Se pasa la mano por detrás del vestido, se levanta y sus penetrantes ojos azules se cruzan con los míos.

—Lo siento mucho. Las magdalenas son las favoritas de Kyle y se emociona cuando las ve.

—No te preocupes. —Miro al niño. Es tan adorable que no puedo evitar sonreír. Es una versión en miniatura de Rose. Tendrá unos tres años, y parte de esa grasa de bebé aún se le pega a la cara, haciendo que sus mejillas sean redondas y rosadas. Su cabello castaño es un revoltijo de mechones despeinados y en sus ojos azules brilla un destello de picardía. Levanto las manos en un gesto de saludo antes de hacer lentamente una seña mientras digo:

—Hola, Kyle. Soy Becky.

—¿Conoces el lenguaje de señas?

Vuelvo mi atención hacia Rose, que parece realmente sorprendida ante la perspectiva. Me encojo de hombros con indiferencia.

—Saber sería una exageración, en el mejor de los casos. He empezado a aprenderlo hace poco. —Vuelvo a mirar a Kyle y le hago una seña—: ¿Quieres un pastelito?

Esos grandes ojos brillan más ante la perspectiva mientras mira hacia Rose suplicante, sus pequeñas manos volando mientras firma.

Deja escapar un suspiro pero asiente.

—Bien, pero sólo uno.

Kyle aplaude emocionado.

Maldita sea, es lindo.

Tomo con las pinzas una magdalena de chocolate y se la enseño, diciendo despacio:

—¿Está bien esta? —No creía que fuera posible, pero sus ojos se agrandan aún más y asiente, acercándose a la encimera y rodeándola con sus manitas en cuanto le doy el pastelito.

Antes de que ninguno de los dos podamos reaccionar, se lo lleva a la cara y le da un gran mordisco, cubriéndole toda la cara de chocolate.

Me quedo con la boca abierta, pero Savannah se ríe mientras levanta la vista, con el chocolate embadurnado en la nariz y las mejillas, y nos dedica una gran sonrisa.

—Más despacio, hombrecito —se ríe Savannah.

Rose levanta la mano y se la pasa por la cara.

—Juro que normalmente se comporta mejor que esto.

—Oh, por favor, es sólo un niño. Déjale disfrutar.

Nuestras miradas se cruzan y una sonrisa se dibuja lentamente en su boca mientras una silenciosa comprensión pasa entre nosotros, una sonrisa auténtica. Hacía siglos que Rose Hathaway y yo no compartíamos nada auténtico.

Éramos amigas cuando éramos niñas. Salíamos todo el tiempo, jugábamos en su casa o en la mía, pero luego, con el tiempo, las cosas cambiaron poco a poco.

Mi padre murió en un accidente de carro cuando yo tenía nueve años, y la vida que yo conocía se derrumbó alrededor de mi familia como un castillo de naipes. Todos estábamos destrozados por la pérdida, y fue entonces cuando me sentí más atraída por los chicos. Se convirtieron en mis rocas, mis protectores. Venían a mi casa a cualquier hora del día y me sacaban a jugar. Lo único que quería era llorar en mi habitación. Pero no me dejaron. De algún modo, nos hicimos inseparables: los tres mosqueteros, como nos llamaba cariñosamente la gente del pueblo. Y fue por aquel entonces cuando Rose empezó a lanzarnos comentarios sarcásticos, y la división que surgió no hizo más que crecer exponencialmente. Quizá debería haberme esforzado más, pero éramos niños y yo estaba dolida, así que le devolví todo lo que recibí.

—¿Quieres algo?

—Oh, no. Eso es todo. ¿Cuánto te debo?

Le hago señas para que se vaya.

—Invita la casa.

Rose abre mucho los ojos.

—¿Qué? No, no puedes hacer eso, es…

—Está bien, de verdad. No te estreses. ¿Están aquí por el grupo de lectura?

—Yo… Sí. —Rose asiente, acomodándose un mechón de cabello detrás de la oreja—. Mamá mencionó que hoy había una aquí, así que pensé en traer a Kyle para que conociera nuevos amigos.

—Es increíble. Nos encanta conocer nuevos lectores. —Savannah le guiña un ojo a Kyle, que está masticando feliz lo que queda de su magdalena. Rose saca unas toallitas húmedas de su bolso y se las da al chico para que se limpie. Una vez que ha terminado, Savannah pregunta:

—¿Qué tal si nos vamos y me ayudas a elegir el cuento que leeremos hoy?

Kyle mira de Savannah a Rose, con las cejas fruncidas por la confusión. Rose repite la pregunta en lenguaje de signos y Kyle asiente con entusiasmo.

Savannah salta de la silla y, juntos, se van hacia la parte de atrás, los ojos de Rose siguiéndolas a las dos.

—Savannah es la que dirige el grupo —le explico, llamando su atención—. Pero yo les doy espacio en la parte de atrás. Hace poco, la biblioteca consiguió más libros, pero eso significó perder el espacio de lectura para los niños. No es que alguien quisiera dirigirlo. La señora Parker se jubiló hace unos años, lo que dejó a la señora Kenny sola en la biblioteca, y no tiene tiempo suficiente.

—Veo que tienes las manos ocupadas.

—No tanto como tú, me imagino. Kyle parece un buen niño.

Rose se queda con la boca abierta, claramente sorprendida por mi declaración. Supongo que no debería sorprenderme. La última vez que estuvimos juntos fue en el instituto, y no parábamos de pelearnos. Pero crecimos desde entonces, y esas chicas se habían ido.

—Gracias. —La comisura de la boca de Rose se levanta, y puedo ver todo el amor que siente por su hijo—. Realmente es increíble.

Recojo la taza de Savannah de la encimera y la meto en el lavavajillas.

—¿Estás aquí de visita?

—Umm…

El timbre llama nuestra atención. Dos niños entran corriendo, seguidos de sus madres. Me saludan con la mano mientras se dirigen a la parte trasera de la tienda.

—Nos mudamos de vuelta, en realidad —continúa Rose una vez que estamos solos de nuevo —. John empezó a trabajar para su padre.

Se me levantan las cejas. John O'Neil era uno de los chicos de nuestro equipo de fútbol en el instituto. Aunque no tenía ni de lejos tanto talento como Emmett o Miguel, era lo bastante decente como para conseguir una beca para seguir jugando en la universidad, y Rose decidió ir con él.

—Es sólo temporal —explica Rose rápidamente—. John se lesionó el año pasado y se perdió el draft, pero volverá a presentarse el año que viene cuando esté al cien por ciento.

—Siento mucho oír eso, Rose. No lo sabía.

Una de esas cejas bien formadas se frunce.

—¿Tú? ¿No sabías algo relacionado con el fútbol?

Ya veo cómo puede pensar eso. El fútbol solía ser el centro de las vidas de Emmett y Miguel, así que se convirtió en el centro de la mía. Lo sabía todo sobre el juego y normalmente me encontrabas en la banda animando a mis amigos, pero era sólo una cosa más que había cambiado desde que Miguel y yo rompimos.

—Había cosas más importantes en las que tenía que centrarme. —Me encojo de hombros.

—Supongo que es verdad.

Una risa viene del fondo de la habitación, llamando la atención de Rose.

—Supongo que debería ir a asegurarme de que Kyle está bien. Gracias por el pastelito.

—Por supuesto. ¿Nos vemos?

Rose asiente y se marcha. Durante los diez minutos siguientes, llegan más padres y niños. Algunos se paran a tomar un café antes de desaparecer por la parte de atrás. Me ocupo de los clientes habituales mientras escucho a Sav leer un cuento a los niños. Estos son los momentos que más me gustan. Cuando la tienda se llena de gente, risas y buenas historias, me acuerdo de por qué quería abrir esta cafetería. La hora pasa en un santiamén y algunas personas se quedan charlando y comprando golosinas para los niños.

—Me voy de aquí. Llamé a la abuela y me dijo que iba a la tienda. ¡Con sus muletas! No bromeo, esa mujer me llevará a una tumba temprana.

Le hago señas para que se vaya.

—Ve, salva el día. Yo limpiaré más tarde.

—Eres la mejor. Te llevaré a tomar algo cuando encuentres cinco minutos libres para mí. —Me lanza una mirada mordaz—. Tal vez entonces podamos terminar la conversación que tuvimos antes.

Por supuesto, ella querría eso.

—No sé de qué estás hablando.

—Mhmm… Ya lo veremos. Más tarde, Becky.

Con un gesto por encima del hombro, desaparece del café.

Poco después de que se haya ido, la multitud empieza a calmarse, así que aprovecho para empezar a limpiar. No queda mucho de las golosinas de esta noche, pero lo empaqueto a pesar de todo para poder dejarlo en comisaría.

Odiaba tirar las sobras, así que, en lugar de eso, solía llevar lo que no se vendía a alguien que sabía que trabaja en el turno de noche y puede utilizarlo.

Observo la calle al pasar. Saludo con la mano a algunas personas que conozco antes de pasar

por delante de La Cabaña. Hoy, el lugar está relativamente tranquilo, sólo unos pocos clientes habituales, y eso…

Sólo que no lo es.

Veo al grupo sentado en la cabina junto a la ventana. Lucas y Kevin, unos chicos con los que fui al instituto, están sentados junto a Mary Sue, Lauren y Miguel.

Se me hace un nudo en el estómago al ver cómo Lauren se ríe exageradamente de lo que diga Miguel. Su mano cae sobre el antebrazo de él.

Mi mirada está pegada a ese único punto de contacto, y puedo sentir cómo la sangre empieza a zumbarme en las venas al ver cómo su dedo frota pequeños círculos sobre su piel. Brota la irritación, pero tampoco es lo único. Los celos, calientes y pesados, me golpean como un tsunami, haciéndome retroceder a trompicones.

No es tuyo, me recuerdo. *Ese beso de ayer no significó nada.*

No quieres que signifique nada.

Aprieto la mandíbula y me quedo mirándolas un instante más antes de girar sobre mis propios pies y continuar mi camino hacia la comisaría con el piloto automático. Sigo dándole vueltas a lo que acabo de ver, lo que me irrita aún más.

Molly está en la recepción cuando llego, y su sonrisa se contagia al verme. Tiene unos treinta años y es la única mujer policía de Bluebonnet.

—¿Traes algo rico de comer?

—Sabes que sí.

Molly sale de su cubículo, su coleta rubia se balancea con el movimiento.

—Nico se enfadará mucho si no te ve. Le doy la caja y no se me escapa el brillo vertiginoso de sus iris.

—¿No trabaja esta noche?

—Oh, lo está, pero acabamos de recibir una llamada, así que salió a patrullar. —Abre la caja y mira dentro—. ¡Pastelitos de zanahoria! —Molly saca uno inmediatamente y le da un mordisco, dejando escapar un suspiro de felicidad—. Cómo se hace para que algo que lleva una verdura sepa tan bien, nunca lo entenderé, pero estos están divinos.

—Me alegra mucho oír eso. De todos modos, me tengo que ir, pero ustedes disfruten de esos y salúdame a Nico.

—Gracias de nuevo, y lo haré.

Con un gesto de la mano, salgo a la calle. Estaba tan lista para que el día de hoy terminara.

Intento evitar La Cabaña y vuelvo a *The Reading Nook*, donde me espera mi camioneta. Abro el carro, dejo la mochila en el asiento del copiloto, meto la llave en su sitio y arranco el motor. Espero oír el estruendo familiar del motor, pero nada.

Lo que…

Mis cejas se fruncen mientras giro la llave e intento de nuevo arrancar el carro, pero una vez más, sólo me saluda el silencio.

—Perfecto, jodidamente perfecto —murmuro mientras abro el capó y salgo de la camioneta.

Levanto el capó y enciendo la linterna de mi teléfono mientras ilumino el motor y husmeo un poco, no es que sepa mucho de carros. Entre Chase, Emmett y Miguel, aprendí a cambiar el aceite y a cambiar la rueda si alguna vez lo necesitaba. También llevaba el carro al taller religiosamente para asegurarme de que funcionaba bien. Pero hace poco empezó a hacer unos ruidos raros. Tenía pensado llevarlo a revisión, pero estas últimas semanas han sido tan ajetreadas que apenas he tenido tiempo de respirar.

—¿Qué está pasando?

El fino vello de mi nuca se eriza cuando un aliento cálido me hace cosquillas en la piel. Doy un respingo ante la repentina pregunta y mi espalda choca con el duro pecho que hay detrás de mí. El corazón me late a mil por hora cuando me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con la última persona que quería ver.

—Miguel.

CAPÍTULO DIECISIETE

Miguel

Rebecca se da la vuelta, y esos grandes ojos color avellana se cruzan con los míos como un ciervo atrapado en los faros.

—Miguel.

Mi nombre es un susurro, y puedo sentirlo hasta los huesos. Se me aprieta el estómago y me quedo mirándola, absorbiéndola. Es lo único que puedo hacer: absorberla, explorar cada detalle de la mujer que solía ser mi mundo y fijarme en los pequeños cambios que se han producido desde la última vez que la vi. La forma en que lleva el cabello rojo recogido en una coleta alta. Algunos mechones sueltos enroscados alrededor de la cara. Esos labios rosas ligeramente separados me piden que me incline y apriete mi boca contra la suya.

Joder.

Es como si ahora que la he besado, no pudiera pensar en otra cosa que en lo bien que me he sentido y lo mucho que quería volver a hacerlo. Lo mucho que quería tocarla. Sentirla. Cómo-

—¿Intentas provocarme un infarto? —sisea suavemente, sacándome de mis pensamientos.

—No. Estaba volviendo a mi carro cuando te vi agachado delante de tu camioneta, murmurando para ti misma.

Una vez que mamá y yo volvimos a casa, intenté centrarme en el trabajo, pero entonces llegó mi padre y mi concentración se fue a la mierda. La tensión en la habitación era palpable hasta el punto de que se podía cortar con un cuchillo, así que cuando mi teléfono zumbó con la llamada entrante de Lucas, no me lo pensé dos veces antes de aceptar quedar con él y otro de nuestros amigos para tomar algo. Cualquier cosa con tal de salir de casa.

Entonces, mientras conducía hacia la ciudad, podría haber visto las luces todavía encendidas en el *The Reading Nook*, y podría haber estacionado cerca para tener una excusa para pasar más tarde por la cafetería y comprobar si todavía estaba allí.

Rebecca mira por encima de mi hombro.

—¿Dónde está tu cita?

¿Mi cita? Frunzo las cejas.

—¿De qué estás hablando?

Ella sacude la cabeza.

—Ni siquiera importa. Puedes seguir tu camino. Yo estoy bien aquí.

—No parecías estar bien hace un momento. ¿Qué pasa con tu camioneta?

—No arranca, pero como dije, está bien…

Antes de que pueda terminar, la aparto suavemente de mi camino y saco mi teléfono. Enciendo la linterna e ilumino el interior del capó.

—¿Dejaste alguna luz encendida?

El silencio se prolonga mientras hurgo en el motor, intentando averiguar qué está pasando, pero está demasiado oscuro para que pueda ver nada bien, ni siquiera con la linterna encendida.

¿Por qué demonios aparca aquí? El callejón lateral estaba en total oscuridad, sin ninguna luz a la vista. Podría ser peligroso.

Cuando levanto la vista para señalarlo, me encuentro a Rebecca mirándome con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Me he dejado las luces encendidas? ¿Por quién me tomas, Fernandez? ¿Por una tonta?

—Era sólo una pregunta, Roja. Creo que podría ser tu batería o tu alternador. ¿Hizo algún ruido el carro cuando intentaste encenderlo?

—Nada. En serio, está bien. Déjalo. Llamaré al mecánico mañana para que vengan a echarle un vistazo. Puedes irte. No es nada que yo no hubiera hecho cientos de veces.

Me molesta que me ignore tan fácilmente, pero no se lo hago notar. En lugar de eso, cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Y cómo pensabas volver a casa?

—Yo… —Mi pregunta la pilla claramente desprevenida porque tarda un momento en contestar—. Llamaré a mi hermano.

Mi mandíbula se aprieta irritada. Porque, en serio, ¿tan testaruda puede ser?

—¿Y esperarás a que vuelva en carro desde tu casa para sentarte aquí a oscuras?

—Sí. No veo cuál es el problema.

—La cuestión es que es tarde y aquí está muy oscuro. ¿Por qué no instalaron una luz si estacionas aquí todos los días?

No necesito luz para ver la ira que destella en los iris de Rebecca. Cierra los dedos en un puño y me mira fijamente.

—Esto es Bluebonnet, no Austin. Además, no recuerdo haberte pedido tu opinión.

—Bueno, te la doy de todos modos. Esto puede ser Bluebonnet, pero no lo hace seguro. Hay gente mala en todas partes.

Levanta la barbilla.

—Sí, aprendí por las malas que había gente mala en todas partes. Incluso donde menos esperabas encontrarlos.

Así que volvimos a las andadas.

Respiro largamente, mordiéndome la lengua para no decir algo de lo que me vaya a arrepentir.

—Llamaré a Chase.

Rebecca descorre los brazos y desbloquea su teléfono. Espero mientras saca el contacto de su hermano y pulsa el botón de llamada. Oigo sonar el teléfono, pero salta el buzón de voz. Lo intenta de nuevo, pero el resultado es el mismo. Antes de que pueda intentarlo una vez más, le agarro la mano.

—Deja que te lleve a casa —susurro suavemente—. Es tarde, y voy a ir allí de todos modos.

Saca la lengua y se la desliza por el labio inferior. Observo ese pequeño movimiento mientras sopesa sus opciones, y puedo ver el momento en que finalmente cede.

—Bien, pero sólo porque me estoy preocupando. Chase está solo en casa con mamá, y no quiero esperar a que Emmett llegue.

Porque Dios no lo quiera, pensaría que ella estaba haciendo esto para estar voluntariamente en mi proximidad.

—Lo que quieras decirte a ti misma, Roja.

Rebecca me lanza dagas mientras camina hacia el lado del copiloto y toma sus cosas. Caminamos en silencio un trecho por la carretera principal hasta donde dejé mi todoterreno. Cuando abro la puerta, me pica en los dedos deslizarme por su espalda baja, pero me obligo a no hacerlo. En lugar de eso, camino hasta mi lado y subo, justo cuando Rebecca hace lo mismo.

Enciendo el carro y salgo del estacionamiento. Suena una música suave de fondo mientras nos alejamos por las calles de Bluebonnet, pero no ayuda con esta tensión creciente que solo parece aumentar a cada segundo.

Intento mantener la atención en la carretera oscura. No es una tarea fácil ahora que ella está sentada a mi lado, su presencia, su olor abruman en los pequeños confines del vehículo.

Estoy a punto de entrar en la carretera de grava que lleva a nuestra casa cuando mi teléfono

empieza a sonar. Mi mirada se desvía hacia la pantalla y encuentro la foto de una morena que me mira fijamente. Julia.

Y tampoco soy el único que lo nota.

Rebecca deja escapar un sonido estrangulado.

Rechazo la llamada, mis ojos se encuentran con los de Rebecca en la oscuridad.

—No tenías que colgar en mi nombre.

—Está bien —digo sin comprometerme, desviando mi atención a la carretera.

Rebeca resopla.

—¿Ah, sí? ¿O tenías demasiado miedo de que le dijera a tu nueva novia que tenías una cita esta noche?

Aprieto el volante con los dedos.

—¿De qué demonios estás hablando? No estaba en una cita.

—Te vi en La Cabaña con Mary Sue y Lauren. ¿Cómo llamarías a eso, sino una cita?

¿Todo este sinsentido era por eso?

—Yo estaba allí con los chicos —aprieto los dientes, irritada por tener que dar explicaciones —. Ellos dos vinieron después y se unieron a nosotros. Y ya está.

—Mhmm… Se veían muy juntitos.

Me vuelvo hacia Rebecca, pero está mirando por la ventana, con los dedos enroscados en el pomo de la puerta.

¿Qué piensa hacer? ¿Saltar del carro?

—¿Y qué si estábamos en una cita? ¿Qué tiene eso que ver contigo?

Aprieta los labios, pero no se molesta en girarse hacia mí.

—Tienes razón. No tiene absolutamente nada que ver conmigo.

Su voz es uniforme, y juraría que pude ver cómo los muros que la rodeaban empezaban a alzarse rápidamente, altos e impenetrables.

¡Joder!

Me paso los dedos por el cabello, echándolo hacia atrás. Esto no era en absoluto lo que yo quería.

Entonces, ¿qué querías? Una vocecita en el fondo de mi cabeza me desafía.

¿No era esa la pregunta del millón? Para la que no tenía respuesta.

—¿Qué estabas haciendo fuera? —pregunto, intentando cambiar de tema y aliviar un poco la tensión entre nosotros.

Rebecca se queda callada durante lo que parece una eternidad. Justo cuando creo que no va a responder, me sorprende.

—Fui a la comisaría. Suelo llevar las sobras de la cafetería a albergues o lugares que conozco donde tienen turno de noche.

—¿Estación de policía? —repito, mis dedos se enroscan alrededor del volante.

—Sí, Nico me dio la idea hace tiempo, así que ha sido algo que he hecho. No tiene sentido tirar comida en perfecto estado.

—¿Por qué no me sorprende?

Apuesto a que él le dio la idea. Cualquier cosa con tal de pasar tiempo con ella.

¿Cuántos momentos como éste tuvieron los dos? ¿Cuántas veces le llevó comida? ¿O simplemente se paraba a verle en el trabajo? ¿Le pedía que probara sus nuevas recetas, como hacía conmigo cuando éramos novios?

—¿Qué significa eso? —pregunta, recuperando parte de ese enfado.

—Sólo que tú y Nico están muy unidos, eso es todo.

—Somos de las pocas personas que se quedaron en Bluebonnet. Así que pasamos el rato. —Se encoge de hombros.

Malditos encogimientos de hombros.

—¿Hay algo entre tú y Nico? —pregunto en voz muy baja. El músculo de mi mandíbula se tensa mientras miro fijamente a la carretera, esperando su respuesta. Lo último que necesitaba era estrellarnos contra un árbol.

Por el rabillo del ojo, la veo volverse hacia mí.

—¡¿Qué?!

—¿Qué está pasando entre tú y Nico? —Aprieto los dientes, cada palabra parece arrancada de mi boca.

Miro hacia ella. La sorpresa desaparece de su rostro y, en su lugar, la rabia empieza a salir lentamente a la superficie. Si no estuviera tan enfadado -tan celoso, porque de eso se trataba, de celos al rojo vivo por un hombre que solía ser uno de mis amigos-, quizá lo habría visto venir, pero estoy demasiado concentrado en la ira y en evitar que el maldito carro se desvíe.

—Para.

—¿Qué? —Miro rápidamente hacia ella antes de volver a centrarme en la carretera. Casi hemos llegado a su casa, pero no del todo.

—He dicho que pares.

Antes de que pueda decir nada, se desabrocha el cinturón y toma el pomo de la puerta.

Presiono el freno con el pie y el carro se detiene bruscamente. Rebecca no parece inmutarse lo más mínimo, empuja la puerta y salta del carro.

—*Mierda*.

Detengo el carro, jugueteo con el cinturón un segundo antes de que por fin ceda y salgo del todoterreno. Por suerte, no ha ido muy lejos, así que puedo alcanzarla fácilmente. Le rodeo la muñeca con los dedos y tiro de ella hacia atrás.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? Podrías haberte roto el cuello—. le grito, con la respiración entrecortada.

—¡No tienes derecho, Fernandez! —grita Rebecca, clavándome el dedo en el pecho—. Ningún puto derecho.

—¿Ah, no? ¿No tengo derecho a preguntar si uno de mis amigos sale con mi exnovia?

—¡No! —Esta vez, su puño conecta con mi pecho—. Porque no es de tu maldita incumbencia con quién salgo o me acuesto.

Mis dientes rechinan mientras mi cerebro se concentra en una cosa, y sólo una cosa: Rebecca en la cama con otro hombre. Sus manos en su cuerpo. Ella susurrando su nombre.

Antes de que pueda darme otro puñetazo, le agarro la mano.

—¿Tengo que recordarte que fuiste la primera en preguntarme por mis citas? —pregunto suavemente, inclinándome para que estemos cara a cara—. Si tú puedes preguntar, yo también. Dos pueden jugar a esto, Roja.

—Oh, no, no lo tienes. Perdiste el derecho a hacer ese tipo de preguntas cuando te fuiste. —Intenta apartar su mano de la mía, pero yo no cedo—. Y la única razón por la que pregunté fue porque hubo una chica que te llamó justo después de que te viera tomando unas copas con otra mujer. No es que eso sea nuevo para ti. Como ya establecimos, estás acostumbrado a salir con varias mujeres al mismo tiempo.

—¿Qué? —gruño, acercándome un paso más, tanto que tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarme a la cara. Mi voz baja mortalmente mientras susurro—: Tú eres la que se fue.

Presiona su dedo contra mi pecho, inclinando su barbilla hacia arriba.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Quedarme a ver cómo te follas a tu compinche por diversión? ¿Qué me uniera a la diversión? ¿Qué, Miguel? ¿Qué querías de mí?

CAPÍTULO DIECIOCHO

Rebecca

Hace tres años

—No sé qué hacer, señora Santiago. —Sacudí la cabeza mientras di vueltas por la habitación. Mis dedos estaban entrelazados con tanta fuerza que mis nudillos se habían vuelto blancos—. La estamos perdiendo. Cada día más, y no sé…

Un sollozo intentó salir de mis pulmones, pero me tapé la boca con la mano para evitar que saliera.

Odio esto.

Odio la enfermedad de mi madre. Odio el hecho de que la estemos perdiendo lenta pero inexorablemente. Odio sentirme tan débil e impotente. Porque no importa lo que haga o diga, no cambiará nada. No hay pruebas. No hay medicamentos. Nada que pueda ayudarnos. Nada que pueda evitar que ocurra lo inevitable. Pronto, ella se iría, todos los recuerdos que teníamos juntos se borrarían, y yo tendría que sentarme allí y ver cómo todo se desarrollaba.

—Lo sé, Becky. —La señora Santiago se acercó y me rodeó los hombros con sus brazos—. Y siento mucho que tengas que lidiar con eso, cariño.

—Si no hubiera venido cuando lo hice, la casa habría ardido hasta los cimientos.

Todavía no podía creer que dejara la comida en el horno mientras veía la tele. Estaba bien esta mañana. Un poco cansada, pero era mi madre. Pensé que las cosas irían bien, pero entonces llegué a casa porque me di cuenta de que me había olvidado unos papeles y encontré humo saliendo de la casa, y el horno estaba ardiendo.

¿Cómo no se dio cuenta de que algo no iba bien? ¿Cómo no olió la comida quemándose, vio el humo?

Pero yo sabía cómo. Estaba ensimismada, y cuando eso ocurría, era como si se desconectara por completo. Podía haber un terremoto fuera, y la casa podía estar cayéndose a pedazos o incendiándose, y ella no se habría dado cuenta.

—Te diría que mejorará, pero ambas sabemos que sería mentira.

—No es justo. —Pisé fuerte con el pie, sintiéndome como una niña petulante, pero no pude contenerme—. Después de perder a mi padre en el accidente de carro, ¿por qué tenemos que perderla a ella también?

¿Cuándo será suficiente?

¿Cuándo se saldaría la deuda de nuestra familia con el universo y nos dejarían vivir nuestras vidas en paz?

—No lo sé, cariño. —La señora Santiago me apoyó la barbilla en el hombro, sus manos me dieron un apretón tranquilizador—. Pero sé que lo averiguarás.

Se me hizo un nudo en la garganta y me costaba respirar.

—No sé si puedo —balbuceé, sacudiendo la cabeza—. Es demasiado.

—Eh, ahora. —La señora Santiago se dio la vuelta—. *Puedes* hacerlo. Sé que puedes. Eres mucho más fuerte de lo que crees, Rebecca.

Pero se equivocaba. Me estaba desmoronando. El suelo se derrumbaba bajo mis pies y no podía hacer nada para detener la destrucción. Chase estaba en el ejército haciendo Dios sabe qué, Dios sabe dónde. Matthew era un desastre en la escuela, y yo apenas podía mantenerlo a raya. Mamá estaba empeorando, y yo…

—¿Qué te parece esto? ¿Qué tal si me dejas ayudarte unos días para que puedas ir a visitar a ese novio tuyo y descomprimirte un poco?

—No puedo. —Incluso antes de que termine, estoy negando con la cabeza.

—No puedo dejar a mamá y a mi hermano. No puedo pedirle…

Deslizó sus palmas por mis brazos y tomó mis manos entre las suyas.

—No me lo estás pidiendo. Te lo estoy ofreciendo. Llevas meses aquí cuidando de tu familia. Te estás agotando. No creas que no me he dado cuenta de tus ojeras o de lo pálida que estás últimamente.

Abrí la boca para protestar, pero la señora Santiago me lanzó una mirada asesina que me hace morderme el interior de la mejilla. Conozco muy bien esa mirada. Mi madre me la lanzó demasiadas veces. Cuando aún sabía quién era yo.

Además, ¿qué iba a decirle? Desde luego, no podía decirle la verdad. Aunque, sí, las ojeras se debían en parte a todo lo que había estado pasando con mi madre, había otra razón para mis noches de insomnio, y aún no había decidido qué haría.

No, no podía decirle eso.

No quería preocuparla más de lo que ya lo hacía.

—No puedes cuidar de los demás si no cuidas de ti misma, Becky. Ve y cuídate, y déjame ayudarte.

—Está en la otra punta del país. ¿Y si pasa algo?

Quería ir a visitar a Miguel. Dios sabe que me pidió que fuera, pero sólo lo conseguí una vez. Fue hace meses, unas semanas después de empezar el semestre. Conduje hasta allí toda la noche y pude pasar un fin de semana mágico con él. Pero desde entonces, las cosas han estado tensas. Nos costaba hablar porque siempre estábamos ocupados. Entre el trabajo, las clases, el fútbol y mi familia, teníamos suerte si conseguíamos intercambiar algunos mensajes.

Intenté llamarle varias veces por la noche, pero siempre estaba con los chicos, en el gimnasio o fuera de fiesta. Aunque intentaba alejarse para que pudiéramos hablar, era inútil. Oía la música, a sus amigos llamándole y a las chicas. Intenté razonar conmigo misma que todo era parte normal de la experiencia universitaria. Él estaba allí con sus amigos y compañeros de equipo, pero no podía negar que cuanto más tiempo pasaba y más nos tiraban en direcciones distintas, más crecía mi incertidumbre, lo cual no ayudaba en absoluto.

Nunca era el momento adecuado. Además, Miguel no iba a la universidad cerca. No, un viaje de más de veinte horas nos separaba a los dos. De ninguna manera podía conducir hasta casa en caso de que algo saliera mal y Mateo o mamá me necesitaran. No podía hacerles eso.

—Bueno, entonces, supongo que es bueno que te haya reservado un vuelo para hoy.

Seguro que se me salieron los ojos ante su afirmación.

—No, no puedes. Es demasiado…

La señora Santiago me sujeta con más fuerza.

—Bueno, mala suerte, ya lo hice.

Las lágrimas me quemaban los párpados mientras intento contener mis emociones. Pero a la señora Santiago no hay quien la engañe. Me enmarcó la cara y me pasó el pulgar por el pómulo.

—Eres familia, Rebecca. La familia ayuda a la familia. No tienes que hacerlo todo tú sola.

Esta vez, me rompí de verdad. Un fuerte sollozo salió de mis pulmones mientras tiré de mis manos y las envolví alrededor de su cuello. La señora Santiago me devolvió el abrazo, su dulce aroma me recordó a mi infancia. De las innumerables veces que me abrazó, me ayudó a levantarme cuando me caí y me limpió los arañazos y las heridas.

—Muchas gracias.

—No hay nada que agradecerme. —Me pasó la mano por la espalda—. Vete y diviértete. Estaremos aquí cuando vuelvas a casa.

Así que eso fue lo que hice. Volví a casa y preparé rápidamente una maleta para un viaje de fin de semana antes de informar a Matthew de lo que estaba pasando. No estaba contento, pero no opuso resistencia. Cuando ya había hecho la maleta, la señora Santiago estaba llamando a nuestra puerta.

Tras una rápida despedida, conduje hasta el aeropuerto. Estaba ansiosa por despegar y ver por fin a Miguel. Intenté llamarle, pero como no contestaba, pensé que era lo mejor y decidí darle una sorpresa.

Hay un pequeño retraso, pero finalmente aterricé en Michigan pasadas las once de la noche. Como nadie vino a recogerme y es tarde, decidí derrochar y alquilar un carro.

Cuando llegué al campus de Miguel y encontré un sitio para estacionar cerca de su edificio, estaba agotada, pero ni siquiera eso detuvo la emoción que recorrió mi cuerpo. Después de meses a distancia, por fin vería a Miguel.

Comprobé rápidamente mi reflejo en el espejo retrovisor. Todavía tenía los ojos ligeramente hinchados por haber llorado antes y bolsas oscuras bajo los ojos.

Tal vez debería haber intentado maquillarme, pero no podía. Sólo quería venir aquí. Necesitaba ver a Miguel. Necesitaba sentir sus brazos rodeándome y oírle decir que todo iría bien. Ni siquiera me importaba que sólo fuera temporal.

Necesitaba a alguien que me abrazara antes de empezar a derrumbarme bajo toda la presión de lo que ha estado sucediendo en los últimos meses.

Agarré mi bolso y salí del carro.

Estaba sacando el móvil para llamar a Miguel cuando alguien salió de la residencia. Le dediqué una pequeña sonrisa mientras me escabullía hacia el interior. Por algún milagro, no hay nadie en la recepción, así que aproveché para deslizarme hacia las escaleras, subiendo de dos en dos. Estaba agotada cuando llegué a la tercera planta y vi la puerta de Miguel al final del pasillo.

Levanté la mano y llamé, el sonido resuena en el silencioso pasillo. Me mordí el interior de la mejilla y cambié el peso de un pie a otro.

¿Quizás salió con los chicos? Debería haber llamado más veces, pero quería llegar lo antes posible. Me ha estado diciendo que está ocupado con un proyecto para una de sus clases, así que supuse…

La puerta se abrió de un tirón y una rubia guapísima apareció en el umbral. ¿La novia de Eric? Creo que Miguel mencionó que su compañero de cuarto estaba viendo a alguien. ¿O era uno de sus compañeros de equipo? Con tanta gente nueva en su vida, era difícil seguirles la pista a todos.

Me saludo con el ceño fruncido:

—¿Puedo ayudarte?

—Esto…

Mi mirada descendió mientras la contemplé lentamente. Se me revolvió el estómago y se me secó la boca antes de darme cuenta de lo que estaba viendo.

Parpadeé una vez, pero no, la imagen que tenía delante seguía siendo la misma.

Esta chica desconocida y despampanante estaba de pie en la puerta del dormitorio de mi novio, sin llevar nada más que su camiseta.

Y no cualquier camiseta.

La camiseta de él.

Lleva su maldita camiseta.

El que llevaba y me dio antes de irme a casa para que tuviera algo suyo conmigo.

La que me hizo sentir amada y apreciada como si perteneciera a un lugar.

La chica se revolvió el cabello por encima del hombro.

—¿Necesitas algo? Porque aquí estamos muy ocupados.

Oh, sólo tenía la idea de en qué estaban ocupados.

¿Cómo es esta mi vida?

Esto no podía ser real. No podía estar pasando. Miguel no me haría eso.

Pero lo hizo.

No se pudo negar.

Esta chica semidesnuda de pie en su puerta era la prueba de que no había estado imaginando cosas estas últimas semanas.

No, Miguel me estaba engañando.

—¿Eres muda? —ladró la chica.

La bilis subió, quemándome la garganta.

—Yo… No —sacudí la cabeza, lo que no hizo sino empeorar las náuseas.

No vomitarás delante de esta chica.

Mis dedos se cerraron en un puño tan apretado que pude sentir las uñas mordiéndome la piel.

—Me he equivocado de habitación, así que…

—¿Quién llamaba, Marie? —La voz ronca de Miguel vino del interior de la habitación.

Mierda.

Di un paso atrás, intentando largarme de allí, pero ya era demasiado tarde.

La mirada de Miguel encontró la mía por encima de su hombro, y vi claramente el momento en que se dio cuenta de lo que había pasado.

—¿Rebecca? ¿Qué haces aquí?

Algo dentro de mi pecho se rompió al oír su voz, suave y cariñosa.

¿Entonces por qué demonios me hizo esto? ¿A nosotros?

Las lágrimas me nublaron la vista. Sacudí suavemente la cabeza, me di la vuelta y salí furiosa de la habitación. Escuché a Miguel gritar mi nombre, pero no me detuve. Di dos pasos cada vez, con la necesidad de alejarme.

Entre el intento de correr lo más rápido posible y las lágrimas que se acumulaban en mis párpados, tropecé con el último escalón. Maldiciendo, tropecé con una mujer y casi me caí de morros, pero me estabilicé en el último segundo.

—¡Más despacio! —me gritó, pero ya estaba corriendo hacia la puerta.

Sólo un poco más.

Intenté sacar las llaves del bolso, pero, claro, es el momento en que no las encuentro.

—¡Becky! Espera.

El sonido de la voz de Miguel me puso la piel de gallina. Las lágrimas que había tratado de contener se desbordaron y esta vez no hubo quien las pare.

—¡Maldita sea, Rebecca!

Unos dedos callosos me agarraron por el brazo y me giraron hasta que estaba frente a Miguel. Respiraba con dificultad, tenía la ropa desarreglada y el cabello revuelto. Verlo así me rompió el corazón.

—Suéltame —susurré, intentando zafarme de su agarre.

—No te dejaré ir hasta que hablemos.

—No hay nada de qué hablar. —Tiré más fuerte hasta que no tuvo más remedio que soltarme —. Creo que ya he visto suficiente.

Ella vestida con su camiseta sin nada debajo.

Su cabello y maquillaje desordenados.

Él de pie con el torso desnudo en su dormitorio.

Con *otra mujer.*

Mis dedos rodearon las llaves.

Por fin.

—No tienes ni idea…

¿No tengo ni idea?

—¿He visto o no he visto a otra chica en tu puerta que parece que acaba de saltar de tu cama? —le grité, la acusación resonó con fuerza en la silenciosa noche.

Levantó la mano y se la pasó por los rizos salvajes. El movimiento que hacía tantas veces. ¿Lo hizo con ella también? ¿Le hundía sus dedos en su cabello mientras él le susurraba dulces palabras al oído?

—Yo, bueno sí, pero…

Sacudí la cabeza.

—No hay ningún, pero. Esto… —Señalé entre los dos—. Hemos terminado.

Y entonces, me fui.

Esta vez, no intentó detenerme.

Presente

—Quería que me creyeras. —Los dedos de Miguel rodean mi muñeca, impidiéndome caer más profundamente en el carril de los recuerdos—. Quería que me dejaras explicarte. Pero en lugar de eso, te fuiste sin mirar atrás. Me condenaste sin un atisbo de duda.

Parpadeo varias veces, insegura de haberle oído bien.

¿Intenta echarme la culpa *a mí*?

¿Después de todo lo que había pasado?

¿Después de verlos con mis propios ojos?

—Te *vi* —protesto, intentando zafarme de su mano, pero su agarre es inflexible y lo único que consigue es acercarnos más.

Miguel suelta una risita sin gracia.

—Viste lo que querías ver.

Me tambaleo hacia atrás, o lo haría si no me estuviera sujetando. Es como si me hubiera abofeteado. Hubiera dolido menos si lo hubiera hecho. Al menos entonces, el dolor sería físico. En cambio, con sus palabras estaba rompiendo, poco a poco, los pedazos de mi corazón, cuidadosamente ensamblados.

—¿Así que me estás diciendo que te habrías quedado totalmente tranquilo si me hubieras hecho una visita sorpresa y te hubiera abierto la puerta vistiendo nada más que la ropa de otro hombre?

Miguel aprieta la mandíbula y veo que le he tocado la fibra sensible. No hay duda de la ira que hierve en sus ojos oscuros.

Bien, que se enfade. Déjale que me haga daño; al fin y al cabo, me hacía daño igual.

—¡No fue así!

—Sigues diciendo eso, y sin embargo las pruebas cuentan una historia diferente. Aunque no estoy segura de por qué me sorprendió. En ese momento, llevabas meses alejándote de mí. Intenté llamarte para avisarte de que iba a ir, pero no contestabas, y más tarde descubrí por qué: estabas demasiado ocupado tirándote a tu amiguita.

—No era mi amiguita; ¡era sólo una amiga que estaba allí porque trabajábamos juntas en un proyecto escolar! —Miguel gruñe—. No es que te quedaras el tiempo suficiente para que te lo dijera.

Me quedo mirándole un momento, sin saber si le he oído bien, pero Miguel no se mueve ni se echa atrás.

—¿En serio vas con esa excusa? Yo te *vi*. Demonios, *la vi*. —Incluso diciendo eso en voz alta sentí como si me lanzara de nuevo a ese día. Podía sentir el dolor apretando mi estómago mientras todos los sentimientos se acumulaban dentro de mí. Sorpresa, dolor, traición, desamor… Al recordarlo sentí como si estuviera montado en una montaña rusa a la que nunca me apunté, y no hubiera salida. —Abrió tu puta puerta en mitad de la noche llevando una de tus camisetas y nada más. No sé qué clase de ‘amiga’ era, pero eso no es amistoso, Miguel. Casi me rompe la cara porque te interrumpía mientras estabas ‘ocupado’.

Los ojos de Miguel se entrecierran, esos irises oscuros me absorben, me hacen caer en sus profundidades. Mi garganta se estremece al tragar, pero no puedo deshacerme del nudo que se ha formado allí. Empiezo a apartarme, pero la mano de Miguel se desliza bajo mi barbilla, obligándome a mirarle.

—No sé qué pasó mientras estaba en el baño, pero si me hubieras dejado explicarte, joder.

Pero no, tuviste que salir corriendo de allí y empujarme.

—¡Porque dolía demasiado, joder!

Cierro los dedos en un puño y lo aprieto contra su pecho, pero ni siquiera reacciona.

¿Quiere revivir el pasado?

Bien, reviviríamos el pasado.

—Acepté un billete de avión que me regaló la madre de Emmett porque vio lo mucho que me costaba cuidar de todos los que había en mi vida, así que quiso darme un respiro y, después de mucho convencerme, al final accedí a aceptarlo. Atravesé medio país en avión para poder verte porque te necesitaba, joder. Necesitaba que mi mejor amigo, mi novio, me envolviera en sus brazos y me dijera que todo iría bien. Necesitaba que me aseguraras que no estaba cometiendo un error y que realmente podía hacer todo esto. Te necesitaba… —Con cada nueva frase, clavo más el dedo en su pecho, las lágrimas de rabia me queman los ojos—. Pero ¿qué encontré en su lugar? Encontré a otra chica en tu habitación, vestida con tu ropa, ¡sin tener ni idea de quién era!

—Ella no te reconoció porque no te había visto antes. Sabía que yo tenía novia.

—¿Entonces por qué se puso tu camiseta?

—No tengo ni puta idea, Rebecca. —Miguel se pasa la mano libre por la cara, y puedo ver la frustración que se acumula en su interior—. Nos quedamos atrapados bajo la lluvia de camino a la residencia. Era mi compañera de proyecto y la biblioteca estaba cerrada, pero aún no habíamos terminado, así que vinimos a mi casa. Fui a ponerme ropa seca en el baño, y supongo que ella cogió una de mis camisetas para cambiarse y no estar allí sentada toda mojada.

—¿En serio vas a seguir con eso?

Miguel parpadea, y veo que la furia y la irritación afloran a la superficie.

—Yo no ‘voy a seguir’ con nada. Eso es lo que había pasado. Algo que te habría contado hace tres años si me hubieras dado tiempo a hacerlo, joder.

—Bueno, ella quería algo más. Ninguna chica en su sano juicio cogería el jersey de otro chico si sabe que tiene novia.

—¿Así que todo esto fue por una puta camiseta? ¿Por eso rompimos? ¿Porque una chica llevaba mi camiseta?

—No, rompimos porque me traicionaste, porque me engañaste… ¿Sabes qué? Ni siquiera importa. Lo que pasó, pasó, y no se puede cambiar el pasado. —Sacudo la cabeza—. No puedo seguir haciendo esto.

Empiezo a darme la vuelta. Necesito salir de aquí. Necesito…

Unas manos me rodean las muñecas y me tiran hacia atrás. Antes de darme cuenta, tengo la espalda pegada al carro y las manos de Miguel me aprisionan. Su respiración es agitada mientras se cierne sobre mí.

—Miguel, déjame…

—Nunca te engañé.

Sacudo la cabeza, mis ojos buscan una salida.

—Ni siquiera importa lo que pasó…

—Importa, joder. —Las manos de Miguel golpean el techo del coche, haciéndome dar un respingo de sorpresa—. Nunca te he engañado. Ni una sola vez —gruñe Miguel—. Ni entonces, ni desde entonces. *Nunca* ha habido otra mujer para mí. Sólo tú. La única.

Mi cabeza gira en su dirección y me quedo con la boca abierta.

—¿Qué?

Miguel se inclina más, tan cerca que su nariz roza la mía, esos ojos oscuros me tienen secuestrada.

—No ha habido nadie más, Rebecca —repite lentamente. Levanta la mano y sus dedos callosos me acarician la mejilla; el roce de su piel con la mía hace que me recorra una descarga eléctrica.

No puede hablar en serio.

Mi corazón late desbocado en mi pecho, el fuerte latido resuena en mis tímpanos mientras intento comprender sus palabras.

Abro la boca y saco la lengua para deslizarla sobre mi labio inferior.

—Estás mintiendo.

Había chicas antes que yo. Sabía que de vez en cuando se liaba con ellas, y odiaba a cada una de ellas por tener algo que yo no podía tener, por tener una parte de él que no me pertenecía.

Hasta que finalmente lo hizo.

Entonces, nunca pregunté. No tenía sentido torturarme pensando en Miguel con otra chica. Él era mío, y eso era lo único que importaba.

Hasta que dejó de serlo.

La ira relampaguea en sus ojos y, por primera vez en mi vida, le tengo miedo. En todos los años que estuvimos juntos, en todas las peleas que tuvimos, nunca tuve miedo de Miguel hasta este preciso momento.

—No estoy mintiendo —susurra cada palabra lentamente, asegurándose de que no haya malentendidos—. ¿Hubo algunas chicas antes de ti? Sí, pero eran ligues que no significaban una mierda. Eso es todo lo que eran: ligues. Tú fuiste la primera.

Me muerdo el labio inferior. Quiero apartar la mirada de la intensidad de sus ojos, pero no hay otro lugar al que mirar que a él. Y no sé qué decir, qué pensar de toda esta situación.

¿Cuál era la verdad y cuál la mentira? ¿Acaso importaba a estas alturas?

Miguel baja la mirada, se fija en mi boca y su voz se vuelve ronca. Sus dedos se deslizan hasta mi barbilla y su mirada me toma como rehén.

—Desde el día que decidimos estar juntos, has sido la única mujer a la que he tocado—. Me agarra con más fuerza. —La única mujer a la que he amado—. Levanta la mirada para encontrarse con la mía—. La única. Sólo tú.

Antes de que pueda decir nada, se inclina y su boca captura la mía.

Respiro sorprendida y mi cuerpo se queda completamente inmóvil.

Miguel me está besando.

Otra vez.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando esa boca talentosa se desliza sobre la mía.

El modo en que Miguel me besa no tiene nada de suave. Me agarra con fuerza, su boca presiona con fuerza sobre la mía, implacable. Me inclina la cabeza hacia un lado, me mordisquea el labio inferior y me pide que entre.

Mis labios se separan, su lengua se desliza en mi boca y se enrosca con la mía, dejándome sin aliento y sin ningún pensamiento racional.

Miguel me está besando.

Me balanceo un poco sobre mis pies. Mis dedos se agarran a su camisa para estabilizarme, pero lo único que consigo es acercarnos más.

Y es como si mi cuerpo cobrara vida con su cercanía, con su tacto.

Cada terminación nerviosa de mi cuerpo chisporrotea mientras le devuelvo el beso.

Y joder, no había nada comparable a besar a Miguel Fernandez. Esos largos dedos acunando mi cara. La determinación en cada movimiento de su lengua. El suave mordisco en mi labio inferior que siempre me hacía derretirme en sus brazos.

Una de sus manos se desliza por mi costado, sus dedos se clavan en mi cintura mientras me acerca. Mi pecho roza el suyo, mis pezones se convierten en duros guijarros que presionan el material de mi camisa.

Inclino la cabeza hacia un lado, y mi lengua se cruza con la suya.

Desliza la palma de la mano hacia abajo, metiendo los dedos bajo el dobladillo de la camisa y haciendo que se me ponga la piel de gallina al tacto. Sus dedos se extienden por la parte baja de mi espalda mientras me acerca, y noto su dura longitud presionando mi blando vientre.

—Joder, Roja —ronca contra mi boca, rompiendo el beso—. Sigues sabiendo igual.

Apenas puedo recuperar el aliento antes de que vuelva a besarme, y me pierdo en todo lo que es Miguel Fernandez.

Mi mano se desliza por su pecho y rodea su cuello. Le empujo hacia atrás y él no protesta. A lo lejos, oigo el ruido de la puerta del carro al abrirse, y entonces él se sienta, tirando de mí hacia su regazo.

Suelto un suspiro tembloroso mientras mis palmas se apoyan en sus pectorales. Noto los fuertes músculos de sus hombros flexionarse bajo mi contacto. Mis dedos se hunden en sus rizos salvajes y tiro de sus mechones, acercándolo a mí y profundizando el beso mientras mis caderas giran contra su dura polla.

El movimiento es instintivo, cada movimiento lento hace que mi núcleo se apriete de necesidad.

Somos un frenesí de miembros. Es como si ahora que por fin nos hemos rendido a esta atracción que ha estado construyendo desde el momento en que puso un pie en esta ciudad; no había nada que nos detuviera.

Intento deslizar la mano bajo su camisa para explorar su piel caliente, pero mis dedos se atascan en el material. Suelto un sonido ahogado en señal de protesta. Miguel me empuja las manos hacia atrás, agarra el dobladillo de su camisa y se la quita de un tirón.

Su piel se calienta bajo mis palmas mientras exploro las líneas de su pecho en la oscuridad. Siempre ha estado en forma, pero ahora cada músculo de su torso está claramente definido.

—Eres perfecta, Roja. —Miguel desliza su boca por mi barbilla, su barba rasposa me araña la mandíbula y deja la piel de gallina a su paso mientras me besa el cuello y sus manos se cuelan en mi camisa.

Intenta desabrocharme el sujetador, pero su mano choca con el volante.

—Joder —murmura y acaba apartándome la camiseta y el sujetador antes de agacharse y chuparme un pezón.

—Miguel… —Le agarro el cabello con los dedos y lo atraigo hacia mí.

Zumba contra mi piel, su lengua roza un capullo duro. Luego, su otra mano se desliza entre nuestros cuerpos y bajo mi falda.

—Joder, estás tan mojada para mí, nena —gime mientras sus dedos se deslizan sobre mis bragas, sintiendo la humedad del material.

Hago rodar mis caderas contra su mano.

—Miguel, necesito…

Me muerdo el labio inferior y siento que me sube el color a las mejillas mientras me froto descaradamente contra sus dedos, el placer creciendo en mi interior.

—¿Qué?

—Necesito sentirte dentro de mí.

Incluso en la oscuridad, puedo ver que sus ojos brillan de deseo.

No necesita que se lo digan dos veces. Miguel me sube la falda. Levanto un poco la falda

para poder meter la mano entre nosotros y bajarle la cremallera de los vaqueros. Su polla se libera entre nosotros y mi mano rodea su caliente longitud. Sisea suavemente mientras le doy unas cuantas caricias lentas justo cuando sus dedos apartan mis bragas a un lado, las puntas de sus dedos rozándome el clítoris.

Cierro los ojos y siento el primer escalofrío.

La nariz de Miguel roza la mía. Abro los ojos y lo veo mirándome fijamente. Agarro con fuerza su polla, la acomodo en mi entrada y desciendo sobre él.

Sus dedos se clavan en mis caderas y me ayudan a guiar mis movimientos. Mis dientes se hunden en mi labio inferior para evitar que se tambalee mientras él me estira lentamente hasta que está completamente sentado, dolor y placer mezclándose.

Ha pasado mucho tiempo, demasiado, desde que alguien me hizo sentir así.

Los ojos de Miguel sostienen los míos mientras me retiro, sólo para hundirme más.

Su mano me acaricia la mejilla y me echa el pelo hacia atrás.

—Tan hermosa.

Las palabras susurradas en voz baja hacen que el corazón me dé un vuelco. Un caleidoscopio de emociones brilla en sus ojos, dificultándome la respiración, así que en lugar de centrarme en eso e intentar descifrarlo, me inclino y aprieto mi boca contra la suya.

Miguel suelta un gemido bajo mientras encontramos lentamente nuestro ritmo, como si nunca nos hubiéramos separado. Su mano me acaricia el pecho y me pellizca el pezón. Cambio de peso y de ángulo, y mis movimientos se vuelven más rápidos.

—Roja —respira Miguel, rompiendo el beso—. Más despacio, o voy a…

Pero no quiero ir más despacio. Estoy tan cerca, y puedo sentir que él también. Sus manos se deslizan hacia abajo, agarrando mi culo, mientras me hundo más abajo, su polla golpeando justo en el lugar adecuado. Todo mi cuerpo se tensa cuando el orgasmo me recorre por completo.

Siento cómo Miguel se corre conmigo, sus duros músculos lisos de sudor mientras mi cuerpo ingrávido cae sobre el suyo.

Aprieto mi frente contra la suya, nuestras respiraciones entrecortadas se mezclan mientras bajamos del subidón.

Miguel sigue dentro de mí, su cálida palma roza suavemente la parte baja de mi espalda mientras su boca roza mi frente.

Nos quedamos sentados, sin movernos, cuando un suave zumbido atraviesa la neblina post coital.

Mierda, acabo de acostarme con Miguel.

Me sobresalto como si alguien me hubiera tirado un cubo de agua helada por encima. Mis ojos se posan en los de Miguel antes de apartar rápidamente la mirada.

—Ese es mi teléfono.

Me alejo y mi cabeza choca con la capota del coche mientras vuelvo corriendo a mi asiento.

En serio, ¿en qué estaba pensando?

¿No sólo tuve sexo con mi ex, sino que lo hicimos en un carro? ¿En qué nos convertimos? ¿En un par de adolescentes cachondos?

—Rebecca… —Miguel grita mi nombre, pero estoy demasiado ocupada bajándome la falda e intentando ponerme presentable.

—¿Qué estás haciendo?

Da igual, de todas formas, es una causa perdida.

—Tratando de encontrar mi teléfono.

Por fin lo veo, junto con mi bolso, en el suelo. Lo tomo y, al girar la pantalla, veo el nombre

de Chase.

Mierda.

Contesto la llamada, pero antes de que pueda pronunciar palabra, la voz ronca de Chase me detiene.

—¿Por qué respiras tan fuerte?

Hundo los dientes en el labio inferior mientras mis ojos se cruzan con los de Miguel, que parece casi tan asustado como yo.

—¿Becky? ¿Dónde estás?

—YO… —Mi voz tartamudea mientras el pánico se apodera de mí.

Mierda, contrólate, Becky.

—Estoy en camino. Mi carro no quería arrancar.

—¿Qué? Espera ahí, voy en ca…

—¡No!

Mi mano vuela para taparme la boca tanto ser sutil.

—¿Cómo qué no? ¿Cómo piensas volver a casa?

—No te preocupes… —Mis ojos se posan en Miguel. Tiene el cabello revuelto de cuando se lo pasé por los dedos hacía unos minutos. Sus labios están hinchados por nuestros besos—. Alguien me va a llevar. Estaré en casa en un rato.

—¿Qué quieres decir…? —Chase empieza, pero le interrumpo—. Nos vemos pronto.

Sin darle la oportunidad de hacer más preguntas, cuelgo el teléfono y me paso la mano por la cara.

Estoy jodidísima.

El carro se pone en marcha y me sobresalto. Me vuelvo hacia Miguel, sólo para encontrarlo recompuesto. Como si no hubiera pasado nada. Mira por los retrovisores, aunque la carretera está completamente vacía dada la hora de la noche, y empieza a conducir.

Ninguno de los dos dice una palabra hasta que se detiene frente a mi casa.

—Gracias por traerme. —Busco el pomo de la puerta, pero la mano de Miguel me agarra antes de que pueda salir.

—Tenemos que hablar de lo que pasó.

Sacudo la cabeza antes de que pueda terminar.

—No hay nada de qué hablar.

Sus cejas se fruncen, la irritación brilla en sus iris.

—Rebecca…

—No, Miguel. Lo que acaba de pasar fue un error. —Un maldito gran error—. No debería haber ocurrido.

Le quito la mano de encima.

—Gracias por traerme.

Aprieta la mandíbula, pero esta vez no intenta detenerme, salgo del carro y subo al porche justo cuando se abre la puerta y sale Chase. Me mira de arriba abajo, sin perder detalle de su aguda mirada. Desvía su atención por encima de mi hombro hacia el carro de Miguel, que sigue estacionado en la entrada, antes de volver a centrarse en mí, con una ceja levantada en forma de pregunta silenciosa.

—Ni empieces —murmuro, mientras le empujo y subo las escaleras.

Todo lo que acaba de ocurrir sigue reproduciéndose en mi cabeza en vivos colores.

Subo al segundo piso, el reflejo en el espejo colgado en el pasillo capta mi atención.

Tengo el cabello hecho un desastre y los labios y el cuello rojos e hinchados por la barba

incipiente de Miguel.

Mi mano se levanta, trazando las débiles marcas.

¿Qué demonios he hecho?

CAPÍTULO DIECINUEVE

Miguel

—Entonces, ¿cuál es el veredicto? —pregunto, cruzando los brazos sobre el pecho mientras veo al hombre mayor meter la cabeza bajo el capó de la camioneta.

Anoche, después de dejar a Rebecca en su casa y volver a casa de mis padres, encontré sus llaves en el suelo del lado del acompañante. Probablemente acabaron allí entre nuestra pelea y el sexo.

Sexo fuera de lo común, no me lo puedo quitar de la cabeza.

No es que me sorprendiera. Rebecca y yo siempre tuvimos química, incluso cuando no éramos más que dos adolescentes estúpidos intentando averiguar qué necesitaba la otra persona. Y algunos de nuestros mejores momentos fueron después de una pelea.

El señor Dalton murmura algo para sí, sacándome de mis cavilaciones. Curiosea un momento más antes de enderezarse y sacar el trapo del bolsillo trasero para limpiarse las manos manchadas de aceite.

—Su alternador está muerto. No es que su batería este mejor. También es hora de un cambio de aceite.

Asiento, ya me lo había imaginado.

—¿Cómo de rápido puedes hacerlo?

El señor Dalton vuelve su atención hacia mí.

—No va a ser barato. No puedo creer que siga conduciendo este trasto viejo. Traté de decirle a Becky las últimas veces que vino que sería mucho más barato para ella simplemente comprar un carro nuevo. Y más fiable, pero no me escuchó.

Por supuesto que ella no escucharía. Rebecca amaba esa maldita camioneta. Era una de las últimas cosas de su padre que tenía.

—No me importa el dinero. ¿Puedes arreglarlo?

Sus cejas se levantan.

—Puedo intentarlo, pero podría llevar un tiempo.

—Hazlo.

Volvemos juntos a la recepción, donde le dejo mis datos de contacto para que me llame en cuanto termine con la camioneta y me dirijo a mi todoterreno que está estacionado fuera.

Subo al asiento del conductor y me dirijo al rancho.

Estaba demasiado inquieto para dormir después de todo lo que pasó anoche y de cómo dejamos las cosas, pero encontrar esas llaves era exactamente la excusa que necesitaba.

Podía intentar huir todo lo que quisiera, pero no podía evitarme para siempre.

No después de todo lo que había pasado.

—¡No puedo creerlo; te lo dije hace semanas!

Ralentizo mi trote cuando oigo una voz femenina irritada procedente del despacho situado en la parte delantera del granero.

—¿Qué quieres que haga, Cheryl? —pregunta Aaron, claramente exasperado.

—Quiero que te quedes con tu hijo.

—Acabo de explicarte que tengo que salir al campo con papá. La valla está rota y, si no la

arreglamos, corremos el riesgo de perder algunos animales.

—Siempre pasa algo contigo. Tenía este viaje planeado con las chicas desde hace semanas, ¿y quieres que lo cancele en el último minuto? ¿No puede cuidarlo tu madre?

—Ella no está en casa. Creo que mencionó una cita en la peluquería. No lo sé.

—¡Ves! Incluso tu madre tiene una vida fuera de este rancho. No puedes esperar que me quede aquí todo el día.

Me muerdo el interior de la mejilla, sopesando mis opciones. Probablemente debería irme. Nada bueno saldrá de que Aaron sepa que he escuchado su conversación con su mujer.

Aaron deja escapar un largo suspiro.

—No te estoy pidiendo que te quedes aquí todo el día. Podrías llevarte a Gage contigo.

—Es un día de chicas, Aaron. Discúlpame por querer ir a pasar unas horas con mis amigas y, al mismo tiempo, comprar un vestido para la boda que se celebrará la semana *que viene*. Deberías llevarte a Gage contigo. Le encanta montar.

La puerta chirría y me doy la vuelta para ver a un niño de unos cinco o seis años entrando en el granero. Levanta la vista y sus ojos claros se abren de sorpresa al verme. La última vez que vi a mi sobrino era sólo un bebé, pero ahora es un ser humano diminuto. Su cabello oscuro es un revoltijo de mechones sobre la cabeza que me recuerda mucho a Aaron y a mí cuando éramos niños. Va vestido con unos jeans y una camisa de cuadros, y lleva un sombrero Stetson. Es como una versión en miniatura de mi hermano. Lo único que heredó de su madre fueron sus ojos verdes.

—Está demasiado lejos para él. Está muy pequeño —murmura Aaron, recordándome la conversación en curso.

—Claro que sería demasiado joven para ir contigo, pero esperas que lo lleve conmigo a todas partes.

La mirada de Gage se desvía hacia los gritos procedentes del despacho, y veo cómo se le escapa la sonrisa de la cara.

Mierda, no necesita oír esto.

—Cheryl…

Me acerco a la puerta.

—Puede venir conmigo.

Ambas cabezas se giran en mi dirección, coincidiendo con las caras de sorpresa que me miran.

—¿Qué?

—Gage. —Le dirijo una mirada mordaz—. Si los dos están ocupados, puede venir conmigo. Pensaba ir a la ciudad de todos modos.

—¿Ves? —Cheryl deja caer los brazos a los lados—. Miguel se lo llevará, y ambos podremos hacer lo nuestro.

—¡Gage ni siquiera lo conoce! —protesta Aaron al mismo tiempo que la vocecita se une a nuestra conversación.

—¿Miguel? ¿Como el tío Miguel?

Me doy la vuelta y veo a Gage de pie detrás de mí, con una expresión ilegible en la cara.

—Hola, colega. ¿Te acuerdas de mí? —pregunto, agachándome para que estemos al mismo nivel.

Puede que no haya visto a mi sobrino estos últimos años, pero tenía experiencia en el trato con niños. *Lonestars* quería que sus jugadores hicieran relaciones públicas y trabajaran como voluntarios con niños, lo cual, sinceramente, era la mejor parte del trabajo, y nunca me importó

hacerlo.

Gage frunce las cejas.

—En realidad no, pero papá a veces habla de ti. ¿Juegas fútbol?

¿Aaron habla de mí?

No sabía qué me sorprendía más. El hecho de que mi hermano me mencionara a su hijo o que le hablara de fútbol.

—Sí, me gusta. ¿Te gusta el fútbol?

Sacude la cabeza y me dedica una sonrisa de disculpa.

—La verdad es que no.

Suelto una suave risita.

—Está bien.

—Me gusta montar a caballo. Algún día seré ranchero como papá —.

—Es increíble, amigo. ¿Quieres saber un secreto? —Me inclino más cerca y susurro suavemente—: A mí también me encanta montar a caballo.

Esos ojos verdes se convierten en platillos.

—¿En serio?

—Claro que sí, pero creo que estoy oxidado desde hace tanto tiempo. ¿Qué dices, quieres salir conmigo hoy? Puedes contarme todo lo que sabes mientras hacemos algunas tareas.

Gage mira de mí a Aaron.

—¿Puedo?

La mirada de mi hermano se desvía hacia mí y yo me encojo de hombros, dejándoselo a él. Aaron levanta la mano y se pellizca el puente de la nariz.

—Claro, colega.

—¿Me das diez minutos para que pueda ducharme e iré a recogerte?

Aaron asiente y Cheryl me dedica una gran sonrisa.

—Me alegro de verte, Miguel. Gracias por hacer esto.

—Por supuesto. Volveré en un rato.

—¿Adónde vamos? —pregunta Gage un rato después desde la parte trasera de la camioneta de Aaron. Insistió en que lo llevara, así no teníamos que ocuparnos de cambiar la sillita del carro.

—Tengo que devolver algo a uno de mis amigos en el pueblo.

—Pero tú no vives aquí.

Levanto la vista en el espejo de revisión para encontrarle mirándome atentamente.

—¿Y?

—¿Cómo es que tienes amigos aquí? Suelo ver a mis amigos todos los días cuando estoy en la escuela.

Suelto una suave risita ante su expresión seria.

—Yo también solía ir a la escuela con mis amigos. Pero ahora solemos hablar por teléfono.

Gage ladea la cabeza mientras piensa en mi respuesta.

—Supongo que tiene sentido. No veo a mis amigos tan a menudo ahora que es verano.

—¿No? ¿Qué sueles hacer entonces?

Gage levanta los hombros.

—Jugar en el rancho. Papá y mi welo me dejan montar a caballo, pero sólo si lo cuido después.

—¿Te gustan mucho los caballos?

—Los caballos son lo mejor. Podría montar *todo el* día sin cansarme. —Se le ilumina toda la cara y la alegría me recuerda a mi infancia, al menos los buenos tiempos.

—Apuesto a que no.

Veo una plaza de estacionamiento libre y paro el carro.

—Vamos, estamos aquí.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y salgo del carro, pero antes de que pueda abrir la puerta trasera, Gage ya ha salido corriendo.

—¿A dónde vamos?

—A *The Reading Nook*.

—¿En serio? —Bombea el puño con emoción—. ¡Sí!

No tengo oportunidad de decir nada porque ya está corriendo hacia la cafetería.

Mierda.

Si pierdo a este chico, Aaron me matará.

Corro tras él y abro la puerta de la cafetería, pero me detengo al oír la risa de Rebecca.

—Te echamos de menos el otro día en el club de lectura —le dice Rebecca a Gage, que ya está sentado en el taburete junto a la barra.

—Yo también la eché de menos, señorita Becky, pero mamá dijo que estaba ocupada y no podía traerme.

Rebecca aparta un mechón salvaje de la cara de Gage.

—¿Estás con ella hoy?

—¡No, estoy con mi tío Miguel! —Gage empieza a darse la vuelta como si acabara de recordar que hemos venido juntos, sus ojos se iluminan cuando me ve de pie en la puerta—. ¡Mira! Está aquí. ¿Sabías que es un famoso jugador de fútbol?

La cabeza de Rebecca gira en mi dirección, sus grandes ojos se posan en los míos y, lo juro, es como si todo el aire se me saliera de los pulmones al verla.

Aún podía oír sus suaves gemidos, sentir su cálido aliento haciéndome cosquillas en la piel y sus palmas rozando mis músculos. Joder, es impresionante. Y lo de anoche lo confirmaba una vez más. Hay algo especial en Rebecca cuando deja que sus muros se derrumben y permite que la gente la vea tal y como es.

Por un momento, nos miramos fijamente, sin decir palabra. Sus ojos recorren mi cara antes de posarse en mi boca. Mi lengua se desliza por mi labio inferior, recordando su sabor en mi boca, recordándome todas las cosas que hace tiempo que no pruebo. Sólo de pensarlo, mi polla se estremece de necesidad.

Como si pudiera leerme el pensamiento, le sube el color a las mejillas.

—¿Señorita Becky? —Gage le da un codazo en el brazo.

—¿Hmm? —Mueve la cabeza y mira al chico.

—¿Sabías que mi tío se gana la vida jugando al fútbol?

Se pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—Sí, ya lo sé.

Gage asiente, una expresión seria en su rostro.

—Sigo pensando que los caballos son mucho mejores.

Becky se ahoga de risa.

—Los caballos son increíbles, Gage.

—Seguro que lo son. —Gage se vuelve hacia mí—. ¿Puedo ir a ver los libros del fondo?

—Claro, pero no salgas corriendo de la cafetería sin que yo lo sepa.

Apenas consigo terminar antes de que salte de la silla y corra hacia la parte de atrás.

—Este chico me va a matar —murmuro, mientras mis ojos siguen cada uno de sus movimientos.

—Gage es un buen chico.

—Sí, lo es.

Contento de que parezca estar entretenido, al menos por el momento, vuelvo mi atención a la mujer que está a mi lado.

Hoy lleva un maquillaje mínimo y el cabello recogido en una trenza que le cae por un hombro. Lleva una camiseta negra lisa con el logotipo de la cafetería y unos pantalones cortos, dejando al descubierto kilómetros de piel bronceada.

Estoy completamente jodido cuando se trata de esta mujer.

Rebecca se da cuenta de que la miro. Su garganta se sacude mientras traga saliva.

—¿Qué estás haciendo aquí, Miguel?

—Quería que supieras que anoche encontré tus llaves en mi camioneta. Supongo que se cayeron cuando…

Antes de que pueda terminar, me pone la mano en la boca.

—No tan alto.

Miro a derecha e izquierda.

—Aquí hay tres personas de fiar —murmuro, con la voz apagada bajo la palma de su mano.

—A la gente de este pueblo le gusta cotillear —sisea.

Enrollo suavemente mis dedos alrededor de su palma, apartando su mano.

—¿Y qué? No sería la primera vez.

—Ya cotillean bastante. No necesitamos darles más munición.

Supongo que en eso tenía razón.

Rebecca retira su mano de mi agarre y camina detrás del mostrador.

—¿Dónde está mi camioneta?

Me dejo caer en la silla en la que Gage estaba sentado hace unos momentos.

—La llevé al taller.

La sorpresa se dibuja en su rostro.

—¿Que has hecho qué?

—La llevé al taller. —Me encojo de hombros—. Llamarán cuando esté arreglada.

No me molesto en señalar que me llamarán cuando esté lista. Hay cosas que no necesita saber, y ésta es una de ellas.

—Oh. —Se mete un mechón de cabello—. No tenías que hacer eso.

—No me importaba.

Sus dientes rozan su labio inferior, atrayendo mi atención hacia su boca. La misma boca que besé anoche, los pequeños gemidos que salían de esos labios mientras la devoraba. La imagen era tan vívida en mi mente que no podía quitármela de la cabeza.

—Miguel… —Rebeca suspira.

Levanto la vista y veo que me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—Basta.

Le enseño mi sonrisa más inocente.

—No estoy haciendo nada.

—Sabes exactamente lo que haces. —Cruza los brazos sobre el pecho. Sé que me mira con una expresión de miedo que debería disuadirme, pero lo único que consigue es subirle las tetas, y

me dan ganas de enterrarle la cabeza en el escote y demostrarle lo mucho que me desea.

La comisura de mi boca se inclina hacia arriba—. ¿Y qué es eso?

—No vamos a comenzar este juego.

—Oh, no creo que esto sea un juego en absoluto. —Inclinándome más cerca, bajo la voz para que sólo ella pueda oírme—. Tenemos que hablar de lo que pasó anoche.

Rebecca sacude la cabeza inmediatamente.

—No hay…

—No usamos ninguna protección —señalo, sin darle la oportunidad de terminar.

Es como si le hubiera echado un cubo de agua helada en la cabeza: sus labios se entreabren y en su cara se dibuja algo que se parece mucho al horror.

—Fue estúpido, lo sé, y lo siento.

—Yo… —Saca la lengua, deslizándola sobre su labio inferior—. Estoy tomando la píldora. Y estoy limpia, así que estás bien.

Se me cae parte del peso que llevaba sobre los hombros desde que me di cuenta de lo que había pasado anoche. Pero hay algo más, algo que se parece mucho a la decepción.

—¿Tengo que preocuparme por algo?

¿Preocuparme por algo? Arrugo las cejas cuando su pregunta se me queda grabada.

—Claro que no. Te lo dije anoche…

Su teléfono suena antes de que pueda terminar. Levanta el dedo al cogerlo y me da la espalda.

—¿Sí?

Mis dedos se cierran en un puño a mi lado mientras la irritación crece en mi interior.

¿No escuchó ni una palabra de lo que le dije anoche?

¿Pensó que estaba jodiendo en Austin, y tuvo que ir a comprobar si estaba limpia?

—¿Qué? —Parpadeo y mi mirada se posa en sus hombros cuadrados—. Pero ya te he dicho que Linda tiene que irse pronto, así que necesito que me recojas —dice Rebecca a quienquiera que esté al otro lado de la línea. Ella escucha un momento—. Lo sé, pero alguien tiene que cuidar de mamá. Bien, ya me las arreglaré. —Silencio—. No, ya me las apañaré.

Cuelga el teléfono y deja caer la mano.

—¿Qué pasa? —pregunto con voz ronca.

Todavía estoy muy cabreado de que pensara tan poco de mí. No sólo eso, que no creyera ni una palabra de lo que dije. ¿Qué decía eso sobre anoche? ¿Qué quería que dijera?

No tengo ni puta idea.

—Chase debía recogerme del trabajo, pero recibió una llamada del refugio.

—¿Refugio?

—Es voluntario. Les ayuda a capturar a los que viven en la calle, e incluso ha empezado a adiestrar a algunos para ver si alguno tiene potencial como perro de trabajo. Lo cual es estupendo. Al menos sale de casa para ir a algún sitio. Ojalá hubiera venido cuando lo necesitaba.

—¿Te vas a casa?

—Esto…

—¿Qué haces aquí todavía? —Una morena bajita sale de la cocina, con una bandeja en la mano—. ¿No dijiste que tenías que ir a casa temprano?

—Lo hago, sólo que no tengo…

—Te llevaré a casa.

Rebecca se da la vuelta.

—No tienes que hacer eso.

—Voy a ir allí de todos modos.

Las mismas palabras que dije anoche resuenan en el espacio que nos separa. Rebecca también lo recuerda. Su garganta se estremece al tragar, pero veo que parte de su determinación se desmorona.

—Vamos, Roja, dijiste que tenías prisa. Puedo llevarte allí en poco tiempo. Y te prometo que no te desviaré.

Sus mejillas se ponen rojas. La otra mujer nos mira con interés.

—Bien, voy a coger mis cosas.

Asintiendo con la cabeza, la veo colarse por la puerta que hay detrás del mostrador y mis ojos se posan en la curva de su culo, que asoma por debajo de los pantalones cortos. Levanto la mano y me froto la barbilla.

Contrólate, amigo.

Por supuesto, la chica me descubre con una sonrisa cómplice en los labios.

—¡Gage! —grito, girándome hacia la parte de atrás del café—. Nos vamos.

El chico vuelve corriendo justo cuando Rebecca se une a nosotros, con una bolsa en la mano.

—Gracias por hacer esto, Jessica —dice Rebecca mientras nos dirigimos a la puerta.

—Ya lo sabes. Te veré mañana.

Abro la puerta y deslizo mi mano hasta la parte baja de su espalda. Noto cómo se estremece, pero no dice nada mientras nos dirigimos al coche.

—¿Estás bien? —pregunto, mirando a Gage, que se ha atado en el asiento del carro.

—Bien. —Mira a Rebecca mientras arranco el carro—. Señorita Becky, ¿viene a casa con nosotros? Quizá pueda enseñarle mis caballos. El tío Miguel prometió que me dejaría enseñarle a cuidarlos. Dijo que se le había olvidado.

—¿Lo dijo?

Rebecca y yo intercambiamos una mirada mientras Gage sigue charlando.

—¡Él lo hizo! Ahora no tiene caballos donde vive. —Sacude la cabeza como si la idea fuera absurda.

—¿No? —se burla Rebecca por sorpresa.

—¡No! ¿Puedes creerlo? Pero voy a enseñarle. Podemos ir al granero cuando volvamos, ¿no? Puedo enseñarle hoy.

—Seguro, amigo.

Justo entonces, mi teléfono empieza a sonar, cortando la música que ha estado sonando.

De reojo, veo que el cuerpo de Rebecca se pone rígido. Miro la pantalla y pulso el botón de respuesta.

—Eh, Monje, ¿qué onda? —La voz ronca de mi compañero de equipo llena el habitáculo del carro cuando tomo el desvío hacia la carretera de grava—. ¿Quieres venir con nosotros? Planeamos ir a algunos bares esta noche. Sé que no es realmente tu rollo, pero me imaginé que quizá sacarías ese palo que tienes tan metido por el culo ahora que estamos fuera de temporada, y te relajarías un poco.

—Hola, gilipollas… —Mi mirada se desvía hacia el espejo retrovisor para encontrar a Gage escuchando atentamente—. Idiota —corrijo en el último momento.

Rebecca sacude la cabeza, mirándome de reojo.

—¿Idiota? ¿Cuánto tienes? ¿Cinco?

—No, Gonzalez, pero hay pajaritos en el alambre.

Hay una pausa de asombro.

—¿Tienes un hijo?

—Tengo a mi sobrino conmigo —aclaro—. Y estoy en altavoz.

—Oh, mier…- diablos. Lo siento, olvidé que Walker mencionó algo sobre ti visitando a tu familia. Pensé que ya habías vuelto.

—Todavía no. —La casa de Rebecca aparece a la vista.

—Bueno, una vez que vuelvas a la ciudad, la oferta sigue en pie. No puedes vivir de los entrenamientos y esos batidos de proteínas, Monje.

—Creo que no te he oído —grito con fuerza—. La conexión apesta aquí. Tendré que alcanzarte más tarde.

—A mí me parece que estás bien.

—Te estoy perdiendo. ¡Hasta luego!

Desconecto la llamada justo cuando nos detenemos frente a la casa de Rebecca.

—¿Qué es un monje, tío Miguel?

Rebecca y yo intercambiamos una mirada. Estoy seguro de que parezco un ciervo sorprendido por los faros. Rebecca se muerde el interior de la mejilla y veo cómo le baila la diversión en los ojos mientras espera mi respuesta.

—Esto… Un monje es una persona religiosa.

Sus pequeñas cejas se fruncen.

—¿Como el predicador Jamison?

—Sí, justo así. —Asiento—. Espera un poco aquí. Vuelvo enseguida y luego iremos a ver los caballos.

Empujo la puerta y salgo de la camioneta. Justo cuando rodeo el capó, se abre la puerta de Rebecca.

—Podría haberlo hecho.

—Está bien. —Mira hacia su casa—. Gracias por el…

Intenta pasar a mi lado, pero yo la acorralo contra la camioneta, deslizo la mano bajo su barbilla y levanto su cabeza para que sus ojos se crucen con los míos, esos bonitos labios rosas que se abren por la sorpresa.

Que le den.

Me inclino y aprieto mi boca contra la suya. La palma de la mano de Rebecca se posa en mi pecho. Siento su incertidumbre un instante antes de que sus dedos me agarren de la camisa y me acerquen. Le muerdo el labio y deslizo la lengua en su boca. Mi cuerpo zumba, la sangre me corre por las venas. La necesidad de estar más cerca de ella, de explorar cada centímetro de su cuerpo y oírla gritar mi nombre, es abrumadora, pero me obligo a dar un paso atrás.

—La. Única.

Rebecca abre los ojos, una expresión de confusión aparece en su rostro.

—¿Eh?

—Gonzalez está lleno de mierda, pero lo que dijo es verdad. Hay una razón por la que mis compañeros me llaman Monje. Yo no salgo. No salgo de fiesta. No bebo. No me acuesto con nadie. No ha habido nadie más. Ni una sola persona desde que saliste de mi vida hace tres años.

Levanto su barbilla y le rozo el labio inferior con el pulgar por última vez. Luego, aunque me duele físicamente, me obligo a soltar la mano y dar un paso atrás.

—Te veré más tarde, Roja.

CAPÍTULO VEINTE

Rebecca

—Gracias por recogerme —digo a modo de saludo mientras me deslizo dentro del todoterreno de Kate.

—¿Qué le ha pasado a tu carro?

—Alternador. ¿Creo?

Kate me mira mientras empieza a conducir.

—¿No lo sabes?

—Yo no fui quien llevó el carro al taller.

Sus cejas se fruncen ante mi confesión.

—¿No lo hiciste? Entonces, ¿quién lo hizo?

Me viene a la mente la imagen de Miguel. Aquellos dedos callosos ahuecándome la mejilla mientras sus ojos marrones me miraban tan fijamente que habría jurado que podía ver hasta el fondo de mi alma. Solo de pensarlo se me aprieta el estómago.

No salgo. No salgo de fiesta. No bebo. No me enrollo. No ha habido nadie más. Ni una sola persona desde que saliste de mi vida hace tres años.

¿Decía la verdad? Y si era así, ¿cambiaba algo? ¿Quería que cambiara algo?

Después de todo lo que se reveló en los últimos días, no sabía qué pensar de toda esta situación entre nosotros dos.

¿Exageré entonces? ¿Debería haberme quedado a escuchar? ¿Habría escuchado si él se hubiera esforzado más en explicarme lo sucedido?

¿Acaso importaba?

Han pasado tres años. Tres largos años desde que rompimos. ¿Había siquiera un punto de pensar en el ojalá?

Tres años y, sin embargo, saltaste a sus brazos a la primera oportunidad que tuviste, me recuerda una vocecita.

—¿Becky?

Parpadeo y veo la cara curiosa de Kate.

—Esto… —Me paso un mechón de cabello por detrás de la oreja, miro por la ventanilla y miento—: Chase. También me ha estado llevando en carro.

Al menos, esa última parte es cierta.

Parcialmente.

No podía decirle exactamente que fue Miguel, de entre todas las personas, quien llevó mi carro al taller. Me haría un millón de preguntas y le daría más importancia de la debida. No es que pudiera culparla. Yo misma tengo todas esas preguntas y ninguna respuesta a la vista.

—Mhmm… He oído que alguien más te llevó el otro día. ¿Te importaría comentarlo?

Mierda, estoy tan pillada.

—No sé de qué estás hablando.

—¡Rebecca Allison Williams!

—¿Estás sacando el segundo nombre? Creo que es la prueba de que, después de todo, hemos hecho de ti una dama sureña.

—No intentes cambiar de tema, Becky. ¿Ibas o no en el carro de Miguel?

Mordiendo el interior de mi mejilla, miro por la ventana.

—Mira, estamos aquí.

—No me obligues a dar la vuelta a la manzana una vez más. Sabes que lo haré.

—Bien —suelto un suspiro exasperado—. Sólo era un aventón. Chase estaba ocupado y yo necesitaba volver a casa. Ahora, ¿podemos entrar y probarnos esos vestidos, por favor?

Por suerte, Kate hace caso y estaciona el carro delante de la tienda. Apaga el motor y se vuelve hacia mí.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?

—Lo sé —susurro suavemente, sintiendo un nudo en la garganta.

Y se lo dije. El problema era que no sabía *qué* decirle. ¿Cómo explicarle todos los pensamientos y emociones contradictorios que luchan en mi interior? Además, ella ya tiene bastante con lo suyo.

Kate asiente tras un momento de silencio.

—Entremos.

Sin necesidad de que me lo digan dos veces, empujo la puerta y salgo.

Después de mucho buscar, Kate encuentra por fin su vestido de novia en una pequeña boutique del pueblo de al lado, y es perfecto para ella.

La sonriente dependiente nos saluda al entrar en la tienda.

—Estoy tan feliz de verlas a las dos de nuevo. Tengo sus vestidos listos para ustedes. ¿Quieren una copa de champán o una mimosa antes de empezar?

Kate sacude la cabeza.

—Estoy bien, gracias.

Su atención se desplaza hacia mí, pero la esquivo.

—Yo también estoy bien.

—De acuerdo, entonces. Manos a la obra. —Nos lleva a la parte trasera de la tienda, donde hay un sofá de dos plazas vacío y un sillón. Dejamos nuestras cosas allí mientras la dependienta nos indica los vestuarios.

—¿Quién quiere probarse primero?

—Ve tú —le digo a Kate mientras seguimos al asistente.

Kate se quita la ropa y la asistente la ayuda a ponerse el vestido. Veo cómo se abrocha con pericia un millón de botones diminutos en la espalda.

—Emmett se lo pasará en grande con esto —digo riéndome por lo bajo, intentando imaginarme al gigante de mi amigo intentando sacar a Kate del vestido de novia con sus enormes manos.

—Ahí lo tienes. ¿Qué te parece? ¿Te queda mejor? Lo aflojamos un poco en el área de la sección media, tal como lo discutimos la última vez.

¿Lo aflojó? Mis cejas se fruncen en señal de confusión. *No recuerdo nada de eso. ¿Por qué tendrían que aflojarlo?*

Kate se sube a un pequeño taburete frente a un gran espejo de tres caras y da una pequeña vuelta, observando su reflejo. En lugar del tradicional vestido blanco, el suyo era de color beige pálido, casi champán. Tirantes finos cubren sus hombros. Un corpiño en forma de corazón acentúa la curva de su escote, y una hilera de pequeños botones desciende por su espalda. La falda cae en línea recta con una capa de tul y encaje por encima.

—Sí, creo que ahora me queda mejor—. Kate desliza la mano por su costado; sus ojos se encuentran con los míos en el reflejo—. ¿Qué te parece? ¿Le gustará?

—No sabrá qué le ha golpeado —le digo sinceramente.

Incluso pálida y con ojeras, Kate esta radiante con su vestido de novia. El vestido esta hecho para ella y yo sé que estaría impresionante el día de su boda. No es que a Emmett le importara lo más mínimo. Kate es todo su mundo. Esta tan enamorado de ella que se habría casado con ella en

pijama, despeinada y sin maquillaje mientras están sentados en el salón. ¿Pero con ese vestido? Estaría perdido.

—La única pregunta es ¿cuánto tardará en ponerse a llorar?

Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo.

—Oh, cállate. No llorará.

—Yo no estaría tan segura de eso —canto—. ¿Quieres apostar?

—¡No voy a apostar contra mi prometido!

—No eres divertida. —Deslizo mi mano alrededor de su cintura—. Pero lo digo en serio. Tiene suerte de tenerte.

Una expresión suave pasa por su rostro mientras apoya la cabeza en mi hombro.

—Soy la afortunada de tenerlos a todos ustedes. Y pensar que creía que seríamos Penny y yo para siempre, y ahora tenemos a este pueblo grande y entrometido cubriéndonos las espaldas. —Se le empañan los ojos y solloza suavemente.

—Hola. —Me doy la vuelta, golpeándola suavemente en el costado—. No llores.

Kate echa la cabeza hacia atrás y se desliza un dedo bajo los ojos.

—No sé qué me pasa. Últimamente estoy hecha un desastre.

—Estás a punto de casarte con el amor de tu vida mientras montas tu negocio y tu futuro, todo mientras estabas enferma. Es normal que estés abrumada.

—Lo sé, pero mis cambios de humor han sido por todo el lugar, y lo odio. No soy una llorona.

—No, no lo eres, pero toda chica necesita un descanso de vez en cuando. ¿Qué tal si te quitas ese vestido antes de que lo mojes todo?

Con la ayuda de la asistente, conseguimos que Kate se quite el vestido, tras lo cual me pruebo el mío. Contentas con el resultado final, esperamos a que la mujer meta nuestros vestidos en bolsas y salgamos de allí.

Mientras volvemos a su casa, escucho a Kate hablarme de la compra del vestido con su tía Penny y la señora Santiago. Kate insistió en que quería que su vestido fuera una sorpresa para todos, así que sólo me pidió que la acompañara a comprarlo.

Más tarde, Kate admitió que la presión de su tía y de la señora Santiago le estaba afectando y, aunque no le importaba ceder demasiado cuando se trataba de la fiesta, quería elegir el vestido por sí misma. Así que las dos nos fuimos de compras solas, pero eso significaba que Kate también tenía que ir de compras con su familia.

Suena el teléfono de Kate cuando salimos del carro en su casa. Voy hacia el asiento de atrás, sacando las bolsas con vestidos, cuando oigo la parte de la conversación de Kate.

—¿Ahora mismo? —Se muerde el labio mientras escucha atentamente lo que la otra persona está diciendo—. Sí, claro. Lo comprendo. Vale, allí estaré.

Tras despedirse, cuelga y se pasa la mano por el cabello, dejando escapar un largo suspiro.

—¿Va todo bien?

Kate da un pequeño respingo ante mi pregunta antes de darse la vuelta para mirarme.

—No, bueno, sí, pero tengo que ir a ocuparme de algo. —Su mirada se posa en las bolsas—. ¿Puedes subirlas a la habitación de invitados? Asegúrate de cerrar bien la puerta. —Saca la llave de su bolso y me la da—. No me extrañaría que Emmett anduviera husmeando.

Suelto una carcajada estrangulada.

—Ya lo sabes. ¿Algo más? ¿Cuándo vienen tus amigos de la universidad?

—Su avión aterrizará en un par de horas. Espero que no tarde mucho y tenga tiempo de prepararlo todo.

—¿Qué necesitas hacer? Puedo ayudarte.

—¿De verdad? Ya te he puesto mucho.

—Para eso están las damas de honor. Suéltalo.

Escucho atentamente mientras Kate me cuenta todo lo que hay que hacer antes de la fiesta de esta noche, catalogando ya mentalmente por dónde empezar.

—Mierda, realmente necesito irme. ¿Estarás bien?

—Perfecto, no te preocupes por nada.

—Eres la mejor. —Con un rápido abrazo, Kate corre hacia el carro—. Sabes dónde está la llave de la puerta principal, ¿verdad?

—Sí, sí. —Le hago un gesto para que se vaya.

Cambio las bolsas con los vestidos a un brazo mientras subo los pocos escalones hasta el porche delantero. Levantándome sobre las puntas de los pies, me dirijo a la repisa que hay sobre la puerta para coger la llave que los dos han escondido allí. No es muy original, pero, de nuevo, el índice de criminalidad en Bluebonnet es mínimo, así que rara vez alguien, especialmente si vivía en un rancho a las afueras del pueblo, se molestaba en cerrar la puerta con llave.

El peso de los vestidos me hace tambalear sobre los pies. Maldiciendo en voz baja, noto cómo se me tensan los músculos al intentar llegar más lejos, pero justo cuando estoy a punto de conseguirlo, se abre la puerta principal y tropiezo hacia delante.

—*Mierda…*

Una pared de músculos me recibe, y me agarro a la camisa de la persona, intentando estabilizarme.

—¿Tratando de entrar, Roja?

La voz baja y ronca hace que se me erice el vello de la nuca.

Mis dedos se aprietan alrededor del material mientras mi corazón da un pequeño vuelco dentro de mi pecho. Levanto despacio la mirada hasta encontrarme con unos ojos chocolate familiares que me observan con la misma intensidad silenciosa con la que se centraron en mí la última vez que estuvimos juntos antes de que se diera la vuelta y se marchara, dejándome con unas palabras que me han perseguido durante las últimas cuarenta y ocho horas.

No ha habido nadie más.

Ni una sola persona desde que saliste de mi vida hace tres años.

Y ahora estamos solos una vez más.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Miguel

—¿Intentas darme un susto de muerte? —Rebecca se suelta en el momento en que se da cuenta de a quién se está agarrando, como si se hubiera quemado.

Su reacción no debería escocer, pero lo hace.

Me apoyo en el marco de la puerta, intentando ocultar el hecho de que sentir sus manos sobre mí me inquieta como ninguna otra cosa.

Intenté mantenerme alejada los dos últimos días, para darle tiempo a pensar en lo que había pasado y en todo lo que se había dicho. No estaba seguro de lo que esperaba conseguir con ello. Pero no podía soportar que me mirara con tanta desconfianza.

—Si no recuerdo mal, tú eras el que intentaba entrar.

Cruza los brazos sobre el pecho, agarrando dos largas bolsas blancas. —No estaba forzando la entrada. Intentaba conseguir la llave para llevarme esto dentro. La mejor pregunta es, ¿qué *estás* haciendo aquí?

—Emmett me llamó y me preguntó si podía recoger algunas cosas en la tienda para la fiesta de esta noche y empezar el asado ya que fue llamado a los campos. Hubo algún problema con el ganado o algo así.

No pregunté demasiado; sólo estaba agradecido por la oportunidad de salir por fin de casa de mis padres y de la mirada desaprobadora de mi padre.

—Él… —Se queda un rato con la boca abierta, pero luego aprieta los labios y sacude la cabeza, mirando hacia otro lado—. Claro que lo hizo.

—Dijo que Kate debería estar en casa, pero el lugar estaba vacío, así que busqué hasta que encontré la llave. No es que fuera difícil encontrarla.

—Bueno, Kate recibió una llamada, así que me pidió que guardara esto y ayudara a preparar las cosas.

Su mirada se vuelve hacia mí y por fin se encuentra con la mía. Contemplo su rostro y el silencio se extiende entre nosotros mientras me doy cuenta.

—Así que estamos los dos solos —susurro, con la voz ronca.

—Sí.

Observo cómo mueve la garganta y mi mirada se concentra en el movimiento. Aún recuerdo lo suave que era la curva de su cuello, el embriagador aroma a rosas que se aferraba a su piel cuando enterraba mi cara en su cuello, el calor de su piel.

Cambio el peso de un pie a otro mientras mi cuerpo empieza a reaccionar al recordarla entre mis brazos.

—No tienes por qué quedarte —señala Rebecca.

El músculo de mi mandíbula se tuerce irritado por su comentario.

¿Espera que me vaya?

—Sí, porque a mi familia le encanta que ande por casa.

Un destello de comprensión se dibuja en su rostro y sus ojos se suavizan ligeramente. Pero yo no quiero su compasión. Quiero… Ni siquiera sé lo que quiero, para ser sincero.

Se dicen muchas cosas entre nosotros y, al mismo tiempo, no se resuelve nada.

Es como si la brecha entre nosotros fuera más grande que nunca, y yo no sé qué hacer al respecto.

¿Debería hablar con ella? ¿Descubrir qué fue mal entre nosotros? ¿Por qué, después de todo lo que pasó hace tres años, lo mantuvo en secreto todo este tiempo? ¿Preguntarle por qué nunca

le contó a nadie lo que había pasado el día que rompimos? ¿Por qué ni siquiera me dio la oportunidad de explicarle lo que había pasado? ¿Por qué no confiaba en mí? ¿Confiar en nosotros? ¿Importaría? ¿Volver cambiaría algo? ¿Quería yo que cambiara?

—Bien —murmura Becky, sacándome de mis pensamientos—. Voy a llevar el vestido dentro antes de que Emmett llegue a casa. Kate me hizo prometer que me aseguraría de que no lo viera antes del día de la boda.

Se aprieta las bolsas contra el pecho y se dirige hacia la puerta. Su cuerpo roza el mío cuando se desliza a mi lado. La maldita bolsa es casi tan grande como ella y se arrastra por el suelo.

—Dame eso antes de que tropieces con él y te caigas. —Deslizo la mano bajo la bolsa, nuestra piel se roza mientras le quito el vestido de los brazos.

Frunce el ceño e intenta tirar de él, pero se lo quito de las manos.

—Puedo hacerlo yo sola, muchas gracias.

—No he dicho que no puedas. Sólo que no quiero que te rompas el cuello en el proceso. Lo último que necesito es que Kate quiera asesinarme más de lo que ya lo hace. ¿Dónde quieres esto?

—Bien —resopla—. Me dijo que lo pusiera en la habitación de invitados.

Sin decir nada más, se da la vuelta y empieza a subir las escaleras. Observo su espalda rígida mientras sube y mi mirada recorre su cuerpo. Va vestida con otra camiseta lisa y un pantalón corto de mezclilla que se ciñe a sus curvas como una segunda piel. Sus piernas tienen un tono dorado y sus caderas se balancean suavemente a cada paso. Se me seca la boca al contemplar ese lento movimiento, y los pantalones me aprietan cada vez más.

Sé que debería apartar la mirada, pero no puedo. Es casi como si estuviera paralizado. No, no es casi. Estoy paralizado por ella. Siempre hubo algo en Rebecca que me llamó la atención desde que éramos niños. Es su belleza natural y su manera decidida de caminar por el mundo. Tuve la oportunidad de conocer a muchas mujeres hermosas, pero ninguna se le comparaba.

Rebecca se detiene en mitad de la escalera y me mira por encima del hombro, con los ojos entrecerrados.

—¿Me estabas mirando el culo hace un momento?

Me pellizco la nariz y maldigo en silencio que me haya pillado mirando. Por supuesto, ella tampoco tendría ningún problema en reprochármelo.

—Es un buen culo.

Un destello de sorpresa aparece en su rostro, pero lo reprime rápidamente.

—Date prisa, tenemos trabajo que hacer. —Sin esperar respuesta, se da la vuelta y continúa subiendo las escaleras.

En serio, esta mujer me está dando latigazos.

—Ya voy.

Doy dos pasos cada vez y la alcanzo cuando llega al segundo piso y abre la primera puerta a la derecha. La habitación es sencilla. Una cama de matrimonio ocupa la mayor parte del espacio, con una mesilla a cada lado. Frente a la cama hay un pequeño armario con un televisor colgado y otra puerta que da al cuarto de baño.

—Ponlo en la cama.

Sin mediar palabra, hago lo que me dice. Una de las bolsas se abre ligeramente y me deja ver el vestido dorado que lleva dentro.

—¿Esto es de Kate?

Trago saliva con un nudo en la garganta. No sé qué es lo que me inquieta de toda esta situación. Puede que fuera el hecho de que nunca había pensado en Rebecca y un vestido de

novia en la misma frase, pero ahora que la imagen se me pasa por la cabeza, no puedo quitármela de la cabeza. ¿Qué tipo de vestido elegiría? ¿Uno de esos vestidos de princesa exagerados? No, ésa no era Rebeca. Elegiría algo sencillo y elegante. Algo

—No, eso es mío. —Rebecca me fulmina con la mirada, apartando mis manos—. La regla de no fisgonear va para usted también, señor.

Se sube la cremallera con firmeza, asegurándose de que las dos bolsas queden planas contra el colchón. Solo cuando está satisfecha da un paso atrás y choca conmigo.

Mis manos agarran sus caderas, estabilizándola.

Aspira al contacto y mira por encima del hombro. Nuestras miradas se cruzan y el aire cruje con la tensión contenida cuando mi mirada se posa en su rostro y desciende hasta sus labios entreabiertos.

Saco la lengua, esos ojos color avellana se clavan en mis labios y veo cómo traga saliva.

—Rebecca… —Gimo, mis dedos se clavan en sus caderas.

Sus ojos se detienen en mi boca un instante más antes de levantarlos lentamente para encontrarse con los míos.

—No puedo responsabilizarme de lo que haré si sigues observándome así.

—No te observo de ninguna manera —susurra suavemente.

—Mentirosa. —Abre los ojos sorprendida por la acusación. Suelto los dedos y rozo su mejilla con el dorso de la mano, apartándole el pelo de la cara. Mis ojos siguen mi movimiento, observando cada pequeño detalle de ella. La forma en que separa los labios. Su pecho se levanta al respirar suavemente. Sus mejillas se llenan de color cuando la toco. La piel se le pone de gallina.

Deslizo la mano hacia su vientre, la estrecho contra mí, inclino la cabeza y rozo con los labios la concha de su oreja.

—Puedes decir lo que quieras, Roja, pero tu cuerpo siempre revelará la verdad —susurro, con la voz ronca mientras lucho contra la oleada de lujuria que me invade—. Siempre.

Un escalofrío recorre su cuerpo al oír mis palabras, sus ojos se cierran.

—Miguel…

Lo que quería decir se perdió cuando se oyó un fuerte estruendo procedente de algún lugar de la casa, que nos hizo saltar a los dos por sorpresa.

—¿Miguel? —La señora Santiago llama desde abajo.

—Mierda.

Los ojos de Rebecca se abren de golpe y el pánico se apodera de sus iris. Rápidamente se suelta de mí y alarga la mano para alisarse el cabello.

—¿Estás aquí?

—Vete —susurra.

—Rebecca…

—Vete —sisea suavemente—. Tengo que cerrar, y luego tenemos cosas que hacer.

Me paso los dedos por el cabello y aprieto la mandíbula.

—Bien.

La miro por última vez, salgo de la habitación y respiro hondo para serenarme. Mi mirada se posa en el bulto de mis pantalones.

—¿Miguel? —La señora Santiago vuelve a llamar, y luego murmura más bajo—: ¿Dónde está ese chico?

Sabes lo jodido que estás cuando ni siquiera el hecho de que la madre de mi mejor amigo casi nos pilla me ayuda con mi erección. Me reordeno y bajo las escaleras en silencio. Tras oír un

crujido, encuentro a la madre de Emmett en la cocina acomodando recipientes de plástico en la nevera. Debe de oírme porque mira por encima del hombro.

—Ahí estás. Te estaba buscando.

—Lo siento, señora S., estaba en el baño —miento.

Me hace señas para que me vaya.

—Está todo bien. Vamos, ayúdame a sacar toda la comida del carro.

La sigo mientras sale de la cocina como una mujer con una misión.

—Kate no se ha sentido bien últimamente, así que decidí prepararles unos acompañamientos para que ella no tenga que preocuparse. Becky, ¿qué haces aquí?

La señora Santiago abre los brazos y rodea a Rebeca con ellos. Su mirada se cruza con la mía por encima del hombro.

Cuando tuvo tiempo de escabullirse, no tengo ni idea.

Rebecca se echa hacia atrás.

—Kate mencionó que necesitaba ayuda con la fiesta, así que decidí venir temprano.

—Eres muy amable. —La señora S. palmea el hombro de Rebecca, su mirada se mueve entre las dos—. Vamos, ustedes dos, tenemos mucho trabajo que hacer.

—Vaya, vaya, vaya, si es el mismísimo defensa de moda, y yo que pensaba que eras demasiado bueno para nosotros ahora que eres una gran estrella. —Una mano me da una palmada en el hombro cuando Timothy y Jamie aparecen.

—Siempre fui demasiado estrella para ti, así que no veo cómo una nueva dirección cambia eso —le respondo de inmediato.

—Quizá tenías un palo demasiado grande metido en el culo —se ríe Timothy mientras me da un medio abrazo—. Me alegro de verte, amigo.

—A mi también —asiento, desviando mi atención hacia Jamie, que me tiende la mano—. ¿Qué tal te ha ido? ¿En qué andas?

—Preparándome para ir a la facultad de Derecho —dice Jamie.

Mis cejas se disparan.

—¿No me digas?

—Sí, me rompí la rodilla el primer año, así que probé varias cosas para averiguar qué quería hacer con mi vida, y acabé disfrutando mucho con el equipo de debate, así que aquí estamos.

—No puedo decir que me sorprenda. Siempre te ha gustado discutir.

—Oh, cállate. —Jamie me da un codazo, intentando sin éxito mantener la cara seria.

—Es genial, amigo, de verdad. —Me giro hacia Timothy—. ¿Y tú? ¿Sigues causando problemas? ¿Persiguiendo chicas por el pueblo?

Timothy se ríe ligeramente y levanta la mano, con un anillo de boda brillando en su dedo. —Difícilmente. Mi versión de los problemas en estos días es no poner mi ropa sucia donde pertenece, así que debo encontrar diferentes maneras de disculparme con mi esposa.

—¿Esposa?

Bueno, no lo vi venir. Timothy era uno de los mayores mujeriegos cuando jugábamos juntos en el instituto. Estaba seguro de que se quedaría soltero para siempre.

—Y un niño en camino. —Mira a su alrededor y señala hacia las mesas—. Está ahí.

Una morenita mira hacia nosotros y le sonríe, lo que hace que una gran sonrisa bobalicona se extienda por su cara.

—¿Quién lo hubiera pensado? El mayor mujeriego de nuestra clase se ha convertido en un ñoño —se burla Jamie—. No sólo eso. ¿Puedes creer que esté enseñando a la nueva generación? Estamos todos jodidos.

—¿Qué?

Timothy se encoge de hombros.

—Trabajo como ayudante de entrenador en el instituto. La verdad es que está siendo genial. Deberías ver jugar a algunos de los chicos. Son jodidamente buenos. No puedo esperar a ver lo que pueden hacer en la próxima temporada.

—Es asombroso. ¿Quién iba a pensar que tú, de entre toda la gente, acabarías siendo un pilar del respeto?

—Creo que llamarle pilar del respeto es exagerar un poco —se ríe Jamie.

—Vete a la mierda, sólo estás celoso de que yo pueda jugar cuando tú tienes que lidiar con las gilipolleces de la gente todo el día.

Jamie da un sorbo a su cerveza.

—Te lo recordaré cuando vengas a quejarte de uno u otro drama del instituto.

—Mantendrá las cosas interesantes. —Timothy se vuelve hacia mí—. Pero en serio, si tienes tiempo, deberías pasarte por la escuela. Técnicamente es fuera de temporada y no podemos entrenar, pero he visto a algunos de los chicos ejercitándose solos en el campo. Seguro que te agradecerían que vinieras. Todo el mundo se volvió loco el año pasado cuando se enteraron de que un nativo de Bluebonnet había entrado en la NFL. Les da esperanzas de que ellos también pueden hacerlo.

—Intentaré pasarme por la escuela. —Sabía mejor que nadie cómo conocer a alguien a quien admiras puede cambiar tu vida a mejor y darte la motivación para seguir trabajando duro—. Un entrenador de instituto, casado y con un bebé en camino. —Sacudo la cabeza—. Cómo han cambiado las cosas.

Justo entonces, un destello rojo llama mi atención. Miro hacia la casa, donde Rebecca está hablando con un grupo de mujeres.

Volvió a casa para cambiarse después de prepararlo todo y jódeme. Si pensaba que estaba impresionante con una simple camiseta y pantalones cortos, no tenía nada que envidiarle a Rebecca con un vestido. Y menos con ese vestido tan ceñido, de tirantes entrecruzados por la espalda. Al principio, la tensión entre nosotros es casi palpable, y tener a la señora Santiago cerca tampoco ayudaba mucho. Yo quería hablar con Rebecca de lo que había pasado, pero ella hacía todo lo posible por ignorarme, y sólo me hablaba cuando me daba órdenes sobre dónde dejar las cosas. Entonces llegaron Emmett y Kate, junto con sus amigos de la universidad, y las cosas se volvieron aún más locas si se puede decir.

—Y supongo que algunas cosas nunca cambian —se ríe Jamie.

—¿Qué? —Levanto la cerveza y le doy un largo sorbo mientras vuelvo a centrar mi atención en los chicos.

—¿Tú y Becky? —Jamie me da un codazo en el hombro con el suyo—. ¿Todavía existe eso?

—Terminaron, imbécil —dice Timothy—. Ya te lo dije.

—¿Y qué? Nunca lo pensarías por la forma en que la mira.

Mis dedos agarran la botella con más fuerza y me esfuerzo por mantenerle la mirada aunque cada fibra de mi cuerpo quiere que la busque.

—¿Y cómo es eso? —pregunto lo más despreocupadamente posible.

Aunque la mayor parte del tiempo evito el alcohol, esta noche necesito algo que me tranquilice, pero tengo la sensación de que esta cerveza no va a ser suficiente. Me entran ganas

de darme la vuelta y buscarla entre la multitud, pero me obligo a quedarme quieto. No quiero llamar la atención más de lo que ya lo he hecho.

—Como hacías cuando éramos tontos en el instituto.

—¿Qué hicimos de tontos en el instituto? —pregunta Emmett mientras se une a nuestro grupo, Lucas, Kevin y sus amigos universitarios le siguen detrás.

—Lo que no hicimos es una pregunta mejor —murmuro mientras mi mirada se encuentra con la de Hayden Watson.

Ladea la barbilla en mi dirección, con una sonrisa en la comisura de los labios.

—¿Qué tal, Fernandez? Cuánto tiempo sin verte.

Conocí a los amigos de Emmett una vez cuando jugábamos uno contra otro en la universidad, y esta misma primavera, Hayden se presentó al draft antes de tiempo, igual que yo, y tuvo la suerte de quedarse en Boston.

Intercambiamos un apretón de manos mientras Emmett presenta al grupo.

—Estos son Nixon y Hayden. Se acuerdan de Miguel, mi padrino, y estos son Jamie y Timothy, nuestros compañeros de instituto.

Nos presentamos y charlamos un poco sobre su viaje mientras terminamos nuestras cervezas.

—¿Qué he oído sobre una especie de famoso partido de fútbol que juegan aquí? —Nixon aplaude, con una gran sonrisa en la cara.

Los ojos de Emmett se entrecierran.

—Tu acento sureño apesta, Cole. No vuelvas a hacer esa mierda.

El mariscal de campo se encoge de hombros.

—Oye, estamos en Texas.

—No podemos jugar porque nos hemos perdido… —Timothy mira a su alrededor, su mirada se fija en algo por encima de mi hombro—. Oh, no, está aquí.

Mis músculos se agarrotan ante sus palabras porque sólo falta una persona, y es…

Emmett se da la vuelta, así que yo hago lo mismo, mi mirada encuentra a Nico de pie junto a las mesas.

Hablando con Rebecca.

Hay una suave sonrisa en su rostro mientras escucha lo que él tenga que decir.

¿Qué es tan jodidamente gracioso?

—Se han acercado bastante —el comentario de Emmett me hace apretar los dientes de irritación.

Lo que están es demasiado cerca. Rebecca está apoyada en la mesa, con ese maldito vestido subido hasta el muslo, y la rodilla de él roza la de ella.

—Sí. Supongo que tiene sentido teniendo en cuenta que fueron de los pocos que se quedaron y no fueron a una universidad de fuera.

Es la segunda vez que alguien menciona que ellos dos están solos aquí. ¿Saben algo que yo ignoro? ¿Realmente pasó algo entre ellos dos? ¿Y por qué ese pensamiento me hizo querer golpear con mi puño la estúpida cara de Nico?

Un fuerte silbido se extiende por el patio trasero.

—¡Oye, Nico! —grita Jamie, llamando su atención—. ¿Estamos jugando fútbol o qué?

—¡Ya voy! —grita Nico antes de volver su atención hacia Rebecca y decir algo que solo ella puede oír.

Sea lo que sea, debe de ser cómico, porque estalla en carcajadas.

Mis dedos se cierran con fuerza en un puño a mi lado.

No querrás atacar a uno de tus amigos del instituto y montar una escena.

Pero lo hago.

Joder, lo hago.

—Bien, entonces, reunamos a los equipos. —Emmett me da un codazo—. Creo que llevaré a mi padrino. Como en los viejos tiempos.

—Veremos si puedes alcanzarme, amigo —digo, mirándole. Emmett se ríe entre dientes.

—Ya lo veremos.

Vuelven a dividir los equipos y mi atención se centra de nuevo en Rebecca y Nico. Que *siguen* hablando.

—Supongo que nos falta una persona —comenta Hayden.

—¡Becky! —Emmett grita. Ella se da la vuelta, claramente poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué?

—¿Quieres jugar con nosotros?

Incluso desde aquí, puedo ver la emoción brillar en sus ojos. Rebecca siempre fue nuestra mayor defensora, estaba en casi todos los partidos y entrenamientos. Vi de primera mano cómo la gente la despreciaba porque era una chica, pero ella los ponía en su sitio enseguida porque esa chica sabía de fútbol.

—¡Sí! —Ella hace un pequeño baile emocionado antes de que ella y Nico finalmente deciden unirse a nosotros—. ¿Con quién estamos jugando?

—Tú estás con Hayden, y Nico está con nosotros —señala Emmett.

—Perfecto. —Se frota las manos—. Tengo que patearles el culo.

Justo entonces, se mira a sí misma.

—Mierda, supongo que debería deshacerme de esto.

Antes de que mi cerebro se dé cuenta de lo que está diciendo, agarra el dobladillo de su vestido, tirando de él por encima de su cabeza, y dejándola sólo en un maldito bikini negro.

Joder.

—Vale, hagámoslo —dice Hayden, y todos aplaudimos mientras nos giramos para tomar nuestras posiciones.

Kate anima ruidosamente desde la banda, con Penelope y Henry a su lado, sonriéndome. El resto de nuestros amigos han cogido mantas y se han acercado a nuestro improvisado campo para poder ver el espectáculo.

Al girarme hacia delante, casi tropiezo con mis propios pies cuando veo al hombre de pie al otro lado.

Miguel.

En serio, no es justo lo bien que se ve ese hombre. Su piel tiene un tono dorado por estar al sol. Sus hombros son anchos, cada músculo y línea definidos a la perfección. Hoy se ha quitado la camiseta y muestra el pecho desnudo, la cintura estrecha, los abdominales esculpidos y esa V profunda que desemboca en un bañador rojo brillante que le cuelga de las caderas.

Mis dientes rozan mi labio inferior mientras mi mirada desciende.

Demasiado bajo.

Cambio el peso de un pie a otro, pero eso no ayuda a aliviar el dolor que me sube entre los muslos.

¿Cómo es que apenas han pasado unos días, pero ya quería saltar sobre sus huesos? Cualquiera diría que no tengo práctica en mantenerme alejada de ese hombre. Sólo que ahora que cruzamos la línea y tuvimos sexo, no podía dejar de pensar en cómo se sentían sus manos en mi cuerpo o cuánto ansiaba sus besos.

Contrólate, Becky, antes de que alguien se dé cuenta de dónde tienes la cabeza.

Levanto la mirada, pero no lo bastante rápido.

Miguel me mira a los ojos y, si he de creer la mirada oscura y hambrienta que brilla en sus iris, está pensando en lo mismo. Una ceja oscura se arquea casi imperceptiblemente, y sé que me ha pillado mirándole. Sus ojos me miran lentamente de pies a cabeza, y le gusta lo que ve.

—¿Era realmente necesario? —pregunta con esa voz ronca suya que juro que puedo sentir hasta la médula.

—¿Qué cosa?

—El bikini.

Dios…

Apoyo las manos en las caderas.

—Miguel Luis Fernandez, ¡no me acabas de decir que vaya a taparme!

—Mierda, ha sacado el segundo nombre —se ríe alguien por lo bajo.

—Nunca es bueno cuando sacan el segundo nombre. Ahí es cuando sabes que la has cagado de verdad.

Ignorándolos, mantengo toda mi atención en el hombre que tengo delante.

—Pensé que sería más fácil.

Mentira.

Frunzo el ceño.

—¿Más fácil para quién exactamente? Porque esto es perfecto para mí, y si tienes algún problema con ello, pues mala suerte, colega. No me has oído quejarme porque todos ustedes andan medio desnudos.

El músculo de su mandíbula se contrae, sus ojos se entrecierran, así que sé que he tocado un

nervio.

—Bien, como quieras. ¿Jugamos o qué? —pregunta Miguel justo cuando Nico aparece a su lado.

—Me imaginé que ocuparía este lugar —dice Nico, mirando entre Miguel y yo.

Miguel resopla.

—Lo siento, pero éste me va mejor. —Hace rodar el hombro—. No puedo arriesgarme a lesionarlo o a mi entrenador le dará un aneurisma, lo entiendes, ¿verdad?

Nico abre la boca, pero antes de que pueda decir nada, Emmett da una palmada.

—En posiciones gente.

Con una sonrisa de disculpa en el rostro, Nico se dirige al otro lado para ocupar su lugar.

—Qué malo —digo, cruzando los brazos sobre el pecho.

Miguel sonríe y se agacha.

—No, lo que ha querido decir es que ha intentado colarse aquí.

Sus ojos se clavan en mí y no me sueltan mientras todos a nuestro alrededor se acomodan.

—Basta —aprieto los dientes para que nadie más pueda oírme.

—No estoy haciendo nada.

—Me estás mirando como… —Mi lengua sale, deslizándose sobre mi labio inferior.

Miguel recorre mi cuerpo con la mirada y siento un escalofrío ante la intensidad de su mirada. Juro que siento su mirada como si me tocara.

—¿Si me gustara lo que veo? —pregunta, todo inocencia.

Como si quisieras devorarme. Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero me las trago. De ninguna manera lo admitiría en voz alta.

—Alguien se dará cuenta.

—Tú empezaste cuando te quitaste el vestido. —Miguel se inclina más, tan cerca que puedo oler el aroma picante de su colonia—. Y de ninguna puta manera dejaría que otro hombre pusiera sus manos sobre tu cuerpo desnudo. En especial un hombre que claramente está enamorado de ti.

—¡Hora de jugar! —Emmett grita, sobresaltándome.

Me aparto inmediatamente, dándome cuenta de lo cerca que estamos, pero por suerte, nadie más parece haberse dado cuenta.

Como empezamos en ataque, cuando Callie hace sonar el silbato, Jamie anuncia la jugada. Por el rabillo del ojo, veo cómo el balón vuela hasta las manos de Nixon. Empiezo a moverme, pero los brazos de Miguel me rodean y me atraen hacia su pecho.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirándole por encima del hombro mientras intento zafarme de su agarre.

—¿Qué parece que estoy haciendo? Defendiendo mi territorio.

Se me revuelve el estómago ante la posesividad de sus palabras. Algo me dice que esto no tiene nada que ver con el fútbol, y no sé muy bien cómo sentirme al respecto.

Al contrario que yo, Hayden no tuvo ningún problema en atravesar la defensa, ganándonos diez yardas.

El primer cuarto es tan intenso que por un segundo me pregunto si de algún modo hemos acabado en la NFL en lugar de en el patio trasero de Emmett, pero no, seguimos donde deberíamos estar. Somos los primeros en marcar una anotación , pero al final, el equipo de Miguel ha igualado el marcador.

El segundo cuarto es muy parecido. Miguel pasa por delante de mí y anota en el primer intento, pero entonces conseguimos contraatacar, gracias a Lucas y a mí. Lucas me choca los puños y Nico me choca los cinco, pero cuando me doy la vuelta, veo que Miguel nos mira con el

ceño fruncido desde lejos.

Después de eso, las cosas se ponen feas.

Miguel me vigila como un halcón. Y me está tocando. Cada vez que puede. Aunque sé lo que va a pasar, no puedo resistir la forma en que esos dedos callosos recorren mi piel. O detener la reacción de mi cuerpo a él.

Y él lo sabe.

Lo sabe, joder.

Miguel se levanta de un salto, con una sonrisa de satisfacción en la boca, después de derribarme al suelo por enésima vez. Me echa una mano, pero yo le fulmino con la mirada y me pongo en pie, sacudiéndome el polvo del culo mientras vuelvo a mi equipo.

—Tenemos que conseguirlo si queremos ganar —murmura Hayden mientras nuestro equipo se agrupa.

—Buena suerte con eso, Miguel ha sido un grano en el culo. —Lucas mira por encima del hombro y veo al otro equipo discutiendo su estrategia.

—El tipo probablemente piensa que está jugando en los profesionales.

—Bueno, está jugando como profesional —señala Jamie—. No es su problema que hayas estado tanto tiempo fuera del juego.

Lucas le empuja.

—Cállate, Jamie.

Me meto entre ellos.

—Vale, lánzame el balón.

—¿Tú? —El escepticismo de Lucas es claro—. Te ha estado dando por culo todo este tiempo.

Mis labios se aprietan en una línea apretada, pero antes de que pueda decir nada, Hayden le da una bofetada en la cabeza.

—Si ella dice que le des el balón, dale el balón.

Callie, que ha sido una especie de árbitro todo este tiempo, hace sonar el silbato.

—¡Última jugada!

—Hora de apresurarse gente. Me está dando hambre —grita Emmett.

Pongo los ojos en blanco y algunas personas le abuchean cuando nos ponemos en la cola.

Miguel me dedica una sonrisa cegadora.

—¿Lista para perder, Roja?

—En tus sueños.

—Mhmm… Eso podría arreglarse.

Imbécil arrogante.

—¿Crees que te las sabes todas? —Le sonrío mientras me balanceo sobre las puntas de los pies.

Jamie le pasa el balón a Nixon y yo empiezo a correr. Miguel se lanza hacia mí, pero consigo agacharme a la derecha y escaparme de su alcance. Nixon lanza el balón, que cae perfectamente en mis brazos, así que corro hacia nuestra improvisada zona de anotación. La gente me aclama desde la banda, y mi pelo se agita a mi alrededor cuando me doy la vuelta y veo a Miguel justo detrás de mí.

—¿Esto es lo mejor que puedes hacer, señor futbolista? —pregunto mientras hago un baile de celebración.

Pero entonces unos brazos fuertes me envuelven y mi cuerpo choca con un pecho duro.

Pecho duro y *desnudo*.

Me expulsa todo el aire de los pulmones mientras me levanta, con los pies colgando en el aire.

—¡Miguel! —grito en señal de protesta, pero lo único que consigo es que me agarre con más fuerza.

—Te lo advertí —me susurra al oído, su voz grave me produce escalofríos.

—Yo no he hecho nada —murmuro—. Bájame.

—No puedo hacer eso, Roja. No querrás que la gente lo vea, ¿verdad?

—¿Qué estás…?

Respiro mientras mi culo roza contra él, su dura longitud encajada entre mis nalgas.

—Oh… —Miro por encima del hombro y separo los labios, sorprendida. Miguel me mira a la boca y maldice en voz baja.

Lo siguiente que recuerdo es que está corriendo conmigo en brazos y, antes de darme cuenta de lo que ocurre, ya estamos en el aire. Le agarro con más fuerza y caemos al lago con un gran chapoteo. El agua fría me sacude. Me recorre un escalofrío, pero unas manos fuertes y cálidas no me sueltan.

Juntos nadamos hacia la superficie. El cabello se me encrespa en la cara mientras aspiro largamente y pataleo para mantenerme a flote.

—¿Estás loco? —Me echo el cabello hacia atrás y me giro para mirarle.

—¿Qué? —Miguel se ríe—. Estaba haciendo calor ahí fuera.

—Te daré calor. —Le empujo hacia atrás, su risa me sigue mientras nado hasta la orilla y salgo del agua.

—¿De qué iba eso? —Kate se une a mí.

Mierda. Sabía que esto pasaría. Lo mataré.

Con una sonrisa inocente en los labios, agarro la toalla de la silla y me la pongo sobre los hombros.

—¿Qué?

Entorna los ojos hacia mí.

—¿Tú y Miguel?

—Me estaba provocando con lo del partido. —Me encojo de hombros y trato de disimular, pero si me baso en el escepticismo que destilan todas las palabras de Kate, no se lo cree.

—Más bien estuvo encima de ti desde que empezó el partido.

En cuanto le ponga las manos encima…

—Te estás imaginando cosas. —Sacudo la cabeza—. ¿Podemos hablar de otra cosa? En realidad, quería ver qué te parece el montaje de mañana. —Señalo a ambos lados del muelle—. Estaba pensando en acomodar las sillas aquí, y luego…

Kate desvía su atención hacia lo que estoy describiendo, asiente y aporta algunas de sus propias ideas. Sus amigas y Penelope se unen a nosotros a mitad de la conversación y se ofrecen a venir mañana por la mañana para ayudarme con el montaje.

Afortunadamente, ninguno de ellos vuelve a mencionar a Miguel.

Problema resuelto, al menos por ahora.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Miguel

—Miguel, ¿tienes preparado el discurso de mañana? —me pregunta Timothy cuando estamos en la terraza después de cenar, con la fogata crepitando en la noche, como en los viejos tiempos.

—Sí, ¿qué has preparado? Sabes que esa es la parte más importante de la velada —interviene Jamie cuando la servilleta hecha una bola le golpea en la cabeza—. ¡*Ay!* ¿A qué ha venido eso?

—¿Qué parte más importante de la noche? —Emmett refunfuña—. Lo más importante de mañana será ponerle un anillo a mi prometida y por fin poder llamarla mi mujer.

Los chicos empiezan a reírse.

—Eres un tonto, Santiago —se burla Nixon.

—Lo dice el tipo que nos hizo organizar una boda improvisada a los pocos días de pedirle matrimonio a su novia porque no quería esperar.

—Touché. —Nixon levanta su cerveza, una sonrisa curvando sus labios—. Pero puedo llamarla mi mujer.

Siguen hablando de sus novias y esposas, y no se me escapa el hecho de que parecen tan… felices. Más que eso, parecen contentos. Como si por fin hubieran encontrado su lugar en la vida, y fuera al lado de estas mujeres. Nixon y Timothy estaban casados, y ahora Emmett estaba a punto de casarse, mientras que Hayden estaba en una relación comprometida.

Todo el mundo sentaba la cabeza: acababan la carrera, se casaban, tenían hijos. Yo también hacía eso. Bueno, en parte, pero cuanto más tiempo pasaba aquí, rodeada de mis amigos, más inquieta me sentía. Como si me faltara una parte intrínseca de mí.

Las risas procedentes de la casa llaman mi atención. Rebecca hace pasar a las chicas al salón una vez que hemos terminado de cenar para lo que ella llama una despedida de soltera. No tenía ni idea de en qué consistía, pero llevan allí desde hace una hora, si no más.

Observo momentáneamente la habitación iluminada, mi mente se arremolina con diferentes emociones, la mayoría de las cuales no estoy segura de querer nombrar. Lo único que sé es que mis pies rebotan de nervios y me siento inquieta.

Antes de que pueda pensarlo demasiado, me pongo de pie.

—Me voy al baño —le digo a nadie en particular.

Tal vez si estiro las piernas, parte de esa tensión reprimida abandonará mi cuerpo.

—Si yo fuera tú, me aseguraría de mantenerme alejado de la novia porque si se entera…

—¿Si la novia descubre qué? —pregunta Kate, uniéndose a nosotras con el resto de las chicas.

Echo un vistazo al grupo, conteniendo la respiración mientras espero ver a la conocida pelirroja, pero no está.

¿Ya se ha ido?

—Que voy a ir al baño —me apresuro a decir, lanzándole a Timothy una mirada asesina mientras su mujer se sienta en su regazo y él la rodea con los brazos—. Ahora, si me disculpas.

Por suerte, están demasiado distraídos con sus parejas como para prestarme mucha atención. Me dirijo hacia la casa y, de repente, veo dos figuras en el porche trasero. La tenue luz del salón me permite reconocerlas.

Rebecca y Nico.

Me detengo, aprieto los dedos y los cierro en puños mientras observo desde la oscuridad la conversación de los dos, esa sensación de inquietud contra la que he estado luchando todo el día y que ahora se hace aún más fuerte. Intento escuchar su conversación, pero sus voces son

demasiado suaves para que pueda distinguir de qué están hablando.

La sangre que corre por mis venas resuena en mis tímpanos mientras los veo juntos durante lo que parece una eternidad. En serio, ¿de qué tienen que hablar tanto? Entonces él se inclina y rodea los hombros de Rebecca con sus brazos para abrazarla.

Juro que el momento dura una eternidad antes de que finalmente se suelte.

Gracias, joder.

Entonces baja las escaleras y yo me aparto para que no me vea allí de pie. Solo cuando se ha alejado lo suficiente, salgo de las sombras y mi mirada encuentra a Rebecca de pie en el porche, con el teléfono en la oreja.

Me acerco para escuchar la conversación.

—No te estoy controlando —deja escapar un suspiro, seguido de una breve pausa—, sólo quería asegurarme de que todo va bien, eso es todo. —Otra pausa—. Bien, volveré con mis amigos. Intenta no divertirte demasiado. Dios te libre de divertirte.

Cuelga la llamada, sacude la cabeza y murmura para sí:

—Me va a matar.

Mete el teléfono en el bolso y lo deja caer sobre la mesa antes de apoyar las palmas de las manos en la barandilla. La miro observar el cielo y me quedo absorto.

La expresión contemplativa de su rostro.

La forma en que la luz de la luna resalta el rojo de su cabello.

La curva de su boca mientras se muerde el labio inferior.

Empujando hacia atrás, se baja del porche.

Me pongo delante de ella justo cuando levanta la vista y separa los labios, sorprendida. Alargo la mano y rodeo su muñeca con los dedos. Miro a mi alrededor, asegurándome de que estamos solos, antes de tirar de ella hacia el lateral de la casa y los árboles cercanos.

—¡Miguel! —Rebeca sisea suavemente una vez que estamos lo suficientemente lejos de la casa—. ¿Qué estás haciendo?

—Vamos a hablar —digo uniformemente, mirando a nuestro alrededor. Contento con el lugar, me vuelvo hacia ella.

—¿Estás loca?

—¿Qué demonios quería esta vez el señor Bueno y Fiable? —Le corto, la irritación que había estado acumulando desde que volví a Bluebonnet finalmente hirviendo.

—¿Perdona? —Me quita la mano de encima y se frota la piel de la muñeca con los dedos.

—¿Qué quería Nico? —repito, más despacio esta vez. Cruzo la distancia que nos separa, lo que solo la hace retroceder hasta chocar con un árbol.

—¿Cuál es tu problema con Nico, de todas las personas? Solían ser amigos.

—Eso fue antes de que quisiera tomar lo que es mío. —Las palabras salen de mi lengua antes de que pueda detenerlas.

—¿Qué? —Los ojos de Rebecca se abren de sorpresa y se queda con la boca abierta.

—Te dije antes que no me gusta ver las manos de otro hombre sobre ti.

Me acerco más y apoyo las palmas de las manos en el árbol, a ambos lados de su cara. Los latidos de mi corazón se aceleran en mi pecho cuando el aroma a rosas llega a mis fosas nasales.

—Miguel…

Rebecca extiende la mano y sus dedos rozan mi pecho.

Una parte de mí espera que me empuje, pero en lugar de eso, sus dedos se quedan ahí. No me tocan del todo, pero tampoco se apartan.

—¿Hmm? —susurro mientras me inclino más cerca, la punta de mi nariz rozando el lado de

su cuello.

Desde que nos zambullimos en el lago, su cabello se secó al aire y ahora era un revoltijo de rizos esparcidos por la cabeza. Salvaje e indomable, como la mujer que tenía delante.

Mi garganta se sacude mientras trago, mi boca presiona suavemente su punto de pulso, saboreando su piel sedosa.

Rebecca suelta un suspiro tembloroso, su cuerpo se estremece entre mis brazos.

Esos dedos delgados se enroscan alrededor de mi camisa. Siento los latidos de su corazón, que coinciden con los míos, y vuelvo a apretar mi boca contra él.

Tan dulce.

—No deberíamos estar haciendo esto —susurra.

Sus palabras son como un cubo de agua helada arrojado sobre mi cabeza. Mi cuerpo se queda inmóvil por un momento.

—¿Por qué demonios no?

Ella levanta la mirada, esos hermosos ojos color avellana cargados de necesidad.

—Porque hemos roto.

A la mierda con esto.

Dando un paso más, mi cuerpo roza el suyo.

—¿Se siente como si hubiéramos roto?

Su agarre de mi camisa se hace más fuerte mientras sus ojos se dirigen a mi boca.

—Porque si es así, sólo tienes que decirlo. —Mis dedos se deslizan bajo su barbilla y la levanto para que sus ojos se encuentren con los míos—. Una palabra, Roja, y te dejaré en paz.

El tiempo pasa y el silencio se alarga, la tensión entre nosotros es tan densa que podría cortarse con un cuchillo.

Como no dice nada, empiezo a dar un paso atrás, pero sus dedos aprietan más fuerte mi camisa y me atrae hacia ella, su boca encuentra la mía.

Joder.

Sabe exactamente igual que la primera vez que la besé.

Como si ella fuera el principio y el final y todo lo que hay en medio.

Como en casa, joder.

Gimiendo suavemente, mi mano se desliza hasta su nuca y sus dedos se enredan en su pelo mientras la atraigo hacia mí y mi boca se desliza sobre la suya mientras la apoyo contra el árbol. Nuestros cuerpos se presionan como dos piezas de un rompecabezas que encajan.

Siempre ha sido así, y los últimos tres años no habían cambiado nada. Rebecca Williams está hecha para mí, y ni la distancia ni nada podrá cambiarlo jamás.

Los brazos de Rebecca me rodean los hombros. Por un momento pienso que me va a empujar, que me va a mandar a la mierda, pero en lugar de eso, tira de mí para que me acerque.

Suelto un suave gemido cuando su pierna se levanta, se engancha detrás de mi rodilla, sus palmas se deslizan por mi espalda mientras me devuelve el beso.

Le pellizco el labio inferior, aprieto el pelo con los dedos y le inclino la cabeza, metiéndole la lengua en la boca.

—Joder, ¿cómo es posible que sepas tan jodidamente perfecta? ¿Sentirte tan jodidamente perfecta? —susurro contra su piel, mi boca salpica besos por el lateral de su cuello mientras sus dedos se enredan en mi pelo, tirando de mí.

Mis dientes rozan el pliegue de su hombro y noto cómo se me pone la carne de gallina cuando suelta un suspiro tembloroso—: Miguel…

Se mueve, mi pierna se desliza entre las suyas, y noto su calor presionando mi rodilla

mientras mueve las caderas, buscando su liberación.

Le subo la pierna y mi mano se desliza hasta la parte baja de su espalda, deslizándose entre los diminutos tirantes que sujetan su vestido para que pueda sentir toda esa gloriosa y cálida piel. La ayudo a estabilizarse mientras persigue el subidón.

Es como el instituto otra vez, pero joder, no había nada mejor que verla correrse abajo gracias a mí.

Siente los ojos pesados, las pupilas dilatadas, y sé que está cerca.

—Puedes decir lo que quieras, Roja —jadeo, con la frente apretada contra la suya. Estaba tan empalmado que apenas podía ver bien, pero quería verla correrse primero—. Puedes intentar razonar, pero tú y yo sabemos que estás hecha para mí. Esto es inevitable. Somos inevitables.

—Hasta el momento en que te vayas.

No hay acusación en su tono, sólo los hechos. Y quizá eso es lo que más duele. Porque yo me voy, y sé que, aunque han pasado tres años, nada ha cambiado. Ella sigue sin irse conmigo, sin poder acompañarme. Y, sin embargo, ninguno de los dos se detiene.

—Pero tal vez podamos tener este momento —dice suavemente—. Una especie de cierre. Dios sabe que no lo conseguimos la primera vez.

No quiero un cierre. La quiero a ella. A toda ella. Pero si eso no es posible, tomaré la siguiente mejor opción.

Aceptaría cualquier cosa que ella quisiera darme porque ella es lo único que importa.

—¿Y cómo funcionaría eso?

—Así. —Ella inclina la cabeza, su boca me presiona el cuello mientras su pierna me rodea por el medio, acercándonos. Su vestido se levanta y mi polla dura se encaja entre sus muslos. —Momentos robados en los que nos perdemos el uno en el otro y olvidamos el resto del mundo.

Eso es lo que tiene mal. Estoy perdido sin ella. Estos últimos tres años me he sentido como si caminara solo en un túnel oscuro e interminable sin salida. Regresar. Verla de nuevo. Es como si finalmente pudiera ver la luz al final.

—Puedo trabajar con eso.

Me inclino, dispuesto a dejar de hablar, pero ella me presiona la boca con el dedo.

—Pero nadie puede saberlo.

Eso me hace fruncir el ceño.

—¿Qué?

—Tómalo o déjalo, Fernandez.

¿Quiere ocultar esto? Sea lo que sea. ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Todo lo que hemos pasado?

A pesar de toda su bravuconería, veo que se muerde nerviosamente el interior de la mejilla mientras me observa.

—¿Cuál será?

Pero ¿por qué no iba a querer ocultarlo? Me iba a ir más pronto que tarde. ¿Realmente podía juzgarla por ello?

—Bien, nadie lo sabrá.

Apartando su mano, sello mi boca sobre la suya en un beso fuerte. Nos movemos frenéticamente. Sus manos recorren mi cuerpo, sus caderas se encuentran con las mías y nuestras lenguas se enredan como si pudieran separarnos en cualquier momento.

Deslizo la mano entre nuestros cuerpos, le bajo las bragas y hundo los dedos en su calor húmedo.

Aspira mientras mis dedos se deslizan en su interior sin apenas oponer resistencia.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente.

Rebecca sacude la cabeza.

—No pares.

—De ninguna manera, Roja. —Saco los dedos antes de hundirlos más, con el talón de la palma presionando su clítoris—. Primero, te vas a correr en mis dedos, y luego te voy a follar tan profundo que no podrás caminar erguida.

Si todo lo que podemos tener es un secreto, que así sea, pero me aseguraré de que lo recuerde. Me aseguraré de que incluso cuando me haya ido, piense en este momento. En nosotros. En *mí*.

Me inclino y le chupo el pezón mientras le meto los dedos en el coño. Rebecca responde a mis embestidas, clavándome los dedos en la espalda con tanta fuerza que estoy seguro de que me dejará marcas.

Muerdo suavemente su pezón, lamiendo el escozor mientras froto el sensible capullo. Su coño se aprieta contra mis dedos como una mordaza y suelta un fuerte gemido.

—Miguel, voy a co…

Sus ojos se abren de par en par mientras aprieto mi mano contra su boca, amortiguando el sonido mientras su cuerpo se estremece por el orgasmo.

—No querrás que nuestros amigos te oigan y vengan a buscarte, ¿verdad?

Sus ojos se abren de par en par, pero el agarre de mi dedo se endurece aún más ante la idea de ser atrapada. Levanto la comisura de los labios con una sonrisa burlona mientras la ayudo a cabalgar a través de ella, con todo mi cuerpo tentado por la necesidad de hundirme en su interior.

Saco los dedos y le doy la vuelta. Mi mano libre se desliza hasta su vientre y la aprieta contra mí mientras apoyo la barbilla en su hombro.

—¿Ves lo que me haces, Roja? —Pregunto, presionando mi dura polla contra la curva de su culo—. ¿El poder que tienes sobre mí? Incluso después de todo este tiempo, haré cualquier cosa que me pidas, sin importarme lo que quiera, sólo para tenerte.

Mira por encima de su hombro, el calor aún arde en sus ojos color avellana.

—¿Entonces por qué no estás dentro de mí?

No necesito que me lo digan dos veces.

Empujo hacia delante, mi polla se desliza dentro de ella hasta la empuñadura. Ella gime, y su culo me aprieta con más fuerza.

—Abre. —Presiono mis dedos contra su boca—. Quiero que te pruebes. —Sus labios se separan, su lengua se desliza sobre ellos tentativamente—. ¿Ves lo ardiente que eres para mí? ¿Qué dulce? La próxima vez enterraré mi cabeza entre esos muslos y no pararé hasta que te corras en mi lengua—. La penetro más profundamente, sus piernas tiemblan, no estoy seguro si por las palabras o por el hecho de que estoy completamente dentro de ella—. Pero tendrá que ser en un sitio donde estemos solos, porque quiero oírte gritar mi nombre. No podemos tener eso aquí, ¿verdad?

Rebecca sacude la cabeza en silencio.

Froto mi mejilla contra su cuello, mis dedos suben y aprietan una de sus tetas.

—Buena chica —susurro mientras mis embestidas se vuelven más fuertes.

Mi polla se estremece, la presión en la parte posterior de mi columna aumenta. Estaba cerca, muy cerca, pero era imposible que me corriera sin ella.

—Frótate el clítoris —gruño contra su oído mientras mis dedos le pellizcan el pezón.

Rebecca suelta un gemido, pero hace lo que le digo, sus dedos frotan ese manojo de nervios mientras me hundo más y más.

Le saco los dedos de la boca y sus ojos se cierran mientras otra oleada de placer la penetra, haciendo que su cuerpo se estremezca de placer. Le acaricio la mejilla, la giro hacia mí y sello mi boca contra la suya, ahogando nuestros gemidos mientras me corro dentro de ella.

Rompo el beso y apoyo la mano en el árbol, intentando no aplastarla con mi peso. Nos quedamos así, envueltos en nuestros cuerpos sudorosos mientras recuperamos el aliento.

Los dedos de Rebecca se entrelazan con los míos en su medio.

—Deberíamos volver antes de que alguien venga a buscarnos —susurra, rompiendo el silencio.

La agarro con fuerza, no quiero interrumpir el momento, aunque sé que tiene razón. La gente empezaría a hacer preguntas si no aparecemos. Ya llevamos mucho tiempo fuera.

Suelto un suspiro y aprieto la boca contra el costado de su cara, permitiéndome aspirar su dulce aroma una última vez antes de obligarme a dar un paso atrás.

Le doy la vuelta y la ayudo a ponerse la ropa en su sitio antes de hacer lo mismo yo.

—Tú primero.

Rebecca asiente, pasándose los dedos por el pelo alborotado. Con una última mirada en mi dirección, empieza a caminar hacia las luces.

La persigo con la mirada hasta que la pierdo de vista.

¿Esto es una locura? ¿Estamos locos?

Mientras una parte de mí se siente saciada, la otra quiere correr tras ella, agarrarla de la mano y llevarla a algún sitio donde estuviéramos los dos solos y no dejarla marchar nunca.

Echo la cabeza hacia atrás, me froto la cara con la mano y me pellizco el puente de la nariz. Todavía puedo olerla en mi mano. Todavía siento cómo me agarraba con tanta fuerza, como si no quisiera soltarme nunca.

—*Joder*.

¿Cómo demonios voy a volver ahora con nuestros amigos y fingir que no había pasado nada? ¿Fingir que no estaba hace unos minutos enterrado tan profundamente dentro de ella que no serías capaz de decir dónde acababa uno de nosotros y empezaba el otro?

Sacudo la cabeza e intento alejar esos pensamientos de mi mente. Unirme a nuestros amigos con una polla abultando mi bañador no ayudará en absoluto.

Pensando que le he dado tiempo suficiente, voy tras ella. Cuanto más me acerco al claro, más fuerte suena la música y también la luz. Levanto la mirada cuando entro en el patio trasero y me encuentro a Rebeca allí de pie. Está de espaldas a mí, así que no me ve, pero Kate sí.

Lentamente desvía su atención por encima del hombro de Rebecca. Levanta las cejas y mueve la comisura de los labios mientras me mira a mí y luego a Rebeca.

—Bueno, hola, Miguel. Nos preguntábamos dónde estaban.

Mierda.

Estamos tan jodidamente atrapados.

Poniendo una expresión neutra en mi cara, levanto el hombro.

—He ido a regar hacer del uno.

Kate sonríe con complicidad.

—¿En el bosque?

—Sí, el baño estaba ocupado.

—Mhmmm, el baño estaba ocupado —repite Kate—. Es curioso que no los viera a ninguno de las dos aquí hace unos minutos cuando vine a usar el baño.

—Te estás imaginando cosas, Kate. —Rebecca sacude la cabeza—. Me voy a tomar algo.

Mi mirada se clava en su espalda mientras corre hacia el resto del grupo. Cuando me doy la

vuelta, encuentro a Kate observándome atentamente.

—Más vale que sepas lo que haces, Fernandez, porque si le rompes el corazón…

Con una última mirada de advertencia, sigue a su mejor amiga.

Puedo entender su preocupación, pero no es necesaria.

Ambos sabemos en qué nos metemos y lo que nos jugamos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Rebecca

—Te ves como una mierda.

Salto al oír la suave voz de mi hermano y me giro para encontrarlo de pie en la puerta. Para ser un hombre que mide un metro ochenta y cinco de puro músculo con un perro gigantesco a su lado, se mueven como dos fantasmas.

—Me has asustado. ¿Qué haces levantado?

Las cejas de Chase se fruncen mientras sus ojos se concentran en mi boca, con la cabeza inclinada hacia mí.

Chase suelta un gruñido y se encoge de hombros.

—La mejor pregunta es: ¿qué haces levantada? No llegaste a casa hasta las dos.

Lo que significa que probablemente estaba despierto porque no podía dormir. Otra vez. Pero entonces, yo tenía exactamente el mismo problema, aunque por razones muy diferentes.

—Hay mucho que hacer antes de la ceremonia, así que voy a salir para ayudar.

Miro por encima de su hombro hacia el silencioso pasillo antes de volver mi atención a Chase.

—¿Tienen todo organizado?

Estos últimos días, sentía que apenas estaba presente, y lo odiaba. Chase aún no estaba completamente curado, y mamá era… Bueno, mamá. Estaba perdida en su propia mente la mayoría de las veces.

—Vete. —Una mano se posa en mi hombro, dándome un firme apretón, pero luego, casi con la misma rapidez, la aparta—. Tengo esto bajo control.

—Vale, pero llama si necesitas algo. —Recojo mi termo lleno de café y la bolsa antes de escabullirme por la puerta.

Como mi camioneta sigue en el taller, decido ir andando a casa de Kate y Emmett. Por suerte, aún es temprano, así que todavía no hace demasiado calor. Supongo que había algo positivo en no poder dormir.

Uno pensaría que tener sexo aliviaría parte de esa tensión contenida que se ha ido acumulando dentro de mí durante las últimas semanas, pero sólo me hizo sentir más tensa. Toda la situación es desconcertante. La forma en que Miguel conoce mi cuerpo. Lo bien que puede hacerme sentir con la más mínima caricia. Cómo sabe hasta dónde puede presionarme para conseguir lo que quiere.

Han pasado años. No debería conocerme tan bien, y sin embargo me conoce, y no sé cómo me siento al respecto. ¿Debería siquiera pensar tanto en ello? Él mismo lo dijo: está aquí para la boda, y luego se irá, y mi vida volverá a ser lo que era.

Por fin veo la casa de Kate y Emmett, así que aparto todos esos pensamientos y me centro en lo esencial: la boda.

Por suerte, limpiamos la mayoría de los restos de la fiesta de anoche antes de irnos, así que todo está listo para el montaje.

Me meto en el cobertizo, saco las cajas de adornos que hemos hecho y me pongo manos a la obra.

Pienso en empezar por el arco, ya que es la parte más importante de la ceremonia. Arrastro la caja tras de mí, la pongo sobre el muelle y empiezo a sacar el tul. El material, de color amarillo pálido, tiene un poco de purpurina, por lo que brilla maravillosamente bajo la luz brillante. Por un momento, miro el arco, intentando averiguar cuál es el mejor plan de ataque, mientras

compruebo la imagen de inspiración que Kate ha colgado en su tablón de Pinterest.

—A ver cómo va esto —murmuro para mis adentros, acomodándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Como Emmett fue quien construyó la maldita cosa, tuve que levantarme sobre las puntas de los pies, y, aun así, tuve que tirar el tul por encima.

—Debería haber conseguido una maldita silla.

Pero ahora me da pereza ir a buscarlo, así que repito el proceso, agarro el trozo, me estiro y lo tiro por encima del arco. Cuando termino con la parte superior, me cuesta respirar y me arden las espinillas. Doy un paso atrás y miro mi obra, observando algunas secciones que necesitan arreglos.

Respiro y vuelvo a ponerme de puntillas para hacerlo, pero de repente pierdo el equilibrio.

—*Mier…*

Justo cuando empiezo a caer hacia delante, unos fuertes brazos me rodean por el medio y me atraen hacia un pecho firme.

—¿Quieres ir a nadar antes de la ceremonia? —La voz áspera de Miguel me hace cosquillas en el cuello.

Miro por encima del hombro y mis ojos se encuentran con la oscura profundidad de la mirada de Miguel. Mi corazón se acelera por la casi caída, o quizá por Miguel y su cercanía.

—No te atrevas a dejarme caer.

No tenía tiempo para ir a cambiarme ahora. Había demasiado trabajo que hacer.

A Miguel le retumba el pecho de risa.

—Eso se podría arreglar. Pero en serio, ¿qué estabas haciendo?

—Tratando de decorar este arco, pero la maldita cosa fue construida con gigantes en mente, aparentemente.

Miguel levanta la vista.

—Difícilmente, no es tan alto.

Se mueve un poco, una mano se levanta para tocar la parte superior del arco que sólo tiene un par de pulgadas en él.

—¿Ves?

No, no vi nada porque los dedos de su otra mano, la que aún me envolvía, se habían deslizado bajo mi camisa, rozándome el vientre.

Se me revuelve el estómago y tengo que morderme la mejilla para no hacer ruido.

—¿Cómo lo quieres?

—¿Qué?

—¿El arco? ¿Cómo lo quieres?

El color inunda mis mejillas.

Por supuesto que está preguntando por el arco, Becky. No está preguntando cómo quieres que te devore. No seas tonta.

—Umm… Debería estar ligeramente más apretado en la parte superior.

—¿Así? —murmura, sus dedos trazan círculos sobre mi piel mientras fija el tul con la mano libre.

—Deberías dejarme ir.

Los ojos de Miguel se encuentran con los míos.

—Acabas de decir que no te suelte.

—No dejarme caer en el lago —corrijo—. Pero ya estoy bien. Además, podría venir alguien.

Lo último que necesitamos es que alguien nos vea así. Ya es bastante malo que Kate nos

pillara cuando volvíamos a la fiesta después de lo ocurrido en el bosque. Ya sospechaba bastante.

Un destello de irritación parpadea en su rostro, pero desaparece tan pronto como aparece.

—Bien, pero tienes que besarme primero.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Qué?

¿Qué parte de nadie puede vernos no entiende?

—Bésame —repite Miguel, con el desafío brillando tan claro como el día en sus iris—. Una especie de pago, para que pueda seguir portándome bien hoy. Eso es lo que quieres, ¿no? Que me porte bien para que nadie sospeche que estamos saliendo a sus espaldas.

—Miguel…

Me da la vuelta y me agarra por las caderas.

—Aquí no hay nadie, Roja. Sólo tú y yo, pero si no te das prisa…

A este hombre le gustaba mucho jugar con fuego.

Pero ¿realmente tengo elección?

Excusas, excusas, canta la vocecita en el fondo de mi cabeza, pero la ignoro.

Me levanto sobre las puntas de los pies, planeando darle un pequeño picotazo en la comisura de los labios. Después de todo, no me especificó cómo ni dónde debía besarle, pero en el momento en que mis labios rozan su boca, gira la cabeza y su boca cae con fuerza sobre la mía.

Me tiemblan las rodillas por la intensidad de su beso, por la pura necesidad que grita a cada paso de su boca. Apoyo las manos en su pecho, necesito estabilizarme cuando se retira y me deja sin aliento.

Abro los ojos y capto su lengua deslizándose sobre el labio inferior, como si intentara saborear la sensación de nuestro beso.

Y maldita sea, ahora quiero más.

Quiero rasgar esa camisa y sentir los músculos firmes bajo las yemas de mis dedos y cobrar esa promesa que me hizo ayer en el bosque. Luego quise ponerme de rodillas y volverlo loco de necesidad, igual que él me hizo a mí. Quería sentir su le-

—Llegas pronto.

Miguel y yo nos separamos de un salto al oír la voz de Kate.

¿Qué pasa hoy con la gente que se me acerca sigilosamente?

Me doy la vuelta, clavando una mirada severa en mi rostro mientras cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué estás haciendo fuera?

—Te vi desde la ventana y pensé en venir a ver si necesitabas ayuda.

—Lo que necesito es que entres y te relajes. —Le pongo las manos en el hombro y la giro para que esté de cara a la casa, dándole un ligero empujón—. Tengo esto cubierto, y no podemos permitir que Emmett te vea antes de la boda. Trae mala suerte.

Kate mira por encima del hombro.

—Sabes que vivimos juntos, ¿verdad?

—No me importa. No te verá antes de la ceremonia. —Cuando llegamos a la casa, veo a Penélope bajando las escaleras, Henry, su perro guía, a su lado—. Oye, Pens, ¿vigilas a tu hermana? No quiero verla fuera.

—Yo me encargo.

Me detengo en la puerta y cruzo los brazos sobre el pecho.

—No me hagas encerrarte en casa.

Kate me lanza una mirada mordaz.

—Puedes encerrarme todo lo que quieras, pero aún hay ventanas desde las que puedo ver.

Sus palabras me hacen detenerme un momento, pero intento mantener una expresión neutra.

—No hay nada que ver.

—Mhmm… —Kate me mira por encima del hombro—. Nada de nada.

Y cierra la puerta tras de sí.

¿Vio el beso?

Maldita sea, sabía que no debíamos haberlo hecho.

No importa lo bien que se sintiera.

No tengo tiempo de obsesionarme con ello porque una camioneta pasa por el lado de la casa y, muy pronto, el sonido de varias puertas abriéndose y cerrándose llena el patio antes de que Emmett y sus amigos se reúnan con nosotros.

—¿Cómo quieres las sillas, Becky? —Emmett pregunta.

Dejando escapar un suspiro, empiezo a dirigir al grupo, señalando dónde tiene que ir cada cosa antes de volver al arco.

Miguel me mira de pies a cabeza cuando acorto la distancia que nos separa, pero le lanzo una mirada de advertencia antes de pasar al modo de negocios.

Tardamos tres horas largas, pero merece totalmente la pena porque todo el lugar parece sacado de un cuento de hadas.

Los chicos van al porche a tomar una copa mientras yo reviso el montaje, asegurándome de que todo está en su sitio. Contenta con el aspecto de todo, me acerco a la casa y compruebo mi teléfono.

Ni mensajes ni llamadas. Qué sorprendente.

—Entonces, Miguel, ¿acabaste escribiendo el discurso o no? —pregunta Nixon.

Levanto la cabeza justo cuando Miguel se encoge de hombros.

—Voy a improvisar.

—¿Qué harás qué? —Cruzo los brazos sobre el pecho mientras todos los chicos se giran hacia mí.

Miguel levanta los brazos en señal de defensa.

—Oye, a mí no me mires. Emmett dijo que mi discurso no es importante.

Miro a un hombre y a otro, y me rechinan los dientes.

—Más vale que estés de broma. Y tú —le clavo el dedo en el pecho—, más te vale tener listo el discurso, porque si lo estropeas, podría estrangularte. Ahora, si me disculpan, tengo que prepararme para una boda. Y ustedes deberían ir a casa de Emmett y empezar a vestirse. —Arrugo la nariz al pasar junto a ellos—. Y quizá darme una ducha.

La maquilladora está dando los últimos retoques a la cara de Kate cuando llaman suavemente a la puerta y su tía se asoma con una sonrisa tímida en los labios.

—¿Estás lista?

Kate le hace señas para que entre.

—Pasa. Estoy a punto de ponerme el vestido.

Mabel mira por encima del hombro.

—Oh, iré a buscar a tu…

Antes de que pueda terminar, Kate sacude la cabeza.

—Te quiero, tía Mabel.

Kate no tiene la mejor relación con su madre, tanto que cuando estaba en el penúltimo año del instituto decidió mudarse a Bluebonnet con su hermana, así que no era de extrañar que prefiriera que su tía la ayudara a arreglarse en su lugar.

Mabel entra en la habitación casi tímidamente, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. —Kate le toma la mano y tira de ella hacia dentro—. Has sido más madre para Penny y para mí en los últimos años de lo que nunca fue mamá.

Me muerdo el interior de la mejilla y observo su interacción de reojo, sin querer interrumpir su momento especial. Las emociones se arremolinan en mi interior al ver cómo Kate toma las manos de su tía entre las suyas. Me siento agradecida por esa mujer que me abrió las puertas de su casa y me regaló a una de mis mejores amigas. También me alegro de que Kate tuviera a alguien como Mabel Adams a su lado. Pero, si era realmente sincera, también sentía celos, porque sabía que si llegaba el día en que me casara, nunca tendría este momento. Mamá no tendría la oportunidad de ayudarme a ponerme el vestido de novia. Papá no me acompañará al altar ni bailará conmigo.

Sintiéndome como una intrusa, me doy la vuelta, parpadeando las lágrimas que se han acumulado en mis ojos mientras me dirijo hacia el armario, sacando la bolsa con el vestido de novia.

Kate debe oírme porque se da la vuelta y yo le esbozo una sonrisa:

—¿Estás lista?

Ella asiente y suelta un suspiro tembloroso.

—Estoy lista.

Sujeto la bolsa mientras la señorita Adams abre la cremallera y saca el vestido. Se le llenan los ojos de lágrimas al verlo por primera vez.

—Kate, esto es hermoso.

Entre las dos ayudamos a Kate a ponerse el vestido y a abotonarlo. Mientras tanto, oía el familiar *chasquido* de la cámara cuando Jade, otra de las amigas de Kate de Blairwood, hace las fotos.

Una vez que terminamos, doy un paso atrás y casi choco con Penny.

—Lo siento, Pens.

—No te preocupes.

Kate se da la vuelta y contempla a su hermana, agarrándola de las manos para acercarla.

—Estás preciosa, Penny.

—Bueno, hoy eres tú la que tiene que estar guapa, no yo —suelta Penny con una suave risita mientras Kate le pone las manos en la cintura, dejándole sentir el delicado diseño del encaje.

—Oh, está impresionante. Hoy todas las miradas estarán puestas en ella —le digo a mi mejor amiga con una sonrisa de complicidad.

—El vestido es precioso, tal y como yo quería. Y la estilista y maquillista hicieron un trabajo increíble. Me recogieron el cabello en un moño bajo y me añadieron ese postizo que encontraste —explica Kate.

Penelope inclina la cabeza hacia un lado, sus dedos rozan el delicado encaje del vestido de Kate, intentando imaginar cómo le quedaría.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Emmett va a enloquecer de una forma u otra. Podrías salir en un saco de papas, y ese hombre se casaría contigo.

—¡Penelope Adams! —La señorita Mabel me reprende.

—¿Qué? —Penelope se encoge de hombros, sin inmutarse lo más mínimo—. Es verdad, y lo sabes. Seguiría pensando que es la mujer más hermosa del mundo.

En eso tiene toda la razón. A Emmett no le importa lo más mínimo lo que lleve Kate; sólo quiere que se casen de una vez.

Kate apoya la cabeza en el hombro de Penny y suelta un suave suspiro.

—Es el mejor.

El obturador sigue sonando en el fondo, capturando el momento, pero entonces, llaman de nuevo a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto inmediatamente—. Juro que, si es Emmett, voy a…

—Bradley.

—Ah. —Corro hacia la puerta y me asomo para asegurarme de que el padre de Kate está solo antes de dejarle entrar.

Me hago a un lado mientras veo a Kate compartir este momento con su familia, ese apretón de tornillo que me aprieta el corazón mientras lucho con el diablillo verde sentado en mi hombro.

En lugar de eso, intento centrarme en cosas prácticas. Me ocupo de Kate, me aseguro de que cada cabello esté en su sitio, de que su maquillaje sea impecable y de que su vestido esté impoluto.

Sólo entonces rozo con mi mano su codo.

—Caminaré con Penny escaleras abajo.

Kate me sonríe.

—Gracias, Becky.

Asiento y espero a que Penny le dé la orden a Henry. Juntos, bajamos las escaleras y agarro el arnés que he decorado antes. Todo el mundo se está alistando, así que, por supuesto, tenemos que hacer lo mismo con él.

—Están absolutamente adorables —le digo mientras me aseguro de que todo está bien atado —. ¿Estás nerviosa?

—Gracias. Y un poco —admite—. Con suerte, no tendré un momento de chica ciega delante de todos los invitados.

—¿Quieres recorrerlo una vez más? Tenemos tiempo.

Penny niega con la cabeza.

—No, estaremos bien. —Ella frota el pelaje de Henry mientras nos detenemos justo antes de la puerta que conduce al porche trasero—. ¿Verdad, Henry?

El perro le lame la palma tranquilizadoramente.

Pronto se nos unen Kate y Bradley, y la música no tarda en empezar. Penny aspira un largo suspiro mientras levanta la barbilla y le da a Henry la orden de avanzar.

—¿Qué te pasa? —pregunto en voz baja.

Kate aparta la mirada de su hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir —le dirijo una mirada mordaz—. ¿En serio creías que no me había dado cuenta de que te escabulliste al baño hoy temprano?

—¿Qué? —vuelve a centrar su atención en Penelope, pero no me pierdo el destello de pánico en su rostro.

—Y dos veces anoche en la fiesta —señalo.

—¿Y qué? —Se encoge de hombros, tratando de disimular. Pero sigue evitando mi mirada —. Estoy nerviosa.

¿A quién intenta engañar?

—¿Nerviosa por casarte con el amor de tu vida que te trata como a una maldita princesa? Sí, claro. Inténtalo de nuevo.

—No es la boda. Es el hecho de que seré el centro de atención. —Me da un empujoncito cuando cambia la música—. Ese eres tú.

Entrecierro ligeramente los ojos.

—No hemos terminado, señorita.

Aprieto con fuerza las manos alrededor del ramo de flores mientras avanzo por el improvisado pasillo. Los nervios me invaden en cuanto me pongo delante de todos. No sé por qué, porque ya conozco a la mayoría. Ni siquiera están aquí por mí.

Sin embargo, mi estómago no se enteró porque lo noté rodar incómodo.

Contrólate, Becky. Es sólo un paseo rápido por el pasillo entre gente que ya conoces.

Pongo una pierna delante de la otra, toda mi atención en el destino que tengo delante. Lo que resulta ser una mala idea porque mis ojos se posan en Miguel, cuya mirada ya está clavada en mí. La intensidad de sus ojos me hace un nudo en la garganta.

Dios, está tan guapo; debería ser ilegal.

Si se vestía así para sus partidos, me sorprendía que alguna chica de ciudad no se lo hubiera arrebatado ya, porque ese hombre definitivamente sabía cómo llenar un traje.

La tela oscura se estira sobre sus anchos hombros, la camisa blanca impecable se mete en la cintura de los pantalones que abrazan esos muslos poderosos, con una corbata cuidadosamente anudada alrededor de su cuello.

La corbata que ayudé a Kate a elegir para el padrino.

Mi garganta se sacude mientras trago.

Sé que debería apartar la mirada -lo último que necesito es que alguien se de cuenta de lo que está pasando-, pero no puedo hacerlo. Es como si esos ojos oscuros me tuvieran secuestrada y no puedo apartar la mirada, aunque lo intente.

Así que, en lugar de eso, mis dedos se agarran firmemente a las flores mientras me acerco a cada paso.

Después de todo, ¿dónde se supone que tiene que mirar? Él es el padrino y yo la dama de honor. Eso es todo.

Entonces, ¿por qué siento que la piel me arde bajo su mirada? ¿Por qué quiero apretar los muslos para aliviar un poco el dolor que se acumula en mi interior?

Deseo a este hombre, es cierto. Pero al mismo tiempo, tengo miedo de los sentimientos que evoca en mí.

Me inquieta, me enerva hasta la médula. Tengo la sensación de que me arrepentiré de lo que está pasando, pero ¿cambia algo? No. Porque, como él dijo, somos inevitables, y luchar contra esta atracción entre nosotros es inútil.

Sólo puedo esperar salir indemne de todo este asunto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Miguel

Joder, sigue siendo la mujer más guapa en la que he puesto mis ojos.

Necesito todo lo que hay en mí para mantener la cara seria mientras veo a Rebecca caminar por el pasillo. Se me revuelve el estómago al verla moverse. Sin esfuerzo, como un puto espejismo.

Rebecca lleva un vestido dorado que complementa su cabello castaño rojizo. El tejido parece brillar a la luz del atardecer mientras se desliza por el pasillo. Unos finos tirantes le cubren los hombros y desembocan en un corpiño en forma de corazón. El vestido se ciñe a todas sus curvas y cae hasta el suelo. Tiene una abertura lateral por la que asoma la pierna a cada paso que da y que deja ver unos jodidos tacones rojos. Tacones que quiero sentir clavándose en mi espalda cuando la tenga toda para mí una vez que hubiéramos terminado aquí.

—Eso, amigo mío, es lo que perdiste cuando te marchaste. —Emmett sonríe. Demasiado para ser mi mejor amigo y ponerse de mi parte.

Mi única respuesta es un suave gruñido, que sólo hace que se ría con más ganas.

¿Pero puedo culparle? Toda la situación es un desastre. Los tres hemos sido mejores amigos desde que éramos niños. No quería que abandonara a Rebecca más de lo que ella quería meterse entre nosotros dos.

Esa fue la peor parte de perder a Rebecca. No sólo perdí a mi novia, perdí a mi mejor amiga.

Pero ahora es tuya.

No del todo. No estaba seguro de lo que éramos ni de lo que pasaría, pero sabía que no podía decirle que no.

La amaba incluso antes de *enamorarme* de ella. Me tenía enredado en su dedo, completamente seducido, y empezaba a preguntarme si eso iba a cambiar alguna vez. ¿Habrá alguna vez una mujer por la que sienta más? ¿Alguna mujer que pudiera superar mis sentimientos por Rebecca Williams? ¿Quería siquiera que hubiera una?

Los pensamientos que se arremolinan en mi mente me dan vueltas, así que los aparto de mi mente.

La miro fijamente mientras avanza por el pasillo y se para frente a mí. La música cambia y oigo a la gente levantarse y veo cómo Emmett desvía su atención hacia el frente para ver a su novia. Por el rabillo del ojo, capto la expresión de asombro y amor, tanto amor, que brilla en su rostro. Pero ni siquiera eso me impide mirar a Rebecca por encima del hombro de mi mejor amigo.

Porque mientras todos los demás tienen ojos para los novios, yo no puedo dejar de mirar a la mujer que tengo enfrente.

La ceremonia pasa borrosa. No oigo ni la mitad de lo que dice el ministro, apenas capto el momento en que tengo que entregarles los anillos.

Rebecca sacude la cabeza casi imperceptiblemente, pero veo que la comisura de sus labios se mueve hacia arriba. Me fijo en ese movimiento antes de volver a mirarla, y estoy seguro de que se da cuenta de todas las guarradas que quiero hacerle cuando todo esto acabe, porque sus mejillas se ruborizan.

—Yo los declaro marido y mujer, ya…

Antes de que el ministro pueda terminar, Emmett atrae a su nueva esposa hacia él y su boca se estrella contra la de ella. La sumerge por la espalda y la gente empieza a vitorear a nuestro alrededor.

Al levantar la vista, veo a Rebecca observando a nuestros amigos, con un destello de deseo en la cara. Está ahí una fracción de segundo antes de que lo disimule, pero yo lo he visto, y algo en ello hace que un pinchazo de dolor me atraviese el pecho.

Sin embargo, no tengo tiempo de pensar demasiado en ello porque enseguida nos vemos desbordados por los invitados que vienen a felicitar a los recién casados, y luego están las fotos. Toneladas y toneladas de fotos. Como si las que se hicieron en casa de Emmett antes de la ceremonia no fueran suficientes. Ni siquiera puedo tocar a Rebecca en ellas, porque cada una de nosotras está de pie en lados opuestos, dispuestas como maniquíes por Jade, la hermana de Nixon, mientras entran y salen diferentes personas.

Después de más de dos horas, Jade por fin da por terminada la conversación y podemos unirnos al resto de la fiesta para cenar. Mientras hablo con Emmett y Kate, no dejo de echar miradas furtivas a Rebecca, que hace todo lo posible por ignorarme.

Una vez terminada la cena, me froto las manos contra los costados de las piernas y me pongo en pie, con un vaso en la mano.

—Si me permiten un momento.

La gente se acomoda, los ojos se vuelven hacia nuestra mesa mientras me aclaro la garganta.

—Como amablemente me informó la dama de honor, y si conoces a Becky, sabes que no quieres caerle mal. Créeme. Debería saberlo, ya que he hecho mi parte justa de hacer exactamente eso. —Una suave carcajada se extiende por el lugar mientras miro a la mujer en cuestión. Tiene una ceja levantada y los dedos juguetean con la copa de champán que tiene delante—. De todos modos, aparentemente, como padrino, se espera que dé un discurso esta noche, así que, si no estás de humor para escuchar, te sugiero que te levantes y te vayas.

—¿Quieres terminar de una vez, Fernandez? —pregunta Emmett, lanzándome una servilleta hecha un ovillo—. Quiero ir a bailar con mi mujer. No es que tú sepas nada de eso, ya que tu culo sigue soltero.

Esta vez, la gente estalla en carcajadas, y yo no puedo evitar unirme a ellas.

—Oh, ahora lo has hecho. ¿Sabes qué fue lo primero que hizo tu chico de oro en cuanto vio a Katherine aquí? Se cayó de culo, literalmente, y nada espectacular. Fue una tarde cualquiera de agosto; estábamos en el campo practicando cuando la vio. Justo cuando le lancé el balón de fútbol, le golpeó justo en la cabeza, pero supongo que todos tenemos suerte de que tenga un cráneo muy grueso, ¿verdad? —Más risas. Miro a mi amigo y veo que niega con la cabeza, así que continúo—: Uno se pregunta si habría caído tan fuerte tan rápido de no ser por mí, así que supongo que también soy parte de la razón de su historia de amor. ¿No te parece?

Estallan los vítores de la multitud, y alguien incluso silba, todo el mundo sonríe ampliamente. Veo que Emmett toma la mano de Kate con la suya y acaricia el anillo que le ha puesto en el dedo.

—Lo sé, lo sé. Soy el mejor amigo que podría haber pedido.

—Qué suerte he tenido contigo —comenta Emmett secamente.

—Por supuesto que sí. Pero bromas aparte, nunca he visto a dos personas más perfectas la una para la otra. La mayoría de la gente son niños cuando tienen diecisiete años, y casi nadie piensa en la vida fuera del instituto, pero incluso entonces, Emmett sabía que Kate era su futuro, su vida, y no se desvió de su camino, ni una sola vez. Luchó por su chica y al final la consiguió. —Mi mirada se dirige a Rebecca y veo que sonríe suavemente. Una vez más, siento ese dolor dentro de mi pecho. Nos miramos fijamente, pero entonces recuerdo a toda la gente que está mirando y la promesa que le hice, así que sacudo un poco la cabeza y alzo la copa, volviéndome hacia la multitud—. Por Kate y Emmett. Por muchos años más juntos, llenos de amor. Les deseo

todo lo mejor, chicos.

La gente se une y levanta sus copas en señal de felicitación. Tomo un sorbo de mi bebida mientras me siento y la música vuelve a sonar.

—¿Estás bien? —le pregunta Emmett a Kate—. Estás un poco pálida.

Me vuelvo hacia ellos, observando a Kate, y tiene razón. Incluso con el maquillaje, veo que se le ha ido el color de la cara.

Ella asiente y empuja la silla hacia atrás, corriendo hacia la casa. Emmett maldice y se levanta, pero Rebecca ya está de pie.

—Iré a asegurarme de que está bien —le dice, apretándole el hombro al pasar.

—¿Crees que es algo que comió? —pregunto, mi mirada sigue pegada a la espalda de Rebecca que se retira.

—No, lleva un tiempo sintiéndose mal. Pensé que era el estrés, pero ahora no estoy tan seguro.

Me giro hacia mi mejor amigo, notando el ceño fruncido grabado entre sus cejas.

—Se va a poner bien.

—Tiene que hacerlo. —Los labios de Emmett se apretaron en una línea apretada, la determinación clara en su rostro. No había nada que no hiciera para asegurarse de que ella estaba bien—. Ella es todo mi puto mundo.

—¿Kate? —grito mientras corro tras ella hacia la casa. Sé a dónde tengo que ir incluso antes de oírlo. El débil sonido de alguien vomitando.

Levanto la mano y golpeo la puerta del baño.

—Kate, ¿estás bien?

Al otro lado de la puerta se oye un sonido ahogado que suena como si me estuviera tratando de decir que está bien, seguido de más arcadas.

—Mentira —respondo inmediatamente—. ¿Qué está pasando realmente? Está claro que no estás bien.

Tengo una ligera sospecha de lo que está pasando aquí. Lo que no puedo entender es por qué no quiere decirlo. ¿No reconoce las señales? Difícilmente. Lo que significa que, o bien lo sabe y trata de ignorarlo, o simplemente me lo está ocultando.

—Sólo tenía que ir al baño, eso es todo.

—¿Por eso te fuiste con tanta prisa? —Pongo los ojos en blanco ante lo absurdo del asunto —. ¿Porque tenías que hacer pis?

—Sí.

Abro la boca para llamarla la atención, pero el agua empieza a correr.

—No te creo —grito para que pueda oírme por encima de los ruidos, con la palma de la mano golpeando contra la madera dura—. ¿Qué está pasando realmente? Es la segunda vez hoy que te escapas así.

O no me ha oído o ha preferido ignorarme. Tengo mis sospechas, pero decido seguirle el juego y esperarla.

—Yo podría decir lo mismo —dice Kate mientras cierra el grifo.

Por fin.

—¿Me has visto huir hoy?

—No, pero vi las miradas que se echaban Miguel y tú. ¿Cuándo empezaste a acostarte con él otra vez?

—¿Qué? —balbuceo, con la boca abierta.

Joder.

¿Cuánto vio? Pensé que estaríamos a salvo con toda la atención sobre Kate y Emmett, pero creo que me equivoqué.

—Oh, no actúes como una mojigata. Te conozco muy bien, Rebecca Williams, y tienes ese brillo de recién follada a tu alrededor.

—Te estás imaginando cosas —le digo inmediatamente. Agradezco que la puerta siga cerrada porque noto cómo el rubor se extiende por mis mejillas.

—Mhmm… Si lo dices suficientes veces, puede que hasta tú mismo te lo creas.

—¡Ya lo creo! Además, estábamos hablando de ti, y estás evadiendo mi pregunta.

—No lo estoy.

—Mentiross.

La puerta se abre de un tirón y Kate aparece en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, supongo que ya somos dos.

—Eso creo —resoplo.

—Pronto. —Kate me toma la mano y me la aprieta con fuerza—. Te lo prometo. Tengo mis

razones.

Así que lo sabe, pero lo mantiene en secreto.

Podría lidiar con eso.

—Lo sé. Sólo me preocupo.

—Yo también me preocupo por ti —susurra Kate en voz baja—. ¿Estás segura de que sabes lo que haces? Estabas…

—Sé cómo estaba. Pero las cosas son… —Dejo escapar un suspiro. No tienee sentido ocultárselo cuando claramente se había dado cuenta—. Complicadas.

—¿No lo son siempre? No quiero que te vuelvan a hacer daño.

—No lo harán. No soy la chica que era en el instituto. Esta vez, sé exactamente en lo que me estoy metiendo. Al final de esto, él va a volver a Austin, y yo me quedaré aquí, y estoy bien con eso.

Kate me observa un momento.

—¿De verdad?

No, no lo estoy. Pero ¿qué otra opción tengo?

—Lo estoy. —Esbozo una sonrisa, pero no creo que me crea—. Esta es nuestra despedida. Una despedida de verdad. —Necesitado de cambiar de tema, la agarro con más fuerza—. Vamos, volvamos con tu novio antes de que envíe un grupo de búsqueda.

Juntos, nos unimos a los demás. Kate localiza casi de inmediato a Emmett, que está hablando con sus amigos de la universidad.

—¿Vienes?

—Voy a comprobar mi teléfono. Te encontraré más tarde…

Con una última mirada en mi dirección, asiente y se va con sus amigas. Me dirijo a nuestra mesa y tomo la copa de champán antes de sacar el móvil. Le doy un sorbo a la copa y miro hacia arriba. La gente baila y ríe por todo el patio, es evidente que se divierten.

Mi atención se centra en mis amigos. Emmett toma a Kate de la mano y tira de ella hacia la pista de baile, y sus amigos le siguen.

Veo a Miguel al otro lado del lugar. Nuestras miradas se cruzan por un instante y siento ese calor familiar en el vientre.

Hasta que las palabras de Kate resuenan en mi mente, así que me vuelvo hacia mis amigos.

Kate se dio cuenta de que pasaba algo. No necesitaba que nadie más lo cuestionara también.

Doy otro sorbo a mi bebida y siento una punzada de envidia al ver bailar a Kate y Emmett.

Deberíamos haber sido nosotros.

Este momento.

Deberíamos haber sido nosotros.

Pero nuestras vidas tomaron rumbos distintos hace mucho tiempo.

Tal vez es hora de dejarlo ir.

—¿Bailas conmigo?

La pregunta en voz baja hace que se me erice el vello de la nuca. Lentamente, me doy la vuelta y veo a Miguel a mi lado, observándome.

Todo este día me ha estado observando, sus ojos me dicen en silencio cosas que quería hacer, pero no puede.

Echo un vistazo al patio trasero, pero nadie en particular parece prestarnos atención. Aun así…

—No creo que sea una buena idea.

Algo oscuro pasa por su rostro.

—Vamos, Roja. Es un baile entre viejos amigos. Nadie cuestionará nada. Después de todo, somos la dama de honor y el padrino.

Se que probablemente tiene razón, pero eso no es lo que me preocupa. La verdad es que no.

Tengo miedo de que, si dejo que me estreche entre sus brazos, no quiera irme.

Dejando escapar un suave suspiro, asiento lentamente, cediendo.

—Un baile.

Extiendo la mano y la pongo en su palma extendida. Una descarga eléctrica recorre mi cuerpo cuando mis dedos se entrelazan con los suyos. Juntos nos dirigimos a la pista de baile, donde él me acerca y me pone la mano en la espalda mientras empieza a moverse al suave ritmo de la música.

Al principio, mi cuerpo está rígido contra el suyo, pero poco a poco noto que mis músculos se relajan. Su calor se filtra a través de la chaqueta de su traje y lo único que quiero es apoyarme en él. Los últimos días han sido caóticos, y ahora que la boda ha terminado y todo el mundo parece estar disfrutando de la fiesta, el cansancio acaba por invadirme.

Durante un rato, nos limitamos a bailar, sin decir nada ninguno de los dos. Pero eso era lo que nos pasaba a Miguel y a mí. No necesitábamos hablar para entendernos. Había innumerables momentos en los que simplemente estábamos juntos, los dedos apretados, mi cabeza apoyada en su hombro, y era suficiente.

—No hubo primer baile —dice Miguel, rompiendo el silencio—. ¿No suele haber uno de esos?

Tarareo en señal de acuerdo.

—Kate quería que tuvieran el último baile. Sólo ellos dos cuando todos los demás se fueran.

Me lo sugirió hace poco. Al principio me pareció extraño, pero cuanto más lo pensaba, más me gustaba la idea. Me pareció especial e íntimo, un momento solo para ellos dos en el que pueden relajarse y disfrutar de su día sin la mirada curiosa de todo el mundo.

Miro a mi alrededor hasta que encuentro a Kate y Emmett bailando juntos en medio de la pista. La rodea con los brazos y veo cómo mueve la boca mientras le susurra algo al oído. El amor que se profesan es tan fuerte que resulta palpable.

Las lágrimas me queman los ojos y se me hace un nudo en la garganta cuanto más las miro.

—Está embarazada —expreso mi sospecha.

Veo cómo Emmett la hace girar suavemente y Kate sonríe radiante. Es como si estuvieran solos. Me alegro muchísimo por ellos. Se merecen ser felices para siempre.

—¿Qué? —pregunta Miguel, apartándose para poder mirarme.

Parpadeando, me vuelvo hacia él.

—¿Puedes bajar la voz?

—¡No cuando lanzas una bomba así! —sisea.

—Bueno, intenta mantener la boca cerrada, Fernandez. —Le pincho en el pecho—. Ella no quiere que nadie lo sepa. Supongo que aún no se lo ha dicho a Emmett.

—¿Pero ella te lo dijo?

Sacudo la cabeza.

—No tenía que decírmelo.

Una vez más, mis ojos se dirigen a mi mejor amiga, que parece radiante de felicidad a pesar de que no hace mucho estaba vomitando.

Pensaba que estaba siendo disimulada, pero era difícil no darse cuenta de lo agotada que parecía en las últimas semanas, y luego estaban sus frecuentes desapariciones para ir al baño. ¿Coincidencia? Creo que no.

—Haz como que te sorprendes cuando te lo dicen, eso es todo.

Miguel mira a Kate y frunce el ceño.

—No lo entiendo. Parece completamente normal. ¿Cómo puedes estar segura?

—Porque una vez estuve en su lugar, ¿vale?

—¿Qué?

Mierda.

Las palabras se me escapan de la lengua antes de que pueda pensarlas. Y si Miguel se sorprendió por la revelación sobre Kate, no tiene nada que ver con la conmoción que se refleja ahora en su cara.

—Olvida lo que he dicho. —Intento zafarme de su agarre, pero no me suelta.

—¿Estuviste embarazada? —repite Miguel lentamente, como si no pudiera asimilar las palabras. Esos ojos marrones me miran sin comprender, su rostro carente de toda emoción.

No estoy segura de lo que esperaba.

¿Por qué lo he dicho?

Debería haberme callado, pero estaba cansada, y estar en sus brazos me resultaba tan familiar, tan… seguro.

Estúpido, estúpido, estúpido.

—No importa. —Sacudo la cabeza, intentando desviar la situación—. Olvidemos que he dicho algo.

No tenía sentido abrir viejas heridas. Especialmente esta herida. No después de todo este tiempo.

Empiezo a alejarme, pero Miguel me atrae hacia él.

—Por supuesto que no.

—Miguel.

La expresión inexpresiva de antes es sustituida por el fuego que arde en sus ojos oscuros. La ira, el dolor y algo que se parece mucho a los celos se dibujan en su rostro, cada emoción cambiando en rápida sucesión.

Debería haber sabido que no lo dejaría pasar fácilmente. Ahora que la confesión había salido a la luz, no había vuelta atrás. No lo dejaría pasar hasta llegar al fondo del asunto.

—Nada de Miguel, Rebecca. No después de que me hayas soltado esta bomba. ¿Embarazada? —sisea—. ¿Estabas embarazada? ¿Cuándo? ¿Cuándo estuviste embarazada?

Miro a mi alrededor y veo que algunas personas nos miran con curiosidad. El pánico se apodera de mi garganta y me cuesta respirar. Respiro hondo e intento calmarme.

—No es el momento ni el lugar —digo despacio, intentando mantener la calma cuando lo único que quiero es salir corriendo de aquí—. Si arruinas esto para Kate y Emmett, nunca te lo perdonaré.

Se queda mirándome un momento, con esos ojos oscuros clavados en los míos. —Bien —me dice.

¿Bien?

Esperaba que protestara más, pero esto está bien. No quería montar una escena en la boda y arruinarles el día a mis amigos. Y tal vez, sólo tal vez, Miguel olvidará que dije algo.

Pero debería haberlo sabido. Miguel me agarra con fuerza del brazo y empieza a apartarme.

—Vámonos.

—Miguel, ¿qué haces? ¿Adónde vamos? —pregunto mirando a mi alrededor, pero ya nos hemos alejado y nadie nos presta atención.

Miguel elige ignorarme. Su atención se centra en salir de aquí.

Incluso en la oscuridad, puedo ver la dura línea de sus hombros y su postura rígida. Esta cabreado, y no hay forma de que yo me libre.

Mierda, esto no debería haber pasado.

¿Por qué no podía haberme callado la boca?

Los ruidos amainan un poco cuando nos metemos entre los árboles, junto a la casa de Emmett y Kate, y sólo aminora la marcha cuando está seguro de que nadie nos interrumpirá. Era el mismo lugar donde estuvimos ayer, solo que ahora las circunstancias eran muy distintas.

—¿Cuándo te quedaste embarazada, Rebecca? —Me suelta la mano y se gira para mirarme. La ira reflejada en su rostro no ha hecho más que crecer con vehemencia en los últimos minutos. Su pecho sube y baja rápidamente, con los dedos apretados en puños a su lado.

Un escalofrío helado me recorre, haciendo que la piel se me ponga de gallina.

—Miguel, olvídalo…

—Ni lo pienses. *¿Cuándo?* —me grita, haciéndome retroceder un paso. Miguel nunca, *nunca me había* gritado, no así.

—Hace tres años —susurro suavemente, con los ojos cerrados.

El silencio que se instala sobre nosotros es casi ensordecedor. Mi corazón late violentamente en el pecho mientras espero su reacción. Espero más gritos, pero sus palabras son tan suaves que resultan aún peores.

—¿Dónde está nuestro bebé, Rebecca?

Aprieto los ojos, sintiendo el ardor de las lágrimas que se acumulan tras mis párpados.

Joder.

Todo este tiempo, y la mención de uno de los días más oscuros de mi vida sigue doliendo igual que el día en que lo perdí todo.

El día en que mi corazón se hizo añicos al perder al chico que había amado toda mi vida, sólo para perder la última parte de él que tenía en el mismo suspiro.

Hace tres años

Me llevó horas y mucho dinero, pero conseguí un asiento en el siguiente vuelo a Austin, que sale temprano a la mañana siguiente. Así que, en lugar de estar con mi novio, pasé la noche en el aeropuerto, con los brazos enroscados en las rodillas mientras rechazaba todas y cada una de las llamadas y mensajes que me enviaba.

MIGUEL:

¿Dónde estás, Rebecca?

¿Saliste corriendo?

¡Ni siquiera me diste la oportunidad de explicar lo que pasó!

Vuelve para que podamos hablar.

Roja, por favor, no es lo que parece.

No es lo que parece. ¿Podría ser más cliché? ¡Los *vi! Los vi con mis propios ojos. Dios sabe en qué me habría metido si hubiera llegado unos minutos antes.*

Aunque lo único que quería era apagar el teléfono, no podía hacerlo. No podía arriesgarme a no responder a la llamada de la señora Santiago o de Matthew, así que me senté y me torturé cada vez que mi teléfono zumbaba, las imágenes de Miguel y esa chica pasando por mi mente como instantáneas cada vez que la pantalla se encendía hasta que me vi obligada a apagar el teléfono.

Todo el vuelo de vuelta a casa no fue diferente. Era como si mi mente estuviera en un bucle, y en lo único que podía pensar era en Miguel. Sus manos sobre esa chica. Él mirándola a los ojos. Él besándola.

¿Cómo había ocurrido?

¿*Por qué había* ocurrido esto?

¿Tan infeliz era?

¿Por qué no dijo nada en vez de enrollarse con alguien a mis espaldas? Y no con cualquiera, la chica parecía una modelo. Era todo lo que yo no era, y no podía dejar de compararnos. Pensando en lo que hice, considerando lo que podría haber hecho diferente para evitar esto.

Había tantas preguntas dando vueltas en mi cabeza, pero ninguna respuesta.

Cuando aterrizamos, la cabeza me latía con fuerza y el estómago se me revolvía de inquietud. Aunque intentaba no hacer ruido, no podía ocultar mis lágrimas. Creo que mis compañeros de asiento agradecieron poder alejarse de mí en cuanto aterrizamos.

Salgo del avión y encontré mi camioneta.

Sólo entonces encendí el teléfono, y el corazón se me retorció dentro del pecho mientras esperaba a que lleguen los mensajes, y llegaron.

Docenas de ellos.

Me mordí el labio mientras los veía aparecer en mi pantalla.

No podría hacerlo.

Me dolía demasiado hacer esto.

Así que hice lo único que podía hacer: Bloqueé su número y borré todos los mensajes sin abrirlos.

El corazón se me hundió en el vientre y sentí un dolor sordo que me recorrió el centro.

Deslizo la mano por el vientre, deseando que se calme.

Esto es lo mejor.

Como aún era temprano, el viaje de vuelta a casa era relativamente rápido.

Cuando llegué a casa, me miré en el espejo. Tenía la cara manchada de llorar, las ojeras aún más oscuras que antes de salir y las mejillas rojas como remolachas. Hiciera lo que hiciera, no podía ocultar lo que había pasado.

Me desabroché el cinturón y salí del carro. Un dolor agudo me atraviesa. Me mordí el interior de la mejilla mientras agarraba el tirador de la puerta.

Tardé unos instantes en recuperar la compostura, pero cuando lo hice, vi que la puerta principal se abrió y la señora Santiago salió al porche. Me miró y vi la preocupación en sus ojos.

—¿Rebecca? ¿Qué haces aquí? Se suponía que no volverías a casa hasta mañana.

Sacudí la cabeza.

—Siento mucho cargarte con esto cuando te has desvivido…

—Tonterías. —La señora Santiago me hizo señas con la mano para que me vaya, rodeándome los hombros con el brazo—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras?

Su amabilidad y ese aroma familiar a flores silvestres y azúcar deshicieron algo dentro de mí. Me dila vuelta y hundí la cabeza en su cuello mientras dejé que las lágrimas fluyeran.

—Oh, cariño…

Me frotó la mano por la espalda, susurrándome suaves palabras de ánimo mientras me dejaba llorar.

—Todo va a ir bien. Ya lo verás. Todo irá bien.

Pero estaba equivocada. Nada volvería a estar bien.

—Venga, vamos a meterte dentro. Te haré un té para que te calmes y me cuentes qué pasó.

Me eché hacia atrás y me froté la cara con el antebrazo.

—Siento haber llorado así. Soy un desastre.

—No hay nada malo en llorar. Pero te juro que una vez que ponga mis manos en ese chico… —Me empujó delante de ella—. Vamos, te haré… Rebecca, hay una mancha de sangre en tus jeans.

Parpadeé, intentando procesar sus palabras. Mi mirada cayó y, por primera vez, me fijé en la mancha roja. Una mancha roja muy grande.

—¿Te ha venido la regla?

—No. —Me mordí el interior de la mejilla, con la mano presionándome el estómago. —No me viene la regla. Estoy emb… —tartamudeé mientras sacudo la cabeza, más lágrimas cayendo.

Esto no podía estar pasando.

Ahora no.

Pero lo estaba.

La señora Santiago me ayudó a cambiarme y me llevó al hospital, donde me cogió de la mano, pero fue inútil, ya que la doctora lo confirmó con una mirada de lástima en su cara ni siquiera una hora después.

La última conexión que tenía con Miguel Fernandez había oficialmente desaparecido.

Presente

—Rebeca —las manos de Miguel se posan en mis hombros, dándome una pequeña sacudida y sacándome de mis pensamientos—. ¿Dónde está nuestro bebé?

—Lo perdí —balbuceo las palabras, ese dolor familiar extendiéndose dentro de mi pecho—. Perdí a nuestro bebé.

—Joder —maldice Miguel.

Se pasa los dedos por el cabello antes de darse la vuelta de repente y golpear con el puño un árbol cercano.

—¡Miguel! —Corro hacia él, rodeando su cintura con mis brazos y tirando de él hacia mí antes de que vuelva a hacerlo y se haga daño—. Para. Te vas a hacer daño.

—¡Me importa una mierda! —Se vuelve hacia mí, sus ojos arden de ira, pero en el fondo, puedo ver algo más. Algo con lo que me he familiarizado mucho en los últimos años. El dolor—. ¿Qué demonios, Rebecca? ¿Por qué no me lo dijiste?

Me tambaleo hacia atrás, su acusación como una bofetada.

—¿Qué?

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Planeabas mantener el bebé en secreto, aunque lo tuvieras?

No fue allí sin más.

—¡Fui a decírtelo! —Le clavo el dedo en el pecho, el dolor me recorre el brazo—. Cuando me enteré, estaba sola y asustada. Estábamos a kilómetros de distancia. La situación ya era tensa. Acababa de descubrir que había una razón por la que mi madre había estado actuando de forma extraña los dos últimos años, y la mujer que conocía, la mujer que necesitaba, se había ido y nunca volvería a ser la misma. Y entonces recibí una prueba de embarazo positivo y me cagué de miedo de lo que significaría todo aquello. No estaba preparada para un bebé, y tú no estabas aquí, y aun así… *Aun así*, volé hasta Michigan para decírtelo, ¿y qué me encontré? Una chica parada en tu puerta, vestida con tu maldita camisa.

Miguel aprieta los dientes.

—Ya sabes lo que pasó. Te lo expliqué…

—Ahora —interrumpo—. Me lo has explicado ahora. Hace tres años, me dejaste marchar.

—¡Porque no querías escuchar! Intenté hablar contigo. Te pedí que te quedaras para poder explicarte. Intenté llamarte y enviarte mensajes, pero me bloqueaste. Tú, que prometiste ponerte siempre de mi lado y estar a mi lado, ¡me diste la espalda y pensaste lo peor de mí!

—¡Y no lo niego! —Levanto la mano para pincharle una vez más, pero él me agarra de la muñeca para impedírmelo—. Nunca lo he negado. Era una niña estúpida que tenía demasiadas cosas en la cabeza. Una chica que estaba agotada física y emocionalmente tratando de evitar que todo lo que amaba se ahogara. Mi familia, nosotros, todo se estaba desmoronando y yo no podía hacer nada para evitarlo. Te necesitaba, Miguel. Necesitaba que me ayudaras a lidiar con todo aquello. Necesitaba que me dijeras que las cosas irían bien, pero en vez de eso, te encontré con otra mujer.

—¿Me lo habrías ocultado? —Miguel vuelve a preguntar, enunciando cada palabra.

Suelto un suspiro tembloroso, sintiendo que toda la lucha abandona mi cuerpo.

—No sé qué habría hecho yo —admito en voz baja—. Nunca tuve la oportunidad de pensarlo.

—Rebecca…

Sacudo la cabeza.

—Perdí al bebé cuando volvía a casa de La Universidad Estatal de Michigan. Ni siquiera me di cuenta de que estaba sangrando hasta que la señora Santiago me lo indicó. Pensé que eran calambres por el estrés. Fue otro golpe seguido, pero este me pareció fatal.

—¿La señora Santiago? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

Levanto los hombros encogiéndome de hombros.

—Ella era la única persona que lo sabía. Todo. Sabía lo de mamá. Sabía lo de Matthew. Fue ella quien me consiguió el boleto de avión y se ofreció a cuidar de mi familia mientras yo iba a verte. Sabía lo del bebé. Ella fue la que me llevó al hospital y me sostuvo la mano durante todo. Nunca podré pagarle a esa mujer todo lo que hizo por mí estos últimos años.

La señora Santiago fue mi madre sustituta en todos los sentidos. Intervino cuando más la necesitaba y no aceptó un no por respuesta, por mucho que yo insistiera en que estaba bien. Esa mujer era un ángel, y sabía que no habría podido sobrevivir los últimos años sin su ayuda y apoyo.

—Rebecca, yo…

Sacudo la cabeza, el pesar por todo lo que se perdió me golpea. Todas las cosas que podrían haber sido, que deberían haber sido nuestras, pero que nunca llegamos a experimentar.

Miguel se pasa las manos por la cara, despeinándose, mientras mira a nuestro alrededor. Nunca debí decir nada. Nunca debería haber admitido lo que había pasado. No tenía sentido. Sólo le traía dolor, y yo no quería eso para él. No había nada que pudiera haber hecho para cambiar lo que había pasado. Nada que hubiera cambiado el resultado. Me llevó un tiempo aceptarlo, pero ahora lo sabía mejor.

—Tengo que irme.

Se me estruja el corazón con sus palabras. ¿Irse? ¿Quiere irse? ¿Ahora mismo?

—¿Te vas? —

Su nuez de Adán se balancea mientras traga saliva, su mirada se aparta de mí mientras repite:

—Tengo que irme.

Con eso, se da la vuelta y corre hacia la fiesta.

Esta vez, es él quien se aleja, y yo se lo permito.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Miguel

Lo perdí.

Las palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez. Parece un ciclo sin fin, y no sé qué hacer para detenerlo.

Perdí a nuestro bebé.

Me paso los dedos por el cabello, apretando los mechones crecidos y tirando de ellos. Esa sensación de opresión alrededor de mi corazón sigue creciendo, dificultándome la respiración.

Perdí a nuestro bebé.

Suelto un resoplido frustrado, agarro el edredón y lo empujo hacia atrás. La luz de primera hora de la mañana apenas asoma por las cortinas, pero no me importa. Si me quedo un segundo más en esta habitación, estoy seguro de que me volveré loco.

No, necesito largarme de aquí.

Rápidamente, me pongo algo de ropa y bajo las escaleras en silencio, dirigiéndome directamente a la puerta.

El aire fresco de primera hora de la mañana me pone la piel de gallina, pero es el único alivio durante los largos meses de verano, así que lo abrazo mientras me dirijo al establo. La mezcla de heno y animales me golpea en la cara en cuanto abro la puerta. Los caballos levantan la vista de sus establos y sueltan resoplidos irritados al verme.

Ignorando sus miradas críticas, me subo las mangas.

Lo perdí.

Apretando los dientes, agarro la pala y me pongo manos a la obra.

Siempre hubo algo en el trabajo físico que me atrajo. Había solaz en ello. No había que pensar demasiado en ello. Incluso después de años de ausencia, los movimientos me resultaban mecánicos. Era tan fácil volver a mi sitio como si no hubiera pasado el tiempo. Mis músculos se tensan cada vez que levanto la pala y empiezan a aparecer gotas de sudor en mi frente.

Esperaba que el trabajo físico me ayudara a quitarme esta energía inquieta, pero por mucho que trabajo, no consigo quitarme de la cabeza lo que ha pasado.

Volé hasta Michigan para decírtelo, ¿y qué encontré? Una chica parada en tu puerta, vestida con tu maldita camiseta.

Fue una estupidez.

Todo lo que había pasado. Todo el tiempo que podríamos haber tenido. Todo se había perdido.

¿Y para qué?

Perdí a nuestro bebé.

Por mi culpa.

Por lo que había pasado.

Porque no me esforcé más.

Quizá si hubiera subido al avión, podría…

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Se me eriza el vello de la nuca al oír la voz grave de mi padre. Me detengo en seco y miro por encima del hombro. Está de pie en la puerta de la caseta, con las manos apoyadas en las caderas y mirándome fijamente, con el ceño perpetuamente fruncido entre las cejas.

—¿Qué parece que estoy haciendo? Estoy trabajando.

Sacudiendo la cabeza, cambio mi atención a la tarea que tengo entre manos. En serio, no se

podía complacer a este hombre. No sé por qué me sorprende. Siempre ha sido así. Hiciera lo que hiciera, con ayuda o sin ella, me quedara o me fuera, siempre encontraba algo de lo que quejarse.

Estoy hundiendo la pala en la tierra cuando unos dedos me rodean el brazo y me empujan hacia él.

—Ya lo veo. ¿Por qué? Pensé que estabas aquí para la boda, y luego te ibas.

Aprieto los dientes y los dedos alrededor del mango de madera.

—¿De eso se trata? ¿Quieres que me vaya?

—No me refería a eso…

—Entonces, ¿qué querías decir, papá? Porque a mí me ha sonado como si me echaras de casa. Otra vez.

El fuego arde en sus ojos oscuros. Son tan parecidos a los míos. Es casi como si estuviera mirando mi reflejo en el espejo. Y solo de pensarlo doy un paso atrás.

No me parecía *en nada* a mi padre.

—Yo no te eché de casa. Fuiste tú quien eligió irse.

—¡Porque me diste un ultimátum! —grito, señalándole con el dedo. Mi respiración agitada es el único sonido que llena la habitación. Incluso los caballos se han calmado, presintiendo que algo pasa—. Puedo quedarme y ceder a tus exigencias o puedo irme a jugar al fútbol. No puedes negar que eso es lo que pasó.

Papá aprieta la mandíbula, la vena de la frente le palpita visiblemente.

—No te atrevas a hablarme así, jovencito. Sigo siendo tu padre.

—Bueno, ya no soy el chico de dieciocho años que te tiene miedo, y no tengo por qué aguantar tus tonterías.

Papá resopla.

—Como si hubiera un día en tu vida en el que me tuvieras miedo.

Se me hace un nudo en la garganta al tragarme el nudo que se me hace constantemente cuando estoy cerca de mi padre.

Ahí es donde se equivoca. Siempre le tuve miedo; siempre temí la reacción que provocaría algo que yo hiciera o eligiera, siempre temí decirle exactamente cómo me sentía por miedo a que me rechazara o a que me considerara no lo bastante buena. Porque siempre ha sido así. Nunca fui lo bastante buena.

No para mi familia.

Y desde luego no para mi padre.

—No sabes una mierda, papá. —Y si esa no era la verdad más triste, no sé qué lo era.

Me doy la vuelta, recojo otro montón de paja sucia y lo tiro a una carretilla mientras busco por el espacio otros lugares que haya que limpiar, pero no encuentro nada. Arrojo la horca a la carretilla y me dirijo a la puerta, pero papá se interpone en mi camino.

—No puedes hacer el trabajo a medias, Miguel. —Agarra la horca y sacude la cabeza con ese gesto de desaprobación que me hace sentir como si volviera a tener diez años.

Nunca es suficiente.

No en la escuela.

No en el rancho.

Y lo único en lo que yo soy suficientemente bueno, a él nunca le importó aprender ni le importó un carajo.

—Da igual —murmuro soltando las asas. La carretilla cae al suelo con un *ruido sordo mientras me* dirijo a la puerta.

Estoy tan harto de todo esto.

—¡Vete, por supuesto! Porque en eso eres un maestro, Miguel. En irte.

Aprieto las manos y me doy la vuelta para mirarle.

—¡Porque tú me obligaste, papá! Tú eres la razón por la que me fui. Y estoy empezando a arrepentirme de haber vuelto.

Si no hubiera vuelto, no habría vuelto a ver a Rebecca.

Nunca me habría enterado de lo que había pasado.

Nunca más habría tenido que enfrentarme a mi padre y a su desdén.

Si me hubiera mantenido alejado, como me prometí a mí mismo que haría, nada de esto habría ocurrido. Seguiría feliz y centrado en el fútbol de vuelta en Austin.

Por una fracción de segundo, veo que algo destella en su rostro. ¿Arrepentimiento? ¿Duda? ¿Sorpresa? No tengo ni puta idea. No es la primera vez que tenemos esta misma pelea.

Pero entonces, más rápido de lo que pestañeas, desaparece.

Los dedos de papá se aprietan alrededor de la horquilla, con los nudillos blancos. Se lleva la mano libre al pecho, frotándose el centro.

¿Se cree herido por mi comportamiento? Que se cambie conmigo por un día, así sabrá lo que es el verdadero dolor.

Sacudiendo la cabeza, me doy la vuelta y salgo pitando del granero.

Un día más.

El almuerzo de despedida después de la boda y luego termino. Me voy de este pueblo olvidado de la mano de Dios, y esta vez, no voy a volver.

El escalón cruje cuando subo al porche trasero de la casa de los padres de Emmett. La casa alta, de dos plantas, es la misma que recuerdo de mi infancia. He perdido la cuenta de las veces que he estado aquí. Emmett y yo entrábamos por la puerta de atrás después del colegio sin preocuparnos por nada, para ser recibidos por la sonrisa y la comida de la señora Santiago. Este era mi lugar feliz, un hogar lejos del hogar, pero hoy, contengo la respiración mientras empujo la puerta trasera para abrirla, insegura de a quién encontraré dentro, pero la única persona que hay es la señora Santiago.

Levanta la vista de la sartén y se le dibuja una sonrisa en los labios.

—¡Miguel! ¿Has descansado?

—Un poco. ¿Cómo le va, señora S.? —Inclino la barbilla en dirección a la estufa y cambio rápidamente de tema para que no pueda detectar la mentira—. ¿Necesita ayuda?

—Oh, por favor. —Me hace señas para que me vaya—. Soy más feliz cuando cocino para un grupo grande de gente.

Eso era cierto. La casa de Santiago era muy parecida a la mía. Siempre había gente mezclada por la casa. Los peones eran más como una familia que como trabajadores.

Llegan risas del salón que llaman mi atención.

—Deberías volver allí. Algunos amigos de Emmett ya han bajado. Con suerte, Emmett y Kate llegarán pronto, porque el desayuno está casi listo.

—Sra. S., ¿necesita…?

Al oír su voz, el corazón me da un vuelco. Se me cierran los ojos y me aprieta el pecho.

Supongo que mi pelea con papá hizo una cosa buena después de todo. Me sacó de la cabeza la conversación con Rebecca, aunque sólo fuera temporalmente.

—Miguel.

Esa palabra pronunciada en voz baja es como un puñetazo en las tripas. Mi nuez de Adán se tambalea mientras trago el nudo que se me ha hecho en la garganta. Abro los ojos y me fijo en su rostro pálido.

Ha desaparecido cualquier rastro de maquillaje, dejando visibles ojeras. Lleva el cabello recogido en un moño desordenado. Lleva un sencillo vestido largo y tiene la mano agarrada a la puerta con tanta fuerza que sus nudillos han perdido el color.

No nos separa ni un palmo, y me pican los dedos por alcanzarla y tocarla.

Aprieto los labios, los acontecimientos de anoche pasan por mi cabeza.

La boda, el baile, su confesión.

Perdí a nuestro bebé.

Aprieto los puños a los lados. El silencio se alarga mientras nos miramos fijamente, la tensión que llena el aire chisporrotea con todas las cosas que ninguno de los dos quiere decir.

—Genial, llegas justo a tiempo —dice la señora Santiago, sacándome de mis pensamientos —. Puedes llevar esto a la mesa. Y Miguel puede ayudarte.

—Oh, no. —Rebecca sacude la cabeza, volviendo su atención a la señora Santiago—. Puedo…

Pero la señora Santiago no quiere saber nada.

—Seguro que no hay problema. —Se vuelve hacia mí, con una dulce sonrisa en la cara, pero no se me escapa la expresión decidida de sus ojos. Una mirada que no deja lugar a que le diga que no—. ¿Verdad, Miguel?

—Por supuesto.

—¡Perfecto! —La señora Santiago da una palmada antes de coger un cuenco y dárselo a Rebecca mientras tomo una bandeja con un surtido diferente de carnes y quesos.

La sigo hasta el comedor donde, tal y como dijo la señora Santiago, unos cuantos amigos de Emmett ya están charlando en voz baja entre ellos.

Hayden está sentado con su novia Callie en el regazo, con una taza de café apretada entre las palmas mientras él le susurra algo al oído. Frente a ellos está Nixon, con su mujer. Él le pasa el brazo por encima de los hombros mientras juega casi distraídamente con un mechón de su pelo mientras ella teclea algo en su teléfono.

—Buenos días.

Todas las cabezas se giran hacia mí, y en sus rostros se dibujan sonrisas al repetir el saludo.

—Espero que no los hayas hecho tú —bromea Hayden, señalando la comida que llevo—. Si no recuerdo mal, la última vez que cocinaste, uno de tus compañeros acabó enfermo.

—Yo no era el que cocinaba —protesto, recordando aquel incidente de hace un par de años, justo antes de que mi equipo jugara contra los *Ravens*—. El gilipollas asaltó mi refrigerador y se hizo macarrones con queso. —Hayden abre la boca, pero le dirijo una mirada mordaz—. Con el queso que llevaba ahí sólo Dios sabe cuánto tiempo. Le está bien empleado por robarme la comida. Pero no te preocupes, Hades. Estás a salvo. Es todo de la señora S.

—Es bueno saberlo.

—No lo entiendo. —Nixon inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Cómo no vio que el queso estaba echado a perder?

—Eso mismo le pregunté yo, pero el muy idiota pensó que era un queso gourmet o algo así —resoplo—. Como si tuviera dinero para mierdas así.

Aunque mi familia tenía suficiente dinero, después de dejar Bluebonnet tuve que depender de mi beca. Como jugaba al fútbol, no podía trabajar. No es que tuviera tiempo para trabajar, así que viví de la comida de la cafetería durante los tres años que estuve en la universidad. Y lo poco

que conseguía con algún que otro trabajo, como ayudar a la gente a mudarse o cortar el césped, lo gastaba en lo estrictamente necesario.

—Como si un paleto como tú supiera algo de mierda gourmet aunque te mordiera en el culo —se ríe Emmett, y todas las cabezas se vuelven hacia la puerta, donde está de pie con el brazo alrededor de su mujer y una gran sonrisa en la cara. Completa y absolutamente extasiado.

¿Por qué no iba a estarlo? Anoche se casó con la mujer de la que estaba enamorado desde los diecisiete años.

Como si tuvieran mente propia, mis ojos recorren la habitación hasta que se posan en Rebecca, que acaba de entrar con la señora Santiago detrás. La mujer mayor abofetea a su hijo en la cabeza.

—Emmett James Santiago, ¡te enseñé mejor que eso!

—¿Qué? —Emmett levanta la mano, frotándose la nuca—. Estoy diciendo la verdad.

—Estás siendo malo. Ahora mete tu culo dentro y siéntate. La comida se está enfriando y seguro que tus amigos tienen hambre.

Nadie necesita que se lo digan dos veces. La gente toma asiento, dejando libre para mí el de al lado de Emmett, y justo enfrente de mí está nada menos que Rebecca.

Porque claro que lo está.

Ella es la dama de honor, y yo soy el padrino.

Sólo hasta que termine este brunch, una hora como mucho, y entonces dejarás atrás este lugar, y esta vez no volverás, me recuerdo.

Me limpio las piernas con las palmas sudorosas y retiro la silla para no mirarla a ella.

Aunque no acabara de pelearme con mi padre, no sabía cómo afrontar todo lo que había pasado anoche. Todo lo que descubrí.

Ni siquiera puedo decir con qué estoy más enfadado. Con ella, por mantenerlo en secreto durante tanto tiempo, o conmigo mismo por no haber estado allí cuando todo sucedió.

Ambos.

Estoy enfadado con los dos, pero no puedo hacer nada para cambiarlo.

¿Qué sentido tendría, en realidad?

Tengo un pie fuera de Bluebonnet, y Rebecca tiene que quedarse.

Nunca debí haber empezado… Bueno, lo que demonios sea esto entre nosotros dos.

Como metódicamente, sumido en mis propios pensamientos mientras la gente a mi alrededor habla de Dios sabe qué, y no es hasta que una silla roza el suelo de madera que mi cabeza se levanta por fin.

—¡Tenemos que hacer un anuncio! —grita Emmett, poniéndose en pie y arrastrando a Kate con él.

Todo el mundo se calla y nos fijamos en los recién casados. Irradian felicidad pura y no puedo evitar sentir una punzada de envidia al ver a mis dos mejores amigos tan enamorados. Pero es más que eso. Viéndolos… Se sentían completos, como dos mitades de un todo.

—¿Qué pasa con el teatro, Hulk? —Hayden pregunta, con una sonrisa en su cara.

—¿Verdad? —Nixon interviene de inmediato—. Sabemos que te casaste ayer. Estábamos allí, ¿recuerdas? No hace falta que parezcas tan engreído.

—Cállense, ustedes dos. No se trata de la boda. —Emmett mira a su mujer, con una sonrisa cada vez mayor, y Kate no es muy diferente.

—Vale, tortolitos, suéltenlo. ¿Cuál es la gran noticia?

Emmett aparta la mirada de su mujer y se vuelve hacia la habitación.

—¡Estamos embarazados!

Durante una fracción de segundo, nadie dice nada, pero entonces se desata el infierno. Alguien aplaude con fuerza y todo el mundo empieza a hablar a la vez. La gente salta de sus asientos y va hacia Emmett y Kate, tirando de ellos para darles un fuerte abrazo.

Incluso en medio de toda esa cacofonía, mis ojos siguen encontrando fácilmente a Rebecca. Ella, al igual que yo, sigue sentada en su silla, sus ojos me observan atentamente.

—*Está embarazada.*

Las palabras que lo pusieron todo en marcha anoche vuelven de golpe. Pero no son esas palabras las que hacen que el corazón me lata desbocado en el pecho mientras se me forma un nudo en la garganta que me dificulta la respiración.

Lo perdí.

Perdí a nuestro bebé.

Rebecca tenía razón, después de todo.

La felicidad por mis amigos lucha con los celos que se gestan en mi interior ante el anuncio, y me odio por sentirme así. Me odio porque, por mucho que quiera, no puedo alegrarme por ellos de todo corazón como se merecen.

Parpadeando, esos ojos color avellana se enfocan.

Todas las cosas no dichas pasan entre nosotros con esa sola mirada.

Deberíamos haber sido nosotros.

Quizá en otra vida lo hubiera sido.

Pero no ahora.

Aparto la mirada y la cambio justo cuando Emmett suelta a Nixon y sus ojos se encuentran con los míos. Forzando una sonrisa, me levanto de la silla y me acerco a uno de mis amigos más antiguos. Trago el nudo que se me hace en la garganta y le doy un abrazo unilateral.

—Felicidades, viejo. Es increíble.

—Gracias. —Emmett me da una palmada en la espalda, sus ojos se entrecierran ligeramente —. ¿Estás bien?

Mierda, tanto fingir.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Con una sonrisa en los labios, lo suelto y envuelvo a Kate en mis brazos, cambiando rápidamente de tema—. Esperemos que el bebé se parezca a ti y no a su feo careto.

Kate empieza a reírse mientras Emmett me da una palmada en la cabeza.

—¿A quién llamas feo?

—Sólo digo lo que veo. Kate es la que lleva los buenos genes por aquí.

Justo cuando doy un paso atrás, un brazo roza el mío y una descarga eléctrica recorre mi cuerpo en el punto de contacto.

Rebecca.

Ni siquiera tengo que mirar hacia abajo para saber que es ella. Ella ha sido la única mujer que ha sido capaz de afectarme de esta manera.

Vuelvo a mi asiento y tomo mi vaso. No es alcohol, pero tendrá que valer.

—Un brindis —digo mientras observo la sala, esperando a que la gente se una a mí. La última persona en la que poso mis ojos es Rebecca. Aunque tiene una sonrisa dibujada en la cara, puedo ver el dolor que brilla en esas profundidades de color avellana mientras me observa, así que desvío la mirada—. Por un nuevo miembro de la familia que viene en camino. Enhorabuena, chicos.

La gente aplaude y levanta sus copas. Doy un sorbo a mi bebida, deseando que fuera algo más potente. Algo que pudiera borrar este dolor que crece dentro de mi pecho.

Durante el resto del almuerzo, me sumerjo en una conversación con Hayden, que quiere saberlo todo sobre mi año de novato para poder prepararse para lo que le espera en unas pocas semanas. Agradecido por la distracción, me sumerjo en una charla sobre fútbol, lo único que ha sido una constante en mi vida.

Poco después, el equipo de Blairwood decide ponerse en marcha, lo cual es una bendición. En cuanto la camioneta sale de la entrada, veo a Emmett dándole un beso a Kate en la cabeza. Se me hace un nudo en la garganta cuanto más los observo. La forma protectora en que le extiende la mano por la parte baja de la espalda, sus voces en voz baja, él pasándole suavemente el pelo por detrás de la oreja…

Me aclaro la garganta.

—Creo que me iré si no me necesitan.

Emmett y Kate se vuelven hacia mí, y entre las cejas de mi mejor amigo aparece un ceño fruncido.

—No, no pasa nada. ¿Te encuentras bien? Pareces apagado.

Mierda.

—Sí. —Me paso la mano por la cara—. Estoy cansado. No dormí mucho anoche. Estaré mejor cuando duerma.

—Vale. ¿Qué tal si comemos temprano en Letty un día de la semana que viene para que podamos hablar en paz? Estos últimos días han sido una locura.

—Yo… mierda.

Yo no quería hacer esto.

Emmett se queda mirándome un momento, contemplando mis palabras.

—Te vas.

Su voz es uniforme, casi como si lo esperara, pero al mismo tiempo, no se me escapa la decepción en su rostro.

Me encojo de hombros, intentando parecer lo más indiferente posible.

—Ese era el plan desde el principio.

—Así que… ¿sigues con el plan?

—Sí, sabes que este lugar ya no es mi casa.

—Mentira. El hogar es un lugar que tú creas. No puedes decirme que Austin se siente como un hogar.

Tal vez no, pero al menos me quieren allí.

Allí me respetan.

Y no se puede decir lo mismo de Bluebonnet.

—Austin es mi hogar. —Me acerco un paso y abrazo a mi mejor amigo—. Cuídate, ¿vale? Me alegro mucho por ti.

Emmett niega con la cabeza, pero lo que quiere decir, se muerde la lengua.

—Gracias. Buena suerte con el fútbol. ¿Qué tal si vamos en carro y vemos un partido?

—Me encantaría.

Kate me lanza una suave sonrisa cuando la estrecho entre mis brazos.

—Intenta mantenerlo alerta. Que haya conseguido a la chica no significa que tenga que dejar de trabajar duro, ¿vale?

—Lo haré. —Ella se retira, deslizándose bajo el brazo de Emmett—. Te echaremos de menos por aquí.

Puede que sí, pero ahora son una familia y pronto tendrían un niño o una niña. Estamos creciendo y tomar rumbos diferentes era parte de ello.

—Hablaré con ustedes pronto.

Con un gesto de la mano, me dirijo hacia mi carro. Mis dedos se enroscan en la manilla de la puerta cuando algo me impulsa a levantar la vista. Y es entonces cuando la veo.

Rebecca está de pie en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome.

Me permito un segundo para asimilarla por última vez, sólo un segundo más, y luego me deslizo en mi asiento.

En el camino de vuelta a casa de mis padres, repaso mentalmente todas las cosas que tendré que meter en la maleta antes de ponerme en camino. Ya temo decírselo a mi madre, pero no voy a poder evitarlo.

Estoy llegando a su entrada cuando un destello de luz me hace levantar la vista.

Rojo y azul.

Apenas me doy cuenta de lo que es cuando las sirenas empiezan a sonar y la ambulancia pasa a mi lado.

Me invade el terror y corro hacia la casa a tiempo de ver a mi hermano agachado para consolar a Gage. Miro alrededor de la habitación, pero mamá y papá no están a la vista.

Me detengo en el momento en que mi hermano le da una palmada en el hombro a su hijo y se endereza.

—¿Qué demonios ha pasado? —Jadeo, con la respiración agitada por la carrera.

Aaron aprieta los dientes, con un movimiento tan parecido al de papá que parece el mismo. Entonces dice las palabras que me sacuden hasta la médula.

—Papá acaba de sufrir un infarto.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Rebecca

Sí, sabes que este lugar ya no es mi casa.

No puedo borrar de mi mente la mirada decidida de Miguel. Ni la tristeza que se reflejó en ella antes de que se subiera al todoterreno y se marchara.

Para bien.

Esta vez se había ido para siempre.

Pensaron que yo no había oído la conversación, pero se equivocaban. No era mi intención escucharlos, pero capté el final de su conversación y oí lo suficiente para atar cabos.

Miguel se ha ido.

Y supe que no volvería.

Lo vi en su cara.

Miguel Fernandez terminó con Bluebonnet Creek.

—Has estado muy callada.

Parpadeo y vuelvo a concentrarme en Savannah, que me observa atentamente. Ella inclina la barbilla en mi dirección, esos ojos azules cristalinos no se pierden nada.

—¿Qué pasa con eso?

Dejo la taza que he estado secando y tomo otra.

—Nada, sólo perdido en mis pensamientos.

Cruza los brazos sobre el mostrador, con el portátil y cualquier trabajo que haya estado haciendo olvidado.

—¿Pensamientos sobre qué exactamente?

Miguel.

Todos mis pensamientos últimamente le rodean.

La forma en que me besó.

La sensación de sus manos explorando mi cuerpo.

La ira que brilló en sus ojos cuando descubrió el secreto que le había estado ocultando.

El dolor en mi pecho mientras lo veía alejarse.

Miguel. Miguel. Miguel.

No estoy segura de por qué, porque seguro que no estaba pensando en mí.

Al contrario.

No tuvo ningún problema en marcharse como si nada hubiera pasado.

Lo cual, concedido, podría ser la verdad.

No hicimos ninguna promesa.

No teníamos futuro.

Entonces, ¿por qué demonios podía seguir sintiendo la presión de sus labios contra los míos? ¿Sentir esos dedos callosos rozando mi carne? ¿Sentir sus dedos clavándose en mi piel mientras se hundía en mí, haciéndome experimentar la pasión como ningún otro hombre podría hacerlo jamás? ¿Haciéndome sentir como aquella chica joven y despreocupada que solía ser cuando estábamos juntos?

—Tierra a Rebecca. —Una mano aparece frente a mi cara mientras Savannah me saluda, y puedo sentir cómo el color sube por mis mejillas—. ¿Te estás sonrojando?

—No me sonrojo, es que hace calor aquí—. Me siento mal por haberle mentido, pero no podía contarle nada de lo que realmente me ronda por la cabeza porque eso daría lugar a más preguntas, para la mayoría de las cuales no tengo respuesta.

—El aire acondicionado funciona bien —señala Savannah.

—¿Tal vez me estoy enfermando de algo? —Ofrezco débilmente. En serio, algunos días es como un perro con un hueso.

—Oh, no, no lo harás. Me prometiste que íbamos a salir una vez que terminara la locura de la boda, y te estoy obligando.

—Y lo haremos.

—Prométemelo, Becky. —Me señala con el dedo—. Tú y yo y las bebidas y La Cabaña. Quiero oírte decirlo en voz alta.

Pongo los ojos en blanco.

—Bien, *lo prometo.* ¿Contenta?

—Lo estaría si esa mirada sombría no estuviera en tu cara.

Suelto un suspiro.

—Sólo pensaba en la próxima cita de mamá.

Esta parte es la verdad, al menos. Mamá tiene una cita programada para dentro de unas semanas, y yo la temo simplemente porque veo que se está deteriorando últimamente, y lo odio. Odio esta enfermedad y odio tener las manos atadas y no poder hacer nada para detenerla.

La sonrisa de Savannah se apaga.

—¿Cómo está?

—A ratos —dejo escapar un suspiro—. Cada vez más estos días.

—Siento mucho oír eso. ¿Crees que hay algo que puedan hacer?

Sacudo la cabeza. Eso es lo más triste. No haby nada que nadie pueda hacer. No hay una medicina o un tratamiento que pueda devolverme a mi madre.

Suena el timbre y alzo la vista para ver a la señora Smith y a la señora Winters entrando en la cafetería, con las cabezas muy juntas mientras charlan. Por lo animadas que están, el cotilleo de hoy debe de ser muy bueno.

Savannah y yo intercambiamos una mirada silenciosa cuando las dos se nos unen en el mostrador, tan inmersos en su conversación que apenas nos prestan atención.

—Buenas tardes, señora Smith, señora Winters —les digo, sonriéndoles alegremente—. ¿En qué puedo ayudarles hoy?

—Hola, cariño. —La señora Smith se vuelve hacia mí—. Vengo por media docena de pastelitos de chocolate para mis nietos. ¿Y también puedo pedir uno de esos cafés con leche de vainilla?

—Por supuesto. ¿Algo para usted, señora Winters?

—Tráeme también uno de esos cafés con leche.

—Dos cafés con leche y media docena de pastelitos, enseguida.

Dejo dos tazas debajo de la cafetera exprés, enciendo el café mientras tomo la caja y empiezo a meter los pastelitos dentro.

Por el rabillo del ojo, veo que la señora Winters se dirige a la señora Smith.

—Pobre Margaret. No puedo creer que tenga que pasar por todo esto. Debe estar destrozada.

—Además es tan joven y está en tan buena forma. Nunca pensarías que algo así pudiera pasarle.

¿Joven? ¿En buena forma? Miro hacia Savannah, que se limita a encogerse de hombros, claramente tan confusa como yo. *¿Qué demonios está pasando?*

Tapo los pastelitos, las dejo junto a la caja registradora y me dirijo a la máquina de café para terminar el pedido.

La señora Winters tararea.

—Es muy triste. Realmente lo es.

¿Triste?

—Lo sé. Espero que se recupere pronto.

Me vuelvo hacia ella, incapaz de evitar la pregunta:

—¿Qué está pasando?

No me había enterado de nada, pero, de nuevo, tenía la cabeza en otro sitio, entre la boda, ayudar a Kate a limpiar y tratar *de no* pensar en Miguel, en todo lo que había pasado y en el hecho de que se hubiera ido sin decir una palabra.

Las dos mujeres intercambian una mirada.

—¿No lo sabes?

Tapo el vaso con cuidado y la dejo sobre la encimera, una sensación de inquietud empieza a gestarse en mi estómago ante la seria mirada de concordancia en sus rostros.

—¿Saber qué?

La señora Winters sacude la cabeza:

—Luis Fernandez tuvo un infarto.

Parpadeo, insegura de haberla oído bien. No puede querer decir…

—Sí, incluso llamaron a la ambulancia. —La señora Smith asiente, con los labios apretados —. Le llevaron al hospital.

El señor Fernandez.

Como el padre de Miguel.

Llevado al hospital.

A causa de un ataque al corazón.

Un maldito ataque al corazón.

—Es una pena. Intenté llamar a Margaret para ver cómo estaban, pero nadie cogió el teléfono.

La señora Winters da un codazo a su compañera.

—Eso es porque probablemente estén todavía en el hospital. Esa pobre, pobre mujer. —Su atención se desplaza hacia mí—. ¿Hablaste con ella tal vez?

Tardo un momento en oírla por el zumbido de mis oídos.

Sr. Fernandez. En un hospital.

—No, yo… —Sacudo la cabeza, con la boca repentinamente seca.

¿Alguien ha llamado a Miguel?

¿Se ha enterado de lo que ha pasado?

—No había oído nada.

—Bueno, si te enteras de algo, avísanos. Quizá podamos prepararles algo de comida para cuando vuelvan del hospital, así Margaret podrá centrarse en ayudar a su esposo a mejorar.

—Por supuesto.

La señora Smith me da unas palmaditas en la mano y me sonríe con tristeza. Con el piloto automático, termino y tramito su pedido, y enseguida salen de la cafetería.

—¿Estás bien? —pregunta Savannah, sacándome de mis pensamientos—. ¿Necesitas irte?

Lo deseo. Lo deseo tanto, pero Jennifer esta libre hoy, así que no puedo irme antes de la hora de cierre.

—Tengo que terminar aquí primero.

—Nadie te culpará si quieres cerrar la tienda antes e ir a ver si está bien.

Sacudo la cabeza.

—Lo haré cuando termine aquí.

Una vez que tuve tiempo suficiente para procesar lo que acababa de oír y controlar mis emociones, lo último que necesitaban el señor y la señora Fernandez es que me pusiera a llorar al verlos.

Veo que Savannah quiere protestar, pero cambia de opinión en el último momento. Se queda un rato más, seguramente esperando a que yo vuelva en sí, pero al final tiene que irse porque tiene que llevar a su abuela al médico.

—Todo va a salir bien —susurra y me abraza con fuerza.

Un ataque al corazón no me pareea bien, pero asiento con la cabeza, ya que me parece más fácil que pelearme con ella por eso.

Después de eso, la tienda se anima, así que estoy ocupada durante un par de horas, pero en cuanto se calman las cosas, saco el teléfono y llamo a la señora Fernandez. El teléfono suena un par de veces antes de que me dirija a su buzón de voz.

La preocupación me asalta, pero intento reprimirla. La señora Smith dice que están en el hospital. Probablemente, la señora Fernandez está muy ocupada cuidando de su esposo y lo último en lo que piensa es en contestar al teléfono.

Queda lo otro.

Me muerdo el labio y abro mi lista de contactos o, más concretamente, mi lista de contactos bloqueados.

Alguien debería llamarle para asegurarse de que sabe lo que está pasando. Independientemente de la relación entre Miguel y su padre, sé que en el fondo querría saber qué había pasado.

Lentamente, pulso el botón de desbloqueo y me quedo mirando la pantalla.

Lo que esperaba que pasara, no lo se.

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Contrólate, Becky.

Mi dedo se cierne sobre el botón de llamada cuando el teléfono suena de repente en mi mano, sobresaltándome tanto que casi lo dejo caer.

—*Mierda*.

Aprieto con fuerza el dispositivo y compruebo la pantalla antes de pulsar rápidamente el botón de respuesta.

—¿Linda?

—¿Dónde estás, Becky? —La pregunta de Linda es amortiguada por los gritos que vienen del fondo.

—En la cafetería. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Puedes venir a casa? Tu madre está muy angustiada y nada funciona.

Mi estómago se hunde de miedo.

—Estaré pronto en casa.

Le quito el cabello a mamá y le echo una última mirada a su cara dormida antes de salir de su habitación lo más silenciosamente posible. Ha tenido uno de sus episodios, buscando a mi padre, y ha pasado una hora hasta que por fin se ha calmado, y he conseguido tranquilizarla diciéndole que todo irá bien.

Me paso la mano por la cara y bajo lentamente las escaleras para encontrar a Linda en la cocina, guardando lo que queda de comida, ya que mamá apenas ha tocado nada.

—¿Está dormida?

—Sí —me dirijo al refrigerador y saco una botella de vino.

—Siento mucho haber tenido que llamarte. Intenté calmarla, pero no me reconoció, y…

Sacudo la cabeza.

—No es culpa tuya.

Sabíamos que esto pasaría. Sabíamos que seguiría deteriorándose, pero nunca imaginé que sería tan rápido.

¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Manteniéndola aquí?

Me sentía bien, y lo agradecía por los pequeños destellos que tenía de mi madre de vez en cuando, pero entonces, en días como hoy, no podía evitar preguntarme…

—Ya puedes irte, Linda.

—¿Estás segura? Chase no volverá hasta mañana por la tarde como muy pronto.

En toda la locura que fue este fin de semana, me olvidé por completo de que Chase tiene su cita con el especialista con respecto a su pierna, y luego se suponía que iba a visitar a un compañero de su ejército. Afortunadamente, cuando me levanté esta mañana, encontré mi camioneta sentada en la entrada y esperándome, porque de lo contrario estaría jodida. Pero cuando intenté llamar para ver quién la había traído y cuánto les debía, me dijeron que ya se habían encargado de todo. Lo que sólo significaba una cosa: Miguel pagó para que lo repararan.

¿Fue antes o después de nuestra pelea? ¿Por qué importaba? Yo tenía mi camioneta, y Miguel se había ido.

Lo que me recordó…

—Estaremos bien —la tranquilizo.

La mujer mayor asiente.

Tomo una copa de vino del armario y la lleno mientras ella recoge sus cosas. La acompaño a la puerta, me aseguro de que está cerrada y de que la casa sigue en silencio mientras me dirijo al porche trasero.

No me molesto en encender las luces mientras me siento en el columpio y bebo un sorbo de vino. Dejo el vaso sobre la mesa y busco en mi celular el número de Miguel.

¿Quizá debería mandarle un mensaje? O llamar a Emmett, pero él y Kate se habían ido de luna de miel. No quería interrumpirlos. Se merecían descansar, así que esto era cosa mía. Tenía que ponerme las bragas de niña grande y…

El sonido de unos pies golpeando la grava me saca de mis pensamientos. Levanto la vista justo a tiempo para ver una figura alta que corre hacia mí.

Mi corazón se acelera al ver a la persona acercarse, el miedo se apodera de mí.

La gente no va corriendo por estos lares.

Había algún animal que otro, que se perdía y se acercaba demasiado a la casa, pero nunca personas.

¿Y si…?

La persona se detiene a unos metros de distancia, la suave luz de la luna ilumina lo justo su alta figura. Dejo escapar un suspiro tembloroso mientras observo su pecho que sube y baja rápidamente.

Me pongo en pie, con las piernas temblorosas.

—Miguel. —Su nombre es un suave susurro que sale de mis labios.

Miguel levanta la mano y se la pasa por el cabello mientras sus ojos se cruzan con los míos.

Sólo unos metros nos separan, pero parece un océano. Han pasado tantas cosas entre nosotros y no sé a qué atenerme. ¿Me odia por los secretos que le he ocultado? ¿Somos amigos? ¿Somos

amantes? ¿No somos nada de lo que éramos antes de que volviera a Bluebonnet?

Tiene el cabello revuelto, con rizos oscuros en distintas direcciones desde que se lo pasó por los dedos. Tiene la camisa pegada al pecho y manchas de sudor visibles incluso en la oscuridad.

—Rebecca —susurra, y su voz rasposa me hace sentir un cosquilleo en la espalda.

Está corriendo.

Aquí.

Todavía no se ha ido.

Todavía está aquí.

Observándome en silencio.

¿Cómo es justo que incluso después de todo lo que había pasado, después de todas las inseguridades y dudas y heridas que nos habíamos infligido mutuamente, este hombre siguiera afectándome de esta manera?

No sé qué está pasando ni a qué atenerme.

Lo único que sé es que en sus ojos oscuros brilla una mirada atormentada, y ansiaba hacerla desaparecer.

No estoy segura de cuál de los dos da el primer paso. Pero, de repente, unos fuertes brazos me rodean. La mano de Miguel cae sobre mi espalda y la otra se desliza hasta mi nuca, aferrándose a mí con todas sus fuerzas.

—Mi padre, él… —Miguel solloza con voz apagada.

Él lo sabía.

Por eso seguía aquí.

Sabía lo que había pasado.

—Shhh, estoy aquí.

Miguel me estrecha los brazos y me aprieta con todas sus fuerzas. Entierra la cabeza en el pliegue de mi hombro y yo suelto un suspiro estremecedor. El aroma a cítricos, sudor y heno me envuelve y cierro los ojos mientras aspiro todo lo que es Miguel.

El niño que recuerdo de mi infancia se mezcla con el hombre que tengo delante, tan diferentes y a la vez iguales. En este momento, el pasado no importa. Todo lo que ha pasado, todas las palabras intercambiadas, carecen de sentido. Lo único importante es que está aquí y me necesita.

Le rodeo la cintura con el brazo libre. Mi cara se hunde en su pecho, el calor de su piel se filtra a través del fino algodón de su camisa.

Por un segundo, parece que me acuerdo de respirar por primera vez desde que me he enterado de la noticia, pero entonces siento el cuerpo de Miguel estremecerse contra el mío.

—¿Miguel?

Intento retroceder, pero él no me suelta. Si cabe, me sujeta con más fuerza, y esa sensación de inquietud vuelve a arremolinarse en mi estómago.

—¿Va todo bien? ¿Está tu padre…?

No me permito terminar la pregunta. Porque, ¿y si no está bien? ¿Y si ha pasado algo y su estado ha empeorado? ¿Y si…?

—Sigue en el hospital. Querían que se quedara allí para asegurarse de que se iba a poner bien —me dice Miguel en el hombro, con la voz apagada—. Pero si todo sale bien, pronto podremos traerlo a casa.

A casa.

Vuelve a casa.

—Gracias a Dios. —Dejo escapar una larga exhalación mientras mis dedos agarran el

desgastado material de su camisa.

El señor Fernandez está bien.

Al menos uno de nosotros tendrá a ambos padres vivos y sanos.

—Son buenas noticias, ¿verdad? Si se va a casa, ¿significa que está mejor?

—O quizá ha cabreado tanto a las enfermeras que están más que dispuestas a darle el alta para no tener que estar en su presencia mucho más tiempo.

Un sonido estrangulado sale de mis pulmones cuando la imagen de la cara gruñona del señor Fernandez aparece en mi mente. Me lo imagino molestando a las enfermeras y a los médicos para que le dejen irse cuanto antes.

—Eso suena como algo que él haría.

—Así es papá. Terco como una mula.

Conocí a otro hombre igual. No es que pensara que Miguel apreciaría la comparación. Pero puedo verlo. Son más parecidos de lo que ninguno de los dos quiere admitir. Creo que esa es parte de la razón por la que no se llevan bien desde el principio.

—Me alegra saber que está mejor. Cuando me enteré de que había tenido un ataque al corazón… —Sacudo la cabeza—. Estaba a punto de llamarte, pero entonces apareciste y…

Miguel se echa hacia atrás, esos ojos agotados escrutando mi cara.

—¿Pensabas llamarme?

—Dijiste que te ibas y no sabía si alguien te lo había dicho. Así que, sí, pensaba asegurarme de que sabías lo que pasaba. —Me encojo de hombros—. No importa lo que pasara entre tu padre y tú, nunca te perdonarías si no volvieras, Miguel.

Puede que muchas cosas hayan cambiado en Miguel, pero en el fondo seguía siendo el chico del que me enamoré. El chico que amaba a su familia por encima de todo, el chico que haría todo lo posible para hacerlos felices.

Miguel me mira fijamente, con diferentes emociones jugando en su cara.

Aparto la mirada, incapaz de soportar su mirada penetrante.

No tenía sentido darle tanta importancia. Es algo que cualquiera de nuestros amigos habría hecho. Porque así era nuestra comunidad. Nos cuidábamos unos a otros.

—Todo fue culpa mía. —Las palabras se susurran tan suavemente al principio que creo que me las he imaginado. Me doy la vuelta y veo que Miguel me mira fijamente, pero está claro que su mente está a kilómetros de distancia.

—¿De qué estás hablando?

Miguel me suelta y se pasa la mano por los mechones ya alborotados.

—El infarto. —Su mano cae por su costado—. Fue culpa mía.

—Fue un *ataque al corazón —señalo*—. ¿Cómo ha podido ser culpa tuya?

—Tuvimos una pelea. No pude dormirme después de… —Sacude la cabeza, pero no necesito que termine la frase para saber a qué se refería.

Después de lo que pasó la otra noche.

Después de lo que le dije.

El secreto que revelé.

—En fin, me encontró en el granero, donde yo intentaba entretenerme con el trabajo, y nos peleamos como siempre.

Me acerco un paso más y rozo su brazo con la palma de la mano.

—La gente se pelea. Eso no significa que lo que pasó fuera culpa tuya.

Miguel aprieta y afloja los dedos a su lado.

—No le ha dado un infarto en ninguno de los años que he estado fuera.

—Tampoco le dio un infarto el día que llegaste, ¿verdad? —Cuando se niega a volverse hacia mí, acorto la distancia entre nosotros, mis manos ahuecan su mejilla y le fuerzan a mirarme —. Lo que pasó fue un maldito accidente. No tuvo nada más que ver contigo que conmigo. La gente enferma, Miguel. Jóvenes y viejos. Por desgracia, no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Odio tanto esto.

—Lo sé. —Le aparto un mechón de cabello de la cara, presionando mi frente contra la suya, y repito, esta vez más suavemente:

—Pero esto no ha sido culpa tuya.

Nos quedamos mirándonos un momento, respirándonos el uno al otro.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—¿Qué?

—A la mierda, Rebecca. —Sacude la cabeza, pero no se aparta—. Fui un idiota contigo, y aún así, estás aquí consolándome.

El corazón me da un vuelco en el pecho cuando sus dedos se deslizan hasta mi cara.

—Lo siento mucho, joder —susurra con voz ronca—. Te grité. Quería marcharme. Me *habría ido si no hubiera* pasado todo esto, y ahora intentas asegurarte de que estoy bien. Después de todo lo que ha pasado.

—No importa.

—*Sí* importa. Fui un completo imbécil la otra noche. Siento lo que dije. Estaba totalmente fuera de lugar, pero joder, me pilló por sorpresa. Nunca esperé… —Sacude la cabeza, con la nuez de Adán balanceándose—. Sí, creo que deberías habérmelo dicho, pero me culpo a mí mismo más que a nada. No dejo de pensar en lo que podría haber hecho para cambiar lo sucedido. Sigo pensando si las cosas hubieran sido diferentes, si no me hubiera dejado dominar por el miedo y la rabia. Si te hubiera cogido de la mano y te hubiera apretado contra mi pecho, exigiéndote que me escucharas, que me dejaras explicarte. Diablos, debería haber cogido el siguiente avión a Texas y haberte encerrado en una habitación si hubiera sido necesario. Tal vez entonces las cosas serían diferentes. Quizá entonces… ¿Y si todo lo que había pasado era culpa mía?

—No. —Pongo mis manos sobre las suyas—. Perder a nuestro bebé no fue culpa de nadie. Créeme cuando te lo digo. Lo que pasó… No había razón para ello. No había forma de que pudiéramos saber el resultado, y no había nada que ninguno de nosotros pudiera haber hecho para cambiarlo. Lo que sé es que no fue culpa de ninguno de los dos. Simplemente no estaba destinado a suceder. Tardé mucho tiempo en aceptar lo que había pasado, mucho tiempo en dejar de sentirme culpable. ¿Y si hubiera sabido antes que estaba embarazada? ¿Habría hecho algo diferente? ¿Y si no hubiera estado tan estresada? ¿Y si hubiera hecho algo inconscientemente que hubiera perjudicado al bebé? ¿Y si de alguna manera, sin saberlo, hubiera hecho daño a nuestro bebé? —Sacudo la cabeza. Incluso ahora, años después, me resultaba difícil pensar en lo que había pasado—. Hay tantos hubiera, al fin y al cabo, nada de eso importa. Ese bebé ya no está, y nada lo traerá de vuelta, y somos las personas que somos por ello. Sólo hay una realidad, y es ésta.

—No fue culpa tuya. —Sus dedos se deslizan por mi pelo, esos intensos ojos chocolate clavados en los míos—. ¿Me oyes?

—Ahora lo sé. Simplemente no estaba destinado a ser.

Y si esa no es la historia de nuestras vidas, no sé cuál es.

Nuestros caminos se cruzan una y otra vez, pero cada uno tira por su lado.

Miguel presiona su frente contra la mía.

—Todavía siento lo que pasó. Siento no haber luchado más. Siento no haber estado a tu lado cuando me necesitabas. Lo siento mucho, Rebecca.

—Yo también lo siento —susurro en voz baja, mirando fijamente esos ojos marrones. Así de cerca, puedo ver las más pequeñas motas de oro brillando en las profundidades marrones—. Debería haber confiado en ti y no dejar que mis inseguridades se apoderaran de mí.

—No estoy seguro de sí habría confiado en mí. —Los pulgares de Miguel pasan por mi mejilla, haciéndome caer en la cuenta de que se me ha escapado una lágrima—. Nunca debí dejar que se quedara. Debería haberla acompañado a casa, y las cosas habrían sido muy distintas.

Pero, ¿realmente lo harían?

Todo lo que Miguel siempre quiso fue jugar al fútbol profesionalmente. Y si las cosas hubieran sucedido de otra manera, eso nunca habría ocurrido. Si aquel día le hubiera dicho que estaba embarazada, lo habría dejado todo para estar conmigo. Lo sé. Miguel habría renunciado a su sueño por nuestro bebé, y eso le habría destrozado.

—Quizá lo hubieran hecho —digo en voz baja—. Tal vez no. Al fin y al cabo, no importa. Lo que somos hoy se debe a las decisiones que tomamos en nuestro pasado. Pero una cosa que sé es que no quiero seguir enfadada, Miguel.

—Yo tampoco quiero enfadarme contigo.

Los ojos de Miguel se clavan en los míos antes de bajar a mi boca. La intensidad de su mirada me hace sentir un hormigueo. Saco la lengua y me deslizo por el labio inferior.

—Rebecca… —Mi nombre es un gruñido bajo que hace que me recorra un hormigueo por la espalda.

—¿Sí?

Hay un momento de silencio en el que se me queda mirando, y contengo la respiración mientras espero a ver qué hace.

—Debería irme a casa —susurra pero no intenta moverse—. Pero no quiero. No quiero volver a esa casa vacía y recordar las últimas palabras que le dije a mi padre con rabia antes de irme furiosa.

Su dolor y frustración son tan fuertes que son casi palpables. Lo odiaba. Odiaba verle tan conflictivo, odiaba verle sufrir.

Lentamente, tomo su mano entre las mías.

—Entonces quédate aquí.

Sus ojos se abren ligeramente por la sorpresa.

—Quédate —repito.

Le miro a los ojos y retrocedo un paso, dándole la oportunidad de cambiar de opinión, pero no lo hace. Miguel entra en casa detrás de mí.

—¿Dónde están todos? —pregunta en voz baja.

—Chase no está aquí, y mamá está dormida, así que tenemos que estar en silencio.

Me aseguro de que la puerta está cerrada y lo conduzco escaleras arriba hasta mi dormitorio.

Lentamente, me doy la vuelta para encontrar a Miguel observando el espacio, aunque no ha cambiado mucho desde la última vez que estuvo aquí.

Me acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja, repentinamente nerviosa.

—¿Quieres…?

No llego a terminar porque los ojos de Miguel se encuentran con los míos y acorta la distancia que nos separa.

Me acaricia las mejillas, se inclina y me besa. Le rodeo las muñecas con los dedos y me

aferro a él mientras su boca se desliza sobre la mía, empujándome hacia atrás hasta que mis rodillas tocan el colchón y caigo, rompiendo la conexión.

Inclino la cabeza hacia atrás y me encuentro con esos ojos ardientes clavados en mí. Se pasa la camisa por la cabeza y la tira al suelo.

—Te deseo —susurra, hundiendo la rodilla en el colchón de mi lado—. Es lo único que siempre he deseado. A ti, Rebecca.

Pongo la mano en su pecho, la deslizo hasta su cuello y tiro de él hacia mí.

—Soy tuya. Siempre he sido tuya.

Y una parte de mí está preocupada, siempre lo estará.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Miguel

La brillante luz de la mañana me ciega en cuanto abro los ojos. Maldiciendo en voz baja, me doy la vuelta, hundiendo la cabeza en la almohada. El aroma de las rosas llega a mis fosas nasales.

Rebecca.

Abro los ojos de golpe y, poco a poco, me fijo en los pequeños detalles que me rodean: el escritorio a un lado de la habitación con un tablón de anuncios sobre él lleno de fotografías, la vela rosa sobre la mesilla de noche junto a una pila de libros y la mullida alfombra gris claro en el suelo. Pero la dueña de todo aquello no estaba a la vista.

Gruño, me siento y me froto la cara. No he oído levantarse a Rebecca, pero ha debido de ser hace un rato, porque mi ropa está perfectamente apilada en el borde del colchón, junto con mi teléfono. Me deslizo fuera de la cama, tomo la ropa y me la pongo antes de mirar la hora: las siete y media pasadas. No recuerdo la última vez que dormí tanto ni tan bien. Voy rápidamente al baño para echarme agua en la cara y busco un cepillo de dientes de repuesto en uno de los cajones para cepillarme los dientes.

Abro la puerta y miro a lo largo del pasillo, pero me encuentro con el silencio. Intento no hacer ruido mientras bajo las escaleras en busca de Rebecca.

De la cocina sale una música suave, así que sigo el sonido y, efectivamente, ahí está ella, tarareando tranquilamente mientras toma una taza de café de la encimera y bebe un sorbo antes de darle la vuelta a la tortita.

Me dirijo a la cocina y deslizo el brazo alrededor de su cintura, atrayendo su cuerpo hacia mí.

—Buenos días —susurro, apretando la boca contra su cuello.

Joder, qué bien huele.

Como el azúcar, el chocolate, las rosas y todo lo bueno de mi vida.

Rebecca salta un poco sorprendida.

—Oye, no te he oído entrar.

—Eso es porque estabas demasiado ocupada cantando.

—Yo no canto —protesta ella, volviendo su atención l panqueque.

—Siento discrepar.

Observo cómo desliza el panqueque en el plato antes de poner más masa en la sartén. Mi estómago ruge con fuerza y se hace notar.

—Podrías haberme despertado, sabes.

Rebecca se encoge de hombros.

—No pasa nada. Pensé que deberías descansar un poco después de todo lo que había pasado.

Las imágenes de ayer centellean en mi mente.

Las luces azules y rojas.

Conduciendo al hospital.

La angustia y el miedo que se reflejaban en el rostro de mamá por mucho que intentara ocultarlo.

La cara cenicienta de papá, y la forma en que de repente parecía tan pequeño tumbado en aquella cama de hospital.

¿Cómo es posible que todo eso ocurriera hace sólo unas horas?

Hundo la cabeza más profundamente en el cuello de Rebecca, apartando los pensamientos de ayer, e inhalo su dulce aroma, dejando que me enraíce.

—¿Por qué querría descansar cuando te tengo a ti?

El color inunda sus mejillas y sé que está pensando en lo de anoche. En cómo concentré toda mi atención en ella. En darle placer a su cuerpo y perderme en su calor aterciopelado mientras me tragaba los ruidos que hacía para no despertar a nadie.

—Voy a quemar el desayuno si no dejas de tomarme el pelo —me reprende, empujándome hacia atrás.

—Está bien. Siempre puedo desayunar contigo.

Se vuelve para mirarme.

—Deja de burlarte de mí.

—Bien.

Riéndome, recojo su taza vacía y busco la mía, sirviéndonos cafés recién hechos. Doy un largo sorbo y me apoyo en la encimera, pero cuando levanto la vista, veo a la madre de Rebecca de pie en la puerta, observándonos.

—Señora Williams, buenos días. —Me enderezo y le doy a la mujer una sonrisa tentativa mientras la recibo.

La madre de Rebecca me adoptó en su familia cuando éramos niños, tratándome como a cualquiera de sus hijos. Sin duda, los últimos años habían dejado huella en ella. Su pelo, normalmente oscuro y brillante, ahora era más gris que rojo. Y tenía nuevas arrugas alrededor de los ojos y la boca.

Esos ojos color avellana tan parecidos a los de su hija me miran fijamente, pero hay algo borroso en ellos que antes no estaba. Me mira con el ceño fruncido.

Rebecca mira a su madre antes de dedicarme una sonrisa de disculpa. Revuelve el tocino en la sartén, lo aparta y se limpia las manos en la toalla antes de acercarse a su madre.

—Oye, no me había dado cuenta de que estabas despierta. —Pone las manos sobre los hombros de su madre—. Vamos, vamos a ponerte…

La señora Williams vuelve a desviar su atención de Rebecca hacia mí. Empiezo a pensar que esto podría ser una mala idea y que probablemente debería irme para no disgustarla cuando sus palabras hacen que se me pare el corazón.

—¿Miguel? —La señora Williams inclina la cabeza hacia un lado, sus ojos se entrecierran en mí—. ¿Eres tú?

Es como si todo el aire saliera de la habitación. Los ojos de Rebecca se abren de par en par y mira a su madre y a mí.

—Sí, perdón por entrometerme así.

—¡Oh, tonterías! —Se escabulle de debajo de los brazos de Rebecca y se mueve lentamente hacia mí, extendiendo las manos.

Me agacho y envuelvo suavemente su frágil cuerpo con mis brazos, apretando con fuerza mi pecho mientras sus manos me dan golpecitos en la espalda.

Maldición, me perdí esto.

—Mírate. Cuánto has crecido desde la última vez que te vi.

Miro por encima de su hombro y veo lágrimas en los ojos de Rebecca antes de que se las quite. Nos da la espalda y vuelve a la cocina, pero tengo la sensación de que necesita un momento para serenarse.

Antes de que pueda decir nada, la señora Williams me aparta y se queda mirándome.

—Estás aún más guapo que antes. No es que me sorprenda.

—Usted si que sabe hablar. —Le dirijo una sonrisa que ella me devuelve casi de inmediato.

—¡Oh, por favor! ¿Te quedas a desayunar? No te he visto en mucho tiempo.

—Eso es cierto.

No me molesto en corregirle que nos vimos no hace mucho. Aquel día que ayudé a Rebecca a buscar a su madre, busqué información sobre el Alzheimer en Internet y supe que no recordaría nada.

—Becky, deberías hacer unos huevos. Sabes que Miguel puede comer por tres personas.

—Lo sé, mamá.

La señora Williams me empuja hacia la mesa.

—Ven, tienes que contármelo todo. Becky siempre es tan hermética contigo.

La señora Williams lanza una mirada fulminante a Rebecca, pero ella prefiere ignorarla y concentrarse en terminar el desayuno.

—¿Cómo te va? ¿Has vuelto a casa para siempre?

—Bien, y no. Estoy aquí para la boda.

Arruga las cejas.

—¿Boda?

—La boda de Emmett y Kate, mamá —le recuerda Rebecca suavemente.

Vuelve a tener esa mirada distante y veo los primeros rastros de frustración en su cara mientras intenta recordar algo que no está ahí.

—Sí, claro. La boda de Emmett y Kate. No es que me sorprenda. Ese chico lo tenía realmente mal.

Me río suavemente.

—Así es. Estaba decidido a conquistar a la chica, y lo consiguió. Todavía no puedo creer que Kate se enamorara de él.

La señora Williams asiente.

—No hay nada que un hombre no haga por la mujer que ama.

—Supongo que existe eso.

Levanto mi taza de café y le doy un sorbo.

—¿Y ustedes dos? —La señora Williams me lanza una mirada mordaz—. ¿Cuándo harás de mi hija una mujer honesta?

Bueno, mierda.

Su pregunta me desconcierta y me hace atragantarme con el café. Dejo la taza sobre la mesa y empiezo a toser con fuerza.

Rebecca elige ese momento exacto para traer la comida a la mesa. Poniendo la sartén en medio, me pone la mano en la espalda y me da unos robustos golpecitos.

—¿Estás bien?

—Bien —balbuceo al levantar la vista y ver a la señora Williams observándonos con ojos atentos.

—¿Qué? Es una pregunta legítima. Ustedes dos han estado bailando uno alrededor del otro durante demasiado tiempo. Creo que es hora de que sienten cabeza.

—Esto…

Sin saber qué decir, me vuelvo hacia Rebecca en busca de alguna señal de orientación, pero ella ignora mi mirada.

—Ahora no es el momento, mamá. Miguel está ocupado jugando al fútbol profesional en Austin.

Echando los brazos hacia atrás, se sienta en la silla de al lado y empieza a amontonar comida en los platos de todos.

—Tonterías. —La señora Williams le dice que no—. Si esperas el momento perfecto, siempre te quedarás corto. El momento perfecto es una frase para gente que no está preparada

para sentar la cabeza y busca excusas. —Esos ojos color avellana se cruzan con los míos—. Nunca pensé que fueras el tipo de hombre que necesita excusas, Miguel Fernandez. Todo lo contrario.

Aunque lo dice en voz baja, sus palabras son como una patada en las tripas. Pero no sé qué decirle. Sí, siempre he ido detrás de lo que quería, pero esto era diferente. Rebecca y yo rompimos hace años, y como hemos establecido recientemente, esto entre nosotros no podía funcionar. No porque no quisiéramos que funcionara, sino porque nuestras vidas eran demasiado diferentes.

—Mamá —reprende Rebecca—. ¿Podemos concentrarnos en el desayuno?

No me pierdo el hecho de que no la corrigiera y le dijera que no estamos juntos. Supongo que no tiene sentido. Quizá Rebecca ya se lo había dicho y la señora Williams no se acordaba debido a su enfermedad, así que ni siquiera lo intentó.

La señora Williams levanta las manos a la defensiva.

—Sólo decía.

Después, cambiamos de tema. La señora Williams me pregunta por el fútbol, así que le cuento cómo me presenté al draft antes de tiempo y sobre mis compañeros de equipo. Me escucha atentamente, con una sonrisa en los labios, y por primera vez siento que pertenezco a la familia. La familia de Becky siempre me aceptó tal como era. Nunca se quejaron del fútbol. Nunca me dijeron que era un sueño tonto al que debía renunciar. Diablos, la señora Williams asistió a más de mis partidos de fútbol que mis propios padres hasta ese último año. Supongo que eso debería haber sido una señal en sí mismo.

Tal vez si hubiera prestado más atención, me habría dado cuenta de que algo andaba mal con ella. Pero estaba demasiado inmerso en mis estudios, demasiado inmerso en el fútbol y en conseguir esa beca, demasiado enamorado de Rebecca.

Cuando terminamos, Becky se levanta y empieza a recoger los platos, así que yo hago lo mismo. Vuelvo a por la segunda tanda cuando veo que la señora Williams mira a su alrededor, con una expresión confusa en el rostro.

Me inclino, tratando de no asustarla.

—¿Señora Williams?

Salta ligeramente, sus ojos color avellana se abren de par en par mientras aprieta los dedos.

—¿Dónde está Jackson?

Parpadeo varias veces, sorprendido por su pregunta. ¿Sr. Williams? ¿Por qué iba a…? Me doy cuenta justo cuando capto la sonrisa que sale de los labios de Rebecca.

—Jackson salió a trabajar —dice Rebecca en voz baja, tomando una toalla para secarse las manos—. Volverá más tarde.

La señora Williams mira alrededor de la habitación, completamente confundida.

—Trabajo. Sí. —Entonces sus ojos se posan en mí, y ese ceño fruncido está de vuelta, pero esta vez, no hay reconocimiento—. ¿Y tú quién eres?

—Esto…

—¿Estás trayendo hombres extraños a casa otra vez, Gigi?

¿Gigi?

Rebecca no parece inmutarse lo más mínimo mientras se dirige a su madre.

—Miguel es un amigo. Se irá pronto. ¿Qué tal si te llevamos a la sala? —Rebecca desliza suavemente la mano bajo el brazo de su madre y la ayuda a ponerse en pie—. Puedes ver tu programa favorito.

La señora Williams asiente.

—De acuerdo.

Veo cómo Rebecca lleva a su madre a la sala, murmurándole algo en voz baja todo el tiempo. Me duele el corazón al verlas así.

¿Cómo debe ser? ¿Un momento aquí, como si no hubiera pasado el tiempo, y el otro fuera, de vuelta al pasado hasta el punto de que ni siquiera recuerda a su propia hija? No podría imaginarlo. Y, sin embargo, esta ha sido la vida de Rebecca durante los últimos años.

Se enciende la televisión, con voces suaves de fondo. Entonces Rebecca aparece en la puerta. Tiene la mirada fija en el suelo y veo que le tiemblan los hombros mientras suelta un largo suspiro antes de levantar la vista.

Sus ojos se cruzan con los míos y, por una fracción de segundo, parece sorprendida de verme allí de pie.

—¿Es siempre así? —pregunto rompiendo el silencio.

—Más o menos. —Rebecca asiente, uniéndose a mí en la cocina—. Aunque sus momentos de lucidez son escasos. En su mayor parte, está atrapada en el pasado.

Viviendo en la época en que su esposo aún vivía. Esperando a que volviera a casa, solo para que nunca sucediera.

Rebecca vuelve a limpiar la mesa, pero yo la atraigo hacia mí. La rodeo con los brazos y apoyo la cabeza en su cráneo.

—Lo siento mucho, Roja —susurro suavemente.

Su cuerpo está rígido en mi abrazo. Espero que proteste, que me empuje, pero sus dedos se enroscan en mis antebrazos y me sujetan con fuerza.

—Es lo que hay.

—Esto es horrible. Esta vida…

—Quizás. Puede que no. Algunos días lo odio. Otros, me siento agradecida de que ella viva en el mundo en el que papá sigue vivo. Al menos le tiene a él. Aunque se me rompe el corazón cada vez que tengo que mentirle y decirle que va a volver a casa cuando sé muy bien que eso nunca ocurrirá.

Los padres de Rebecca estaban muy enamorados. Podía recordarlo, aunque murió en un accidente de carro cuando éramos sólo unos niños. Los Williams estaban devastados por su pérdida. Todo el pueblo lo estaba realmente. El señor Williams era un buen hombre y todo el mundo le quería. En todos los años que siguieron, nunca vi a la señora Williams mirar a otro hombre, y mucho menos mostrar interés por salir con alguien.

En su lugar, se centró en sus hijos, y ellos fueron felices.

No podía imaginar lo que debía ser para Rebecca tener que pasar por todo esto una y otra vez.

—Lo siento mucho, cariño. —El cariño se me cae de los labios con facilidad, como siempre.

Becky se gira en mis brazos y sus ojos se encuentran con los míos. Puedo ver lágrimas brillando en ellos. Levanto la mano, le acaricio la cara y le paso el pulgar por el pómulo. —No llores.

No hay nada peor que ver llorar a Rebecca. Siempre fue tan fuerte. Tan feroz. Dolía aún más verla destrozada así.

—Oye, todo va a ir bien —le susurro, apartándole las lágrimas.

A la mierda con esto.

Me inclino y aprieto mi boca contra la suya. Noto el sabor salado de las lágrimas en sus labios mientras la beso suavemente. Cada roce de mi boca con la suya es una garantía silenciosa de que todo irá bien.

Mi mano se desliza hasta su nuca, mis dedos se enredan en su pelo mientras inclino su cabeza. Rebecca suelta un suspiro estremecido, separa los labios y me abraza la camisa con los dedos, acercándome a ella.

Así que cedo. Dejo que tome lo que necesita. Dejo que se pierda en mí.

Me pellizca el labio, un suave gruñido sale de mi pecho mientras aprieto sus mejillas entre mis palmas. Maldita sea, sabe tan dulce. Tan perfecta. Tan… mía.

—¡Oh, lo siento! —dice una voz femenina, rompiendo la neblina que es Rebecca.

Nos separamos y veo a Linda salir corriendo de la cocina.

—Mierda —murmura Rebecca, apretando la frente contra mi pecho, con la respiración agitada.

Mierda, en efecto.

Aunque supongo que debería alegrarme de que fuera Linda y no el hermano de Rebecca. Estoy seguro de que el encuentro habría sido muy distinto si Chase nos hubiera pillado besándonos.

Le aprieto el cabello con la mano antes de soltar los dedos de sus sedosos mechones y dar un paso atrás.

—Creo que debería irme. Le prometí a mamá que le llevaría ropa limpia por la mañana.

—Espera, tengo algo para ti.

Se apresura hacia el mostrador agarrando un recipiente de plástico y me lo entrega.

—Puedes llevárselo a tus padres. Y antes de que preguntes, es la versión sana de los pastelitos de chocolate, pero saben tan bien como las normales.

Pastelitos.

Horneaba pastelitos para mis padres.

—¿Y yo qué?

Rebecca pone los ojos en blanco.

—Nadie ha dicho que no se puedan comer.

—No es lo mismo, y lo sabes.

—Bien —deja escapar un suspiro—. Yo también te hornearé algo. Como agradecimiento por arreglar mi camioneta.

—No sé de qué estás hablando. —Acorto la distancia que nos separa y aprieto mi boca contra la suya—. ¿Hasta más tarde?

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Miguel

—¿Te parezco un maldito inválido? —refunfuña papá mientras intento ayudarle a entrar en casa dos días después de que por fin le dieran el alta en el hospital.

—Lo que pareces es un niño gruñón que no sabe aceptar ayuda cuando claramente la necesita —murmuro para mis adentros, pero, por supuesto, el viejo me oye y me lanza una mirada asesina.

—Te daré un hombre-niño.

Me suelta el brazo, pero apenas ha dado tres pasos, sus piernas se tambalean y avanza a trompicones.

—*Joder, papá* —grito, rodeándole el codo con la mano para estabilizarlo.

Respira con dificultad, una capa de sudor le cubre la frente y todo su cuerpo tiembla por el esfuerzo.

Está cansado, aunque el muy cabrón nunca lo admitiría en voz alta, y menos delante de mí.

Papá ha estado protestando desde que llegamos al hospital y durante todo el tiempo que mamá se ocupó de que le dieran el alta. El muy testarudo intentó caminar hasta el carro por su cuenta, pero una mirada de una enfermera mayor le hizo poner el culo en la silla de ruedas. Al menos había una persona en el hospital que sabía cómo tratar con él, así que supongo que era eso.

Esa conformidad, sin embargo, no se trasladó a la vuelta a casa, porque en el momento en que el camión se detuvo, él salió del coche por su propio pie.

—¿En serio es más importante tu orgullo? ¿Quieres acabar en el hospital otra vez? Deja que te ayude.

—Estoy bien —sisea—. No necesito ayuda.

—Oh sí, porque nada grita mejor que un hombre que apenas se mantiene en pie después de sufrir un maldito *ataque al corazón*.

—Antes del infarto —corrige papá.

Ha estado repitiendo esas dos palabras como un loro. No sé por qué cree que se puede hacer algún tipo de diferencia.

—Sí, un preinfarto. Lo que significa que tuviste suerte de estar vivo, y todavía eres capaz de moverte y hacer cosas por tu cuenta.

Papá se vuelve para mirarme.

—Cuida esa boca, chico.

—No estoy cuidando nada. Casi *mueres*, papá. Sé que te importo una mierda y lo que pienso, pero piensa en mamá. Piensa en cómo la afectaría. Piensa en Gage. ¿Y si encontrara tu triste culo muerto en el granero? ¿Cómo le afectaría? ¿En serio quieres eso?

—¿Quieren parar ya? —grita mamá cuando se reúne con nosotros delante de la casa. Me mira de papá a mí y viceversa—. Se están comportando como idiotas. Demasiado parecidos para su propio bien. Dejarás de refunfuñar y escucharás lo que te decimos. Aceptarás ayuda, empezarás a comer sano *y* te recuperarás, o que Dios me ayude, Luis, seré yo misma quien te mate, y tú… —Se vuelve hacia mí, con el dedo en el centro de mi pecho—. Tu padre te quiere. Puede que no sea el mejor demostrándolo, pero te quiere. —Mamá cruza los brazos sobre el pecho y nos mira a los dos—. Los he dejado seguir con esto demasiado tiempo. Es hora de que pongan sus cosas en orden y hablen como dos adultos.

—Margie… —Papá empieza a abrir la boca, pero mamá le lanza una mirada asesina.

—No estoy bromeando, Luis. Dejé que esto durara demasiado tiempo. Tienes dos hijos increíbles. Uno se está dejando la piel para que el negocio familiar siga prosperando, el otro está viviendo sus sueños más salvajes a pesar de todos los obstáculos que le ponemos. Es hora de dejarlo ir. Quiero a todos mis hijos en casa, y quiero que seamos felices y estemos sanos para ver crecer a nuestros nietos. ¿Es mucho pedir?

—Bien —resopla papá.

—No te he oído.

—Dije bien.

—Perfecto. —Acercándose a él, le rodea con los brazos y presiona su boca contra su mejilla —. Ahora vete a tumbarte. Te traeré un poco de sopa en un rato, ¿vale?

Papá refunfuña algo, pero no intenta protestar cuando le tomo de la mano. Subimos las escaleras en completo silencio. El único sonido es su pesada respiración, cada vez más agitada a cada paso que da.

Ninguno de los dos lo comenta, pero le oigo soltar una larga exhalación de alivio cuando por fin llegamos a su dormitorio y se sienta en la cama.

Miro a mi alrededor y veo un vaso, así que voy al baño y lo lleno de agua fría.

—Gracias —dice cuando se lo doy. Lo bebe despacio, con la mano temblorosa mientras sujeta el vaso. Cuando termina, se lo vuelvo a llenar y se lo dejo en la mesilla.

—¿Necesitas algo más?

Papá sacude la cabeza.

—Estoy bien.

—De acuerdo entonces. —Asiento y me quedo ahí un momento antes de darme la vuelta e ir hacia la puerta.

—Tu madre tiene razón, sabes.

Me detengo, con la mano en la puerta.

—¿Sobre qué?

—Has triunfado a pesar de todo. Vi tu partido de la temporada pasada y me sentí orgulloso, pero luego recordé que yo no tuve nada que ver. No hice una mierda para ayudarte a llegar allí.

Mis cejas se fruncen al procesar sus palabras.

—¿Tú? ¿Viste el partido? —pregunto. La incredulidad de la situación no pasa desapercibida para mí. Me giro hacia él y me señalo el pecho—. ¿Mi partido?

Papá no veía partidos de fútbol. Diablos, no creo recordar una sola ocasión en la que lo viera sentarse a ver algún tipo de deporte, Dios no lo quiera, ir realmente a un partido. Creo que era el único chico de mi clase que no tenía padres que asistieran a mis partidos. Los de Santiago intentaban venir siempre que podían, y Rebecca estaba allí todo el tiempo. ¿Mis padres? Ni una sola vez.

—Sí, he visto tu partido. Te has convertido en un buen hombre, Miguel. Y siento no haber contribuido más a ello.

Se me hace un nudo en la garganta. Intento tragarlo, pero es como si la maldita cosa estuviera atascada allí.

—Soy el hombre que soy gracias a ti.

Papá se estremece visiblemente ante mi tono duro, y una parte de mí se siente mal por ello, pero ese niño solitario que sólo quería que su padre viniera a verle jugar grita con fuerza desde el fondo de mi mente.

—Sé que fui duro contigo de pequeño, pero siempre fuiste tan salvaje, tan despreocupado.

Abro la boca para protestar, pero él niega con la cabeza.

—No es culpa tuya. Simplemente no sabía qué hacer contigo. Me criaron unos padres que vivían de la tierra. Era lo único que sabía hacer. Aaron era igual. Siempre fue tan sencillo. Pero tú no.

—Si quieres decirme una vez más lo difícil y la gran decepción que fui y lo mucho mejor que es Aaron, puedes ahorrarte el aliento. Eso ya lo sé.

—No has sido una decepción, Miguel. Aunque tu madre tiene razón, y somos más parecidos en algunas cosas, no podríamos ser más diferentes en otras. Siempre soñaste a lo grande, y eso me daba miedo. No sólo te gustaba el fútbol; estabas obsesionado con él. Era tu única opción; nada más estaría a tu altura. Y, aunque sí, una parte de mí estaba decepcionada porque quería que mis dos hijos siguieran mis pasos, también estaba preocupada por ti. Me preocupaba qué pasaría si no tuvieras la oportunidad de vivir tu sueño. ¿Y si no te llamaban a filas? ¿Y si te lesionabas y ya no podías jugar? Había tantas posibilidades, tanta incertidumbre, y yo no quería eso para ti.

Me quedé mirándole, sin palabras. No sabía qué hacer con lo que decía.

—No quiero nada de ti. Yo sólo… —Sacude la cabeza—. Quería que supieras que, aunque no tengo derecho a ello, estoy orgulloso del hombre en que te has convertido y de lo lejos que has llegado.

—¿Entonces por qué me dijiste que me fuera?

Papá levanta la mano y se la pasa por el cabello, dejando escapar un suspiro.

—Pensé *que* querías irte. Para empezar, te empeñaste en no volver. Pensé que te irías en cuanto terminara la boda.

—Pensaba hacerlo —admito—. Pero desde que volví… —Mi mirada se dirige a la ventana. El granero está justo a la izquierda, con una visión de los campos que se extienden en la distancia al frente. Kilómetros y kilómetros de campos—. Que me guste el fútbol no significa que no me guste la tierra.

—Lo sé. —Papá asiente.

Durante un rato, nos quedamos ahí, sin decir nada. Nuestra conversación no ha borrado los años de dolor y distancia, pero la herida ya no parece tan reciente.

En ese momento, la puerta cruje y mamá se asoma.

—Oh, bien, estás en la cama. Me estaba preparando para meterte a la fuerza si era necesario. —Empuja la puerta, entra con un plato de sopa en las manos y va directa a la cama—. Te he traído algo de comer y luego puedes tomarte la medicina. —Pasa la mirada de papá a mí—. No he oído ningún grito.

—No hubo gritos —responde papá.

—Bien. Ahora comida. Quiero que te mejores.

Mamá levanta la cuchara, lo que hace que el ceño de papá se frunza aún más, pero él la obedece de todos modos. Si papá tiene un punto débil, es mamá. Me quedo allí un instante más antes de salir silenciosamente de la habitación. Saco el móvil del bolsillo mientras bajo las escaleras.

MIGUEL:

Acabamos de traer a papá a casa.

La respuesta de Rebecca es casi inmediata.

ROJA:

Me da gusto.

¿Cómo se encuentra?

MIGUEL:

Como un gilipollas gruñón.

ROJA:

¡Miguel!

Está enfermo, tienes que darle un respiro.

MIGUEL:

Un ataque al corazón no te da excusa para comportarte como un gilipollas.

En su defensa, acaba de disculparse por lo ocurrido hace cuatro años.

De todos modos, ¿quieres que vaya más tarde esta noche?

ROJA:

No puedo. Le prometí a Savannah que saldríamos. ¿Otro día?

Maldita sea, no quiero quedarme un día más. No hemos tenido ocasión de vernos desde que me fui de su casa hacía dos días, ni desde que me pasaba la mayor parte del tiempo ayudando a mamá en el hospital. La echaba de menos. Pero no podía decirle eso, y no sería justo por mi parte pedirle que cancelara sus planes ahora que yo estaba aquí.

MIGUEL:

Sí, claro. Supongo que iré a buscar algo que hacer antes de volverme loco. ¿Hablamos luego?

Siempre podía subir al piso de arriba y sacar el portátil para trabajar en mis clases de verano. Dios sabe que estaba atrasada, pero la idea de quedarme dentro después de haber estado en el hospital era asfixiante.

No, tenía que salir de aquí.

El exterior está tranquilo, la mayoría de los peones del rancho ya se han ido a trabajar a los campos, pero siempre hay algo que hacer en este lugar, así que me arremango y me pongo manos a la obra.

—¡Siempre estás trabajando!

Al oír la voz ligeramente familiar y definitivamente enfadada, levanto la cabeza.

—Porque este es nuestro medio de vida, Cheryl —dice Aaron suavemente—. ¿Qué quieres que haga? Papá está enfermo, así que alguien tiene que hacerse cargo, y ese alguien soy yo.

—Esto no es por tu padre. Has estado haciendo esto durante meses, años, en realidad.

—Por supuesto que sí. Es mi trabajo. Más que eso, es el legado de mi familia.

Miro a mi alrededor, intentando encontrar un lugar al que ir. Estaba seguro de que a mi hermano no le gustaría que espiara su pelea con su mujer -*otra* vez-, pero la única salida estaba en el granero, donde el dúo estaba peleando. Sí, de ninguna manera iba a hacer *eso*. ¿Quizá se irían pronto y podría intentar escabullirme sin que se dieran cuenta?

—¿Qué legado? ¡Eres un *ranchero*, Aaron! Has estado trabajando hasta la extenuación, ¿y para qué? Tal vez si encontraras un trabajo diferente, no tendrías que trabajar tanto. Apenas estás en casa. Eres el primero en salir de casa, y la mayoría de los días, no vuelves hasta tarde por la

noche. Apenas pasas tiempo con Gage.

—Eso son tonterías. Gage viene al rancho todos los días y se queda en el establo, me ayuda con algunas tareas pequeñas y lo saco a montar.

—¿Pero qué pasa conmigo, eh, Aaron? ¿Y nosotros? ¿Cuándo vamos a hacer algo?

Joder, esto no va bien.

La tensión que desprenden los dos es tan densa que puedo sentirla aquí fuera. El silencio se alarga lo que parece una eternidad antes de que Aaron diga por fin:

—Quería invitarte a comer la otra semana, pero dijiste que no.

—¡Querías llevarme a La Rosaleda!

—¿Qué tiene de malo?

—¡Es el único restaurante en esta ciudad olvidada de Dios!

Me estremezco cuando sus palabras resuenan en el silencioso granero.

El caballo resopla a mi lado, así que le pongo la mano en el cuello y le doy un suave masaje para calmarlo.

Sinceramente, no sabía qué pensar. Aaron y Cheryl salieron juntos durante todo el instituto y se casaron el verano siguiente a su graduación. Siempre parecían tan unidos y felices juntos, pero supongo que algo cambió desde entonces.

—Esto es de lo que va toda esta pelea en realidad. No se trata del trabajo, no se trata de que no pase tiempo con Gage. Sino de *esto.* Quieres cosas que simplemente no puedo darte.

—¿No puedes o no quieres, Aaron? —No hay duda de la acusación en la voz de Cheryl. Espero que mi hermano diga algo, que la tranquilice, pero sólo hay silencio—. Eso es lo que pensaba.

Contengo la respiración, escuchando atentamente, pero sólo se oye el ruido de los caballos hasta que…

—*Joder* —murmura Aaron en voz baja antes de que algo suene.

El caballo se estremece, pero yo tiro de sus riendas, intentando calmarlo, y justo cuando lo consigo, aparece una figura alta en la puerta.

Los ojos oscuros de Aaron se encuentran con los míos, pero no hay ira, sólo resignación.

—¿Cuánto has oído?

Mierda. Demasiado para escabullirse sin ser notado.

—Bastante —admito—. Lo siento. No pensaba escuchar, pero la única salida era por esa puerta, así que…

Levanto los hombros encogiéndome de hombros.

Mira alrededor del puesto, con esa expresión impasible en el rostro. Estaba claro que su matrimonio se estaba yendo a pique y, sin embargo, no parecía importarle lo más mínimo. No podía entenderlo. El Aaron que yo recordaba no renunciaba a las cosas que le importaban, y la familia era una de las cosas más importantes para él.

—¿Quieres ir a La Cabaña?

Mis cejas se enarcan ante la inesperada sugerencia. No podía pensar en la última vez que Aaron y yo salimos juntos. Los dos siempre andábamos en círculos diferentes desde que éramos niños, y cada vez que nos obligaban a estar juntos, nos peleábamos.

—¿Como ahora?

—Sí, ahora. Necesito beber algo.

Mi mirada pasa por encima de su hombro como si esperara que Cheryl volviera gritando.

—Dormiré en el sofá de todos modos. No tiene sentido volver a casa ahora y molestar a Gage con otra pelea.

¿Otra pelea?

¿Cuántas peleas han tenido?

Mamá no mencionó nada. Por otra parte, ¿habría sospechado algo si no lo hubiera presenciado con mis propios ojos? Probablemente no.

Supongo que esto es algo habitual por aquí.

¿Es esa la razón por la que parece tan resignado? ¿Porque estaba acostumbrado? Y si Aaron y Cheryl no podían hacerlo, ¿qué decía eso del resto de nosotros?

—Sí, claro.

Aaron asiente.

—¿Me cambio y nos vemos en diez?

Asiento y cada uno sigue su camino. La casa está en silencio cuando entro. La puerta de la habitación de mis padres está cerrada. Me quito rápidamente la ropa y me ducho antes de reunirme con Aaron delante de la casa.

—¿Cómo está papá? —Aaron pregunta mientras subimos a su camioneta.

—Gruñón.

—Claro que sí. —Aaron sacude la cabeza—. Todavía no puedo creer que no le dijera a nadie que no se sentía bien durante tanto tiempo. Sigo diciéndole que debería retirarse, pero no quiere escuchar.

—¿Por qué no me sorprende? Ese hombre moriría encima del caballo si pudiera.

—Sí, supongo que tienes razón.

¿Yo? ¿De verdad? Miro hacia mi hermano, pero tiene la mirada fija en la carretera y la mandíbula apretada.

Conducimos el resto del camino en silencio. El estacionamiento frente a La Cabaña está abarrotado.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Están regalando algo?

—No, es noche de música en directo —dice Aaron mientras conduce por el estacionamiento, buscando un sitio—. Lo había olvidado por completo. Hace tiempo que no vengo.

—Así que, básicamente, esto es el equivalente en Bluebonnet de ir a un club.

—Algo así. Por fin.

Aaron hace un giro brusco, estaciona en el único sitio disponible y salimos del camioneta.

La música a todo volumen llega desde el bar incluso a través de la puerta cerrada. Entramos y Aaron ve enseguida algunas caras conocidas mientras nos dirigimos a la barra, donde pide whisky.

—Entonces, ¿cuál es tu plan ahora que la boda está hecha?

—¿Yo? ¿De eso quieres hablar?

Mick nos pone dos tragos de whisky delante y mi hermano le da las gracias con la cabeza. Sus dedos rodean el vaso mientras agita el líquido ámbar que contiene.

—Es mejor que hablar de mis problemas —murmura, se bebe su copa y pide otra.

Bueno, si los últimos días eran una indicación de cómo estaban las cosas en su casa, no podía culparle por no querer hablar de ello.

—No hay planes. —Me encojo de hombros—. Todavía me quedan unas semanas antes de tener que estar en el campamento de verano, así que mejor me quedo aquí para ayudar si hace falta.

—¿Esa es tu única razón para quedarte?

Le miro, con las cejas fruncidas.

—¿Debería haber otra razón?

Aaron levanta el hombro y se bebe su segundo trago. Al parecer, esta noche está en racha.

—No lo sé. Dímelo tú.

¿De qué demonios está hablando?

Le sacudo la cabeza.

—No hay otra razón.

Frunce el ceño.

—¿Ni siquiera tu ex?

Sus palabras me hacen detenerme. Aaron levanta la mano y pide otra copa.

—¿Qué tiene que ver Rebeca con esto? —pregunto despacio, asegurándome de mantener una expresión neutra, no vaya a ser que Aaron esté interesado en mirarme.

—La gente ha estado hablando de ustedes dos.

Me rechinan los dientes de irritación.

—La gente necesita encontrar algo mejor que hacer.

—¿Así que no te importaría que siguiera adelante?

—¿De dónde viene todo esto?

En lugar de responder, Aaron se da la vuelta e inclina la barbilla hacia la pista de baile. Molesto por sus crípticos comentarios, me doy la vuelta solo para hacer una doble toma.

Porque Rebecca está ahí, bailando con un pendejo.

Aprieto la mandíbula y los dedos alrededor del vaso que tengo en la mano.

Aaron sonríe.

—Sí, por nada, como no.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—¿Cómo está el señor Fernandez?

¿Fernandez?

Levanto la vista de mi vaso y me encuentro con Savannah mirándome atentamente.

—¿Miguel?

¿Cómo demonios sabe que vi a Miguel? La única persona que nos vio juntos fue Linda, y no creí que fuera a ir por la ciudad hablando de lo que vio. No es que hubiera mucho que ver, pero aún así.

La comisura de los labios de Savannah se inclina hacia arriba en una sonrisa cómplice.

—Te pregunto por *el* padre *de Miguel*, pero claro, podemos hablar de tu ex. Sigue siendo ex, ¿verdad?

Mierda, me metí en esa.

—El señor Fernandez está mejor. Por lo que he oído, lo tuvieron en el hospital unos días para asegurarse de que estaba bien, pero ahora está en casa, lo cual es un alivio. Probablemente debería pasarme por su casa algún día para ver si puedo ayudar de alguna manera.

—¿Lo has oído? —Savannah frunce el ceño, dando un sorbo a su cerveza—. ¿De *Miguel*?

Le doy una patada bajo la mesa con el pie.

—¿Quieres parar ya?

Savannah se ríe.

—Ni hablar, fuiste tú quien sacó el tema. —Su teléfono zumba sobre la mesa. Lo toma y se le borra un poco la sonrisa.

—¿Qué pasa con esa cara? —pregunto, agradecida por el cambio de tema.

—Mark. —Pone los ojos en blanco—. Se suponía que vendría a Bluebonnet mañana, pero al parecer, surgió algo en el trabajo.

Me muerdo el interior de la mejilla, intentando contener la lengua.

Sav murmura algo en voz baja mientras pone su teléfono boca abajo y desvía su atención hacia mí.

—Otra vez. Ya está, lo he dicho para que no tengas que hacerlo tú.

—Ese tipo no te merece.

—No es tan malo. Las cosas son diferentes ahora que estamos intentando hacer lo de la larga distancia. —Sav se pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja—. De todos modos… Olvídate de Mark. Quiero oírlo todo sobre el señor futbolista. ¿Qué más has sabido de él? ¿Sigue aquí? Pensé que se suponía que se iría después de la boda.

—Lo haría, pero teniendo en cuenta todo lo ocurrido, decidió quedarse.

—Supongo que tiene sentido. —Ella inclina su cerveza en mi dirección—. ¿Qué opinas de que se quede?

Emocionante, confusa, asustada.

Son tantas las emociones que se agolpan en mi estómago al pensar en Miguel. No sabía qué pensar. Qué pensar de él o de la situación en la que nos encontramos. ¿Se va a quedar y, en caso afirmativo, por cuánto tiempo? ¿Espera que sigamos con el plan que habíamos hecho al principio? ¿Yo quiero eso?

Mi cuerpo lo desea sin duda. Lo ansia. Ansia sentir esos dedos callosos recorriendo mi cuerpo y proporcionándome un placer que nunca antes había experimentado. Pero mi corazón es otra historia. Me grita que me mantenga alejada de él porque lo único que puede traernos es

angustia.

—Señoritas. —Ambas nos giramos al oír un barítono bajo y nos encontramos con una pareja de rancheros delante de nosotras.

—¿Te apetece bailar? —me pregunta el tipo que tengo más cerca, mostrándome una sonrisa que deja ver un hoyuelo en su mejilla derecha. En sus ojos azules brilla el interés y me tiende la mano expectante.

—Esto…

Lo acojo mientras intento idear una forma de rechazarlo fácilmente. Es guapo, lo reconozco. Vestido con unos jeans y una camisa blanca con dos botones desabrochados, me saca unos centímetros, pero no se acerca a la estatura de Miguel.

Y aquí estoy yo de nuevo, sólo un par de semanas desde que Miguel regresó, y estoy comparando a todos los hombres con él, sólo para encontrar que le falta.

Tengo muchos problemas.

—¡Le encantaría! —Sav dice, empujándome hacia adelante.

Me giro sobre el hombro para mirarla, pero ella sonríe malvadamente. —Dijiste que no había nada entre Miguel y tú, así que no veo qué daño podría hacer un bailecito —me susurra al oído.

Voy a matarla.

Se lo digo exactamente con la mirada antes de esbozar una agradable sonrisa y volverme hacia el chico.

—Uno nada más.

Deslizo mi mano en su cálida palma y, juntos, nos unimos a los bailarines. Me da la vuelta para que me ponga frente a él, su mano cae sobre mis caderas y empieza a movernos juntos.

¿Por qué tenía que ser una canción lenta?

Se inclina para que pueda oírle por encima del volumen de la música.

—Soy Hardy, por cierto.

—Becky.

—Bonito nombre para una chica preciosa. ¿Eres nueva aquí, Becky?

—Difícilmente —me río suavemente—. De hecho, nací y me crie aquí.

Sus cejas se levantan.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es que no te he visto aquí antes de hoy, entonces?

—He estado ocupada últimamente.

—¿Ah, sí? ¿Qué mantiene tan ocupada a una chica tan guapa como tú?

¿En serio? ¿Esto es lo mejor que tiene?

—Estaba ocupada con la boda.

Se me eriza el vello de la nuca al oír esa voz profunda y grave.

No soy la única que lo oye. El tipo mira por encima de mi hombro, mostrando un rastro de irritación en el rostro, pero luego sus ojos se abren ligeramente al ver a Miguel.

—Lo siento, amigo. —Me suelta como si le hubiera quemado—. No sabía que era tu chica.

¿Su chica? No puede querer decir…

—Yo no… —Empiezo a protestar, pero el tipo ya se ha perdido entre la multitud.

¿Qué coño pasa?

La irritación me invade. Lo cual es una locura porque ni siquiera quería bailar con ese tipo. Pero también odio el hecho de que Miguel consiguiera espantarlo tan fácilmente.

Me doy la vuelta, levantando la mano, pero antes de que pueda clavar el dedo en el pecho de Miguel, su mano envuelve la mía y me atrae hacia su pecho.

El aire se me escapa de los pulmones al conectar con esa firme pared de músculos; el calor de

su piel me quema a través de las capas de ropa que nos separan. Su otra mano se desliza hasta la parte baja de mi espalda mientras me atrae hacia él, sus largos dedos se extienden por la parte baja de mi espalda y me provocan escalofríos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Inclino la cabeza hacia atrás para encontrarme con esos ojos imposiblemente oscuros mirándome fijamente.

—Bailando contigo.

Aprieto los dientes.

—No me refería a eso.

—Me preguntaste qué estaba haciendo.

—Ni siquiera te gusta bailar.

—Pero tú sí, y nunca te dejaría colgado.

Me viene a la mente la imagen de Miguel y yo bailando en la fiesta de bienvenida y, más tarde, en el baile de graduación. No, no era un gran bailarín, pero siempre se esforzaba por bailar conmigo.

—Tenía un compañero. No había necesidad de que te sacrificaras.

—¿Ese idiota?

—¿Idiota? Ni siquiera lo conoces —protesto.

En serio, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Me siento como en el instituto otra vez. Yo hacía algo, y Miguel soltaba un comentario estúpido, que me enfadaba, y nos enzarzábamos en una pelea. Una pelea que más tarde solía acabar con su boca en la mía y sus manos en mi cuerpo hasta que pelear era lo último en lo que pensábamos.

Los iris de Miguel se oscurecen como si él también estuviera recordando exactamente lo mismo.

—No me mires así —gruñe, y juro que puedo sentir ese sonido hasta el fondo de mis entrañas.

Era estúpido y primitivo, pero era como si mi cuerpo no hubiera recibido un memo.

—No sé de qué me hablas —murmuro, haciendo ademán de mirar por encima de su hombro.

—Oh, sabes *exactamente* cómo me estás mirando. —Miguel se inclina más cerca, su cálido aliento me hace cosquillas en la concha de la oreja—. Como si quisieras que te diera la vuelta y te follara tan fuerte hasta sacarte esa actitud arisca de tu cuerpo.

Me muerdo el interior de la mejilla para que no salga ningún ruido, pero Miguel es implacable. Sus dedos se deslizan bajo mi camisa y me frotan la piel en círculos.

—¿Es eso lo que quieres, Roja? Porque yo lo haré. Sólo tienes que decirlo y te daré todo lo que quieras. Y sabes lo jodidamente bien que puedo hacerte sentir.

Se me cierran los ojos, la garganta se me estremece al intentar tragarme el nudo que se me ha formado, pero es inútil.

Estoy jodida.

Completa y absolutamente jodida.

Mis dedos se cierran en un puño, las uñas se clavan en mi palma con tanta fuerza que estoy segura de que dejaré una marca.

Su mano libre me acaricia la mejilla, me pasa el pelo por detrás de la oreja y me obliga a mirarle.

—Apuesto a que no hubo otro hombre capaz de hacerte sentir como yo.

No, no lo hubo.

Tampoco por falta de intentos.

Tuve algunas citas aquí y allá.

Besé a otros chicos e incluso me acosté con uno.

Pero no había otro hombre que pudiera hacerme sentir como Miguel.

—Miguel, no podemos hacer esto. No aquí, no ahora.

Puedo sentir las miradas de la gente sobre nosotros. Estoy segura de *que* mañana *The Reading Nook* volvería a estar lleno de gente esperando los últimos cotilleos, y eso es lo último que quiero.

—¡Ahí estás! —Savannah dice, mirando de mí a Miguel—. Al parecer, ¿tu *esposo* vino a buscarte?

—¿Qué? —Me quito la mano de encima y me giro hacia ella.

¿Está bromeando? Porque esto no tiene gracia.

—Eso dijo el tipo cuando volvió a por su amigo. —Se encoge de hombros y vuelve a centrar su atención en Miguel, con una sonrisa socarrona en los labios—. Supongo que tú eres el esposo.

Miguel le dedica su sonrisa más encantadora.

—Miguel, ¿y tú eres?

—Savannah, la mejor amiga de Becky, y la responsable de cazar a la gente que le hizo daño, así que…

Dios mío…

Tomo su mano.

—Así que nos vamos.

—¡Pero si acabamos de empezar a charlar! —protesta Savannah.

—Oh, ya has dicho demasiado —siseo suavemente—. Si se extiende el rumor de que Miguel es mi esposo, te estrangularé.

—Yo no he dicho nada. Sólo transmito lo que he oído decir a otros. Hay una diferencia.

—No me importa. —La tomo de la mano—. Nos vamos. He tenido suficiente de socializar por un día.

—Bien. —Savannah mira por encima del hombro—. ¡Fue un placer conocerte, Miguel!

—¡Tú también! —le grita.

—¿En serio, Sav?

—Oye, tú eras la que estaba bailando con él. Yo no hice nada.

—Me empujaste a bailar con ese otro chico, que a su vez… —Me muerdo la lengua, deteniéndome antes de revelar demasiado.

Se supone que nadie debe saberlo.

Y aquí estamos bailando en público, la gente viéndonos besarnos. Antes de que me dé cuenta, toda la ciudad sabrá que Miguel y yo estamos juntos. Sólo que no lo estamos, no realmente.

—¿Cuál a su vez? —me pregunta Savannah, sacándome de mis pensamientos.

—Nada.

—Mhmm, eso es lo que dijiste antes, y sin embargo no parecía nada desde donde yo estaba.

Suelto un suspiro.

—Sav…

Menea la cabeza, con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

CAPÍTULO TREINTA

Miguel

Levanto la vista del portátil cuando oigo un suave murmullo y me encuentro a papá cojeando lentamente hacia la cocina. Tiene la cara roja e incluso desde aquí puedo ver las gotas de sudor que le caen por la frente. El médico dijo que debería usar una andadera para poder apoyar parte de su peso en él, pero la mula que es se niega a hacerlo porque no es un maldito inválido, sus palabras, no las mías.

Me echo hacia atrás, cruzo los brazos sobre el pecho y le veo ir directo al refrigerador. Abre la puerta, su cabeza desaparece mientras se agarra al pomo.

Se queda así un rato, antes de retirarse por fin, con un recipiente de plástico en la mano.

—¿Qué estás tramando?

Papá salta y deja caer el recipiente, con la cabeza azotando en mi dirección.

—¡Joder, Miguel! ¿Intentas provocarme un infarto?

Le lanzo una mirada poco divertida.

—¿En serio?

Papá me hace señas para que me vaya.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Yo sí, pero por lo visto no necesitas mi ayuda. —Poniéndome en pie, voy hacia él y recojo el recipiente que se ha caído al suelo, echando un vistazo a las costillas al horno que sobraron de la cena de anoche—. Sabes que no deberías comer esto.

—No empieces tú también —refunfuña, secándose el sudor de la frente—. Por fin me he librado de los regaños de tu madre y ahora te metes en mis asuntos.

—Tienes suerte de que ella no esté aquí para oírte.

—Amo a esa mujer, pero me está volviendo loco con su preocupación. —Mira el recipiente que tengo en la mano—. Dame eso.

Lo saco de su alcance.

—Sabes que no puedo hacer eso. Tu médico dijo que deberías comer sano. Nada de especias innecesarias, sólo sopas, verduras y carne magra.

—Da igual que me pegue un tiro ahora mismo —refunfuña papá—. Anoche quería comer papa, que es una verdura, con las costillas, pero tu madre se negó a dármelas. Ahora, deja de decirme lo que debo hacer y dámelas.

—No creo que las papas asadas sean lo que tu médico tenía en mente cuando dijo que deberías comer más verduras.

—Son la única verdura que como.

—Y por eso tuviste un ataque al corazón.

—Preinfarto cardíaco.

—La misma diferencia. Si no haces algo, de hecho, tendrás un ataque al corazón, y entonces ¿qué hará mamá?

Papá gime.

—Esta conversación me está cansando.

Se le había ido parte del color de la cara, pero tenía la ligera sospecha de que tenía más que ver con su agotamiento.

Me acerco y deslizo mi mano bajo su brazo.

—Vamos a llevarte al sofá.

Papá no intenta protestar, lo cual ya es revelador de por sí. Juntos nos dirigimos lentamente al

salón, donde lo siento en su sillón.

—¿Necesitas que te traiga algo?

Papá levanta la vista, con una expresión tensa en el rostro.

—¿Esas costillas?

—¿Qué tal si te hago un batido saludable en su lugar? Creo que vi algo de brócoli y col rizada antes en el refrigerador.

La cara de papá se tuerce de disgusto.

—¿Sabes qué? Creo que acabo de perder el apetito.

La puerta golpea con fuerza en la parte trasera de la casa.

—¡Abuelo! —Gage grita, el sonido de pasos apresurados resuena en la casa.

—Ven —llama papá, mirando hacia la puerta.

Gage entra corriendo.

—¡Hola, tío Miguel!

—Deberías ir más despacio, Gage. No querrás caerte —reprende papá, pero la dureza habitual de su voz no está presente cuando habla con su nieto.

—Tenía prisa. Papá me pidió que entrara a ver si necesitabas algo.

—Estoy bien, pero gracias. —Papá le alborota el cabello—. ¿Quieres salir con el viejo?

Gage inclina la cabeza hacia un lado, juntando las cejas.

—¿Podemos ver dibujos animados?

Papá se ríe entre dientes:

—Adelante.

Veo cómo le da el mando a Gage y éste cambia rápidamente de programa hasta que encuentra algo que le gusta. Era tan extraño ver a papá así. Nunca fue tan complaciente con Aaron ni conmigo. Incluso cuando éramos niños, nos encontraba algo que hacer en el rancho. Pero aquí está ahora, viendo dibujos animados con Gage como si fuera lo más normal del mundo.

—No tienes que quedarte aquí. ¿Lo sabes?

Dirijo mi atención a papá, que me observa atentamente.

—No pasa nada. Estaba trabajando en algo de todos modos.

—Quiero decir en Bluebonnet. No tienes que quedarte en Bluebonnet. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer que quedarte en casa vigilándome.

—Solo intentas librarte de mí para poder comer algo poco sano a escondidas cuando mamá no está en casa —bromeo, pero papá no esboza ninguna sonrisa.

—Hablo en serio, Miguel.

Levanto los hombros encogiéndome de hombros.

—No pasa nada. Es temporada baja. Además, le prometí a Timothy que me pasaría por el instituto y trabajaría con algunos de sus chicos.

—Oh, eso es bueno.

—No te preocupes. No me quedaré aquí todo el tiempo.

—No me refería a eso —suspira papá—. No quiero que te sientas obligada a quedarte, eso es todo. Deberías salir y hacer algo.

—¿Cómo qué?

—Papá me prometió que me llevaría a la feria este fin de semana —comenta Gage, con los ojos aún pegados al televisor. Nunca sabré cómo se dio cuenta de lo que estábamos hablando cuando estaba claramente inmerso en su programa.

—¿Feria? —repito, despertando mi interés.

No he ido a una feria desde el instituto.

—Hay una feria en el pueblo de al lado. Quizá deberías ir y echarle un vistazo.

—Huh… —Me froto la mandíbula, mi mente ya formula un plan—. No es mala idea. Tal vez llame a algunos de mis amigos y vayamos a echar un vistazo una vez que mamá esté en casa.

—No necesito una niñera, Miguel. Vete. —Papá palmea el hombro de Gage—. Tengo mi compañía aquí mismo. ¿Verdad, Gage? ¿Te quedarás con el abuelo hasta que la abuela vuelva a casa?

—¿Me darán galletas?

Papá se ríe entre dientes:

—Seguro que sí.

—Sólo no dejes que el abuelo se las coma, Gage. Sólo puede comer verduras.

—Bueno, eso apesta.

Esta vez, papá se ríe a carcajadas, y no puedo evitar mirarle fijamente. No recuerdo la última vez que lo vi reír.

—Tienes toda la razón, amigo. Es una mierda. —Se vuelve hacia mí y me encuentra mirando fijamente—. Vete, tu madre no tardará en llegar y no pienso dejar que me pille con las manos en la masa. Me va a dar una paliza, y no estoy de humor para eso.

Veo un hueco libre cerca del café, meto el carro y apago el motor. Aunque es por la tarde, el aire caliente me golpea en cuanto abro la puerta. El sudor aparece inmediatamente en mi piel. Mi teléfono vibra mientras cierro la puerta. Lo saco mientras cruzo la calle y veo un correo electrónico en la parte superior de la pantalla.

Mi corazón empieza a latir más rápido cuando veo al remitente.

Kimberly.

Trabaja en la oficina de administración de *Lonestars* como una de las personas que se encargan de programar los eventos y de asegurarse de que los jugadores llegaran a tiempo a sus destinos.

—¡Buenas tardes, Miguel!

Levanto la vista y veo a la señora Timothy saludándome desde su tienda. Aparto la notificación para ocuparme de ella más tarde, cierro el teléfono y alzo la mano para devolverle el saludo antes de continuar hacia la cafetería de Becky. Intenté enviarle un mensaje de texto para ver qué estaba haciendo antes de salir de casa de mis padres, pero aún no tengo noticias suyas.

¿Tan lleno está el café? Supongo que siempre puedo sentarme hasta que termine.

Miro a través de los ventanales y veo a Rebecca detrás del mostrador. Mis pasos se ralentizan mientras la contemplo. Hoy lleva el cabello suelto, ondas sueltas alrededor de la cara en las que me muero de ganas de hundir las manos antes de reclamar su boca testaruda. No hay nada como fastidiar un poco a esa mujer para que todo el mundo supiera que está tomada.

Pero ¿lo está realmente?

Rebecca tiene muy claro lo que quiere. Una relación secreta. Cierre.

Ahora es mía. Eso es lo único que importa.

Pongo la mano en el picaporte y empiezo a abrir la puerta, pero no se mueve. Mis cejas se fruncen mientras agito un poco la manilla hasta que mis ojos se posan en el cartel que cuelga sobre la puerta.

Cerrado.

Que es…

El movimiento al otro lado de la ventana capta mi atención, y levanto la vista justo a tiempo para ver la expresión de sorpresa de Rebecca cuando gira la llave y abre la puerta.

—¿Miguel? ¿Qué haces aquí?

—Mi padre estaba harto de que le diera la lata, así que me echó. Pensé en pasarme, pero el cartel dice que está cerrado. ¿Ya terminaste por hoy?

—No, es que…

Antes de que pueda terminar, las risas se extienden desde el fondo de la sala. Miro por encima de su hombro, pero la cafetería está vacía.

—Y luego, cuando por fin estalló, lo fue todo. La forma en que la agarró y la apretó contra la puerta mientras la devoraba fue tan sensacional —declara una voz de mujer desde el fondo antes de dejar escapar un sonoro suspiro.

Levanto las cejas cuando Becky aprieta los labios y se sonroja.

—¿Me lo explicas? —pregunto, encontrando todo esto extremadamente divertido.

—Umm. —Becky se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Es un club de lectura.

Enarco las cejas.

—¿Un club de lectura, dices?

—Sí, un club de lectura.

—Creo que me gustó más cuando la puso sobre la encimera de la cocina y se arrodilló para mostrarle cómo se debe devorar a una mujer —añade otra voz, algo familiar—. Esta mujer sabe cómo escribir una buena escena ardiente. Incluso se la enseñé a mi esposo, para que pudiera recrearla, y déjame decirte…

Tardo un momento en ubicar la voz, pero una vez que lo hago, estoy seguro de que mi boca golpea el suelo.

—¿Mamá? —Muevo a Becky a un lado y sigo el sonido de las voces hasta llegar a la parte trasera de la tienda, más privada.

Dos docenas de cabezas se giran en nuestra dirección cuando entro en el lugar. Y, efectivamente, mi madre es una de ellas.

—¿Miguel? ¿Qué haces aquí? —Su sonrisa cae casi de inmediato mientras se pone en pie—. ¿Le pasa algo a tu padre?

—No. —Sacudo la cabeza—. Papá está bien. Está en casa con Gage.

Mamá se relaja visiblemente.

—Oh, me diste un susto por un minuto. Pensé que había pasado algo.

—No, sólo que papá está harto de que esté encima de él. Dijo que estarías en casa pronto.

Al sentir que todos me miran, miro a las mujeres que están sentadas en la sala y veo algunas caras conocidas. La señora Santiago me dedica una sonrisa mientras la señora Smith se inclina para susurrarle algo al oído. Luego, otros pequeños detalles llaman mi atención. Sabía que había un espacio de lectura en la parte de atrás, pero nunca me había aventurado a verlo. El espacio era acogedor, y mientras que la parte delantera era más parecida a una cafetería, la trasera casi parecía una sala de estar. Las paredes estaban repletas de estanterías, una de ellas con una pequeña escalera corredera, e incluso había una chimenea. Los sofás de felpa ocupaban la mayor parte del espacio, con una gran mesa de centro llena de… ¿copas de vino?

—¿Están bebiendo aquí atrás?

—No estamos bebiendo —se burla indignada la señora Willow—. Nos estamos elevando intelectualmente.

Me viene a la mente su anterior discusión.

—Leyendo… —Se me hace un nudo en la garganta cuando miro el libro que todos tienen en la mano y me encuentro con la portada de un tío sin camiseta.

¿Qué carajo?

—¡Novelas románticas! ¿Qué más?

—¿Qué más, si no? —murmuro más para mí, pero no pasa desapercibido para los demás.

Mamá entrecierra los ojos.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Nada —digo rápidamente—. Es sólo que no esperaba… —Agito la mano en su dirección —. Nada de esto.

No me cabe en la cabeza que mi práctica madre forme parte de un club de lectura. Y no un club de lectura cualquiera, sino un club de lectura romántica…

—¿Leer novelas románticas? Puedes decirlo, Miguel. Se llaman novelas románticas. Deberías probarlas, aprender un par de cosas sobre cómo arrastrarse correctamente. —Me lanza una mirada mordaz antes de centrar su atención en Rebecca—. Aunque por lo que parece, tal vez no estés completamente desesperado después de todo.

Mierda.

En serio, ¿cómo me he metido en una situación así?

—Creo que me iré. Las dejaré a ustedes con sus novelas románticas.

—¡No es necesario! —La señora Willow se pone en pie y se bebe el resto del vino de un trago antes de tirar de la señora Smith, lo que parece provocar una reacción en cadena—. Estábamos terminando. Señoritas, han hecho un trabajo estelar. Asegúrense de enviar un boletín con lo que vamos a leer a continuación. —Mueve las cejas con intención—. Cuanto más picante, mejor. Quizá incluso algo pervertido. Mi actual novio lo apreciará mucho. Venga, chicas, vamos a tomar algo. Me apetece algo más fuerte.

¿Algo pervertido?

¡La mujer tiene más de setenta años, joder!

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, nos quedamos solos.

Bueno, excepto la amiga de Rebecca.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunto, todavía un poco estupefacto por toda la situación.

—Creo que lo marcamos de por vida. —Savannah sonríe, haciendo reír a Rebecca.

—Oh, creo que se necesitará más que eso para marcarlo.

—No tiene gracia, Roja —murmuro—. Podrías haberme avisado.

—Oh, *es* gracioso. Y lo hice. Te dije que íbamos a tener club de lectura.

—¿Qué clase de club de lectura es este? ¿No deberías leer, no sé, biografías?

—Si conoces una buena biografía llena de vapor, seguro que estarían dispuestas.

¿Biografía llena de vapor? Sacudo la cabeza.

—Serás mi muerte.

—Oye, no lo critiques hasta que lo pruebes.

—Teniendo en cuenta que los únicos libros que leo son para mi clase, tendré que fiarme de tu palabra.

Rebecca me da un puñetazo en el pecho.

—Pobre bebé.

—No paras de tomarme el pelo, Roja. —Le rodeo la muñeca con los dedos—. Veremos quién es el último en reírse. —Froto el interior de su muñeca con el pulgar, sintiendo cómo se le pone la piel de gallina—. ¿Cuándo acabarás?

Las pupilas de Becky se dilatan, el rosa de sus mejillas se oscurece.

—Probablemente otros treinta minutos más o menos. Tengo que limpiar…

—No, esta noche te vas —interviene Savannah, recordándonos que no estamos solos.

Rebecca se echa hacia atrás y dirige su atención a su amiga, que nos sonríe con complicidad.

—¿Qué? No, te ayudaré a limpiar —protesta Rebecca, pero Savannah es implacable.

—Lo preparaste todo porque yo llegaba tarde, así que me quedaré aquí y limpiaré. Ustedes vayan y diviértanse.

—¿Segura? Podemos quedarnos y ayudar —ofrezco.

—Muy segura. Diviértete.

—Gracias, te debo una. —Agarro la mano de Rebecca—. Vamos, salgamos de aquí.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Rebecca

—¡Miguel! —Le grito mientras intento seguir sus pasos apresurados.

Me sacó de la cafetería, dejándome apenas tiempo para detenerme y coger mi bolso.

Tirando de mi mano, finalmente se detiene delante de su todoterreno.

—¿Qué estás haciendo?

Pero en lugar de responder a mi pregunta, hace una de las suyas.

—¿Está tu hermano en casa?

—¿Chase?

¿Quiere hablar de Chase?

—Sí, aquí…

—Genial, eso significa que puedo tenerte las próximas horas para mí solo.

¿A sí mismo?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, quiero sacarte.

Mi garganta se estremece mientras mi cerebro procesa sus palabras.

—¿Salir? ¿Una cita? —Mi corazón baila excitado antes de que la realidad se imponga y sienta cómo se me hunde el estómago—. Sabes que no podemos…

—No en Bluebonnet.

—Oh…

Parpadeo, sin saber qué decir. Se que es una mala idea. No estoy ciega. Vi las miradas de las mujeres cuando Miguel entró en la cafetería. Ya nos veían juntos de nuevo, y eso nunca podría ocurrir. Debería enviarlo a casa y seguir con el plan original. Diablos, probablemente debería dejar todo esto por completo. Pero maldita sea, lo quiero. Necesito olvidar que esto sólo puede ser temporal y que, al cabo de un tiempo, se irá tal y como había planeado desde el principio. Quiero aprovechar el poco tiempo que nos queda y pasar unas horas con este hombre lejos de todo y de todos. Unas horas en las que podamos ser normales sin preocuparnos de lo que pensaran o dijeran los demás. Lo anhelo.

¿No es eso a lo que siempre se reduce?

Quiero a este hombre de cualquier manera que pueda tenerlo. Esa es mi mayor perdición desde el principio.

La mano de Miguel acuna mi cara mientras esos ojos oscuros se clavan en los míos.

—Ten una cita conmigo, Roja.

Tragándome el nudo en la garganta, asiento.

—De acuerdo.

Una sonrisa se dibuja en su rostro casi de inmediato y, antes de que me dé cuenta, sus dedos se deslizan hasta mi cuello y su boca cae sobre la mía. El beso es corto, pero su intensidad me deja sin aliento.

—Vámonos.

Me abre la puerta y entro. La puerta se cierra detrás de mí y le veo dar la vuelta a la parte delantera y sentarse en el asiento del conductor.

—¿Adónde vamos entonces? —le pregunto, pasándome un mechón de cabello por detrás de la oreja cuando sale del estacionamiento.

—Eso lo sabré yo y lo averiguarás tú —dice, con la atención puesta en la carretera mientras una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Esto no me gusta. —Frunzo los labios y me inclino hacia delante para jugar con la radio hasta que por fin encuentro la emisora que me gusta.

La comisura de los labios de Miguel se tuerce divertida.

—Te gustará esta sorpresa.

Abro la boca, pero antes de que pueda protestar, su mano se posa en mi muslo y lo aprieta suavemente. Respiro mientras me recorre una descarga eléctrica: la canción de la radio cambia a una melodía conocida.

Los ojos de Miguel se cruzan con los míos y, por una fracción de segundo, siento que me he transportado en el tiempo.

Era una de esas canciones que escuchábamos infinidad de veces cuando íbamos sentados en su camioneta así. Por aquel entonces, conducía un camión viejo y destartalado, pero nos divertíamos. Yo jugaba con la radio hasta que encontraba algo que me gustaba para tararear suavemente las melodías. Él protestaba por ello, pero nunca me lo prohibió. Su mano encontraba la mía entre cambio y cambio de marchas porque no quería soltarla más de lo estrictamente necesario. Aquel camión era nuestro refugio. Llevábamos mantas y las poníamos en la parte trasera de la caja de su camioneta. Nos llevaba a una zona apartada y nos subíamos allí. Hablábamos, nos besábamos y hacíamos el amor bajo las estrellas.

Sus dedos se hunden en mi piel, devolviéndome al presente.

Una sonrisa suave, casi anhelante, se dibuja en su rostro mientras vuelve a centrar su atención en la carretera, y yo miro por la ventanilla, sin que ninguno de los dos diga nada mientras nos conduce fuera de Bluebonnet. Tardamos unos treinta minutos en llegar a un estacionamiento y me doy cuenta de adónde me ha traído.

—¿La feria? —pregunto, con los ojos clavados en las cimas de las atracciones que veo a lo lejos. Carpas. Ruedas de ferry. Incluso a través de la puerta cerrada, puedo oír la música a todo volumen que viene de fuera.

—Sí, Gage lo mencionó antes, así que pensé ¿por qué no ir? —Miguel aparca el coche y apaga el motor—. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a una?

Su pregunta me trae recuerdos del último año de instituto. Emmett y Kate, la hermana de Kate, Miguel y yo, y algunos amigos más, todos juntos divirtiéndonos en un festival como éste. Mi mano entrelazada con la suya. Su boca en la mía. Tantas risas. Fue una buena noche. Una noche en la que hacía años que no pensaba.

Se me hace un nudo en la garganta al tragar.

—Ha pasado un tiempo.

—¿Ves? Vamos, si te portas bien, puede que hasta te gane uno de esos feos peluches que tanto te gustan. —Abre la puerta y sale, y yo hago lo mismo, nuestras miradas se cruzan por encima del todoterreno.

—No son feos. Además, ¿y si quiero jugar yo?

Junta las manos y se las frota. Su entusiasmo es contagioso y no puedo evitar reírme. Este era el Miguel que recordaba del instituto, el chico que me hacía sonreír, el chico que hizo que me enamorara de él antes incluso de darme cuenta de lo que estaba pasando.

—Entonces supongo que puedes *ganarme* un peluche. —Sonríe mientras se une a mí—. Pero te lo advierto. Quiero el más grande que haya, así que nada de holgazanear, señorita.

—Te tengo uno mejor, un desafío, si quieres.

Arruga los ojos con diversión, y la necesidad de ponerme de puntillas y saborear su boca es tan fuerte que casi me abruma.

—Te escucho.

—A ver quién consigue el peluche más grande.

Miguel inclina la cabeza hacia un lado, pensando en mi oferta.

—¿Y qué se lleva el ganador?

—¿Los derechos de fanfarronear que ganaste? —Sugiero, pero él ya está negando con la cabeza.

—Al diablo con los derechos de fanfarronear. Quiero algo mejor.

—¿Ah, sí? —Frunzo el ceño—. Y, en tu opinión, ¿qué es ese "algo mejor"?

Me toma de la mano y me atrae hacia sí. Con la mano libre me acaricia la mejilla y me roza el labio inferior con la punta del pulgar. Se me revuelve el estómago cuando su mirada hambrienta se posa en mi boca—. Un beso en lo alto de la rueda de la fortuna.

—Hmm… —Me muerdo el labio, fingiendo pensar en su sugerencia—. Supongo que es factible. ¿Qué me toca si gano?

Sus ojos se dirigen a los míos.

—Lo que tú quieras.

Le golpeo juguetonamente en el pecho.

—Es un juego peligroso el que está jugando, señor.

—Tal vez, pero no creas que voy a dejarte ganar. Quiero ese beso.

—Como si no pudieras besarme de todos modos.

—Pero esto no es lo mismo, y lo sabes. —Me suelta y me da una palmada juguetona en el culo—. Vamos, Roja, es hora de que te pateen el culo.

—Promesas, promesas —canto.

Sigo riéndome de su tonta actitud cuando la mano de Miguel se desliza entre las mías y nos unimos a la multitud que se dirige al festival. La música y el parloteo que nos rodean aumentan cuanto más nos acercamos. Mis ojos recorren el espacio, observando a la gente y las atracciones que me rodean. Hay un montón de puestos de comida y gente vendiendo baratijas. Los niños chillan al montarse en las atracciones. A un lado está el juego de carritos y al otro veo los columpios. Niños de unos cuatro o cinco años giran en círculos con sus pequeños puños agarrados a las cuerdas metálicas.

—Joder, mira todo ese algodón de azúcar.

Desvío mi atención hacia Miguel. Las luces de colores que cuelgan sobre nosotros iluminan la mirada anhelante de su rostro.

—¿Qué tal si primero comemos algo?

—Oh, no, no es cierto. —Aprieto más mis dedos alrededor de los suyos—. Hablaste mucho de patearme el culo hace unos momentos. No voy a permitir que luego le eches la culpa a un coma de azúcar o lo que sea. Desafía primero, luego puedes volver y comer lo que quieras.

—¿Lo que yo quiera? —Menea las cejas juguetonamente, y no se le escapa ninguna insinuación.

—¿Qué tienes, cinco años? —Pongo los ojos en blanco mientras tiro de su mano y empiezo a caminar hacia las gradas con el campo de tiro.

Se ríe tan fuerte que algunas personas empiezan a girar la cabeza hacia nosotros. Por supuesto, la cabina que necesitamos está abarrotada, así que me detengo de repente y Miguel choca contra mí, me rodea la cintura con los brazos y tira de mí para acercarme. Baja la cabeza y me roza la oreja con los labios.

—No conozco a ningún niño de cinco años que sepa lo que tengo pensado para comer, ¿y tú?

Un escalofrío me recorre la espalda al oír esa voz baja y ronca susurrándome al oído.

—Miguel…

—Porque nada puede saber más dulce que ese coño tuyo, Becky. Y podría comérmelo *todo el día* —.

Me muerdo el interior de la mejilla, con fuerza, y aprieto los muslos para aliviar parte de ese dolor que me invade por dentro.

Este hombre.

Este maldito hombre será mi muerte.

Y ni siquiera tengo ganas de enfadarme.

Miro por encima del hombro. Está tan cerca que su aliento me hace cosquillas en la cara, el calor de su cuerpo se filtra en el mío a través de todas las capas de ropa que nos separan.

—Deja de burlarte, Fernandez, porque podría retarte a poner la boca donde está tu dinero.

—Será un placer, Roja.

Sacudo la cabeza.

—Estás inco…

No llego a terminar porque el hombre de la caseta me grita:

—Eh, tortolitos. ¿Juegan o qué?

La pregunta y lo que parece una docena de pares de ojos clavados en nosotros me ponen los pelos de punta. Me muerdo el interior de la mejilla mientras me zafo del agarre de Miguel.

—A ver qué tienes, muchachote.

—Te toca.

Miguel saca un billete y se lo da al tipo, que lo desliza bajo el mostrador y pone diez bolas delante de cada uno de nosotros, explicándonos las reglas. Escucho con medio oído, con la mirada fija en el conjunto que tenemos delante. Los platos móviles ocupan la posición central, con diferentes peluches sentados en las estanterías de encima.

—Tienes que acertar ocho dianas para conseguir un peluche pequeño, diez si quieres ganar uno grande.

Miguel arquea una ceja.

—Las damas primero.

—Oh, no, adelante. Creo que quiero ver cómo te lo montas —digo, moviendo las pestañas inocentemente.

Su mirada se estrecha ligeramente, pero finalmente, se encoge de hombros.

—No importa en qué orden juguemos. Voy a ganar esto.

Tarareo sin compromiso mientras él cruje los dedos antes de coger una de las bolas. La lanza al aire varias veces, probando su peso antes de disparar. El plato chasquea ruidosamente al hacerse añicos, y unas cuantas personas vitorean a nuestro alrededor. Miguel me mira y me dedica una sonrisa.

—¿Qué decías?

—Impresionante. —Asiento, mordiéndome el interior de la mejilla mientras él vuelve a centrarse en el panel, toma una nueva bola y destroza otro plato. Veo cómo cada bola da en el blanco hasta que toma la última.

—Oh, mierda. —Me agacho y hago ademán de atarme los cordones cuando oigo a Miguel maldecir en voz alta.

Me enderezo y miro el último plato que queda en pie, y me cuesta mantener la cara seria.

Miguel me mira con los ojos entrecerrados, sin perder detalle.

—Lo has hecho a propósito.

Muevo las pestañas inocentemente.

—¿Qué?

—¿Sabes qué?

Riendo, le doy una palmada en el hombro:

—Vamos, no seas mal perdedor, Fernandez.

—Veremos cómo juegas ahora.

—Supongo que lo haremos.

Con una sonrisa, le entrego mi bolsa antes de avanzar hacia el mostrador, donde el chico ya está dejando otro juego de bolas con placas nuevas rodando sobre el panel.

Agarro una de las bolas, dejando que mis dedos se enrosquen alrededor de ella.

—¿Seguro que quieres jugar?

Le miro por encima del hombro:

—¿Qué? ¿Un futbolista grande y malo tiene miedo de perder?

Antes de darle tiempo a responder, desvío mi atención hacia el panel y lanzo la primera bola. El cristal se hace añicos y alguien silba. Sin dejar que eso me disuada, agarro la segunda bola. Las placas empiezan a caer una a una en rápida sucesión hasta que ya no quedan más.

Me quito el polvo de las manos y me doy la vuelta para mirar a Miguel, que me observa con los ojos muy abiertos.

—¿Qué decías?

—Me has engañado —acusa, pero la diversión baila en sus ojos.

—No lo hice. Te dejé suponer. Tengo dos hermanos, sabes.

—Dijiste que no habías jugado en años.

—Y esa es la verdad. No significa que no sepa lanzar una pelota. Creo que me debe una, señor Fernandez. ¿Qué debo cobrar?

Sus pupilas se dilatan, la comisura de su boca se curva en una sonrisa sexy mientras me observa.

—¿Qué vas a recoger?

Su intensa mirada hace que una oleada de calor recorra mi cuerpo y que el pulso entre mis muslos se intensifique por la necesidad de sentir sus manos sobre mí.

—Cada uno puede elegir sus premios —dice el tipo, recordándonos que en realidad no estamos solos.

Rompo el contacto visual con Miguel y me vuelvo hacia la sección de peluches.

—Quiero ese perrito.

El cuerpo de Miguel roza el mío al alcanzarla, y la atención del hombre mayor se vuelve hacia mí.

—¿Y usted señorita? ¿Quiere ese oso?

—No, tomaré el del perezoso.

El tipo enarca las cejas, pero no hace ningún comentario mientras me entrega el juguete. Le doy las gracias y nos alejamos del puesto.

—Vamos, lo llevaré por ti.

Aprieto el peluche más contra mi pecho.

—Puedo llevarlo yo sola.

Miguel pone los ojos en blanco.

—No voy a robarlo. Para el caso, puedes llevarte este también.

Le miro atentamente.

—Me preguntaba por qué elegirías ese.

Miguel mira a su peluche.

—Porque tú lo elegirías. Siempre pedías el más horroroso de la estantería.

—Porque nadie los elegía nunca. Siempre me sentía mal, así que me los llevaba a casa.

—Siempre has tenido debilidad por los inadaptados. —Me lanza una mirada cómplice, y la opresión que siento en el pecho se hace más fuerte.

—Supongo que sí.

No sólo tenía debilidad por los inadaptados, sino también por *él*.

No vayas allí, me advierte la vocecita en el fondo de la cabeza. *Pronto se irá.*

Lo sé.

Pero también sé que lo nuestro no se puede detener.

Es una tontería pensar lo contrario.

Es una tontería creer que tiene alguna posibilidad de evitar que mi corazón volviera a enamorarse de Miguel Fernandez.

—¿Podemos comer ya? —La pregunta de Miguel me saca de mis pensamientos. Mueve las pestañas exageradamente y suelto una suave risita.

—Ya podemos comer.

Eso es lo que hacemos. Conseguimos comida en lo que parecen todos los puestos, así que podemos probar un poco de todo y comer hasta el punto de que podría vomitar, pero como todo es tan sabroso, no puedo evitarlo. Tuve que probarlo todo. Luego, paseamos por la feria un rato más. Miguel me reta a conducir los coches de choque, después insisto en que quiero montar en el tiovivo y, por último, cuando cae la noche, subimos a la noria, con mi cabeza apoyada en su hombro mientras vemos cómo las tenues luces de los alrededores iluminan la tierra cuanto más subimos.

—Hoy ha estado bien —admito en voz baja—. Gracias por llevarme.

Su pulgar roza el dorso de mi mano en círculos relajantes.

—De nada. Yo también me divertí.

—¿Incluso cuando te pateo el culo?

—Incluso cuando me das una paliza. —El pecho de Miguel retumba de risa.

Levanto la vista y nuestras miradas se encuentran. Levanta la mano que tiene libre y me acaricia la mejilla mientras su boca se posa en la mía. El beso es lento y tierno. Es el beso de dos amantes que se conocen desde hace mucho tiempo. Dos almas gemelas que conocen las partes más profundas y oscuras de la otra persona, y las aman a pesar de todo.

Con un último movimiento de nuestras bocas, nos retiramos. Me rozo el labio inferior con los dientes, sintiendo aún su sabor en la lengua.

—Esto no significa que no vaya a cobrar mi recompensa.

—Ah, ya lo sé. —Miguel me dedica una sonrisa—. De hecho, cuento con ello.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Miguel

ROJA:

¿Estás en casa?

MIGUEL:

No, estoy en la escuela. Le prometí a Timothy que pasaría a ver a los chicos.

¿Por qué?

La llamada a mi ventana me hace levantar la vista para encontrar al hombre en cuestión al otro lado. Echo un último vistazo al móvil y no veo ningún mensaje nuevo, lo cierro y abro la puerta de un empujón.

—¡Eh, amigo! —Timothy me da una palmada en el hombro—. Gracias por hacer esto.

—Por supuesto. Siento no haber podido venir antes, pero las cosas han sido una locura últimamente.

Entre ayudar a Aaron en el rancho, llevar a mis padres a las citas médicas de seguimiento de papá y escabullirme cada vez que puedo con Rebecca, he tenido las manos llenas. Aun así, lo que dije iba en serio. No me importaba pasar y ver a los chicos que Timothy entrenaba. Después de todo, aquí fue donde yo empecé también. Mi entrenador era mi mayor apoyo e influencia en aquel momento, y es agradable ver que Timothy sigue sus pasos. Así que, si puedo ayudar, aunque sea a uno de ellos a tener la oportunidad que yo tuve, lo haría encantado.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente. ¿Cómo está tu padre?

—Lo de siempre. Se queja porque le hemos estado molestando con nuestras constantes quejas y preocupaciones.

Timothy se ríe mientras nos dirigimos al campo.

—¿Por qué no me sorprende? A mi padre le pasaría lo mismo.

Sacudo la cabeza.

—Ese hombre será mi muerte, lo juro. Pero, por otro lado, tengo a mamá preocupada por él. Está poniendo cara de valiente en su mayor parte, pero puedo ver cómo toda la situación la desestabilizó.

—Es normal. Un infarto no es ninguna broma. Es bueno que te hayas quedado.

—La verdad es que no me importa. —Me encojo de hombros, y eso es cierto.

Sí, algunos de los comentarios de papá y el desentenderse de sus problemas de salud me molestaron mucho, pero quedarme aquí no fue tan horrible como pensé que sería.

Cuando salimos a la banda, veo a un grupo de chicos corriendo por el campo.

—Depende del día a día, pero estos cuatro están prácticamente pegados al campo. El que va delante es Austin. Es el mariscal de campo del equipo. A su lado están Michael, el receptor, y Kenny, el corredor, y por último, tenemos a James, nuestro extremo defensivo estrella. Juro que ese chico no se deja pasar nada.

En ese momento, uno de los chicos, Kenny, levanta la cabeza y nos ve. Sus ojos se abren de par en par y se queda con la boca abierta.

—¡*Mierda!*

La comisura de mis labios se tuerce hacia arriba. Aunque era bastante nuevo entre los profesionales, desde que el *Lonestars* tuvo una buena última temporada, ya he tenido mi buena ración de fans, pero nada es mejor que conocer a niños y ver esa expresión de asombro y

emoción en sus caras cuando se dan cuenta de que su ídolo está delante de ellos.

—Lenguaje —reprende Timothy, cruzando los brazos sobre el pecho, pero no se me escapa la nota de diversión en su voz.

—¿Qué? —preguntan sus amigos, levantando la vista para ver qué le ha llamado la atención. El más alto de los cuatro, James, pierde pie por un segundo.

—¡Mierda! —el mariscal de campo se detiene de repente—. ¡Eres Miguel Fernandez! *¡Miguel Fernandez!*

Me río por lo bajo.

—Ese sería yo.

—¡Es una puta locura!

—¿Tengo que hacerte hacer veinte flexiones por cada palabrota que sale de tu boca, Austin? —Timothy pregunta con severidad.

Es divertido ver a uno de mis amigos, que solía ser un bromista relajado, en este nuevo papel de autoridad.

—¡Pero este es *Miguel Fernández*, entrenador! —protesta Austin.

Timothy asiente.

—Soy consciente de ello. Solíamos jugar juntos en la escuela.

—¿Solías jugar con él? —No creí que fuera posible, pero sus ojos se abrieron aún más—. Estuvo en el *Super Bowl*.

—Estábamos en los playoffs —corrijo—. Actualmente me estoy preparando para la próxima temporada y el campamento de verano, así que pensé que podría venir aquí y entrenar un poco. ¿Qué dicen?

Se hace un silencio mientras los chicos intercambian miradas.

—¿Quieres practicar? ¿Aquí? ¿Con nosotros? —pregunta Austin, claramente el líder del grupo.

—Si te interesa. —Me encojo de hombros—. Es un asco entrenar solo.

—¡Claro que sí! —Michael asiente—. Me apunto. —Le da un codazo a James—. ¿Te has tragado la lengua o qué?

James suelta un gruñido y el rojo le sube por el cuello.

—Es un *gran* fan —explica Michael, lo que le vale una palmada en la cabeza, seguida de un bajo—: ¿Quieres parar?

—¿Qué tal si dejamos hablar al fútbol? —Dejo caer mi tapete sobre la hierba de la banda y chasqueo los dedos—. ¿Están listos?

Un coro de acuerdo se extiende por el grupo. Me uno a ellos en su carrera antes de trabajar en algunos ejercicios. Timothy tiene razón; hay mucho talento en bruto con el que esta trabajando aquí. Hago una nota mental para comprobar lo que está pasando con ellos en el futuro o si hay alguna manera de que pueda ayudar al equipo Bluebonnet.

—Buen trabajo, chicos. ¿Un descanso antes de que juguemos una pequeña escaramuza amistosa?

—¡Sí! —coinciden todos al unísono.

Recojo las botellas de agua y se las reparto a los chicos antes de coger una para mí. Me doy la vuelta cuando veo un destello rojo en mi visión periférica. Mis dedos aprietan la botella mientras me doy la vuelta lentamente y, efectivamente, Rebecca está justo ahí, sentada en las gradas.

La oleada de anhelo se abalanza sobre mí como un maldito choque de trenes, dejándome sin aliento por su intensidad. Es como si me hubiera caído a través del tiempo o algo así, y

volviéramos a tener diecisiete años, y Rebecca viniera a animarme durante el partido.

Joder, extrañaba esto.

No me había dado cuenta de cuánto hasta este mismo momento, cuando puse mis ojos en ella. No tenía a mucha gente sentada en mi esquina en los partidos, pero Rebecca siempre se preocupaba de estar a mi lado y animarme. Era mi persona. Hiciera sol o lloviera, ganara o perdiera, sabía que la encontraría esperándome después del partido.

No tuve eso estos últimos tres años.

No la tenía.

Su boca se curva en una sonrisa cuando me ve mirándola. La suave brisa hace que su pelo castaño vuele alrededor de su cara. Intenta recogérselo detrás de la oreja, pero es inútil.

—¿Señor Fernan… Miguel? —pregunta uno de los chicos, corrigiéndose en el último momento.

—¿Me das cinco?

Mi corazón se acelera mientras corro hacia las gradas, hacia *ella*, como si una cuerda invisible tirara de mí en su dirección.

Rebecca se levanta, pasándose los dedos por el pelo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mirándola.

—Pasé por tu casa, pero no estabas.

Mis cejas se levantan sorprendidas.

—¿Has venido a buscarme?

—Bueno, técnicamente, me detuve a ver a tu padre, pero tenía algo para ti.

Se da la vuelta y toma algo del banco: una caja, me doy cuenta.

—¿Qué es eso? —Hurgo en la caja y deslizo el dedo bajo la tapa para poder mirar dentro.

—Es el…

—Hostia puta. —La miro antes de abrir la caja—. ¿Son esas galletas de mantequilla de cacahuete que haces?

—Esto, sí. Es un agradecimiento. Por el… —Se aclara la garganta—. Un agradecimiento por la cita del otro día.

Levanto la cabeza al oír la palabra cita y el corazón me da un vuelco en el pecho. Rebecca se mira las manos entrelazadas, claramente nerviosa por lo que sea.

Cambio la caja a una mano, deslizo el dedo bajo su barbilla y la levanto para que me mire.

—No voy a decir que no a tus golosinas. Gracias por traerlos.

—Por supuesto, he retocado un poco la receta, así que espero que te sigan gustando.

—No creo que haya una sola cosa que hayas hecho que no me haya gustado.

El color rosa se extiende por sus mejillas ante el cumplido, sus ojos se desvían por un segundo.

—Supongo que debería…

—¿Qué vas a hacer hoy más tarde? —le pregunto antes de que termine. No estoy dispuesto a dar esto por terminado y verla marcharse.

—Tengo que volver al café, pero después de cerrar, vuelvo a casa, ¿por qué?

—¿Qué tal si nos vemos en la casa del árbol?

La lengua de Rebecca sale, deslizándose sobre su labio inferior.

—¿La casa del árbol?

—Todavía está ahí. Lo vi cuando salí a correr una mañana.

Era la casa del árbol que su padre construyó para ella antes de fallecer, pero de algún modo, con los años, se convirtió en *nuestro* lugar. Un lugar donde solíamos hablar. Un lugar donde nos

dimos nuestro primer beso. Un lugar donde hicimos el amor por primera vez.

—Lo está. —Ella asiente.

—Así que nos vemos allí esta noche.

—Esto… —Su garganta se tambalea, pero ella asiente—. De acuerdo. Te veré allí.

Claro que sí.

—De acuerdo —acepto. Mi mirada se posa en su boca y se detiene allí. Quería inclinarme y besarla, pero estábamos al aire libre. Además, no estábamos solos—. Esta noche.

—Esta noche.

Con una última mirada, se da la vuelta, casi chocando con el banco en el proceso, pero rápidamente se estabiliza antes de alejarse.

Me quedo mirándola hasta que la pierdo de vista. Me paso los dedos por el pelo, suelto un suspiro tembloroso y me reúno con los chicos, que están de pie al margen, observando toda la interacción.

—¿Quién era? ¿Tu novia? —Austin se ríe, moviendo las cejas sugestivamente.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Qué crees, amigo? Claro que es su novia, o quiere que lo sea. Le sonreía como un tonto —añade Kenny—. Algo así como cuando James sonríe cuando habla con Millie.

James le empuja.

—Cállate.

—Oye, si me trajera comida, yo también le sonreiría como un tonto. —Austin intenta alcanzar la caja—. Era la señorita Becky, ¿verdad? ¿La del *The Reading Nook*? Ella tiene algunos productos bastante dulces. ¿Qué tienes aquí?

Le quito la mano de un manotazo. —Eso es mío, amigo. Pero ¿qué tal esto, si ganas un partido de scrimmage, puede que me tiente compartirlo?

Los chicos intercambian una mirada.

—Empieza el juego.

Un rato después, me quito los zapatos en el guardarropa y entro en la cocina, donde me recibe el aroma a tomate, carne picada y especias que flota en el aire. Mamá tararea suavemente una canción country que suena en la radio, pero debe de oírme entrar porque mira por encima del hombro.

—Ahí estás. Me preguntaba dónde te habías metido.

—Timothy me pidió que me pasara por el instituto porque algunos chicos del equipo de fútbol practican allí durante el verano.

Mamá frunce el ceño.

—Muy amable por tu parte.

—No es para tanto. —Acercándome, tomo uno de los nachos y lo mojo en la salsa antes de metérmelo en la boca. Joder, qué bueno está—. Parecen unos chicos estupendos —murmuro mientras sigo comiendo—. Tendré que echarles un ojo. El mariscal de campo tiene un buen brazo, y el chico Smith es una fuerza a tener en cuenta.

Vuelve a la cocina y remueve las verduras.

—Parece que te divertiste.

—Así fue. Pero salir con chicos es lo mejor de este trabajo.

—Bueno, nosotros también nos divertimos. Tuvimos compañía antes. —Se me eriza el vello

de la nuca porque sé lo que viene antes de que termine. Observo cómo ladea la cabeza, esos ojos afilados que me miran y esperan mi reacción—. Rebecca ha venido a ver a tu padre.

Intento mantener el rostro neutro mientras me aclaro la garganta.

—¿En serio?

—Mhmm… Ella horneó algunos panecillos para tu papá. Y a él también le gustaron. Sólo no le digas que eran magdalenas de zanahoria porque le dará un ataque.

Resoplo una carcajada.

—Lo tendré en cuenta.

—Más te vale. —Ella asiente—. Una chica tan agradable.

—Mamá…

Ella parpadea, una imagen de inocencia.

—¿Qué? Sólo lo digo como lo veo. Fue amable de su parte visitarlo y traerle algo, ¿no?

—Seguro que lo fue —estoy de acuerdo, dando un paso atrás—. Creo que iré a darme una ducha.

—No tardes mucho. La cena estará lista pronto.

—En realidad. —Me froto la nuca—. ¿Te importaría empacarla para llevarla por mí?

—No sabía que tuvieras planes. —Se vuelve hacia el fogón, toma la olla con las verduras y la desliza sobre la carne, toda inocente—. ¿Debería hacer suficiente para ti?

Estaba buscando información, y era una mierda ocultándola.

—Como si no supieras que necesito suficiente para dos.

—¿Yo? —Sus cejas se levantan—. ¿Y por qué iba a saberlo? No es que mi hijo comparta nada conmigo, ¿verdad?

Sus palabras son un golpe silencioso, y no sólo sobre Rebecca tampoco. Es sobre mí yéndome a la universidad y no volviendo. Se trata de mí evitando sus llamadas telefónicas porque no sé cómo hablar con ella. Porque no quiero hacerla elegir.

Pero en el proceso, sólo acabé haciéndole más daño.

Y aún, *aún*, me dijo que volviera a casa y no dijo ni una palabra al respecto hasta ahora.

Mierda, realmente soy un imbécil.

Dejo escapar un largo suspiro y acorto la distancia que nos separa. La envuelvo en mis brazos y le doy un beso en la coronilla.

—Lo siento, mamá. Te agradecería que prepararas suficiente para dos.

Echa la cabeza hacia atrás y me mira con complicidad.

—Sabes que puedo. Ahora, vete. —Me hace un gesto para que me vaya, arrugando la nariz —. Tienes que ducharte antes de irte.

—¿Me estás diciendo que soy una mierda?

—Te digo que te eduqué para que fueras un caballero y te esforzaras cuando llevas a una mujer a una cita.

—No es una cita, es…

Mis palabras se entrecortan y mamá se limita a fruncir el ceño mientras espera a que termine, pero no dice nada.

Mamá sacude la cabeza.

—Ustedes dos pueden decir lo que quieran, y pueden intentar escabullirse todo lo que quieran, pero todos sabemos que no es así.

—¿Ah, sí?

—Así es. —Me acaricia la mejilla con una suave sonrisa en los labios—. Rebecca y tú eran inevitables desde que eran niños. Incluso cuando sólo eran amigos, podía ver el vínculo especial

que compartían. Fueras donde fueras, ella te seguía. Como la Luna y la Tierra, siempre dando vueltas una alrededor de la otra. Ahora, vete. Voy a terminar esto para que esté listo cuando salgas de la ducha. No lo vuelvas a estropear, ¿vale?

Asiento distraídamente mientras salgo de la cocina y subo las escaleras. Mi mente sigue dándole vueltas a sus palabras, incapaz de olvidarlas mientras me quito la ropa y me meto en la ducha.

Como la Luna y la Tierra, siempre dando vueltas una alrededor de la otra.

Sin embargo, se equivoca.

Rebeca no es la Luna; es el Sol, y yo soy el que da vueltas a su alrededor todo este tiempo, necesitando su calor y su luz.

Su amor.

Necesito su amor como necesito aire para respirar.

—Joder. —Me paso la mano por la cara—. Estoy totalmente jodido.

Tardo diez minutos en terminar con la ducha y prepararme. Estoy ansioso por llegar a ella. Cualquiera diría que hace siglos que no la veo, cuando sólo han pasado unas horas.

Unas putas horas que parecieron más bien una eternidad.

¿Cómo he sobrevivido sin ella los últimos tres años?

Un movimiento en la sala llama mi atención. Papá se despierta de la siesta y me mira.

Instintivamente, me preparo para algún tipo de reproche, pero no llega.

—¿Vas a salir?

—Yo… sí.

Papá asiente justo cuando mamá aparece en la puerta, con una cesta en la mano.

—¡Ya estás aquí! Toma, te he preparado esto.

Miro dentro de la cesta y veo muchas más cosas que los burritos que pedí.

—No tenías que hacer todo eso.

—Oh, por favor. Incluso empaqué algunas de esas galletas que le encantan a Rebecca.

—Gracias, mamá.

Mamá me da una palmada en el hombro.

—Diviértanse.

Asiento y miro a mi padre, que sorprendentemente guarda silencio.

—Los veo luego.

Me doy la vuelta, salgo de casa y me meto en el todoterreno. El trayecto hasta la propiedad de Rebecca y la casa del árbol es corto y, por suerte, aún no ha llegado. Tomo la cesta que ha preparado mamá, salgo del coche y entro en la casa del árbol, observando el espacio que me rodea.

No ha cambiado mucho, pero el lugar parecía limpio incluso ahora. Alguien lo ha estado utilizando. Sobre la ventana cuelgan cortinas de encaje, y al otro lado, justo debajo, hay una caja de madera. Una pequeña estantería está llena de libros y pequeñas baratijas que Rebecca ha ido reuniendo a lo largo de los años, y que ha alineado junto a unos cuantos de esos feos peluches.

Estoy sacando la manta que Rebecca guarda en una caja de madera cuando suena mi teléfono.

Lo saco del bolsillo y veo que en la pantalla pone Big J. Contesto a la llamada y pongo el altavoz.

—Hey, ¿qué pasa, Big J?

—Oye, gilipollas, ¿dónde coño estás? —pregunta Big J, apenas esperando a que termine. El tipo no es de los que hacen cumplidos, ni fuera del campo ni mucho menos dentro.

James Big J Callahan es uno de mis compañeros de equipo en los *Lonestars*. El tipo es enorme. Hablamos de un linero de uno noventa y bastantes kilos al que le rezas para que no choque contra ti si no quieres que te reordene todos los huesos del cuerpo.

—Estoy en casa. ¿Dónde debería estar?

Acerco la cesta y empiezo a sacar los recipientes con comida, e incluso hay una botella de tinto.

—Y una mierda. Intenté pasar por tu casa a principios de semana, pero no estabas —.

Me detengo bruscamente al darme cuenta.

No está hablando de esta casa.

Está hablando de mi casa en Austin.

¿Por qué…?

Intento recordar qué día es, mientras Big J sigue hablando de fondo sobre alguna fiesta a la que los chicos querían que fuera, pero apenas escucho.

La boda de Kate y Emmett fue el primer fin de semana de julio, y han pasado… ¿un par de semanas desde entonces? No, no puede ser, ¿verdad?

La pantalla se ilumina cuando me quito el teléfono de la oreja y veo la fecha en la esquina.

Veinte de julio.

—Joder.

—Seguro que era una gran folladora. En serio, esa mujer sabía cómo chupar…

—Eso no, gilipollas —me paso los dedos por las hebras aún húmedas—. Olvidé completamente qué día era.

—¿Cómo que se te ha olvidado? El campo de entrenamiento empieza en unos días. ¿No recibiste el correo electrónico con toda la información?

Me viene a la cabeza el correo electrónico de los *Lonestars* que recibí hace unos días y que eliminé. Tenía la intención de consultarlo más tarde, pero otras cosas ocuparon mi mente.

Rebecca.

Rebeca ocupa mi mente.

—En realidad no estaba mirando el móvil. —Me paso la mano por la cara, sintiendo el dolor de cabeza que se me está gestando detrás de las sienes—. El servicio es irregular aquí.

—Espera, ¿todavía estás en casa de tus padres? ¿No se suponía que volverías hace semanas?

—Ese era el plan.

Un plan estúpido. No sé cómo pude siquiera pensar que podría volver, sólo para dejar Bluebonnet sin mirar atrás. Tal vez si Rebecca hubiera seguido adelante y no viviera aquí. Tal vez…

—Joder, amigo. Bueno, será mejor que traigas tu culo aquí antes de que el entrenador decida darle tu lugar a otro.

—Cállate. No va a regalar mi sitio.

—No lo sé. Trajeron a ese nuevo extremo defensivo de *Penn State*. Vi algunos de sus partidos, y es jodidamente bueno.

Aprieto los dientes. Me está irritando, y está funcionando.

—Nadie me va a quitar el sitio porque yo estaré allí, gilipollas.

Las tablas del suelo crujen con fuerza. Me doy la vuelta y mis ojos se posan en el rostro pálido de Rebecca.

El tiempo parece ralentizarse mientras nos miramos fijamente.

Mierda.

A través del zumbido de mis oídos, oigo a Big J aplaudir.

—Ese es el espíritu. Te veré en unos días, Monje. Y recuerde, la última persona que llegue al campo de entrenamiento tiene que tratar a todo el equipo después del primer juego de la temporada.

La llamada se corta sin despedida, pero no me importa porque mi atención se centra en la mujer sentada al otro lado de la casa del árbol.

—Rebecca…

Su garganta se sacude mientras traga.

—Te vas.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Rebecca

Nadie me va a quitar el sitio porque yo estaré allí, gilipollas.

Las palabras de Miguel aún resuenan en mi cabeza mientras le miro fijamente.

Se va. Se va. Se va.

Esas tres palabras ruedan por mi mente una y otra vez. No sé por qué me sorprende tanto. Este era el plan desde el principio. Entonces, ¿por qué duele tanto?

Porque no me lo esperaba, por eso.

En las últimas semanas, hemos caído en una especie de rutina, y no existía nada más que nosotros dos. Estas pequeñas citas, escabulléndonos cada vez que podíamos para estar juntos. Hablando hasta altas horas de la noche.

Y lo olvidé.

Olvidé que se suponía que todo esto era temporal.

Olvidé que al final de esto, él volvería a Austin para jugar al fútbol y yo me quedaría aquí.

Las lágrimas me punzan los párpados, pero me muerdo el interior de la mejilla para evitar que caigan.

Niña estúpida, no puedes llorar. Conocías el trato desde el principio. Tú fuiste la que lo propuso en primer lugar, y ahora él se va tal como lo planeó.

Parpadeo varias veces para aclarar la vista. Miguel me mira fijamente, las líneas de su cara son duras.

—¿Cuándo? —pregunto en voz baja. Tengo los dedos apretados y las uñas clavadas en la piel.

Se echa hacia atrás ligeramente, una expresión de culpabilidad cruza su rostro.

—Mañana.

—Mañana —repito, con voz temblorosa.

Hundo los dientes en el labio inferior mientras asiento.

¿Cómo puede una pequeña palabra hacer que la tierra se rompa bajo tus pies?

Se va mañana.

Y entonces se acabará.

Oficialmente terminado.

No más rencores. No más segundas oportunidades. No más Miguel.

—Oye…

La mano de Miguel me acaricia la mejilla, sacándome de la espiral. Esos ojos oscuros se clavan en los míos con tanta intensidad y algo más, algo que se parece mucho al dolor.

Pero no puedo estar sufriendo.

Porque ambos sabíamos cuál era el trato aquí.

Sabíamos que esto sólo podía ser temporal.

Pero cuanto más me mira, más se me hace un nudo en el estómago, porque veo cómo trabaja su mente y sé lo que va a ocurrir incluso antes de que pronuncie las palabras.

O al menos lo intenta.

—Ven con…

Levanto la mano y la aprieto contra su boca. Su cálido aliento me hace cosquillas en la punta de los dedos.

—No lo hagas.

Por favor, no lo digas.

—¿Qué? —pregunta, sus labios rozando mis dedos.

—No lo digas. —Muevo mis manos a sus mejillas, presionando mi frente contra la suya.

—¿No diga qué, Rebecca? ¿Qué me estoy enamorando de ti otra vez? ¿Que he *estado enamorado* de ti desde que tengo memoria? ¿Que no puedo imaginar mi vida sin ti?

—Miguel…— Se me cierran los ojos, cada una de sus palabras es como una patada en las tripas—. No me pidas que haga algo que sabes que es imposible.

—No tiene por qué ser imposible. —Sus palmas se deslizan sobre las mías, nuestros dedos se entrelazan—. Podríamos…

Sacudo la cabeza.

—*No podemos*.

—Podríamos encontrar la manera —insiste.

La frustración crece en mi interior. Pero prefiero lidiar con la frustración que enfrentarme al hecho de que mi corazón se rompe en pedazos porque tengo que ver cómo el hombre al que amo se marcha de mi vida.

Otra vez.

Porque eso es lo que está pasando.

A pesar de todo lo que hice para proteger mi corazón, en algún punto del camino, me había enamorado de Miguel Fernandez una vez más.

O tal vez nunca dejé de amarlo para empezar.

—¿Cómo? —Deslizo mis manos de debajo de las suyas, tirando hacia atrás. Necesito espacio. Necesito poner algo de distancia entre nosotros antes de que rompiera las cicatrices pulcramente remendadas de mi corazón—. ¿Cómo se supone exactamente que vamos a encontrar una manera? Tu vida está en Austin y la mía aquí. Tengo un negocio aquí. Una familia. Mi madre está enferma, Miguel. Necesita más cuidados cada día que pasa. Chase es bueno jugando a fingir, pero no le va bien. No puedo dejarlos, ¿y para qué?

Puedo ver cómo se le contrae la vena de la frente.

He tocado un punto sensible.

Bien.

Quería que estuviera enfadado. Igual que yo estaba enfadada con todo, pero sobre todo conmigo misma.

—Por mí. Por nosotros. ¡Diablos, podrías pedirme que me quede! Dime que me quede.

No, no puede estar pidiéndome eso.

No puede decirlo en serio.

Pero lo dice en serio.

Puedo verlo en su cara.

Habla en serio.

Si lo digo, se queda.

Por mí.

Se quedaría.

—No puedes quedarte.

—¿Por qué no?

Porque te encanta el fútbol. Porque si te pidiera que lo dejaras por mí, con el tiempo empezarías a resentirte conmigo, y yo no podría lidiar con eso.

—¡Porque no hay un nosotros! —Levanto las manos, exasperada—. Eso es lo que acordamos, ¿no? Acordamos pasar este tiempo juntos, tener un cierre después de todo lo que había pasado.

Abre la boca para protestar, pero levanto la mano para detenerle.

—No hagas esto, Miguel. No ahora que se nos acaba el tiempo. Sabíamos exactamente lo que pasaría al entrar en esto. Sabíamos por qué, más que nunca, que ahora nunca sería posible. No somos Emmett y Kate. —Levanto la mano, trazando la línea de su mandíbula.

Deberíamos haber sido nosotros. En otro mundo. En otro lugar. Podríamos haber sido nosotros.

Dios, voy a echarle de menos cuando se haya ido.

No pienses en ello. Todavía está aquí.

Por un rato más.

Todavía está aquí, y es mío.

—No tenemos para siempre, pero tenemos ahora mismo. Es lo único que podemos tener.

Mi pulgar se desliza sobre su labio inferior y noto cómo aspira entrecortadamente.

—Odio esto.

Yo también odio esto, pero no hay salida. Ninguna opción que ninguno de los dos esté dispuesto a tomar, al menos.

—Mañana está fuera de nuestro control. Así que odia el mañana —susurro, acercándome. Nuestros labios se rozan y nuestras miradas se cruzan. Todos los sentimientos que bullen en mi pecho se reflejan en esos ojos oscuros, y me duele, pero no puedo apartar la mirada. Me niego a hacerlo. Si esta noche es todo lo que podemos tener, pasaré el poco tiempo que me queda con él —. Pero esta noche… —Mi mano se desliza alrededor de su cuello, los dedos se enredan en sus suaves hebras—. Hazme el amor esta noche, Miguel.

La desesperación y la necesidad brillan en sus ojos. Es lo último que veo antes de que su boca se estrelle contra la mía.

El beso es ferviente. Nos aferramos el uno al otro como si nuestras vidas dependieran de ello, como si la otra persona pudiera escapársenos de las manos si no nos aferramos lo suficiente.

Pero por mucho que te aferres, nunca podrás evitar que suceda lo inevitable.

No pienses en eso.

Esta noche no.

No cuando tienes esta última vez.

Le agarro con fuerza por la nuca y lo acerco a mí mientras mi lengua encuentra la suya. Las manos de Miguel se deslizan por mi cuerpo, esos dedos callosos se cuelan bajo mi camisa y me la quitan por la cabeza. Rompemos el beso lo justo para quitarnos la ropa y caer sobre las mantas que él ya ha extendido por el suelo de la casa del árbol.

Nuestro refugio seguro.

Nuestro refugio.

Sólo nuestro.

Me siento a horcajadas sobre su regazo. Su dura longitud se aprieta entre mis muslos, succionando todo el aire de mis pulmones. Entonces su boca devora la mía, tragándose cualquier sonido que sale de mis labios. Muevo las caderas mientras su lengua se enreda con la mía, su piel caliente me quema con cada roce y me produce escalofríos.

—Miguel —suspiro cuando su boca se acerca a mi mandíbula. Sus dientes me rozan el cuello, la barba de un par de días me pone la piel de gallina. Rastrillo con la mano los gruesos mechones, tirando de su cabeza hacia atrás y dejando su cuello al descubierto. Mordisqueo y chupo mientras sus manos se dirigen a mi culo, lo aprietan con fuerza y me acercan. Su polla se acomoda entre mis labios inferiores y su punta roza mi clítoris.

Mis caderas se mueven buscando más, un suave gemido arrancando de mis pulmones.

—Eres tan jodidamente hermosa —murmura mientras su boca acaricia cada centímetro de mi cuerpo. Me mordisquea la piel y desliza la lengua por mi pezón antes de metérselo en la boca.

—Te necesito dentro de mí —susurro suavemente, hundiendo los dedos en sus hombros. Mis caderas se mueven hacia abajo mientras él levanta las suyas, y su polla se hunde en mí de un solo empujón, sacándome todo el aire de los pulmones mientras me llena lentamente hasta el borde.

La mano de Miguel me agarra la mejilla y me echa el cabello hacia atrás. Me rodea el cabello con los dedos, tirando de él hacia atrás mientras me mira sin decir palabra.

El amor que brilla en sus ojos hace que me duela el corazón, y sé las palabras que saldrán de su boca antes de que las diga en voz alta.

—Rebecca, yo…

No le oigo decirlo.

Porque si lo hago, podría cambiar de opinión. Podría pedirle que se quede. Y yo no podría hacer eso. No podría ser la persona por la que dejara el trabajo de sus sueños por el que trabajó tan duro para conseguir. Y no es cualquier trabajo. Entró en la maldita NFL, algo con lo que la mayoría de la gente sólo puede soñar. Yo no lo haría; no podría ser la razón de que lo dejara. Nunca me lo perdonaría, y eventualmente, si él lo dejara, él tampoco me lo perdonaría.

Así que aprieto mi boca contra la suya, tragándome las palabras que quiere decir. Gime suavemente mientras se hunde más dentro de mí, alcanzando el punto exacto. Mi coño se aprieta alrededor de su dura polla.

Tan cerca.

—Rebecca —gime Miguel mientras empuja con más fuerza.

Respiro, enrosco la pierna alrededor de su cintura y cambio el ángulo para que me roce el clítoris con cada embestida.

—Más fuerte —jadeo, tirando de sus hebras—. Necesito…

Las palabras se cortan cuando sus caderas se encuentran con las mías justo cuando su boca me presiona el lateral del cuello y su cálido aliento me hace cosquillas en la piel. Entonces sus dientes rozan mi carne.

—Sé lo que necesitas, nena. —Su mano se desliza entre nuestros cuerpos y sus dedos encuentran ese manojo de nervios—. Tan caliente para mí. Tan húmeda. —Frota sus dedos sobre mi clítoris—. Tan jodidamente apretada, como si estuvieras hecha para mí. *Estás hecha* para mí. Yo y nadie más.

—Miguel, para…

—Dilo, Roja —aprieta, todo su cuerpo se detiene mientras sus dientes se hunden en mi cuello. Un mordisco de dolor me recorre la columna vertebral—. Di que eres mía o no te dejaré correrte.

Estúpido, exasperante…

Intento mover las caderas, pero él me inmoviliza contra el suelo con su peso, con una sonrisa perversa en los labios.

—Seguiré provocándote hasta que cedas. —Me lame el lugar que ha mordido y con la otra mano me agarra el pecho y me pellizca el pezón. Cierro los ojos, el movimiento me produce una oleada de sensaciones que me llegan hasta el fondo y me hacen temblar de necesidad.

Mierda…

—Tuya —susurro, mis caderas doblándose bajo las suyas.

—¿Qué ha sido eso? —Mueve la mano y me pellizca el otro pezón casi como advertencia—. ¿No te he oído?

Abro los ojos para mirarle fijamente.

—Soy tuya.

—Yo también, nena. —Se echa hacia atrás y, con un movimiento rápido, vuelve a entrar en mí. Su pulgar me pellizca el clítoris mientras me llena por completo—. Siempre lo he sido.

Con eso, su boca devora la mía, nuestros cuerpos moviéndose en sincronía mientras perseguimos ese subidón. Mis uñas se clavan en su piel mientras una oleada de placer recorre mi cuerpo, justo cuando Miguel se abalanza sobre mí con un fuerte gemido y todo su cuerpo se tensa sobre mí.

Su cuerpo cae sobre el mío, nuestra piel sudorosa se aprieta mientras intentamos recuperar el aliento. Se siente pesado tumbado así sobre mí, pero no me atrevo a apartarlo. En lugar de eso, aliso las palmas de las manos sobre su espalda, sintiendo cómo sus músculos se estremecen con las réplicas.

Arruinado.

Estaba completa y totalmente arruinada para cualquier otro hombre, y ni siquiera podía importarme en ese momento.

—Siento aplastarte —susurra suavemente Miguel.

Sacudo la cabeza.

—No lo estas.

Mis dedos suben por su espalda hasta jugar con los rizos de su pelo en la nuca. En las últimas semanas han vuelto a crecer y me cuesta resistirme a pasar los dedos por ellos.

Miguel echa la cabeza hacia atrás. Me mira con ojos oscuros y soñolientos.

—Nunca podría arrepentirme de nada de lo que te trajo a mí —admito suavemente, con el dedo rozando su mejilla, ese exuberante labio inferior rodeado de la cantidad perfecta de barba incipiente.

—Rebecca… —Empieza a empujar hacia arriba, pero lo detengo.

—¿Me prometes una cosa?

—Cualquier cosa.

—Prométeme que no habrá despedida.

Puedoa soportar muchas cosas, pero no estoy segura de poder dejarlo ir voluntariamente. No ahora. No después de esto. No después de sentirme tan vulnerable con él. No cuando es el único hombre que me entiende.

Miguel empieza a sacudir la cabeza.

—No puedes pedir eso…

—Pues yo sí —le corto—. Prométemelo.

—Joder, Rebecca.

Dejo las palmas de las manos caer contra su pecho y le empujo hacia atrás. No se resiste y cae sobre la manta. Me siento a horcajadas sobre sus caderas, mis labios rozan su cuello y le pellizco la oreja.

—Sin despedidas.

Suelta un gemido frustrado.

—Sin despedidas.

Le doy un beso en el cuello, justo detrás de la oreja, y siento cómo se estremece.

—Sólo esta noche.

Le doy besos por el lateral del cuello y por el pecho hasta llegar a su polla, que ya se levanta. Lo rodeo con los dedos y lo acaricio lentamente mientras bajo la cabeza y me lo meto en la boca. Tarareo feliz mientras saboreo su polla y mi lengua recorre la parte inferior del tronco.

—Joder, Roja —sisea Miguel, hundiendo los dedos en mi pelo y tirando de él hacia atrás. Me

mira con los ojos vidriosos—. Bien, ¿quieres esta noche? Te la daré. Te marcaré tan fuerte que nunca podrás borrarme de tu memoria como yo nunca podré sacarte de la mía. —Me agarra el cabello con fuerza y siento una punzada que me llega hasta el fondo y me humedece—. Ahora chupa esa polla como una buena chica, para que pueda follarte ese apretado coño hasta que grites mi nombre.

Así que lo hago. Lo lamo y chupo hasta que está caliente y duro en mi boca, y lo siento palpitar de necesidad. Entonces me subo a su regazo y me hundo sobre él, su longitud me estira al máximo, su nombre es un eco en mis labios que perdura hasta bien entrada la noche.

El suave crujido de las tablas del suelo me despierta de mi letargo. Sus dedos me rozan suavemente la cara, como si intentara no despertarme, y necesito todo lo que hay en mí para quedarme completamente inmóvil.

—Te amo muchísimo, Rebecca. Más de lo que jamás creí posible. —Me frota el pómulo—. ¿Por qué no puede ser suficiente?

El dolor se dispara a través de mi corazón ante la tristeza de sus palabras, un dolor tan crudo que me deja sin aliento.

Se inclina, presiona su boca contra la parte superior de mi cabeza, y entonces su tacto desaparece, y él también.

Tal y como prometió.

Como le pedí.

Sólo cuando estoy segura de que se ha ido, suelto un sollozo ahogado. Intento prepararme para el dolor, pero no hay nada que pueda prepararme para la bola de demolición que se abalanza sobre mí.

No intento detenerlo.

En lugar de eso, lo acepto.

Me acerco la manta a la cara, con su olor todavía en el tejido, hundo la cabeza en ella y lo desahogo todo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Miguel

Prométemelo.

Mi garganta se estremece cuando las palabras de Rebecca resuenan en mi cabeza.

Sin despedidas.

La mirada rota en sus ojos que intentaba ocultar. La suave sensación de las yemas de sus dedos rozando mi piel. El aroma a rosas, azúcar y sexo llenó la pequeña casa del árbol mientras me retiraba y me obligaba a cumplir mi promesa.

Una promesa que quería romper, pero no podía.

Porque no quería ser la causa de más dolor del que ya sentía.

Sin despedidas.

Pero la odiaba por eso. La odiaba por obligarme a hacer esto, por obligarme a alejarme.

Pero ¿lo está haciendo? una vocecita en el fondo de mi cabeza se burla de mí. *¿Te está obligando a irte o eres tú quien decide hacerlo?*

Agarro el pomo de la puerta, la abro y entro en la silenciosa casa. Es temprano -o tarde, según se mire- y el lugar está nublado por la oscuridad mientras camino por el pasillo.

Sin despedidas.

Aprieto los puños a los lados y me dirijo con fuerza hacia las escaleras.

Vete. Necesito irme. Para empacar mi mierda y obtener el…

Respiro bruscamente al chocar con algo. No, no con algo, con una maldita mesa auxiliar que lleva en el pasillo desde que tengo uso de razón. Me muerdo la lengua para no soltar maldiciones y despertar a media casa, pero es difícil cuando solo puedo concentrarme en el dolor cegador que me atraviesa la pierna.

—*Maldita mierda…*

Aprieto la mano contra la cadera, donde conecté con el borde de la mesa. Siento un zumbido en los oídos que coincide con la sensación pulsátil que se extiende por mi pierna.

Mierda, eso duele.

Estoy tan concentrado en el dolor que tardo en darme cuenta de la sombra que cae sobre mí, y el sonido de una pistola al amartillar se abre paso entre el zumbido de mis oídos.

Se me eriza el vello de la nuca al levantar la vista y ver a mi padre de pie en la puerta del salón, con una escopeta en la mano.

Sus pobladas cejas se unen sobre su frente.

—¿Qué demonios haces, Miguel? —gruñe mientras me mira fijamente.

—¿Yo? —siseo, con la mirada aún clavada en la estúpida pistola. Sabía que tenía una. Demonios, fue él quien nos enseñó a Aaron y a mí a disparar cuando éramos adolescentes, pero lo último que esperaba era que me apuntara con la maldita cosa—. ¿Qué demonios haces con una maldita pistola en la mano? ¿Estás loco? Casi me provocas un infarto.

—¿*Te* di un ataque al corazón? Creía que alguien intentaba entrar a robar. —Se golpea el cañón de la pistola sobre la palma de la mano.

—¿Por qué se molestaría alguien? ¡Dejas la puerta abierta todo el maldito tiempo! Además, vives en medio de la puta nada. —Miro la pistola—. ¿Puedes guardar eso, por favor?

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Está bien. —Se da la vuelta de puntillas, vuelve lentamente al salón.

Dejando escapar un largo suspiro, le sigo. No sabía si realmente le había asustado, pero lo último que quería era que le diera otro infarto.

—¿Qué haces levantado tan tarde?

Mira por encima de su hombro, esos ojos afilados enviando dagas hacia mí.

—Considerando que está amaneciendo, diría que es temprano.

—La misma diferencia.

Papá se dirige al armario chino, mete la pistola en la caja fuerte y cierra la puerta antes de enderezarse con un gemido y darse la vuelta para verme mirándole.

—¿Qué?

—¿En serio? ¿Un armario chino?

—Es práctico. —Me hace señas para que me vaya—. ¿Qué pasa contigo?

Parpadeo, sorprendido por el cambio de tema.

—Nada.

—Oh, por favor, parece que se te ha muerto el perrito, y estabas todo animado cuando te fuiste hace unas horas.

—Esto… —Levanto la mano y me froto la mandíbula, sintiendo cómo la barba raspa las yemas de mis dedos.

Papá se dirige a su viejo sillón reclinable y se sienta despacio, pero entonces vuelve a centrar su atención en mí. Es desconcertante la forma en que me mira, como si estuviera esperando mi respuesta. Como si estuviera… escuchando.

No sé muy bien qué hacer al respecto.

Frunce una de sus cejas, cruzando los brazos sobre el estómago.

—¿Y?

—Mi compañero de equipo llamó antes. Él… —Me aclaro la garganta—. Me recordó que debía volver si no quería perderme el comienzo del campo de entrenamiento.

Se hace el silencio mientras papá me observa. Me remuevo en el asiento, incómoda bajo su mirada escrutadora. Todo mi cuerpo está rígido, los músculos se burlan y se preparan para lo que sea que esté a punto de lanzarme.

Probablemente una de sus muchas quejas sobre que me fui y traicioné a mi familia, que soy un hombre adulto que juega a un juego y se niega a crecer o…

—Me preguntaba cuándo volverías a Austin.

Cuadro los hombros, separo los labios…

—Ya era hora. No quería tener que ser yo quien te recordara tu trabajo. Quería hacerlo, créeme, pero tu madre me amenazó con mover mi culo permanentemente al sofá si te echaba otra vez, así que…

Espera…

—¿Qué?

—Ya conoces a tu madre. Puede ser simpática como un gatito, pero si la cabreas, más vale que te prepares para esquivar sus garras.

—Eso no, pero…

Sacudo la cabeza sin saber qué decir, *cómo* decirlo.

—¿Qué?

—Es la primera vez que reconoce que el fútbol es mi trabajo.

—Ah. —Asiente—. Eso.

—Sí, eso.

¿Qué demonios está pasando aquí? Me siento como si hubiera entrado en una especie de universo paralelo.

Todos los años de tratar con mi padre y tener que pelearme con él por el fútbol me han hecho

mella, y me cuesta creer que papá pudiera haber cambiado.

Papá levanta la mano y se la pasa por el cabello.

—Sé que he sido duro contigo en el pasado.

Resoplo, con la necesidad de decirle exactamente lo que pienso en la punta de la lengua, pero me muerdo las palabras, dándole la oportunidad de terminar.

—Puedes pensar que no me doy cuenta, pero sí. Soy un hombre duro en general. También fui duro con Aaron. Sólo que, de una manera diferente, pero tú… —Desvía la mirada, una expresión distante pasa por su rostro—. Nunca supe muy bien qué hacer contigo. Te encantaba el fútbol desde muy joven. Lo sabía. Era evidente en tu forma de jugar. Pero me preocupabas. Me preocupaba que tus sueños se derrumbaran si no triunfabas.

—Pero lo conseguí.

Papá se vuelve hacia mí.

—Lo has conseguido. Y me alegro por ti. De verdad. Lo odio porque no hay nada que me gustaría más que estuvieras aquí, pero veo que eres feliz y que te va bien. Sé que no lo digo lo suficiente, pero estoy orgullosa de ti, Miguel. Estoy orgullosa del hombre en el que te has convertido.

Sus palabras me hacen un nudo en la garganta. Tardo un par de intentos antes de poder raspar:

—Gracias, papá.

—No hay nada que agradecerme. Todo has sido tú. Tu trabajo duro, tu testarudez y tu determinación te han llevado a dónde estás. —Por un momento, se limita a observarme—. Pero no pareces contento de volver.

Pongo la mano sobre las rodillas, me pongo en pie y camino hacia la ventana. Esa sensación de ansiedad que se estaba gestando en mi interior desde el momento en que dejé a Rebecca acurrucada sobre las mantas en la casa del árbol me está inquietando.

—Me alegro de que empiece la temporada. Estoy emocionado por volver al campo, es sólo que…

Miro hacia el bosque.

¿Sigue ahí? ¿Sigue durmiendo? ¿O se despertó y no estaba? Si es así, ¿cómo reaccionó? ¿Estaba contenta? ¿Triste? ¿Aliviada?

Mierda, tal vez debería decir que se jodan sus deseos y…

—Rebecca.

Esa palabra me devuelve al presente. Me vuelvo de espaldas a la ventana, cerrando la puerta a todas las ideas locas que se arremolinan en mi cabeza. Ideas en las que no debería pensar.

Asiento.

—Sí.

—¿No le gusta la idea de que vuelvas? Estoy seguro de que podrían hacer que funcionara. Austin no está tan lejos…

—No está lejos, pero no quiere hacer esto entre nosotros. —Las cejas de mi padre se levantan sorprendidas—. Ella tiene mucho que hacer con su madre, y yo también. Es mejor así para todos los implicados.

¿De verdad?

—Bueno, si ustedes piensan que es lo mejor.

—Lo es. —Asiento.

Tiene que serlo. ¿Cuál es la otra opción?

—Creo que subiré a recoger mis cosas para irme a primera hora de la mañana, después de

que mamá se despierte.

En realidad, quiero largarme de aquí cuanto antes, pero sé que no debo hacerlo. Si me voy sin una despedida apropiada, mamá me mataría.

Al menos, hay una persona que quería despedirse de mí.

No es justo para Rebecca. Lo sé, pero me siento amargado. Así que demándame.

Una mano cae sobre mi hombro, llamando mi atención.

—Las cosas se arreglarán.

No estoy muy seguro, pero asiento.

Es lo mejor.

Quizá si lo repitiera suficientes veces, me lo creería.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

—Fuiste hecha para mí. Yo y nadie más. Dilo, Roja. —Sus dientes se hundieron en mi cuello, una suave punzada se disparó hasta mi vientre cuando su lengua barrió mi carne—. Di que eres mía.

—Tuya… —Acaricio su mejilla, girando su cara hacia mí—. Soy tuya…

Cuando sus ojos se cruzan con los míos, carecen de toda emoción. Me empuja las manos hacia atrás y se levanta, dejándome sola en el suelo. Me tapo con la manta para ocultar mi cuerpo desnudo de su gélida mirada.

—Si quisieras ser mía, habrías venido conmigo.

Respiro y mi cuerpo se despierta sobresaltado. Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica mientras mi mente repite el sueño en mi cabeza.

Me paso la mano temblorosa por la cara, secándome la capa de sudor.

—Fue sólo un sueño.

Más bien una pesadilla.

Una pesadilla que me persigue desde que Miguel se fue.

Más bien desde que lo ahuyentaste, murmura el diablo en mi hombro, pero alejo esa vocecilla.

Hice lo correcto. Hice lo que tenía que hacer. No hay vuelta atrás.

Miguel pertenece a Austin, jugando en la NFL. ¿Yo? Mi vida está en nuestro pueblito, cuidando de mi familia.

Aparto las sábanas, me deslizo fuera de la cama y hago exactamente eso.

Suena el timbre y mi cabeza se levanta de inmediato, sólo para que la decepción me golpee en el momento en que veo a la persona de pie en la puerta. La persona que, de hecho, no es Miguel.

Por supuesto, no lo sería.

Miguel se ha ido.

Ya está de vuelta en Austin.

Jugando al fútbol y viviendo su vida.

Algo que yo también debería hacer.

¿Por qué mi estúpido corazón no se enteró?

Ha pasado una semana.

Una semana de hacer las cosas con el piloto automático. Una semana saltando a cada pequeño ruido. Una semana mirando alrededor de Bluebonnet con un dolor constante en el pecho, esperando verle en algún sitio, en cualquier lugar.

Pero no está aquí.

Saludo con una sonrisa a los dos adolescentes que apenas me prestan atención. Hacen su pedido y vuelven a la conversación, lo que me parece bien. Lo último en lo que quiero centrarme es en charlas triviales.

Les entrego el pedido, agarro una toalla y me limpio las manos. Me doy la vuelta y veo que mis dos amigas me observan atentamente.

—¿Ves lo mismo que yo? —Kate pregunta en voz baja, pero no tan baja que no pueda oírla.

—Mhmm… —Savannah tararea suavemente—. Lo veo. ¿Ves lo que yo veo?

—Sí.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Quieren parar ya? Son tan sutiles como un par de elefantes paseando con un tutú rosa.

—¿En serio? —Kate frunce los labios y desliza la mano por su vientre aún plano—. Sé que estoy embarazada, pero no pensaba que ya estuviera tan gorda.

Y ahora me siento como una mierda por hacerla sentir cohibida.

—No estás gorda. —Los labios de Kate se curvan en una sonrisa, haciendo que entrecierre los ojos hacia ella mientras termino—: Pero tampoco eres sutil.

Kate le da un codazo a Savannah.

—Alguien está más sensible.

—Ha estado así los últimos días. Toda sombría y brusca con la gente.

¿Soy brusca con la gente?

Me quedo con la boca abierta.

—No lo soy.

Apenas hablé con nadie.

—También. —Savannah me señala con el dedo—. Ayer le gritaste a ese grupo de adolescentes porque estaban escuchando música muy fuerte.

—¡Bueno, lo estaban!

—Era una de tus canciones favoritas —contesta Savannah sin perder el ritmo—. Ni siquiera intentes negarlo. Te he oído tararearla muchas veces en el pasado.

Mis mejillas se calientan de vergüenza.

Me muerdo el labio y me concentro en reorganizar la estación de café.

Savannah tiene razón. Era una de mis canciones favoritas. Una canción que la última vez que la escuché, estaba con Miguel. Escucharla ayer, después de todo lo que había pasado estos últimos días, activó algo en mí, y no pude soportar escucharla. Tenía miedo de que, si lo hacía, me iba a romper y empezar a llorar, y yo no podía hacer eso. No podía dejar que la gente me mirara como si estuviera loca.

Lo hacen de todos modos.

No soy tonta. Puedo sentir sus miradas curiosas y oír sus suaves susurros. Intentan pasar desapercibidos, pero la gente de Bluebonnet no entendería lo que significa pasar desapercibidos, aunque les picara en el culo.

—¿Te has vuelto a pelear Miguel y tú?

La pregunta de Kate me saca de mis pensamientos y casi se me cae la botella con especias de vainilla.

—No…

—Porque si lo hiciste, estoy segura de que se reconciliarán —continúa Kate sin perder el ritmo—. Es lo que hacen ustedes dos. Se pelean y luego…

—No nos hemos peleado —grito, dejando el cuenco sobre la encimera con más fuerza de la necesaria, el fuerte golpe llama la atención de la gente a mi alrededor.

Mierda.

Cierro los ojos y respiro suavemente, intentando controlar mis emociones. Sólo cuando estoy segura de que me controlo y sé que mi voz no se quebrará, admito suavemente:

—Miguel se fue.

El pesado silencio se extiende entre nosotros mientras las chicas me miran fijamente, con la boca abierta, coincidiendo con expresiones de asombro en sus rostros.

Al menos está fuera.

—¿Qué quieres decir con que se fue? —Kate es la primera en romper el silencio—. ¿Cuándo?

—Tal como dije, se fue. —Me encojo de hombros, sintiendo la tirantez de mis hombros. Aparto la mirada, incapaz de soportar la mirada escrutadora de Kate—. Hace unos días.

—Unos… —se entrecorta la voz y la oigo respirar agitadamente—. ¿Se fue? ¿Sin decir una palabra? ¿Simplemente se levantó y se fue?

—Oye, ¿estás bien?

Ante la suave pregunta de Savannah, me doy la vuelta y veo que Kate tiene las mejillas enrojecidas y los labios apretados.

—Lo que estoy es *lívida*. Juro que lo mataría si estuviera aquí. —Cierra los dedos en un puño y lo golpea contra la encimera, casi volcando su taza de café en el proceso. Me fulmina con la mirada—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? ¿Qué va a pasar con ustedes ahora que se ha ido?

—Nada.

Kate entrecierra los ojos.

—¿Cómo que nada?

—Exactamente eso, nada.

—Pero estaban juntos. —Abro la boca, pero ella me lanza una mirada de advertencia—. Ni siquiera intente negarlo, señorita. Te conozco mejor de lo que crees y sé que estuvieron saliendo otra vez. En realidad, me sorprendió que tardaran tanto en volver a estar juntos…

Aprieto los dedos, sintiendo la mordedura de las uñas al hundirse en mi piel.

—Nunca estuvimos juntos, Kate.

Kate está en racha y ya no hay quien la pare, pero cuanto más habla, más crece mi ansiedad.

—Están destinados a estar juntos. Lo he sabido desde la primera vez que los vi, y tenía la sensación de que resolverían las cosas si se detenían el tiempo suficiente para *hablar*, pero…

—¡No somos tú y Emmett! —grito, sintiendo que las lágrimas me punzan los párpados.

Necesito que se detenga, y lo necesita ahora. Estoy a punto de romperme, y si ella lo menciona una vez más, yo…

—No somos ustedes. Nunca seremos ustedes. Estoy tan feliz de que estén casados y viviendo su mejor vida. De verdad que lo estoy. Pero necesito que entiendas que esta no es mi vida. Nunca lo será. Nunca volvimos a estar juntos, y nunca lo haremos. Su vida está en Austin, donde tiene el trabajo de sus sueños, y yo estoy aquí.

—Becky, yo…

—No puedo. —Sacudo la cabeza, mordiéndome el interior de la mejilla—. Ahora no.

No podría lidiar con esto ahora.

La herida está aún demasiado fresca, demasiado en carne viva.

Mis amigas intercambian una mirada silenciosa.

Respiro. Necesito un momento para serenarme. Lo que más deseo es volver a casa, encerrarme en mi habitación y quedarme allí hasta que desaparezca el dolor y vuelva a sentirme yo misma. Como eso no es una opción, decido hacer lo siguiente mejor.

—Tengo que coger algo de la cocina —murmuro a nadie en particular mientras me bajo de la encimera y me deslizo tras la puerta cerrada.

Mi respiración es agitada, aprieto la espalda contra la madera y cierro los ojos mientras intento calmarme.

No llorarás.

No llorarás.

No llorarás.

Recito esas palabras como un mantra hasta que el ardor detrás de los párpados disminuye y puedo respirar lenta y largamente.

Un suave golpe me hace dar un respingo de sorpresa.

—¿Becky?

Mierda.

Kate empuja la puerta y asoma la cabeza mientras me recibe.

—¿Te importa si hablamos?

—¿Te irás si digo que sí?

Kate me dedica una sonrisa triste.

—La verdad es que no.

Suelto un suspiro y me aparto de la puerta para que pueda entrar. Lo último que quería era montar un espectáculo aún mayor del que ya había montado delante de todos los clientes de la cafetería.

—Siento haber sido tan entrometida. Estuvo mal por mi parte meter las narices en tus asuntos.

—Yo soy la que lo siente. No debería haberte gritado.

Kate sacude la cabeza.

—Tenías todo el derecho a gritarme. Nunca pensé ni quise que te sintieras así. Nunca quise que pensaras que estoy comparando a Emmett y a mí con ustedes dos.

—Lo sé. Y, como he dicho, me alegro mucho por ustedes. De verdad. Pero si soy realmente honesta, algunos días es difícil verlos a los dos.

—Lo entiendo. Deberían haber sido ustedes. Siempre pensé que lo habría sido. Siempre parecían tan sólidos, incluso cuando se peleaban. Siempre estuve celosa de eso. Del vínculo que tenían. Del tipo de relación que tenías con él y Emmett, también. Pero tú y Miguel eran diferentes. Ustedes dos estaban en perfecta sincronía. Como dos mitades de un todo. No tenías que decir nada y él sabía lo que necesitabas, y viceversa. —Kate me toma la mano y me la aprieta—. Pero cambiaste. Y echando la vista atrás, no empezó cuando rompieron. Empezó mucho antes. Fue sutil. Por eso no nos dimos cuenta. Pusiste un muro entre tú y el resto de nosotros. Y lo entiendo. Entiendo la necesidad de protegerte a ti y a tu familia. Hice lo mismo con Penny cuando llegamos aquí, pero te queremos, Becky. Y queremos ayudarte. Sé que estás acostumbrada a lidiar con las cosas por tu cuenta, y entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Pero ahora estamos aquí y podemos ayudarte.

Sus palabras me ahogan. Aprieto los labios y se me seca la garganta mientras intento luchar contra las emociones que se agolpan en mi pecho. Todos los años y secretos que he guardado para protegerme a mí misma y a la gente que quiero me pesan sobre los hombros.

Pero tiene razón.

Ya no tengo que hacerlo.

—Me preocupaba qué pasaría si alguien se enteraba. Matthew aún era menor de edad y Chase se había ido. ¿Se lo llevarían? ¿Me arrancarían lo poco que tenía de mi familia? —Sacudo la cabeza—. No podía arriesgarme.

—Lo sé. —Los dedos de Kate aprietan los míos—. Nadie te culpa por querer mantener unida a tu familia, pero nosotros ya no somos esos niños. Déjanos estar ahí para ti como tú siempre has estado para nosotros.

Respiro entrecortadamente y asiento.

—Puedo intentarlo.

—Supongo que es un comienzo —se ríe Kate por lo bajo.

Sí, supongo que sí.

Kate y yo nos quedamos un rato más en la cocina, cambiando la conversación a un tema un poco más ligero antes de que ella se vaya a ver a Emmett a su cita con el médico.

Compruebo mi cara con la cámara del móvil para asegurarme de que no parezco un desastre, y salgo de la cocina. Hay un par de personas esperando a ser servidas, así que preparo sus pedidos antes de coger una bandeja para limpiar las mesas.

Estoy terminando el último y, al mirar por la ventana, veo a una familia de pie al otro lado de la calle. Hay algo en ellos que me resulta familiar y tardo un momento en reconocerlos.

Son Rose y Kyle. Y John.

Sabía que también estaba en la ciudad, pero era la primera vez que lo veía desde hacía tiempo. Tiene el cabello revuelto y una espesa barba que le cubre la mandíbula. Incluso desde aquí puedo ver que tiene la cara roja y mueve la boca con rapidez. Está claro que discuten por algo. Rose abre la boca, pero él se acerca y ella se estremece ante el movimiento.

¿Qué demonios está pasando ahí?

El timbre de la puerta llama mi atención. Miro por encima del hombro y veo la cara hosca de mi hermano. Cojea hacia mí, con las cejas fruncidas y Sombra a su lado.

—Toma.

Saca un teléfono del bolsillo y me lo entrega.

—¡Muchas gracias! No sé cómo me he equivocado. —La mentira se desliza fácilmente de mis labios mientras deslizo la mano en mi bolsillo trasero para sacar su teléfono y entregárselo.

Chase gruñe algo indefinido mientras mira por encima de sus hombros. Todo su cuerpo está rígido, con los hombros tensos como si se estuviera preparando para los problemas.

Sigo su línea de visión, notando algunas miradas curiosas centradas en nosotros.

O tal vez sólo está molesto con la atención que hay sobre él.

Pero la gente no se quedaría mirando si asomara la cara por el pueblo de vez en cuando. No es que fuera a escuchar lo que le decía. Si tenía que seguir inventando excusas para que saliera de casa, que así fuera. Estaba harta de su carácter gruñón y solitario.

—¿Quieres que te haga un café?

Sacude la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Qué te parecen estas nuevas magdalenas que he hecho?

Si cabe, el rostro de Chase se vuelve aún más sombrío que antes.

—¿Qué? Ya estás aquí. Más vale que saques algo de provecho. Así que, ¿magdalenas?

—Quiero que dejes de perder la cabeza, así no tengo que salir de mi camino para traértela.

Bueno, supongo que era cuestión de tiempo que dijera algo. Estos últimos días, he tratado de inventar diferentes razones para traerlo a la ciudad. Mi carro estaba haciendo ruidos extraños. No lo hacía. Me estaba quedando sin leche, y la tienda estaba llena, así que necesitaba que fuera a buscar un poco a la tienda. Había un cartón extra en el almacén.

Estaba harta de su mal humor. Y aunque no podía hacer nada para cambiar mi vida de mierda, sí podía hacer algo para que Chase se reintegrara en el pueblo.

Le hago un gesto para que se vaya.

—Mi mente está en otra parte.

—¿Como en Miguel?

Entrecierro los ojos al oír hablar de Miguel. Era la primera vez que Chase lo mencionaba desde el día en que nos encontró besándonos en el porche. Supongo que tenía demasiadas

esperanzas al pensar que no se habría dado cuenta de que andábamos a escondidas.

Aun así, mantengo la cara fría.

—¿Qué tiene eso que ver?

Chase sólo me mira por un segundo, sus dedos hundiéndose en el pelaje de Sombra.

—Sólo porque no saque esa mierda a relucir, no significa que no sepa lo que pasa bajo mi techo, Becky.

Sí, definitivamente demasiado bueno para ser verdad.

Abro la boca para contestar, justo cuando suena el timbre.

—La próxima vez que pierdas algo, lo conseguirás tú mismo. —Con eso, se da la vuelta para irse.

—Cha… —intento advertirle, pero ya es demasiado tarde.

Con las prisas, choca con Rose. Veo la sorpresa en las caras de ambos al chocar. Rose se tambalea hacia atrás, pero antes de que pueda parpadear, las manos de Chase están sobre sus brazos, sujetándola. Rose despega los labios y se lleva la mano al pecho.

—Dios mío, lo siento mucho.

Chase respira con dificultad mientras se queda mirándola un instante.

Rose inclina la cabeza hacia un lado y le tiende la mano.

—¿Estás bien?

Chase frunce las cejas mientras mira fijamente su boca, intentando averiguar qué le ha preguntado.

Entonces Kyle aparece por detrás de ella y se detiene de repente al ver a Chase y a Sombra. Veo cómo se le va el color de la cara, cómo sus ojos se convierten en platillos mientras da un paso atrás, aferrándose a las piernas de Rose.

Rose pone la mano en el hombro de Kyle para tranquilizarlo.

En la cara de mi hermano brilla el dolor durante una fracción de segundo antes de desaparecer.

—Lo siento. —Se hace a un lado y Sombra le sigue, los ojos de Kyle siguen sus movimientos mientras entran en la tienda.

—No pasa nada. Kyle no está acostumbrado a perros tan grandes.

Chase asiente desdeñosamente, su mirada se desvía hacia mí.

—Te veré en casa.

Ninguno de los dos puede responder antes de que salga corriendo hacia la puerta.

—¿He hecho algo mal? —pregunta Rose, frotándose el brazo.

—No —niego con la cabeza, volviendo mi atención hacia ella—. Chase sólo está siendo… Chase. —Es la mejor forma que tengo de explicar a mi hermano sin desvelar sus secretos.

Dejando escapar un suspiro, me agacho y saludo a Kyle con la mano antes de firmar:

—¿Pastelito?

Asiente con entusiasmo, asomándose por detrás de Rose.

Le hago señas para que se acerque.

—Ven conmigo.

Al enderezarme, veo a Rose mirando por encima del hombro, mordiéndose nerviosamente el labio. Recuerdo la interacción que había captado antes de que Chase se acercara.

—¿Estás bien?

Rose se gira hacia mí, sacudiendo la cabeza.

—Sí, claro. —Se dibuja una sonrisa en la cara—. Todo está perfecto.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Miguel

—¿Crees que eres el hombre? —Becky me dedica una sonrisa, con las manos apretando la pelota contra su pecho.

Hago como que voy a por ella, pero se desplaza hacia la derecha y se escapa de mi alcance, corriendo hacia nuestra improvisada zona de anotación mientras yo troto tras ella. Me esfuerzo lo justo para que los chicos no se quejen, pero no lo suficiente para alcanzarla.

—¿Esto es lo mejor que puedes hacer, señor *Jugador de Fútbol? —pregunta mientras gira ese dulce culo en un baile de celebración.*

Acelero, la rodeo con los brazos y la levanto por encima del hombro.

—¡Miguel!

—¡Fernandez! —grita el entrenador, sacándome de mis pensamientos justo a tiempo para ver cómo otro jugador más supera mis defensas y entra en la zona de anotación—. ¡¿Dónde demonios tienes la cabeza?! Porque seguro que no está en este partido.

Mierda.

Me froto la nuca, los músculos tensos, esa presión familiar que pesa sobre mis hombros. Ni siquiera tenía a quién culpar, sino a mí mismo. Desde que volví, he estado jugando como una mierda, y el entrenador tiene todo el derecho del mundo a echarme la bronca.

—Lo siento, entrenador.

Sus pobladas cejas se unen sobre su frente mientras me frunce el ceño.

—No necesito tus excusas. Lo que necesito es que saques la cabeza del culo y prestes atención a lo que pasa a tu alrededor. ¿Puedes hacerlo o tengo que mandarte a calentar el banquillo? Tal vez si la sientes clavarse en tu culo el tiempo suficiente, consideres lo que te estás perdiendo.

¿En el banquillo?

Mi mirada se cruza con la de Blake por encima del hombro del entrenador. Niega con la cabeza, con los labios apretados.

Joder.

—No, entrenador —digo rápidamente, dirigiendo mi atención al hombre que tiene mi carrera en sus manos—. Lo haré mejor. Lo prometo.

Contengo la respiración mientras me mira fijamente durante lo que me parece una eternidad. Todo el campo está en un silencio espeluznante mientras todos esperan el veredicto. Siento los ojos de todos mis compañeros mientras me miran. Algunos probablemente están intentando averiguar qué me ha pasado, y otros están sopesando cómo pueden aprovechar esta oportunidad para salir adelante.

Estoy jodido.

Quiero soltar un grito de frustración, pero me contengo.

—Bien, pero esta es tu última advertencia. El siguiente y te vas.

—¡Sí, señor!

Durante las dos horas siguientes, me olvido de las miradas curiosas de mis compañeros y de los pensamientos sobre Becky y mi familia. Doy lo mejor de mí para mantener la cabeza en el partido y hacer el trabajo para el que me pagan: mantener la ofensiva fuera de nuestro lado del campo tanto como sea posible. Y lo hago bien. La rabia que me invade me ayuda.

Cuando suena el silbato y el entrenador da por finalizado el entrenamiento, soy un desastre sudoroso y jadeante. Me quito el casco de un tirón y me aparto el cabello húmedo de la cara

mientras escucho el resumen del entrenador tras el partido. Hace algunos comentarios sobre la última jugada antes de dirigirse al segundo entrenador, con su fiel portapapeles en la mano. Probablemente ya esté preparando el plan de tortura para mañana.

Tomo una botella de agua de camino a los vestuarios justo cuando Walker se une a mí.

—¿Qué demonios fue eso?

—¿Vienes a gritarme, viejo?

Blake me fulmina con la mirada, claramente no le hace gracia mi comentario.

—No, no he venido a gritarte. Lo que quiero saber es, ¿qué te hace jugar como una mierda?

—¿Por qué no me dices lo que sientes de verdad? —murmuro secamente, acelerando el paso, o al menos lo intento, pero Blake me pone la mano en el hombro y me tira hacia atrás.

—En el último año, te he conocido y he trabajado contigo. No creo haberte visto distraído ni una sola vez. Cuando estás en el campo, el cien por cien de tu concentración está en ese partido, en la siguiente jugada. Pero desde que empezó el campamento, has sido un desastre. Así que no te hagas el listillo y dime qué demonios está pasando, Fernandez. —Él inclina su barbilla en dirección a mi mano—. ¿Es tu hombro? Creía que la fisioterapia te había ayudado.

—No es mi hombro. —Instintivamente, los vuelvo a girar. El pinchazo está ahí, seguro, pero no hay dolor—. Es sólo un día malo.

Por alguna razón, eso hace que su expresión se vuelva aún más sombría.

—No tienes días malos.

—Todo el mundo tiene un día malo. —Me encojo de hombros. Me doy la vuelta y empujo la puerta de los vestuarios. La charla se apaga y todas las miradas se vuelven hacia mí.

—¿Qué? —Levanto los brazos en el aire, irritada de que mis compañeros actúen así—. Nadie ha muerto. Es sólo un maldito día malo.

Mis manos golpean contra mis costados mientras las dejo caer y marcho hacia mi sitio.

—Intenta tomarte dos semanas libres —dice Big J, tan servicial como siempre.

Le lanzo una mirada de advertencia; Big J no parece inmutarse lo más mínimo.

—¿Qué? Es la verdad. Desde que volviste, tu juego no ha funcionado. Y la gente empieza a darse cuenta cuando el señor Perfecto mete la pata.

—Perfecto —me burlo—. Difícilmente. Además, tengo días malos.

—Tú no, Monje.

El palpitar detrás de mis sienes se intensifica. Odio cuando usan ese apodo. Ni siquiera sé cuándo empezó. ¿En la universidad? ¿O justo después de llegar a profesionales? A la mierda si lo sé. Esos primeros días fueron tan abrumadores que era difícil saber qué era qué.

Lo que sí recuerdo vívidamente es que nada me ayudaba a olvidarla. Incluso intenté salir con una chica una vez, justo después de que Rebecca y yo rompiéramos. Estaba enfadado con ella y con el mundo, y sólo quería olvidar, así que bebí todo mi peso en alcohol, pensando que me ayudaría. Pensando que podría borrar la mirada de la cara de Rebecca de mi mente. Pero mi estómago se revolvía ante la idea de besarme con otra chica, y mucho menos intentar algo más. Y lo digo literalmente. De acuerdo, puede que también fuera el alcohol. Creo que traumaticé a la chica de por vida.

Pero ese no fue el momento que me sacó de mis hábitos autodestructivos. Fue cuando el entrenador me mandó al banquillo por ser descuidado en el campo. Trabajé tan duro, ¿y estaba a punto de perderlo todo por ser un idiota con el corazón roto? ¿Tendría que volver a casa con el rabo entre las piernas? ¿Enfrentarme a *ella*? Ni hablar. Fue entonces cuando renuncié a todo -las chicas, el alcohol, las fiestas- y nació el apodo.

—Tienes un fuera de juego, seguro, pero esto es diferente. Estás distraído. Es como si tu

cuerpo estuviera aquí, pero tu mente sólo Dios sabe dónde.

Aprieto los dientes, irritado con toda esta conversación. Sobre todo, porque tiene razón. Aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—Mi mente está aquí —muerdo, girando sobre mis talones.

Abro mi casillero y meto el casco dentro antes de echarme la camiseta por la cabeza y tirarla hacia la cesta más cercana a mi casillero.

—¿Entonces por qué estás tan irritado? Espera, ya sé. —Da una palmada y el sonido resuena en la silenciosa habitación—. ¿Tiene algo que ver con esa chica de hace un par de semanas?

El vello de mi nuca se eriza, mis dedos se enroscan alrededor de la cinturilla de mis pantalones.

—Espera, ¿qué? ¿Monje tiene una niña? —Franco pregunta, la sorpresa evidente en su voz.

—Sí, estoy seguro de que oí a una chica allí cuando le llamé para preguntarle cuándo piensa llevar su culo al campamento de verano —se ríe Big J—. ¿Qué ha pasado? ¿Conseguiste por fin algún coño y eso te fastidió el mojo?

Me doy la vuelta y arremeto contra él, mis puños rodean su camiseta.

—No hables mierda de ella, ¿me oyes, Callahan? —Le gruño en la cara.

Desde la periferia, puedo ver a mis compañeros de equipo acercarse mientras un silencio sepulcral se apodera de la sala. Bueno, aparte de la risa de Big J, claro.

—¡Oh, mierda! Lo hiciste. ¿Verdad? —Se ríe aún más fuerte, sus brazos golpeando contra su costado—. ¿Por fin has vuelto a mojar la polla después de cuántos años? Ni siquiera importa. Ahora se ha metido con tu cabeza y no puedes jugar.

—Estás jugando con fuego, Callahan —dice Blake a nuestro lado, con la advertencia tan clara como el día.

—¿Qué? No puedes negar que esto es divertido. Ya no existe Monje. Ahora tendremos que encontrarte un nuevo apodo.

Dando un largo suspiro, me fuerzo a soltar los dedos, pero antes de soltarlo, conecto mis palmas a su pecho y le doy un empujón no muy suave.

—Para de una puta vez.

Una mano me da una palmada en el hombro mientras Kyle, nuestro compañero, va al baño.

—No te pongas así, Fernandez, ni te lo pienses demasiado. Esto es algo bueno. Un buen revolcón en las sábanas suele ayudarme a relajarme después de un duro día de trabajo. Deberías probarlo. Seguro que la próxima vez será mejor.

No habrá próxima vez. No puede haberla. Mi vida está aquí, y la de ella en Bluebonnet. Y después de todo lo que ha pasado, todo lo que sé sobre ella y sobre su madre, no hay forma de que pueda pedirle que se vaya. No importa cuánto lo desee.

Su comentario hace que algunos suelten una carcajada.

¿Qué demonios es esto? ¿Secundaria?

—¿Quieres dejar de hablar así de ella? No es sólo una groupie.

—Maldita sea, Fernndez. —Franco me pone las palmas en los hombros y me sacude—. No puedes ir enamorándote de la primera chica a la que le hundes la polla. Eres un Lonestar. Asúmelo, amigo. Hay un montón de chicas ahí fuera que matarían por estar contigo.

—¿Quieres dejarlo en paz de una vez?

Franco mira a Blake.

—¿Qué sabes que nosotros no sepamos?

—Volvió a su ciudad natal. —Este comentario viene de Big J. Ladeo la cabeza en su dirección para encontrarlo secándose el cabello.

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. Estabas en casa cuando te llamé el otro día.

En serio, los chicos se quejan de que las chicas son unas cotillas. Sí, claro.

—Maldición —gime Franco—. No lo hiciste.

—¿Qué? —Aprieto los dientes, harta de jugar a sus juegos.

—Esto es aún peor de lo que pensaba.

Respiro tratando de mantener la calma.

—¿Y cómo, por favor, es esto peor?

—Te enrollaste con la que se escapó. La que te arruinó en primer lugar.

Se me viene a la cabeza la cara de Becky mientras estábamos tumbados en la casa del árbol aquella última noche. La tristeza en sus ojos cuando nos despedimos en silencio por última vez.

Sacudiendo la cabeza, aparto el recuerdo y lo guardo en la caja que tengo escondida en el fondo de la cabeza.

Que le den a la ducha.

—Me largo de aquí —murmuro, mientras saco mi bolso y agarro mi camisa.

He terminado con esta conversación.

Tan jodidamente terminado.

Por suerte, mis compañeros de equipo son lo bastante listos como para no decir nada más mientras me pongo rápidamente la ropa, antes de salir de los vestuarios.

Mis pies golpean el suelo mientras salgo del edificio. Sus palabras aún se arremolinan dentro de mi mente, luchando con la imagen de Rebecca en mi cabeza.

La que se escapó.

Lo irónico es que tiene razón.

Se escapó.

Y la dejé.

Dos veces.

—¡Fernandez, espera! —Una mano me agarra del hombro y me tira hacia atrás.

—No estoy de humor, Walker. Quítate de mi camino.

—Pocas posibilidades de que eso ocurra. —Los ojos oscuros de Blake me miran lentamente —. ¿Estás bien?

—Bien.

Me observa un momento antes de negar con la cabeza.

—No estás bien.

—Walker…

—Saca la cabeza del culo, novato. —Me da una bofetada en la cabeza.

Me froto la nuca.

—Oye, ¿por qué fue eso?

—Porque estás actuando como una mocosa malcriada. Vamos. Sube a tu carro y vámonos.

—Realmente no estoy de humor para ir a un bar, Walker.

Lo que quiero es volver a casa, ducharme y caer de bruces. Todo para poder repetir todo esto de nuevo mañana, pero por desgracia, Blake no tiene nada de eso.

—Bien, porque no vamos a ir a un bar. —Me empuja hacia mi coche—. Vamos, novato.

—Realmente necesitas deshacerte de ese apodo.

Walker sólo levanta la ceja.

—¿Debería ir con Monje?

—Realmente tienen ganas de morir.

Blake me da una palmada en el hombro.

—No te preocupes, creo que se les ocurrirá algo nuevo.

Eso es lo que me temía.

No sé a dónde esperaba que Blake me llevara, pero su casa definitivamente no lo era. Aunque había estado aquí algunas veces en el pasado, la mayor parte del tiempo pasábamos el rato con los chicos en las instalaciones o en nuestro bar favorito cerca del estadio. Si conseguían arrastrarme hasta allí, claro.

Al estacionar delante de una gran casa colonial de dos plantas en una zona suburbana de Austin, salgo del carro justo cuando Blake sale pavoneándose de su garaje. Antes de que el sonido de la puerta del garaje al cerrarse deje de resonar, la puerta principal se abre de golpe y una pequeña figura sale corriendo, echando los brazos alrededor de las piernas de Blake.

—¡Papi! —grita Levi, con la voz apagada mientras hunde la cabeza en las piernas de Blake —. Llegas tarde.

—Lo sé. —Blake despeina el cabello rebelde de su hijo—. Lo siento, colega. Me entretuve en el trabajo, pero mira a quién traje a verte.

Levi no intenta soltarse mientras mira alrededor de su padre. Hasta que me ve.

—¡Miguel!

Toda su cara se ilumina, una sonrisa relampaguea en su rostro. Levi suelta a su padre y corre hacia mí, su pequeño cuerpo choca con el mío con la fuerza de un defensa.

—Hola, campeón—. Le pongo la mano en el hombro para tranquilizarle—. ¿Has practicado tus habilidades de placaje recientemente? —

—Tengo que practicar si quiero ser tan bueno como papá —se apresura a decir, pero antes de que pueda responder, sigue charlando—. ¿Dónde has estado? *Hace siglos* que no te vemos. Papá me dijo que te habías ido a casa a visitar a tu familia, pero yo le dije que era una tontería porque somos tu familia.

Sus palabras me desconciertan por un segundo. ¿Salí con Blake y sus chicos? Claro, pero había algo en su cara que no podía reconocer. Mi mirada se cruza con la de Blake, pero él se limita a sacudir la cabeza en silencio.

Levi me da un codazo.

—Entonces, ¿dónde estabas?

Me giro hacia él y me agacho para que estemos al mismo nivel.

—Estaba, de hecho, visitando a mi familia.

—¿Dónde está tu familia?

—Viven en un pueblito del sur. Se llama Bluebonnet Creek.

Sus cejitas se juntan.

—¿Como la flor?

Suelto una risita.

—Sí, como la flor. Siento no haber llamado más. Estaba un poco ocupado.

Sus bracitos me aferran con más fuerza.

—¿Pero ahora estás aquí? ¿No te vas a ninguna parte?

Tu vida está en Austin, y la mía aquí.

—¿Miguel? ¿Te quedas?

Ahí está otra vez. Esa mirada.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Levi es un buen chico, un chico feliz. Pero hoy parece preocupado. No sólo eso, hay una extraña mezcla de desesperación y ansiedad a su alrededor que yo no entiendo en absoluto.

Le pongo la mano encima de la cabeza y le alboroto el cabello.

—Sí, colega, me quedo aquí.

—Bien. —En su cara se dibuja una sonrisa brillante que me resulta mucho más familiar. Sus dedos rodean los míos y me empuja hacia la casa—. Ven, quiero enseñarte el nuevo juego de Lego que he construido con papá.

—Oye, amigo, ¿qué tal si le damos a Miguel un poco de espacio? —Blake pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—Está bien. No me importa ir con él.

—¡Sí! —Levi bombea el puño—. ¿Podemos, papi? ¿Podemos?

Blake deja escapar un largo suspiro.

—Bien, pero sólo un ratito. Luego nos sentaremos a comer, ¿vale?

Su mirada de advertencia se vuelve de su hijo a mí, diciéndome en silencio que no le extrañaba lo que estaba haciendo y que no podía posponer nuestra conversación para siempre. Pero aceptaría cualquier aplazamiento que pudiera.

—Bien —dice Levi—. Ven, Miguel. Hay un juego de Spider Man que papá me regaló hace poco, y es muy grande. Pero Daniel me dice que es una tontería.

—Desde luego que no es una tontería —le digo mientras me arrastra a la casa y me lleva por el pasillo hacia la sala de juegos—. ¡Eso es lo que le dije! Es que siempre está de mal humor.

Teniendo en cuenta que Daniel está a punto de cumplir quince años en un par de semanas, puedo entender que así sea. Yo también era gruñón cuando era adolescente. Siempre peleando con mi hermano y mi padre. La única persona que me entendía y podía calmarme era Rebecca.

Y ahí está de nuevo, colándose en mis pensamientos. Por mucho que lo intentara, no puedo borrarla de mi mente. Es como si la mujer estuviera grabada en cada fibra de mi ser, y ahora que se ha ido, no sé cómo seguir adelante con mi vida sin ella en ella.

—¡Mira! —Levi me tira de la mano, llamando mi atención. Desvío la mirada hacia el set de Lego y escucho pacientemente cómo Levi me explica todos los detalles del set y de la nueva película.

Un mechón de cabello le cae en la cara e, instintivamente, lo echo hacia atrás. Mi corazón se aprieta en el pecho al verle. A los cuatro años, Levi es demasiado listo para su propio bien. Es capaz de hablar de todo y de nada.

¿Habría sido el hijo de Becky y mío como Levi? ¿Tendríamos una niña o un niño? ¿Le interesaría los juegos de Lego? ¿Los deportes? ¿Las muñecas? ¿Nada de eso? Podría haber imaginado cientos de escenarios diferentes.

Un dolor que no sé cómo nombrar se extiende dentro de mi pecho, dificultándome la respiración.

—¡Daniel! —Blake grita fuerte—. Baja, por favor. Es hora de comer.

Se hace un silencio antes de que Daniel grite:

—No tengo hambre.

—Bueno, no me importa. La señora Maxwell hizo el almuerzo, así que será mejor que bajes ahora.

—Uh-oh.

Miro a Levi.

—¿Eso pasa a menudo?

—Sí —asiente Levi, juntando las manos.

Justo entonces, Blake aparece en la puerta.

—Levi, hora de lavarse las manos.

Levi se levanta de un salto y hace lo que Blake le dice, así que me enderezo y me paso la mano por la cara.

Blake me observa atentamente.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Vamos, vamos a la cocina. ¿Quieres cerveza?

Sacudo la cabeza. Tengo una norma estricta de no beber desde el momento en que empieza la pretemporada.

—¿Te importa si tomo una? Tengo la sensación de que podría necesitarlo.

—Es tu casa, amigo.

Justo cuando llegamos al pasillo, resuenan fuertes pisadas mientras Daniel baja corriendo las escaleras. Al igual que Levi, también lleva el cabello oscuro más largo. Incluso a través de una sudadera negra con capucha, puedo ver que sus hombros están caídos hacia adelante, una mirada sombría en su rostro, como si se estuviera preparando para una pelea. A todos los efectos, parece una versión más joven de Blake. Ambos chicos lo parecen.

—Te he dicho que no tengo hambre —murmura, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Y te dije que no me importa. Puedes comer ahora, o pasarás hambre hasta la cena, cuando puedas comer las sobras que hizo la señora Maxwell.

—Da igual —aprieta los dientes y marcha hacia la cocina.

Silbo suavemente.

—No bromeabas sobre necesitar esa cerveza.

Blake deja escapar un suspiro.

—Ojalá.

Podría apostarlo. No le envidiaba ni un poco.

—Hola, señora Maxwell. ¿Cómo le ha ido? —Saludo, al entrar en la cocina para encontrar a su ama de llaves revolviendo algo en la estufa.

Nos mira con cara de sorpresa.

—¡Miguel! Hacía tiempo que no te veíamos por aquí. —Luego se vuelve hacia Blake—. ¿Por qué no me dijiste que teníamos compañía?

—¿Porque estabas ocupada contándome lo que había pasado antes? —le recuerda, y no se me escapa el ceño fruncido que dirige a su hijo mayor.

La mujer se estremece visiblemente, su mirada se desvía hacia la forma desplomada de Daniel sentado en la mesa del comedor.

—Cierto. Pero, aun así, ¡deberías habérmelo dicho! Podría haber preparado más comida.

—Estoy seguro de que lo que hiciste fue más que suficiente.

—Tendrá que ser así. —Coge una toalla y se limpia las manos—. Miguel, he oído que has ido a visitar a tu familia.

—Lo hice, sí. Mi mejor amigo se casó este verano.

—Bueno, eso está bien. Por fin has sacado la cabeza del culo, llevas demasiado tiempo enfurruñado.

—No he estado enfurruñado.

—Oh, por favor. —Me lanza una mirada mordaz—. Como si no supiera lo que es enfurruñarse cuando lo veo. Sabes que crie a mis hijos, ¿verdad?

A sus cincuenta y tantos años, la señora Maxwell lleva trabajando para los Walker desde que

Daniel nació. Puede parecer una dulce abuela con su cabello plateado y sus gafas en lo alto de la nariz, pero te engañarías. En el fondo, es una mujer sin pelos en la lengua. Nadie en su sano juicio se atrevería a enfrentarse a ella. Creo que por eso Blake la quiere tanto. Con dos chicos en la casa, necesitan a alguien que los mantenga a raya. Dios sabe que Reina no es quien lo haría. La mujer de Blake suele estar demasiado ocupada yendo de compras y saliendo con sus amigas como para pasar mucho tiempo con sus hijos, en realidad, ningún tiempo con sus hijos.

Y en esa nota.

—¿Dónde está Reina? —pregunto, mirando alrededor de la habitación, pero no veo ninguna señal de su esposa.

Mis ojos se posan en Blake y noto que su espalda se ha puesto rígida al oír mis palabras. Cierra el refrigerador y se vuelve lentamente hacia mí, con una botella de cerveza en una mano y otra de agua para mí.

—¿No se lo has dicho? —pregunta la señora Maxwell, con el ceño fruncido.

La culpa relampaguea en el rostro de Blake, sus mejillas se calientan bajo la atenta mirada de la señora Maxwell, como si fuera un niño al que han pillado con las manos en la masa justo antes de cenar.

—¡Estaba ocupado!

—¿No me has dicho qué? —inquiero lentamente, cambiando mi atención entre los dos—. ¿Qué está pasando, Walker?

Blake me da el agua antes de beber un largo trago de su propia botella. Empiezo a hacer lo mismo cuando mi mejor amigo suelta:

—Reina me ha dejado.

El líquido frío se me atasca en la garganta y empiezo a ahogarme.

¿Reina le dejó?

Me doy unas palmaditas en el pecho y consigo respirar:

—¿Qué?

—No te sorprendas tanto. Yo no lo estuve. La verdad es que no.

—Ella te dejó, ¿y no te sorprendió? —Mi tono es más agudo de lo que pretendo. Miro hacia la mesa y veo cómo Daniel aprieta la mandíbula casi imperceptiblemente.

Supongo que eso lo explica todo.

Daniel está más enfurruñado que de costumbre. El aferramiento y la ansiedad de Levi.

Ahora todo tiene sentido.

La señora Maxwell suelta un fuerte gruñido antes de volver a centrar su atención en los fogones y el almuerzo.

Levi entra corriendo en la cocina sin aliento y decido dejar el tema. Por ahora, al menos. No quiero hablar de esto delante de los chicos.

Nos sentamos todos a comer, y Levi nos habla hasta por los codos mientras me cuenta todas las cosas que hicieron durante el verano, ignorando todo el tiempo el tema de su madre.

Una vez terminado el almuerzo, Blake hace que los dos chicos ayuden a la señora Maxwell con la limpieza antes de que puedan marcharse, y nos llevamos las bebidas al porche trasero.

—¿En serio? ¿No pensaste en mencionar que Reina se fue?

Blake me lanza una mirada mordaz.

—Lo dice el señor Cerrado y Melancólico.

—Esto es diferente.

—Sí, ¿cómo es eso?

—No es mi mujer —le digo.

—Pero querrías que lo fuera.

Sus palabras hacen que la imagen de Rebecca caminando por el pasillo vuelva a mi mente, sólo que esta vez camina hacia mí.

Mi mujer.

Su intensidad me deja sin aire en los pulmones. Tiene razón, y hasta este preciso momento, no me había dado cuenta de lo mucho que deseaba eso mismo.

Claro, era algo que de vez en cuando se me pasaba por la cabeza cuando empezábamos a salir. No tanto sobre cómo quería casarme con ella, sino que ella era mi persona. Luego se fue, y ahora… Ahora, tuvimos la oportunidad de estar juntos, sólo para separarnos de nuevo, pero no puedo dejar de pensar en ella. En ella. No puedo dejar de desearla.

Rebecca Williams es mía y quiero hacerlo oficial.

—Ni siquiera te molestes en negarlo. Se te nota en la cara. Esa mujer te tiene tan tenso, que sería divertido de ver si no estuvieras arruinando tu carrera por ello. ¿Por qué no vuelves y le pides perdón por lo que hayas hecho?

—¿Por qué crees que fui yo quien hizo algo?

Deja escapar un suspiro y se pasa la mano por la cara.

—Confía en mí, novato. Siempre es algo que hicimos nosotros. De una forma u otra, siempre tenemos la culpa.

Por cómo lo dice, sé que no se refiere sólo a Rebecca y a mí.

—¿Qué pasó con Reina? —pregunto, cambiando de tema.

Levanta los hombros.

—Ella se fue. Hizo las maletas, y cuando llegué a casa del gimnasio, encontré una nota en el refrigerador y todas sus cosas habían desaparecido.

—¿Así de fácil?

—Como si nada. Ella se fue, y los chicos estaban aquí. No es que me sorprenda. Era sólo cuestión de tiempo, supongo. Ella no era feliz, y lo hizo alto y claro en cada oportunidad que tuvo.

Sólo conocía a Blake desde hacía poco más de un año, y a Reina aún menos, pero había oído las historias. Salían juntos en la universidad y Reina se quedó embarazada en su primer año. Decidieron casarse y quedarse con el bebé, así que ella dejó los estudios para cuidar de su hijo, lo que cambió rápidamente cuando Blake fue fichado por la NFL nada más salir de la universidad.

No sé cómo eran las cosas entre ellos antes, pero desde que me uní al equipo, sólo he visto a Reina en un puñado de ocasiones, sobre todo cuando iba a su casa, y era… desagradable, por no decir otra cosa.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Al principio del verano, poco después de que te fueras, en realidad.

¿Después de irme?

—¡Pero eso fue hace semanas! ¿Por qué no dijiste nada?

Walker se encoge de hombros.

—¿Qué sentido tenía? Se había ido y no había forma de recuperarla. No es que yo quisiera, la verdad. Puede que Reina y yo estuviéramos casados sobre el papel, pero no fuimos pareja durante años. Lo único que me molesta es cómo manejó toda la situación con los chicos. Daniel me culpa por lo que pasó. Ha sido una pesadilla tratar con él, intentando constantemente sobrepasar mis límites. Y Levi… —Deja escapar otro suspiro—. Ha estado extremadamente ansioso cada vez que me voy. La señora Maxwell me dice que mira constantemente por la ventana cuando me voy. Es como si tuviera miedo de que no aparezca.

—Eso es jodido a muchos niveles.

Da un trago a su cerveza y una expresión sombría cruza su rostro.

—Cuando se fue, no sólo me dejó a mí. Los dejó a ellos. Y eso es algo que nunca podré perdonarle.

—¿Ha intentado contactar con ellos?

Blake sacude la cabeza.

—Ni una palabra de ella. ¿Cómo de jodido es que ni siquiera me sorprenda? Apenas hablaba con ellos incluso antes, ¿pero simplemente levantarse e irse?

Tenía razón, era un desastre. Los chicos no habían hecho nada para merecer algo así, y yo no podía ni imaginarme lo que debía de sentir al ser abandonados de repente por su madre de esa manera. Por muy lamentable excusa de madre que fuera antes, al menos estaba presente.

—Lo siento mucho, Walker.

—Yo no. —Termina la cerveza, sus dedos envuelven la lata y la aprietan con fuerza. —Siento no haber hecho algo antes con toda esta situación. Siento que mis hijos estén sufriendo la pérdida de su madre. Pero, sinceramente, era inevitable. Reina y yo nunca estuvimos destinados a estar juntos. Lo intenté. Realmente lo hice. Y al principio, funcionaba, pero estos últimos años…

Sus ojos se desvían hacia delante, una expresión distante se dibuja en su rostro.

—¿Qué vas a hacer ahora? La temporada está a la vuelta de la esquina.

—La señora Maxwell accedió a mudarse y quedarse con los chicos mientras yo no esté, pero ya tomé mi decisión.

—Te retiras.

Podía verlo en su cara, la resolución. No importaba lo que dijera, no cambiaría de opinión.

Asiente.

—Ya es hora. Mis hijos me necesitan y pienso hacer lo correcto por ellos. —Su mirada se encuentra con la mía—. ¿*Tú* qué vas a hacer?

—No hay nada que pueda hacer.

—¿Es así? ¿O es que tienes miedo de hacer lo que sabes que hay que hacer?

—Quería hacerlo, maldita sea. Quería pedirle que viniera aquí conmigo. Pero no me dejó. Su madre está enferma y… —Sacudo la cabeza—. Ni siquiera importa.

—Está claro que importa porque eres un desastre. —Entrecierro los ojos, pero él me devuelve la mirada—. Ni siquiera intentes negarlo. A mí no, Fernandez. La verdadera pregunta es, ¿vas a rendirte o vas a encontrar una forma alternativa de conseguir lo que quieres? Créeme, te arrepentirás si dejas que tu orgullo herido se interponga en tu camino para conseguir a la mujer que quieres, y por lo que he deducido, vale la pena quedarse con esta.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Rebecca

—Estoy en casa —saludo al entrar en el vestíbulo.

Me aseguro de que la puerta está cerrada tras de mí y camino por el pasillo hasta llegar al salón, donde veo a mamá sentada en el sofá.

—Hola, Becky.

Me doy la vuelta y veo a Linda en la puerta de la cocina.

—¿Qué tal el día?

—Bien. —Inclino la cabeza hacia un lado—. ¿Cómo está mi madre?

Linda me dedica una sonrisa suave, casi de disculpa.

—Lo mismo. Todavía no ha comido y, cuando intenté que se duchara, empezó a agitarse, así que pensé en dejarla tranquila.

—Mierda. —Me paso la mano por el cabello, echándolo hacia atrás mientras intento dominar mi propia frustración—. Gracias por intentarlo, Linda.

—Por supuesto. Si ya no me necesitas, me iré.

—Claro. Nos vemos mañana.

Linda recoge sus cosas mientras yo voy a la cocina y encuentro un plato de comida preparado en el refrigerador. Al sacarlo, tomo uno para mí también antes de dirigirme al sala.

—Hola —saludo mientras me siento a su lado en el sofá—. Linda me dijo que estuviste aquí todo el día. ¿Había algo interesante en la tele?

El silencio se prolonga unos instantes mientras dejo un plato sobre la mesita.

—¿Qué tal si cenamos juntas? Linda ha hecho unos macarrones con queso caseros deliciosos. —Levanto el plato para que pueda verlo, pero su mirada no vacila.

Maldita sea.

—Mamá, tienes que comer algo.

Me inclino y pongo la mano en la rodilla de mamá, apretándola suavemente. Su rostro está inexpresivo mientras mira fijamente la televisión. Físicamente, puede que esté en la habitación, pero mentalmente, no está aquí. Cuanto más la miro, más presión siento en el pecho.

Ha estado total y absolutamente ausente los últimos días, y se ha notado. Tiene la cara ceniza y la piel seca. Su cabello plateado es un desastre grasiento que cae sobre sus hombros. Se está marchitando ante nuestros ojos y no podemos hacer nada para evitarlo. Se niega a ducharse, a comer y apenas conseguimos que beba un poco de té.

—Mamá —lo intento de nuevo, pero me aparta la mano de un manotazo.

Instintivamente, me lo llevo al pecho, el escozor de su golpe me quema la piel.

—No voy a comer hasta que Jackson llegue a casa.

Respiro hondo, intentando calmarme. Pelear con ella no ayudará a apaciguar la situación.

—Recuerdas que Jackson dijo que volvería a casa tarde. No querría que te quedaras…

—¡No me aplaques, Gigi! —Mamá me fulmina con la mirada—. ¡Sé lo que intentas hacer! No soy estúpida. Y te lo digo ahora mismo, no funcionará.

—No he dicho que seas…

—¡Lo hiciste! ¿Por qué siempre eres así? Jackson me dijo que vendría, así *que* vendrá. Mi *esposo* me quiere. No me dejaría colgada. No es como uno de esos perdedores con los que sueles salir. —Sus labios se separan como si algo se le acabara de ocurrir—. ¿Es eso? ¿Estás celosa? ¿Intentas sabotear mi matrimonio?

Abro la boca para protestar, pero ella es más rápida.

—Lo estás. —Me señala con el dedo. Está tan delgada que puedo ver los huesos asomando bajo su piel—. Siempre me dices que no viene, pero viene. Sé que viene.

—No es eso. —Sacudo la cabeza—. Te lo dije antes. Jackson llamó y dijo que trabaja hasta tarde.

—¡Mentirosa! Él no haría eso. Siempre llega a casa para cenar.

Demasiado para calmarla.

—Lo sé, pero esta vez…

—¡Estás mintiendo! ¿Por qué estás siendo tan hiriente, Gigi? ¿Estás celosa de que esté esperando a mi esposo para que podamos tener una cita para cenar cuando tu novio te dejó?

Cada palabra suya es como un puñetazo en las tripas. Racionalmente, sé que no es consciente de lo que dice y que probablemente no lo dice con esa intención. Sólo está enfadada y frustrada, pero eso no hace que sus palabras duelan menos.

—¿Por qué te dejó esta vez? Siempre pasa algo contigo. Quizá si te hubieras esforzado más, se habría quedado. ¿Alguna vez pensaste en eso?

—YO-YO…

Trago saliva, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Qué está pasando aquí?

Mamá mira por encima de mi hombro, una sonrisa radiante aparece en sus labios.

—¡Jackson!

Corre hacia mi hermano y le echa los brazos al cuello. Chase se pone rígido ante el repentino contacto y gira la cabeza hacia un lado.

—Sabía que vendrías. Gigi intentó convencerme de que no vendrías, pero yo sabía que no me decepcionarías. —Se vuelve hacia mí, con una sonrisa de suficiencia en la cara—. ¿No te lo dije, Gigi? Jackson me quiere. Nunca faltaría a su promesa. Nunca me dejaría.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando la mirada de mi hermano se cruza con la mía.

No, papá nunca la habría dejado. No si hubiera tenido elección, claro. Pero no la tuvo. Y ella no lo recuerda.

No recuerda nada de eso.

Me doy la vuelta, empujo la puerta trasera y salgo pitando. Me muerdo el interior de la mejilla, intentando que no se me salten las lágrimas.

Odio esto.

Odio esto.

Pero no puedo hacer nada al respecto.

No puedo gritar ni hacer nada. Ella no lo entendería, y sólo conseguiría agitarla aún más de lo que ya está, lo que sólo causaría más problemas.

¿Cuánto tiempo?

¿Cuánto tiempo podríamos seguir así?

Me paso la mano por la mejilla, saco el móvil del bolsillo trasero y lo desbloqueo. Mis dedos están listos para escribir el mensaje cuando el nombre en la parte superior del hilo llama mi atención.

Miguel.

Pero Miguel se ha ido.

Se fue y no va a volver.

No estamos juntos.

No puedo enviarle un mensaje y contarle lo que acababa de pasar. No puedo decirle cuánto me duelen las palabras de mamá, aunque sé que no van dirigidas a mí. Que verla actuar así me

rompe el corazón y que no estoy segura de que me quede nada de él cuando acabe todo esto.

No puedo llegar a la única persona que quiero, la única que me comprende.

No después de que fui yo quien le apartó. No después de pedirle que se fuera sin despedirse.

Aprieto el teléfono con más fuerza y miro fijamente la pantalla, las palabras cada vez más borrosas.

—¿Cuándo piensas llamarle?

Parpadeando, echo la cabeza hacia atrás al oír la voz grave y descubro que mi hermano me está mirando. Chase se acerca y Sombra le pisa los talones.

Cierro el teléfono y lo pongo boca abajo.

—No sé de qué me estás hablando—. Miro por encima del hombro—. ¿Dónde está mamá?

—La metí en la cama —Chase se sienta a mi lado, dejando escapar un suave gemido, y Sombra se acomoda a sus pies—. Estaba muy enfadada por todo el asunto.

—Estaba enfadada conmigo, querrás decir —corrijo.

—Está enfadada porque está confundida y echa de menos a papá. No quiso decir lo que dijo.

—Lo sé —susurro suavemente, concentrándome en el sol poniente.

Durante un rato, nos sentamos en silencio, el canto del grillo es lo único que llena la quietud. Los acontecimientos de las últimas semanas se repiten en mi cabeza mientras me concentro en ese sonido constante hasta que los latidos de mi corazón se estabilizan.

Finalmente, dirijo mi atención a Chase. El lado bueno de su cara está más cerca de mí, lo que le hace parecer casi normal. Casi. Si tan solo no tuviera ojeras y los demonios bailando en sus iris.

—Está empeorando.

Incidentes como el de hoy son más comunes que no en estos días, pero no son la peor parte. Lo peor es que, hiciéramos lo que hiciéramos, no podemos llegar hasta ella y satisfacer sus necesidades básicas. No hay nada que podamos hacer para ayudarla. Ni medicación, ni terapia, nada.

—Tenemos que hacerlo, Becky.

Cierro los ojos y aprieto los labios, con los dedos enroscados en mi regazo. Mi reacción inicial es rebelarme ante la idea, pero en el fondo sé que tiene razón. No podemos seguir así mucho más tiempo. Linda es increíble, pero mamá necesita cuidados las veinticuatro horas del día. Necesita gente que la entienda como nosotros no podemos.

Chase me empuja suavemente el pie con el suyo.

—Podría hacerse daño a sí misma o a alguien más.

—Lo sé. —Inclino la cabeza hacia atrás, parpadeando las lágrimas de mis ojos—. Pero es duro. Siento que la estoy traicionando.

—No la estás traicionando. Ella no querría esto, lo sabes.

Enjugándome las mejillas, veo que Chase me mira.

—No querría que la vieras así, y se odiaría por las palabras que te dijo. Pero, sobre todo, querría que fueras feliz.

—Ya lo sé.

—¿Y tú? —La nota áspera en la voz de mi hermano me hace volver mi atención hacia él—. ¿Por qué sigues aquí, Rebecca?

Me acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No sé a qué te refieres.

—Mentira.

—¿En serio? ¿Ahora decides ser charlatán? —Me pongo en pie y me limpio las piernas con

las palmas sudorosas. Necesito poner distancia entre nosotros.

—Es mi venganza por hacerme hacer tus recados imaginarios como un tonto.

Me giro hacia él para que pueda leerme los labios con facilidad. —No sé de qué estás hablando.

Chase cruza los brazos sobre el pecho y me lanza su mirada más severa. Cambio el peso de un pie a otro y agarro la barandilla de madera con las palmas de las manos.

—¿Por qué sigues aquí?

¿De verdad?

—Oh, no lo sé, Chase —murmuro sarcásticamente. Ya estaba harta de que todo el mundo metiera las narices en mis asuntos—. ¿Tal vez porque tengo una vida aquí? ¿Un trabajo? ¿Una madre que necesita cuidados las veinticuatro horas del día? ¿Dos hermanos por los que me preocupo constantemente porque uno casi se ha encerrado en casa y el otro nunca toma el teléfono y sólo me envía mensajes de texto lo bastante a menudo como para que no envíe una orden de búsqueda contra él? Tú eliges.

Chase se queda callado un momento, y por fin creo que va a dejarlo pasar cuando habla:

—Ella solía escribirme cartas.

¿Cartas? ¿Qué tiene eso que ver?

—¿Quién? ¿Mamá?

Una mirada sombría aparece en el rostro de mi hermano. Chase asiente, su mano cae sobre la cabeza de Sombra como si buscara el consuelo que solo este perro podría darle. Sombra le lame la mano y Chase parpadea, volviendo al presente. Se aclara la garganta.

—Cuando estaba de misión, me enviaba cartas en las que hablaba de ti y de Matthew, y de gente que conocía de casa. Sobre todo, cosas al azar, actualizaciones e historias divertidas. Entonces, un día, abrí la carta, y era sobre ti y Miguel.

—¿Escribió sobre nosotros?

Sabía que hablaba con Chase. Todos lo hacíamos cada vez que él tenía la oportunidad de hacernos una videollamada desde donde estuviera destinado en ese momento, pero no sabía que ella también le escribía cartas.

Chase asiente.

—Me dijo que por fin habían sacado la cabeza del culo y admitido lo que ella y todos a su alrededor sabían desde el principio, y es que son el uno para el otro. Y viendo cómo se han mirado estas últimas semanas, sé exactamente lo que quería decir.

¿Chase también? Como en serio, tanto para mantener un perfil bajo.

—Incluso si quitamos todo lo demás, vivimos en dos ciudades diferentes, Chase.

—No es como si viviera al otro lado del país. —Chase me lanza una mirada mordaz—. ¿Cuántas excusas vas a encontrar para no tener que arriesgarte, Rebecca? No te tomé por una cobarde.

—Lo dice el hombre que lleva escondido en este rancho desde que llegó a casa —le replico, no dispuesto a andarme con rodeos. Le tiembla un músculo de la mandíbula—. Sabes que tengo razón.

—No estamos hablando de mí.

—Por supuesto, te quedarías callado y pensativo cuando se cambian las tornas.

Es la vez que más me hablaba desde que volvió a casa, pero en cuanto le planteo sus recelos, se cierra más que Fort Knox.

Chase se levanta, así que me apresuro a terminar antes de que pueda cortarme por completo.

—No puedes sermonearme sobre encontrar la felicidad cuando estás enfurruñado y

escondiéndote aquí para siempre.

—No estoy enfurruñado.

—Por supuesto que no. —*Hombre exasperante*—. ¿Chase?

Se detiene en la puerta y me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Llama a ese médico amigo tuyo para que veamos cómo hacer los arreglos para mamá.

Decir estas palabras en voz alta me deja un sabor amargo en la lengua, pero no se trata de mí. Se trata de asegurarse de que mamá reciba la mejor atención posible. Mi culpa no tiene lugar aquí.

Con una inclinación de cabeza, él y Sombra desaparecen dentro de la casa.

Dejo escapar un largo suspiro, vuelvo al columpio y me dejo caer en los mullidos cojines, necesito un poco de paz y tranquilidad después de todo lo que ha pasado hoy.

Pero la tranquilidad no dura mucho porque mi teléfono suena con un mensaje de texto.

Suspirando, lo recojo y desbloqueo el teléfono.

Doy dos vueltas de campana y el corazón se me acelera en el pecho al leer las tres palabras escritas en la pantalla.

MIGUEL:

Te echo de menos.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Miguel

—¿Sí? —Jadeo mientras contesto al teléfono, mis pies siguen golpeando a un ritmo constante contra la cinta de correr.

Ahora que ha vuelto la temporada, he pasado cada vez más tiempo en las instalaciones del equipo. Había sesiones de entrenamiento, visionado de cintas y preparación de partidos, entrenamientos y citas con el médico, además de que me daban de comer. Además, no tenía otro sitio adónde ir.

No contestó a mi mensaje.

Después de mi conversación con Walker, no podía sacarme sus palabras de la cabeza. Se repetían hasta que finalmente cedí y le envié un mensaje.

Sólo que nunca me contestó.

Fue muy clara al decir que no quería tener nada que ver contigo una vez que te hubieras ido.

—¿En serio, Fernandez? —me pregunta Emmett, la irritación clara en su tono—. ¿Te vas sin despedirte de una puta vez?

—Tenía un poco de prisa.

—¿En un apuro por huir de Bluebonnet, quieres decir?

—Tenía prisa por volver a Austin para poder estar aquí en el campamento de verano, gilipollas.

La vocecita de mi cabeza se burla de mí, pero la hago retroceder.

—Aun así, ¿ni siquiera pudiste pararte a despedirte?

Prométemelo, la voz de Rebecca resuena en mi mente, la imagen de ella en mis brazos aquella última noche grabada en mi mente. *Sin despedidas.*

—No. —Mi voz sale áspera, así que me aclaro la garganta—. Ya llegaba tarde. Me despisté completamente con las fechas, y no llegar al campamento no es una opción.

—Mhmm… ¿Así que esto es sólo sobre el campamento de verano?

Me pellizco el puente de la nariz.

—Sí, Santiago. Sinceramente, ¿no tienes nada mejor que hacer que molestarme con esto? Tengo trabajo que hacer.

—No te pongas así, Fernandez. Sólo estaba preocupado por ti. Vale, y un poco cabreado.

—Sí, bueno, puedes hablarlo con mi entrenador.

Algo golpea con fuerza en el fondo.

—¿Cómo ha ido el campamento?

Mierda.

No es que pueda admitirlo.

—Ha estado bien. Sigo en el equipo.

Aunque apenas, y el entrenador fue bastante claro al respecto. O me sacaba la cabeza del culo y me centraba en el fútbol, o me echaban. Así que hice todo lo posible por alejar de mi mente los pensamientos de cierta pelirroja y centrarme en lo que tenía delante.

—No pareces muy contento —señala Emmett.

—Estoy feliz por ello. Sólo estoy cansado.

—Dímelo a mí —tararea Emmett antes de cambiar repentinamente de tema—. Pasé por casa de Rebecca. Está hecha una mierda.

La mención de Rebecca me hace perder el equilibrio. Doy un traspié y me caigo de bruces si no me agarro al asidero que tengo al lado para estabilizarme.

—¿Fernandez? —Emmett pregunta, y estoy seguro de que puedo oír una sonrisa en su voz.

—No sé qué tiene que ver conmigo.

—Oh, por favor, no pensarías realmente que tu pequeña cita se mantendría en secreto, ¿verdad? No llevas tanto tiempo fuera de Bluebonnet para ser tan ingenuo. Quiero decir, no sólo Kate te pilló in fraganti, sino que he oído de diferentes fuentes lo de tu pequeña cita en la feria.

—Estás delirando.

—Mhmm… por eso casi te caes de culo ahora mismo con solo mencionarla.

Aprieto los labios, negándome a morder el anzuelo, pero Emmett no parece entenderlo.

—Tuvo que trasladar a su madre a la residencia asistida.

¿Residencia asistida?

Mi corazón empieza a latir desbocado dentro de mi pecho mientras intento procesar sus palabras.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Emmett suspira.

—Hace poco. Ha ido empeorando hasta el punto de que ni siquiera contar con la ayuda de Linda sirvió de mucho.

—Joder, eso es…

Me paso la mano por el cabello, sin saber qué decir.

Parecía estar bien el día que la vi, casi… normal.

—Lo sé. Becky está devastada. Se presionó tanto para mantener unida a su familia. Para que ella esté de acuerdo con esto…

Tenía que ser malo.

¿Pasó algo? ¿Estaba bien la señora Williams? ¿Tuvo algún tipo de accidente? ¿Se escapó como lo hizo ese día?

Aún recuerdo la expresión de absoluta devastación en su rostro aquella noche en el porche de su casa. Las lágrimas. Esas malditas lágrimas que fueron mi perdición.

¿Está llorando ahora? ¿Quién la abraza y la consuela ahora que me he ido?

Sólo de pensarlo aprieto los dientes.

Dijera lo que dijera, intentaría volverlo en mi contra, así que mi plan era simplemente ignorarlo y cambiar de tema.

—¿Cómo está Kate?

Afortunadamente, eso funciona.

—Ella está bien. Se siente un poco mejor ahora que está en el segundo trimestre. El médico nos dijo que deberíamos poder saber el sexo del bebé en nuestra próxima cita.

—Eso está bien. ¿Tienes alguna preferencia?

—Kate insiste en que sólo quiere que el bebé sea sano, pero yo quiero una niña.

No necesito verle para saber lo emocionado que está. Puedo oírlo en su voz tan claro como el agua. Emmett esta extasiado con la idea de ser padre, de ser esposo.

—Quieres ser papá de niña —susurro en voz baja, mi mente volviendo a mi conversación con Rebecca.

Porque siempre vuelve a Rebecca.

¿Habría sido papá de niña o papá de niño? ¿Habría sido pelirrojo o castaño, lacio o rizado? ¿Habría tenido sus ojos color avellana o mis ojos marrones?

¿Cómo habría sido?

Hay tantos y si… pero al final, nada de eso importa. Ese bebé se ha ido, y nada lo traerá de vuelta. Somos las personas que somos gracias a él. Solo hay una realidad, y es esta.

—¿Te lo imaginas? —Emmett se ríe, sacándome de mis pensamientos.

—En realidad, sí. —Levanto la mano y me froto la parte central del torso, donde noto la presión que se acumula en el pecho.

Decido dejarlo y apago la cinta, adaptando mi ritmo a medida que la máquina se ralentiza hasta detenerse por completo.

—¿Pero puedes? ¿Seguro que estás preparado para eso? —pregunto, sin poder evitar burlarme de él, aunque me lo imagino.

Emmett tenía un don con las mujeres. Puede que no tuviera una hermana de sangre, pero en el fondo de su corazón, Rebecca y Penélope lo eran.

—Nací listo. Kate quiere hacer una fiesta de revelación del sexo para la familia y algunos amigos. Deberías venir.

Sin despedidas.

—No lo sé. Probablemente estaré ocupado ahora que empieza la temporada. Ahora prácticamente vivo en las instalaciones de los *Lonestars*.

—Eso es mentira, y lo sabes. Estás a un par de horas, y eso si hay tráfico.

Tal vez, pero ella me pidió que me fuera.

—Ya no eres aquel chico que se fue a la universidad —continúa Emmett cuando no digo nada—. Ahora las cosas son diferentes.

—Tal vez.

Pero no pude hacerla cambiar de opinión. Lo intenté. Intenté pedirle que nos diera una oportunidad. Intenté tenderle la mano. Intenté que funcionara.

Ella tenía muy claro que no quería eso.

—¿Cómo está? —le pregunto a Mónica, la jefa de enfermeras, al entrar en el vestíbulo de *la residencia donde está mi mamá*. El médico de Chase nos recomendó mucho este centro de vida asistida y, cuando nos informamos, descubrimos que acababan de abrir una vacante.

La mujer mayor me sonríe.

—Hoy es un buen día. Está tejiendo en el jardín. ¿Quieres que te lleve?

—Suena increíble. —Mónica sonríe alegremente y se acerca al mostrador mientras saco una caja de la bolsa que llevo—. Esto es para ustedes.

—Muchas gracias. Realmente lo apreciamos.

—No es molestia. ¿Te importa si le llevo este a mamá?

—Para nada. Vamos. —Me hace señas para que la siga, así que lo hago.

El centro de vida asistida parece más un hogar que un hospital, que es el punto más atractivo. Todo está decorado con colores cálidos y relajantes, y en la primera planta hay docenas de salas de actividades gestionadas por el personal y pequeños rincones donde los pacientes puede pasar el rato.

Mónica saluda con la cabeza a otra enfermera por la que pasamos mientras empuja la puerta que da al jardín trasero. En cuanto salgo, veo a mamá. Está sentada en un banco bajo un gran árbol, con una manta sobre el regazo.

Le doy las gracias a Mónica antes de dirigirme hacia ella.

—Hola, mamá —susurro suavemente mientras me acerco, insegura de cómo va a reaccionar.

Mamá se vuelve hacia mí, con una sonrisa relampagueando en su cara.

—¡Rebecca! ¿Qué haces aquí?

El corazón me martillea en el pecho, ese dolor familiar me llena los pulmones. Ha pasado tiempo desde la última vez que estuvo lúcida. Desde aquel día en que Miguel se quedó a dormir en nuestra casa, hace ya semanas. Y a estas alturas, ni siquiera me permitía preguntarme cuándo volvería a ser ella misma. Acepté que se había ido.

Creo que esta fue la enfermedad más cruel de todas.

Tener a tu ser querido cerca, pero al mismo tiempo, no tenerlo en absoluto.

Parte de ese peso que ha estado sentado en mi pecho se desprende, facilitando la respiración. Me deslizo en el asiento junto a ella y levanto la bolsa que he estado sosteniendo.

—He venido de visita y traigo cosas ricas. He estado trabajando en unos pastelitos para el otoño. ¿Quieres probar?

—Ya lo sabes. —Guarda su material de punto y toma la caja, abriéndola—. Se ven deliciosos.

—La galleta es de chocolate solo, pero la crema la hice con especias y canela.

Mamá da un pequeño mordisco y asiente.

—Saben muy bien. ¿Cómo van las cosas en casa?

—Bien. Chase sigue yendo a PT, e incluso Matthew llamó el otro día. Ha vuelto a la universidad. Estoy tratando de convencerlo de que traiga su trasero a casa para Acción de Gracias, pero ya veremos si eso sucede.

—¿Vendrá Miguel para Acción de Gracias?

Parpadeo, inseguro de adónde quiere llegar.

—¿Miguel?

—Sí, Miguel. —Me lanza una mirada mordaz—. Estuvo aquí… —Sus cejas se juntan

mientras intenta ubicar el momento y cuándo sucedió, pero no pudo hacerlo—. Hace un rato, ¿no?

Dejo escapar un suspiro nervioso. Nunca sabía cómo reaccionaría. En la mayoría de los casos como éste, empezaba a perderse si estaba muy concentrada en cosas que no podía recordar. Era como si su cerebro la empujara de vuelta al capullo de información que conocía.

—Sí, estuvo en Bluebonnet para la boda de Kate y Emmett hace unas semanas, pero se marchó —le recuerdo suavemente—. Ahora está en Austin, jugando fútbol con los *Lonestars*.

Porque le dijiste que se fuera, susurra esa vocecita molesta. *Él quería quedarse.*

Pero no podía dejar que se quedara. No podía dejar que renunciara a su sueño por mi culpa. Con el tiempo, llegaría a odiarme. Era mejor así. Podía vivir sus sueños sin que yo y mis problemas se interpusieran en su camino.

Mamá sacude la cabeza.

—Ese chico, siempre amó más el juego.

¿Ves? Hasta mamá lo recuerda. Si ella puede recordarlo a pesar de su Alzheimer, significa que hice lo correcto.

Entonces, ¿por qué siento ganas de vomitar cada vez que él aparece en mi mente?

Y ocurre a menudo.

Ocurre algo que me gustaría compartir con él, o intento hacer un postre nuevo, y quiero que lo pruebe, pero entonces la realidad me golpea.

Se ha ido.

Hiciste que se alejara.

—Lo hace —susurro distraídamente.

—Él también te quiere, lo sabes, ¿verdad?

¿No digas qué, Rebecca? ¿Qué me estoy enamorando de ti otra vez? ¿Que he estado enamorado de ti desde que tengo memoria? ¿Que no puedo imaginar mi vida sin ti?

—Lo hago, pero a veces el amor no es suficiente.

—El amor *siempre* es suficiente. Pero eso no significa que sea fácil. O que no requiera ningún esfuerzo. —Me mira de reojo—. Por ambas partes. Y los he visto desde que eran niños. Amas a ese hombre, Rebecca. Lo has amado toda tu vida. No sé qué pasó entre ustedes, pero veo que estás dolida. No me gustaría que un día te despertaras y te dieras cuenta de que has perdido todo este tiempo, ¿y para qué? —Me pone la mano en la rodilla y me la aprieta suavemente—. No malgastes el tiempo que tienes con la persona que amas por encima de todo en tonterías, pequeña. Sé lo que te digo.

Se me hace un nudo en la garganta y se me seca la boca.

Mira hacia la fuente, su expresión se vuelve distante.

—El hombre que amaba me fue arrebatado demasiado pronto, y no hay día en que no desee que hubiéramos tenido más tiempo. No ha habido un día desde que se ha ido en el que no haya deseado tener un minuto más con él, diablos, un segundo más en el que me tenga cerca.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Lo sé, mamá.

Esa fue la única gracia salvadora en nuestra situación que pude encontrar. Al menos, mamá pudo estar en un lugar feliz. Antes de que papá muriera. Cuando eran felices y estaban enamorados. Ella olvidó el accidente y todo lo malo que vino después, pero lo tenía a él. Tenía sus recuerdos y el amor que compartían.

Mamá me pasa los dedos por el pelo como solía hacer cuando era pequeña.

—No pierdas el tiempo en cosas que no importan, que, como pronto aprenderás, son muchas,

y limítate a quererle. Aprovecha cada momento que paséis juntos como si fuera el último. No te contengas, Rebecca. No dejes que el miedo a perder a las personas que amas te impida vivir tu vida plenamente. Sé que todo lo que ha pasado con tu padre y conmigo te ha hecho cerrarte y proteger tu corazón con más fiereza, pero está bien dejar entrar a la gente. Está bien dejar que la gente te quiera porque eres adorable.

—Yo también te quiero, mamá. Te he echado de menos.

—Yo también te quiero, nena.

Nos quedamos así, mi cabeza sobre su hombro, su mano acariciando suavemente mi pelo mientras estamos sentados en el jardín mirando la fuente, durante no sé ni cuánto tiempo.

Después de un rato, me seco las mejillas y me levanto, sólo para ver la confusión en la cara de mamá.

Una vez más, se ha ido.

—Gigi, ¿estás bien? ¿Por qué lloras?

Esbozo una sonrisa tranquilizadora y vuelvo a mi papel.

—Estoy bien. ¿Qué tal si te llevamos dentro? Se está haciendo tarde.

Mamá asiente.

—Sí, me siento cansada.

Deslizo mi mano por debajo de su delgado brazo, la ayudo a ponerse en pie y a entrar en la casa.

—¿Dónde está Jackson? ¿Cuándo llegará?

—Está trabajando hasta tarde. Estará en casa pronto. Dijo que no deberías esperarle.

—Ese hombre. —Ella sacude la cabeza—. Siempre trabajando demasiado.

Después de ayudarla a entrar en la habitación y despedirme de las enfermeras, vuelvo al carro y conduzco hasta Bluebonnet. El centro está situado a una hora de nuestra pequeña ciudad, justo en el punto intermedio entre Bluebonnet y Austin.

Austin, donde Miguel vive ahora.

Y aquí estoy yo, pensando en él otra vez.

No dejes que el miedo a perder a tus seres queridos te impida vivir plenamente tu vida.

Mis dedos se enroscan alrededor del volante.

¿Tenía razón mamá? ¿Tenían razón todos? ¿Dejé que el miedo a perder a las personas que me importan me impidiera vivir plenamente? ¿De amarlas plenamente?

Después del bachillerato, mamá empezó a empeorar, y luego todos se fueron. Y aunque claro, me mantuve en contacto con Emmett y Kate, a veces pasábamos semanas sin hablar. Luego estaba Miguel. Hicimos todo lo posible por mantenernos en contacto. Pero estaba muy lejos, jugando al fútbol y yendo a fiestas mientras yo estaba en casa. Y entonces apareció *ella*. A esas alturas ya me sentía insegura, y ver a esa chica en su habitación sólo me alteró más, así que me alejé. Rompí con él antes de que se diera cuenta de que yo no valía la pena y que podía tener a la chica que quisiera. Antes de que pudiera romper conmigo. Antes de que pudiera hacerme daño. Antes de que pudiera *dejarme*.

Como mi padre se fue.

Como Chase se fue.

Como mamá se fue.

Así que primero aparté a Miguel.

No sé cómo me las arreglé para volver a Bluebonnet de una pieza, pero lo hice. Sólo que, en lugar de volver a casa, fui a la cafetería. Jessica me está cubriendo, pero tiene una clase a la que llegar, así que necesito estar en la cafetería.

Mi cerebro aún está procesando todo mientras trabajo. Por suerte, la cafetería es relativamente tranquila, lo que va muy bien con mi estado de ánimo.

Me preparo lentamente para cerrar cuando suena el timbre y Nico entra todavía con su uniforme de policía.

—Hola, forastero. —Me dedica una sonrisa mientras se acerca al mostrador.

—Oye, ¿acabas de trabajar?

Nico niega con la cabeza.

—Ya me gustaría. Estoy a punto de entrar en el turno de noche, así que he venido a repostar antes.

Agarro un vaso para llevar, la pongo debajo de la cafetera y la pongo en marcha.

—No podemos tener a nuestros agentes del orden sin café toda la noche.

Nico se ríe entre dientes:

—Desde luego que no. Entonces, ¿qué pasa contigo? No nos hemos visto desde la fiesta en casa de Santiago.

—¿No es así?

Sabía que no podía venir a la boda porque tenía que trabajar al día siguiente, pero debió de venir a la tienda.

—No. Jessica suele estar aquí cuando vengo. Si no te conociera mejor, pensaría que me estás evitando.

—No, claro que no. He estado muy ocupada con todo y mamá ha empeorado. Decidimos ingresarla en una residencia asistida, así que necesitaba poner en orden todo el papeleo y empaquetar sus cosas.

La cafetera emite un pitido, así que recojo su taza y la tapo antes de dejarla sobre la encimera.

Nico pone su mano sobre la mía, dándome un suave apretón. —Lo siento mucho, Becky.

—A mí también. Aunque hoy ha sido un buen día, así que he podido charlar un poco con ella.

No te contengas, Rebecca. No dejes que el miedo a perder a las personas que amas te impida vivir tu vida plenamente.

—Oye… —Nico levanta su mano, ahuecando mi cara—. ¿Estás bien?

Su pulgar roza mi mejilla mientras sus ojos preocupados se encuentran con los míos.

—Esto… —Me echo hacia atrás al instante, mi corazón galopando contra mi caja torácica—. Lo siento, Nico.

Su mano cae, y Nico se me queda mirando un momento antes de que una sonrisa triste se dibuje en su cara.

—Sigues enamorada de él.

—Así es —admito suavemente.

Para empezar, creo que nunca dejé de quererle.

Mi garganta se estremece mientras trago.

—Realmente lo siento, Nico.

Nico sacude la cabeza.

—No lo sientas. En el fondo lo sabía, pero tenía esperanzas. —Otra sacudida—. Ni siquiera importa.

Dando un paso atrás, saca la cartera y pone un billete de cinco sobre el mostrador.

—Para el café.

Empieza a darse la vuelta.

—Sé que probablemente no quieras oír esto… —Se detiene justo antes de la puerta, con la espalda rígida. Le saco la lengua—. Realmente aprecio tu amistad, Nico. Siempre lo he hecho.

El silencio se extiende entre nosotros durante tanto tiempo que creo que se irá sin decir nada, pero entonces me sorprende echando un vistazo por encima del hombro.

—Ve con él, Becky.

—¿Qué?

—Ve con él. Ha estado jugando como una mierda, y ambos sabemos que cuando juega como una mierda, sólo hay una razón para ello. Tú. No había nada que pudiera poner nervioso a ese hombre como tú.

Dejo escapar un sonido estrangulado.

—¿Se supone que es un cumplido?

—Ve con él.

Con eso, sale del café y la puerta se cierra suavemente tras él. Me apoyo en el mostrador, enrosco los dedos en la madera y suelto un suspiro tembloroso.

¿Podría hacerlo?

¿Podría ir a verle y pedirle que nos diera una oportunidad?

¿Qué pasaría si no lo conseguimos?

Pero ¿y si lo hiciéramos?

Sólo de pensarlo se me acelera el corazón.

Apretando los dientes contra el labio inferior, me obligo a despegar los dedos. Los rozo contra el costado de la pierna antes de sacar el teléfono y marcar un número conocido. El pitido parece durar horas hasta que la llamada se conecta.

—Necesito tu ayuda.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Miguel

—Joder —grito cuando suena el silbato.

El equipo contrario acababa de avanzar veinte yardas más antes de que Walker consiguiera derribarlo. Lo que significa que si algo no cambia y rápidamente, anotarán otra vez, lo que les daría una saludable ventaja sobre nosotros, y el reloj se está acabando.

—¿Qué pasa, Fernandez? —Gregory me enseña los dientes, la amenaza brilla en sus ojos—. Comer hierba toda la noche es una mierda, ¿no?

—Jo…

Walker me golpea el hombro con el suyo, apartándome.

—Ignóralo. Sólo intenta alterarte.

Lo sé, pero me odio más a mí mismo por haberle dado una razón para hacerlo.

Todo el partido es una mierda y no puedo dejar de pensar que es culpa mía. Mi cabeza no está en el partido como debe, y mis compañeros dependen de mí.

Como si pudiera leerme la mente, Blake me agarra por la nuca, acercándonos.

—Concéntrate en el juego. Ahora mismo, nada más importa, sólo tú y detener a esos tipos al otro lado de la línea con los medios que sean necesarios. ¿Entendido?

Asiento, apretando los dientes.

—Bien —murmura Walker, dándome una palmada en la nuca antes de que lleguemos a nuestras posiciones.

Miro hacia las gradas, hacia la masa de gente. Normalmente evito mirar a la multitud, pero esta noche mis padres están en las gradas, junto con Emmett y Kate.

Demasiado para demostrarles que esta es la elección profesional correcta para mí.

Mis ojos observan la sección familiar en las gradas hasta que se posan en las caras familiares. Están de pie, como el resto del estadio, esperando a ver cómo se desarrolla el partido.

Si podemos interceptar el balón y llevarlo hasta la zona de anotación, el partido estará empatado, lo que dejaría tiempo más que suficiente para que nuestra ofensiva marque el gol de la victoria.

Estoy a punto de apartar la mirada cuando un destello rojo capta mi atención.

Que…

Mi corazón late a mil por hora mientras mi cerebro intenta procesar lo que acabo de ver, y antes de que pueda hacer una doble toma, Big J me empuja por detrás.

Me pongo en mi posición, inclinándome hacia delante. El estúpido de Gregory murmura algo, pero no puedo oírlo por el zumbido de mis oídos.

No puede ser ella.

En serio, ¿cuánto tiempo voy a dejar que esto continúe? Ahora empiezo a verla en las malditas gradas entre sesenta mil aficionados, lo cual es una locura. ¿Qué estaría haciendo aquí cuando fue ella la que me dijo que me fuera?

Walker tiene razón. Es hora de parar esta mierda y poner mi vida en orden. Una cosa a la vez.

Gana este puto partido.

Y luego, vuelve a Bluebonnet y recupera a Rebecca.

¿Y si me dijo que me fuera sin despedirse? ¿Y si ignoró mis mensajes? Ella no será capaz de evitarme una vez que estoy llamando a su puerta.

Debería haberla mandado al infierno y hacerla escuchar. Convencerla de que estuviera conmigo para que pudiéramos encontrar una manera de hacer que esto funcionara. No, no sería

fácil, y ambos teníamos un montón de mierda pasando, pero podríamos hacer que funcione. Sabía que podíamos. Por *ella, encontraría* la manera de que funcionara.

Porque tener a Rebecca de cualquier forma o manera era mejor que no tenerla en mi vida.

No me di cuenta de lo mucho que la eché de menos la primera vez. Tal vez fue la forma en que terminamos las cosas entonces. No lo sé, pero lo que sí sé es que la echo de menos. Y cuando no la veo o no hablo con ella, es como si no pudiera respirar.

He terminado con esta mierda.

En cuanto termine aquí, me subiré al carro y volveré a casa para hacerla entrar en razón.

A casa.

Porque para mí, sólo hay un hogar, y es Rebecca Allison Williams.

Ella es mi hogar. Mi refugio seguro. Mía.

El mariscal de campo anuncia la jugada y me saca de mis pensamientos. Gregory me adelanta y maldigo en voz baja mientras corro tras él. El receptor atrapa el balón a mi izquierda, pero Big J le pisa los talones y otros compañeros le siguen. El tipo mira a su alrededor en busca de un hueco, pero debe de intuir que Big J se acerca. Lanza el balón en el último segundo antes de que Big J lo derribe.

Se me para el corazón al ver cómo el balón vuela por el aire, casi a cámara lenta. Como el tipo tiene prisa, el lanzamiento carece de fuerza. Empiezo a correr hacia el balón, saltando para atraparlo antes que nadie. Mis pies tocan el suelo y empiezo a esprintar hacia la zona de anotación, con el balón fuertemente agarrado al pecho.

Nada de bajar el ritmo.

Sin mirar atrás.

Sin titubeos.

Los vítores se extienden por el público mientras corro hacia la zona de anotación y mis compañeros se abalanzan sobre mí.

—A eso me refería —dice Walker mientras chocamos nuestros puños.

Nos tomamos un momento para celebrar antes de que la ofensiva salte al campo. El tiempo parece ralentizarse mientras juegan, conquistando yarda a yarda en un baile sincronizado en el que hemos estado trabajando hasta que el balón aterriza finalmente en la zona de anotación. Un gol de campo más tarde, y los *Lonestars* tiene otra victoria en su haber.

Todo el equipo sale al campo para celebrarlo y dar la mano a nuestros rivales antes de volver a los vestidores. Mi mente ya está ideando un plan para llegar a Bluebonnet lo antes posible.

—¡Fernandez! —El entrenador ladra, parándome en seco.

Mierda.

Lentamente, me doy la vuelta para mirar al hombre.

—¿Sí, entrenador?

—Entrevista.

Mierda.

No necesito tener que lidiar con esta mierda además de todo lo demás, pero sé que no puedo oponerme.

—Sí, entrenador.

Me dirijo hacia el palco de prensa, junto a la banda, y un periodista me descubre de inmediato.

—Fernandez, ¿podemos hablar? —pregunta el tipo con impaciencia. Le he visto varias veces, incluso le hice una entrevista la temporada pasada. Así que asiento, dispuesto a acabar de una vez.

—Claro que sí.

El tipo hace una señal a su cámara antes de esbozar una sonrisa de oreja a oreja mientras se presenta antes de centrar su atención en mí.

—Tenemos a Miguel Fernandez aquí con nosotros esta noche. Enhorabuena por la victoria. Ha sido un partido intenso. ¿Cómo te sientes?

—Como ha dicho, ha sido un partido intenso. Los Rams son un buen equipo, pero nosotros tuvimos más suerte esta noche.

—Eso hiciste. Aunque fuiste el responsable de la anotación que empató el partido, no he podido evitar notar que tu juego ha estado apagado últimamente. ¿Tiene algo que ver con tu lesión del final de la temporada pasada?

Joder.

Supongo que no debería sorprenderme que preguntara eso, pero no quería que nadie cuestionara si estaba sano o no.

—No, mi lesión está completamente curada. El comienzo de la temporada siempre es agitado, ya que todo el mundo intenta encontrar su sitio. Dicho esto, estoy más decidido que nunca a trabajar duro y hacer que esta temporada sea aún mejor que la anterior.

—Ese tanto fue sin duda un buen comienzo. Estamos deseando ver más de ti a medida que avance la temporada.

El tipo termina la entrevista y nos damos la mano.

Me doy la vuelta, dispuesta a escapar, cuando, por segunda vez esta noche, veo un destello rojo. Se me eriza el vello de la nuca cuando una fuerza invisible me hace detenerme en seco. Un par de jugadores caminan hacia el túnel, y es entonces cuando la veo.

Los ojos de Rebecca se abren de par en par cuando me ve y se detiene bruscamente. Tiene el cabello alborotado de tanto correr y el pecho le sube y le baja rápidamente mientras aspira grandes bocanadas de aire.

Parpadeo varias veces, pensando que me lo estoy imaginando, pero no.

Ella está aquí.

En Austin.

En el estadio.

En el maldito campo de fútbol.

Vestida con la camiseta de los *Lonestars*.

Mi camiseta de los *Lonestars*.

—Rebecca, que…

Deja escapar un largo suspiro mientras acorta la distancia que nos separa, con una mirada decidida.

—Yo también te amo —dice lo bastante alto como para que lo oiga la gente que nos rodea. Alguien silba, pero ella hace caso omiso, con toda su atención puesta en mí. —Siento mucho haberte dejado marchar sin decirte esas palabras, Miguel. Siento mucho haberte dicho que te fueras y punto. Intenté convencerme de que me resultaría más fácil alejarte porque así te irías bajo mis condiciones y no tendría que preguntarme cuándo y cómo ocurriría.

—No te dejaría.

Ella sacude la cabeza.

—Todos los que quiero se van, Miguel. Me quitan a todos los que quiero, y siempre tengo el miedo de que tú también te vayas. Entonces, me quedaría más rota de lo que ya estaba, y no podía soportarlo. Así que te alejé. Pensé que podría volver a mi vida como solía ser, pero desde que te fuiste, me di cuenta de que es una vida vacía, y la odio. Odio no poder llamarte y hablar

contigo. Odio no tener la oportunidad de besarte o despertar a tu lado. Te echo de menos. Echo de menos a mi mejor amigo. Echo de menos a mi amante. Cuando te fuiste, te llevaste una parte de mí, y me siento vacía sin ti a mi lado. Así que vine a pedirte que me perdones y nos des otra oportunidad. He venido a pedirte que te quedes.

Me quedo mirándola un rato. Su garganta se sacude al tragar, sus dedos se aprietan y se aflojan a su lado por los nervios.

Dios, esta preciosa.

Y por fin es mía.

—Bien.

Rebecca parpadea, la incertidumbre destella en su rostro.

—¿Bien?

—Sí, bien.

Sin perder un segundo, me acerco un paso y le agarro la cara con las palmas de las manos, apretando la boca contra la suya. El beso es fuerte. Oigo su respiración agitada cuando mi boca choca con la suya en un largo beso. Le mordisqueo suavemente el labio inferior, deslizo la mano hasta la parte baja de su espalda y la atraigo hacia mí.

Si mis almohadillas se clavan en ella, no protesta. Me rodea el cuello con los brazos y su lengua se encuentra con la mía, haciéndome gemir suavemente.

Los gritos se abren paso a través de la neblina que es Rebecca, recordándome que todavía estamos en el campo y que hay gente a nuestro alrededor.

Con un suave roce de mi boca con la suya, me retiro rompiendo el beso.

—A callar, gilipollas —grito, sin apartar los ojos de Rebeca, lo que sólo hace que se rían más.

Esos preciosos ojos color avellana se abren de golpe, con una mirada casi aturdida mientras me observa.

Deslizo el pulgar por su labio inferior hinchado, deseando que estuviéramos solos para poder devorar su cuerpo por completo y recordarle lo bien que estamos juntos.

—Me has ahorrado el viaje porque iba a buscarte.

—Tú… —Frunce el ceño en confusión—. ¿Qué?

—Exactamente lo que dije, Roja. Acabo de hacer un plan para ganar este estúpido juego para poder sentarme en el carro, llegar a ti y obligarte a escucharme por cualquier medio necesario.

Sus cejas se levantan, su lado sarcástico sale a relucir con toda su fuerza.

—¿Obligarme por cualquier medio necesario?

—Ambos sabemos lo testarudo que puedes ser. No puedes negarlo.

Desvía la mirada y se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—No sé de qué estás hablando.

Mis dedos se deslizan hasta su mandíbula, girándola hacia mí.

—Tu terquedad es una de las cosas que más me gustan de ti, por mucho que a veces me saque de quicio.

—¿De verdad pensabas venir?

—Sí. No quiero arrepentirme de nada, Rebecca. No quiero despertarme otro día y pensar en lo que podría haber sido y lo que debería haber sido. Te amo a ti. *Te amo*. Te amaba cuando éramos adolescentes de dieciséis años. Te amaba cuando rompimos a los diecinueve, y te sigo amando hoy en día. Siempre te amaré. Te dije en la boda de nuestro amigo que deberíamos haber sido nosotros, pero la verdad es que aún podemos serlo. Todavía podemos conseguir nuestro felices para siempre. No será fácil, pero sé que podemos hacer que funcione. *Quiero que*

funcione porque no creo que pueda vivir en un mundo en el que no estés a mi lado. Si eso significa hacer sacrificios, que así sea. Nunca tuve miedo del trabajo duro, y no voy a empezar a tenerlo ahora. Tú lo vales. *Nosotros lo valemos*.

—Lo valemos — hace eco—. Siento haber tardado tanto en admitirlo.

—No importa. Esperaría para siempre si fuera necesario. Eso es lo mucho que te amo, Rebecca.

—Yo también te amo. —Me aprieta el cabello con los dedos y me mira a la boca.

Que le den a todo el mundo.

Me inclino, dispuesto a besarla de nuevo.

—¿Ves? Te dije que se habían reconciliado. —Alzo la vista al oír la voz de papá y lo veo caminando de la mano de mamá, Emmett unos pasos por detrás—. Ya era hora de que lo hicieran.

—Joder —aprieto mi frente contra la suya—. Demasiado para eso.

Rebecca se ríe suavemente.

—Está bien, más tarde.

—¿Nos vamos de aquí? —Emmett sonríe—. Creo que nos debes una cena para celebrar tu doble victoria, Fernandez.

Le beso la coronilla.

—Te tomo la palabra, Roja. Ahora, vamos a celebrarlo.

EPÍLOGO

Miguel

Acción de Gracias

—¡Y eso es todo! Los *Lonestars* le han ganado a los *Patriots* 28 a 14, continuando su racha de victorias.

Dando palmadas en la espalda a mis compañeros, doy una vuelta por el campo hasta que localizo a la persona que estaba buscando.

—Buen partido, Watson.

Hayden levanta la vista, toma la mano que le ofrezco y le pone en pie.

—Ha sido un buen partido, Fernandez. Felicidades.

Alguien le llama por su nombre, así que mira por encima del hombro.

—¿Nos vemos luego?

—Suena bien.

Nos chocamos los puños y tomamos direcciones distintas. Sigo caminando por el campo, mis ojos escrutan la multitud de atletas, miembros de la facultad, entrenadores, periodistas y familiares hasta que por fin diviso a la persona que estaba buscando.

En cuanto Rebecca me ve, se le dibuja una sonrisa radiante en la cara y empieza a correr hacia mí. Abro los brazos y se lanza a abrazarme como cuando éramos adolescentes.

—Gran juego, nene —me susurra al oído mientras la estrecho contra mí.

—Gracias. —Aprieto mi boca contra el hueco de su cuello—. Ha sido un buen partido. ¿Nada de Emmett?

Emmett dijo que intentaría ir al partido de hoy, teniendo en cuenta que uno de sus compañeros de la universidad jugaba contra nosotros.

—Él y Callie se fueron a ver a Hayden. Y luego van a casa de Santiago a celebrar Acción de Gracias.

—Ves, Fernandez, así es como se hace —se une Big J, extendiendo su puño hacia Rebecca —. Hola, Roja. Me alegro de verte de nuevo. ¿Mantienes a nuestro chico a raya?

Rebecca conecta su puño con el de él.

—Bien lo sabes.

Entrecierro los ojos mirándole. Mis compañeros quieren a Rebecca, y no tienen ningún problema en demostrarlo. O tal vez es el hecho de que saben cómo me irrita a más no poder.

—No veo por qué te quejas ya que hoy vienes a mi casa.

Big J se burla.

—Básicamente tuve que invitarme yo mismo después de oírlos hablar de ello a Walker y a ti.

—Entonces no vengas. —Me encojo de hombros.

—Diablos, no. ¿Probaste la comida de tu mamá? Esa mierda es *buena*. No voy a dejar pasar eso.

—Me estás dando dolor de cabeza, viejo. —Sacudo la cabeza y pongo a Rebecca en pie—. Voy a darme una ducha y a coger mis cosas. ¿Nos vemos fuera en veinte minutos?

—Suena bien.

Con un beso rápido en los labios, desaparezco por el túnel y entro en los vestuarios.

Como es Acción de Gracias y hemos ganado, el entrenador no nos retiene allí mucho tiempo. Después de una ducha rápida y de asegurarme de que Walker, Big J y, de repente, Franco

también saben cómo llegar a Bluebonnet, me despido de ellos y me reúno con Rebecca, que me está esperando.

—¿Listo para irnos?

—Lo sabes.

—Lo siento mucho, Rebecca. —Mónica, una de las enfermeras de la señora Williams, le dedica una sonrisa triste.

Le paso la mano por la cintura y la acerco a mí mientras ella niega con la cabeza.

—No pasa nada. Todos sabíamos que era lo más probable.

Pone cara de valiente, pero yo veo que le está haciendo daño y lo odio. Odio no poder hacer nada para aliviar su dolor.

Aunque su madre ha estado viviendo en este centro durante los últimos meses, Rebecca ha estado hablando de traerla a casa para Acción de Gracias. Ella estaba tan emocionada por eso. Era lo único de lo que hablaba. Y ahora esto.

—¿Te gustaría entrar y saludar? —Mónica ofrece.

—Esto… —Rebecca se muerde el interior de la mejilla.

—Podemos ir a visitarla un rato, si quieres —le ofrezco, frotándole la espalda.

Rebecca niega con la cabeza.

—Mejor que no. La última vez se enfadó mucho. No quiero que vuelva a ocurrir.

—Eso está completamente bien. ¿Quieres que te llame si tiene un buen día?

—Por favor, hazlo.

—De acuerdo, no hay problema.

—Gracias, Mónica. Feliz Día de Acción de Gracias.

Con una despedida, salimos del edificio y nos dirigimos al carro.

Rebecca se queda callada el resto del trayecto, con la mirada fija en la ventanilla. Mis ojos la miran de vez en cuando. No hay nada peor que verla así de triste, sabiendo que no puedo hacer nada para ayudarla.

Su madre empeoraba progresivamente y con rapidez. Sólo en una ocasión se acordó de Rebecca, pero la mayor parte del tiempo pensaba que estaba hablando con su hermana Gigi. Rebecca seguía visitándola al menos una vez a la semana, aunque podía ver el peaje que suponía cada visita, ya que las dos mujeres no tenían la mejor relación. No es que Rebecca se quejara nunca.

Entro en la entrada y veo algunos carros que me resultan familiares. Apago el motor y dirijo mi atención a Rebecca.

—¿Estás bien?

Ella asiente, su palma cubre mi mano apoyada en su muslo.

—Lo estaré.

Con un apretón, retrocedo y salgo, rodeando el carro para abrirle la puerta. Agarrados de la mano, entramos en la casa y la cacofonía de ruidos nos asalta de inmediato.

La cabeza de mamá asoma por la puerta de la cocina.

—¡Ahí están! Empezábamos a preocuparnos. —Su mirada se desplaza hacia Rebecca y luego por encima de nuestros hombros. Veo el momento en que se da cuenta. Sabe que íbamos a traer a la madre de Rebecca de visita. Por suerte, se tranquiliza rápidamente—. Tus compañeros están aquí, Miguel. Están todos en la sala. ¿Te importaría echarme una mano, Rebecca?

—En absoluto.

Rebecca empieza a soltarme la mano, pero yo la agarro con más fuerza.

—Yo también puedo ayudar, si quieres.

Quiero estar allí por si me necesita.

Rebecca me dedica una pequeña sonrisa.

—Estaré bien. —Levantándose sobre las puntas de los pies, presiona su boca contra la mía —. Vamos.

Quiero protestar, pero sé que no debo hacerlo.

—Vale. Si necesitas algo, grita. —Beso su mejilla—. Te amo, Roja.

—Yo también te amo.

Con una última mirada en su dirección, salgo de la cocina y camino por el pasillo, siguiendo el sonido de las voces cuando veo a mi hermano paseándose solo por el comedor. Tiene el teléfono pegado a la oreja y una expresión sombría en el rostro.

—Joder, Cheryl, contesta.

¿Cheryl?

Aaron maldice en voz baja. Se aparta el teléfono de la cara y cuelga, para volver a marcar inmediatamente.

—¿Va todo bien? —pregunto, entrando en la habitación.

Aaron se gira bruscamente para mirarme.

—Oh, eres tú.

Tiene un aspecto horrible. Tiene la mandíbula cubierta de barba de varios días, el pelo revuelto de tanto pasárselo por la mano y bolsas oscuras bajo los ojos. Parece haber envejecido diez años desde la última vez que lo vi, hace apenas un par de semanas.

—Acabamos de llegar. —Inclino la barbilla en su dirección—. ¿Qué pasa?

Aaron niega con la cabeza.

—No importa.

—Está claro que importa. Te ves como una mierda, y estás claramente molesto. ¿Qué está pasando?

—Ella se fue.

Mis cejas se fruncen.

—¿Se fue?

—Sí. —Aaron se pasa los dedos por el cabello, dejando caer la mano a su lado—. Cheryl me dejó.

Rebecca

Ayudar a la señora Fernandez a preparar la cena de Acción de Gracias es exactamente lo que necesitaba. Cocinar es sencillo. Se cómo hacerlo y requiere toda mi concentración, lo que me da la excusa para alejar el dolor y la decepción por no poder pasar las fiestas con mi madre.

Al menos por el momento.

Los compañeros de equipo de Miguel son simpáticos. Nos cuentan anécdotas de Miguel con el equipo y hacen bromas durante toda la velada mientras terminamos de cenar. Luego todos ayudan a recoger la mesa antes de volver a la sala a ver el partido de fútbol.

En serio, no sólo *jugaron* un partido de fútbol, sino que también tuvieron que verlo.

Me rodea la cintura con los brazos y me atrae hacia un pecho firme mientras Miguel apoya la cabeza en mi hombro y me presiona el cuello con los labios. Tararea en voz baja, su pecho retumba de placer, mientras me abraza con más fuerza.

—Salgamos.

Miro por encima de su hombro.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Vamos, Roja. No tenemos mucho tiempo.

En eso tiene razón. Tiene que volver a Austin mañana por la mañana para entrenar y, después, el equipo se va de viaje, así que no podremos vernos hasta que vuelvan.

Me limpio las palmas de las manos y dejo la toalla en la encimera.

—Bueno, vamos.

Miguel desliza sus brazos por mi vientre hasta mis caderas antes de cogerme la mano, entrelazando nuestros dedos mientras tira de mí hacia la puerta trasera.

—¿Dónde están los chicos? —pregunto una vez que salimos.

—Se fueron hace un rato.

Asiento.

—Los hijos de Blake son simpáticos. Levi y Gage parecen estar pasándoselo bien.

—Eso es bueno. Blake ha insistido en que se jubilará después de este año, y ha estado preguntando por la situación de la vivienda y las escuelas y todo eso.

—¿Blake piensa mudarse aquí? —Levanto las cejas mientras Miguel me guía a través de los árboles—. ¿A Bluebonnet?

Miguel se encoge de hombros.

—A eso se refiere. Cree que los chicos necesitan empezar de cero después de todo lo que ha pasado con su madre.

Levanto la vista y le veo con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa con esa mirada?

Miguel niega con la cabeza.

—Te lo diré más tarde. Ahora, quiero centrarme en nosotros.

Caminamos el resto del camino hasta que se detiene frente a la casa del árbol.

—Vamos, Roja. Sube.

Miro por encima del hombro mientras me agarro a las escaleras.

—Sólo quieres mirarme el culo.

Miguel me sonríe.

—Es un culo muy bonito.

Riéndome, empiezo a subir hasta que veo una luz que se asoma desde el interior.

—Pero qué…

Subo el resto del camino y, efectivamente, las mantas están extendidas por el suelo, una botella de vino y dos copas en un rincón, y unas luces parpadean alegremente en las paredes.

—¿Qué es todo esto? —le pregunto mientras Miguel se une a mí.

—Una sorpresa.

—¿Cuándo tuviste tiempo de hacer todo esto?

Por lo que sé, no ha salido de casa desde que llegamos.

La comisura de sus labios se tuerce hacia arriba.

—Puede que haya tenido un poco de ayuda. Quería recrear la última vez que estuvimos aquí. Darle a este lugar un recuerdo feliz.

—Miguel…

Me toma la cara y me roza el pómulo con el pulgar.

—Sabes cuánto te amo, ¿verdad?

—Sí. —Asiento, poniendo mi mano sobre la suya—. Y yo también te amo.

—Estos últimos meses han sido increíbles y me he enamorado aún más de la mujer en la que te has convertido. Admiro tu fuerza y tu resistencia y la forma en que amas a las personas de tu vida con todo tu corazón. Cuanto más tiempo pasamos juntos, más me pregunto cómo coño me las he arreglado para sobrevivir estos tres últimos años sin ti, y sé con certeza que no quiero que vuelva a ocurrir.

—¿Qué estás…?

Su dedo se desliza hasta mi boca, haciéndome callar.

—No puedo imaginar mi vida sin ti en ella. No quiero vivir una vida en la que no formes parte.

Mierda, él esta…

—Rebecca Allison Williams, ¿quieres pasar el resto de nuestras vidas como mi esposa?

Me quedo con la boca abierta cuando saca una caja de anillos de su bolsillo y la abre. El anillo talla princesa más bonito que he visto nunca brilla bajo las luces parpadeantes.

Las lágrimas pinchan mis párpados, haciendo que mi visión se vuelva borrosa.

—Yo… —Sacudiendo la cabeza, me abalanzo sobre él.

—¡Sí!

Tropezamos y caemos sobre las mantas. Miguel suelta una carcajada cuando caigo encima de él. Nos da la vuelta con un solo movimiento y su cuerpo se cierne sobre el mío.

—¿Segura?

—Sí.

—No habrá retrocesos.

—No quiero nada. Sólo te amo a ti.

—Eres todo lo que necesito.

Toma mi mano entre las suyas y toma el anillo.

—Este es nuestro momento, nena. —El anillo encaja perfectamente—. Nuestra oportunidad de ser felices para siempre hasta que la muerte nos separe. No más secretos, no más huidas, sólo tú y yo.

Estoy lista para ello, tan malditamente lista.

—No lo haría de otra manera.

Savannah

—Whisky doble con hielo —le digo al cantinero mientras me siento en el primer taburete libre.

El tipo me mira con curiosidad, pero no hace ningún comentario mientras toma un vaso, le echa unos cubitos de hielo antes de dejarlo en la barra frente a mí y servirme la bebida.

En el momento en que empieza a levantar la botella, deteniendo el vertido, envuelvo el vaso frío con los dedos, echo la cabeza hacia atrás y bebo.

Aprieto los ojos mientras el alcohol me quema la garganta, haciendo que las lágrimas me salgan por debajo de los párpados.

Mierda, esto es fuerte.

Pero necesito fuerte.

Más que eso, necesito sentirme entumecida esta noche.

Y ésta es la única forma que conozco de hacerlo.

Abro los ojos con un parpadeo y le pido al tipo que me rellene el vaso.

Estoy decidido a emborracharme esta noche.

Tal vez eso ayudaría a borrar los últimos días de mi memoria.

O al menos aliviar el dolor dentro de mi pecho.

Porque hoy es el día en que pongo a descansar a mi abuela, mi única familia viva.

Sigue pareciéndome surrealista. Incluso con setenta y cinco años, la abuela era una de las personas más vibrantes que conocía. La quería con locura, aunque algunos días me volvía loco con lo independiente que era. Qué testaruda. Aquella mujer era enérgica, obstinada, ruidosa y, en general, no aceptaba mierdas de nadie.

¿Cómo es posible que una persona así se haya ido?

Un día estaba aquí, diciéndome que debería dejar a mi novio de mierda y buscarme un buen hombre que me tratara bien para poder centrarme en él y dejar de mandonearla ya, y al siguiente, me encontraba su cuerpo sin vida tendido en su cama.

Un ataque al corazón.

Se me hace un nudo en la garganta cuando me viene a la mente la imagen de su rostro pálido y se me llenan los ojos de lágrimas.

Pero tenía razón.

Mark es una mierda.

No sólo eso, es un mentiroso, *infiel* pedazo de mierda.

Levanto el vaso y me tomo el contenido, pero empiezo a atragantarme.

Mierda.

Me inclino hacia delante mientras intento recuperar el aliento cuando siento una palmadita en la espalda.

—Tranquila.

La voz baja y áspera me eriza el vello de la nuca. Siguiendo el sonido, me giro hacia un lado, pero mi visión es demasiado borrosa para ver con claridad. Lo único que puedo hacer es sentir. Sentir una mano grande que me recorre la espalda. Sentir el cuerpo cálido sentado a mi lado, su rodilla rozando la mía. Oler el aroma especiado de la colonia de un hombre desconocido.

Finalmente, dejo de toser y consigo recuperar el aliento. Parpadeo varias veces, veo la cara del tipo y se me seca la boca, pero por un motivo completamente distinto.

Mierda, este hombre es guapísimo.

Y alto. Tan malditamente alto. Puedes verlo incluso cuando está sentado. ¿Cómo se me pasó

que ocupara la silla junto a la mía? No lo sé. Porque no había nada sutil en este hombre. Estoy segura de que cuando entra en algún lugar, todo el mundo lo sabe. Se me va la lengua mientras le miro fijamente. Tampoco es sólo su aspecto físico. Hay una intensidad silenciosa que brilla en sus ojos claros mientras me observa. ¿Azules o grises? Es difícil distinguirlo en la penumbra del lugar. Su cabello oscuro es abundante, las puntas se enroscan alrededor de sus orejas, y una barba pulcramente recortada cubre su mandíbula. Va vestido con unos sencillos jeans y un polo azul que deja al descubierto su firme bíceps con una manga llena de tatuajes sobre su piel bronceada.

Sus cejas se juntan, unas líneas marcan su frente.

—¿Estás bien, rubita?

Escuchar ese apodo me devuelve a la realidad. Sintiéndome avergonzada, miro hacia otro lado, buscando al cantinero.

—Estoy bien.

El tipo está atendiendo al cliente al otro lado de la barra. Levanto la mano para pedir otra ronda y él asiente.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —continúa mi compañero sin perder el ritmo.

¿En serio? ¿Este amigo va en serio?

El enfado se me sube a la piel. Inclino la cabeza hacia un lado y me encuentro con él mirándome, con los dedos enroscados en un vaso de rico líquido marrón.

—¿Qué eres? ¿Mi padre?

Esos astutos ojos se clavan en mí, y me cuesta todo lo que hay en mí no estremecerme.

—Probablemente podría serlo.

Suelto un bufido justo cuando aparece el camarero con mi copa.

—No eres tan viejo, colega.

Desde este ángulo, puedo ver algunas líneas más en su cara, sobre todo alrededor de los ojos y en la frente, pero está lejos de ser viejo. ¿Mayor? Probablemente. ¿Qué edad tiene? ¿Ocho años más que yo? Diez como mucho, lo que lo situaría en los treinta. Definitivamente no más que eso.

¿Qué demonios hace un tipo así en el bar de un hotel cualquiera en medio de Texas? No parece un tipo de campo. Incluso con la barba y el cabello desordenado, todavía es demasiado limpio para este lugar. Y no hay ningún indicio de un acento sureño tampoco. Un viajero. ¿Tal vez por negocios?

Mi mirada se dirige a su vaso y a la mano que lo rodea. No hay anillo. Ni una línea donde debería haberla.

¿Por qué demonios le miras el dedo anular? me reprendo mientras el cantinero me rellena el vaso. *Contrólate, chica.*

—Algunos días me siento así de viejo. — Inclina la barbilla en mi dirección—. ¿Qué te trae por aquí?

Su pregunta hace que Mark vuelva al primer plano de mi mente, y la rabia que ha estado hirviendo a fuego lento bajo la superficie del dolor vuelve a resurgir.

—*Un ex* mentiroso e infiel—aprieto los dientes.

Aunque eso es mejor. Porque si me concentro en Mark, puedo olvidar el vacío que la abuela había dejado dentro de mí.

—Huh, así que supongo que estamos iguales.

Tardo un momento en darme cuenta de sus palabras. Mi cabeza gira en dirección al guapísimo desconocido y me quedo con la boca abierta.

—¿Qué?

—Hoy he firmado dos de los documentos más importantes de mi vida. Incluyendo la finalización del divorcio de mi mentirosa e infiel *ex*.

¿Esposa? ¿Estaba casado? Tacha eso, ¿ella lo engañó? ¿Estaba loca? ¿Por qué alguien engañaría a un hombre *así*? Si yo volviera a casa con ese hombre todas las noches, no podría imaginarme siquiera mirando a otro hombre, mucho menos engañándolo.

Levanta el vaso antes de bebérselo de un trago. Al contrario que a mí, no parece afectarle lo más mínimo.

Mi garganta se sacude mientras trago, siguiendo su ejemplo.

Le pide otra ronda al cantinero. Una vez llenos los vasos, lo choca con el mío.

—¿Por más suerte en el amor?

Suelto una carcajada estrangulada, pasándome los dedos por el cabello.

—Sí, creo que no. He tenido suficiente, estoy oficialmente harta del amor. Demonios, he terminado con *los hombres*.

Su ceño se frunce.

—¿Tan mal te fue?

Siento su mirada recorrer mi cara, fijándose en cada pequeño detalle. Me remuevo en el asiento, de repente cohibida ante sus ojos penetrantes que no parecen pasar nada por alto. Al hacerlo, mi rodilla choca con la suya y una descarga eléctrica recorre mi cuerpo.

Él también debe sentirlo, porque veo que sus pupilas se dilatan.

Se lleva el vaso a la boca, sin romper ni una vez el contacto entre nosotros, mientras da un lento trago a su bebida.

Mi mirada se posa en su boca. Una gota ámbar se aferra a su labio carnoso. Saca la lengua y siento que el corazón se me acelera en el pecho.

—Cerramos en quince minutos —dice el cantinero mientras toma nuestros vasos y nos saca de nuestro concurso de miradas.

Miro hacia abajo, un mechón de pelo resbala detrás de mi oreja como un escudo.

—Bueno, eso es un fastidio.

Tomo la bolsa de la mesa y me pongo en pie. Tengo la barriga caliente de tanto beber. En retrospectiva, puede que no haya sido la mejor idea beber tanto porque aún me quedaba una buena hora de viaje antes de volver a casa.

A casa, a mi casa vacía y a mis recuerdos de la abuela.

El desconocido también se levanta y se detiene frente a mí.

Inclino la cabeza hacia atrás para descubrir que me observa en silencio. Esos iris claros se han vuelto más oscuros, del tono del cielo justo antes de que llegue la tormenta.

Se me retuerce el estómago y siento calor, pero no tiene nada que ver con el alcohol y sí con el hombre que tengo delante.

Levanta la mano y yo aspiro, preparándome para el contacto. Sus dedos me rozan suavemente un mechón de cabello detrás de la oreja y su mirada se posa en mi boca. Aprieta la mandíbula mientras me observa, y mis muslos se aprietan al sentir la necesidad que me recorre.

—¿Quieres salir de aquí? —pregunta con esa voz ronca que hace que se me ponga la piel de gallina.

Mi corazón empieza a latir más rápido, mi lengua sale disparada para deslizarse sobre mi labio inferior.

No puede querer decir…

Pero lo hace.

Oh, cómo lo hace.

Mis dientes se hunden en mi labio inferior. Debería decir que no. Sería la respuesta más lógica. No me gustan los ligues. Soy una buena chica que sigue las reglas. Soy el tipo de chica que tiene citas antes de acostarse con un hombre.

¿Y adónde te ha llevado eso? Una vocecita en el fondo de mi cabeza me desafía. *Saliendo con perdedores que no pueden hacerte venir, sólo para engañarte y dejarte con el corazón roto, ahí es donde.*

Este hombre no es un perdedor. No sé cómo lo sé. Simplemente lo sé. Y estoy segura de que sabe cómo tratar a una mujer. Hay un aire a su alrededor. La confianza rezuma de él en oleadas. Además, ¿qué tengo que perder? No tengo a nadie esperándome en casa, sólo recuerdos, y a los que no quiero enfrentarme. Ambos estamos disponibles y solteros.

Una noche.

Sería una noche en la que podría olvidarme de todo y simplemente ser.

¿Cuál sería el inconveniente?

—Vale —susurro suavemente.

—¿Estás segura, rubita?

Asiento suavemente.

—Vámonos.

Me observa un segundo antes de bajar la mano y tomar la mía, entrelazando nuestros dedos.

El corazón me late a mil por hora cuando me saca del bar y me lleva al pasillo. El ascensor está a punto de cerrarse cuando su mano se levanta y conseguimos colarnos dentro, junto con una pareja mayor. Nos miran con interés.

¿Lo saben? ¿Pueden ver que somos dos extraños que están a punto de enrollarse? Y si lo hacen, ¿por qué me importa? Nunca los volveré a ver. Igual que no volveré a ver a este hombre después de esta noche. No importa.

Aparto la mirada, fijándola en nuestro reflejo en el espejo.

Bajo las luces brillantes, parece más grande que la vida, sobresaliendo por encima de mí un buen metro, sus anchos hombros ocupando buena parte del estrecho espacio. Sus cálidos dedos rodean los míos. Es oscuro para mi luz. Se pasa los dedos por el pelo, haciendo que los gruesos mechones se despeinen alrededor de su cabeza, y su piel tiene el brillo de un hombre que pasa tiempo al sol. Nada que ver con mi piel clara, que se quema con facilidad si, por accidente, olvido ponerme protección solar antes de salir de casa a recoger el correo.

Nos vemos bien juntos, más que bien en realidad. Parecemos una pareja.

No vayas por ahí, me recuerdo. *No son pareja. Sólo están enrollándose, eso es todo.*

Debe de sentirme observando porque su mirada se cruza con la mía, y el fuego que arde en sus iris me hace estremecer. Es como si me devorara solo con su mirada y, de repente, el ascensor me parece demasiado pequeño.

El trayecto hasta su planta parece eterno, pero cuando por fin suena el timbre, apenas puedo despedirme antes de que me saque del ascensor y marche hacia su habitación. Aprieta la tarjeta contra la cerradura y la luz apenas brilla en verde antes de que me introduzca en una habitación oscura.

La puerta se cierra y él nos hace girar. Expulso todo el aire de mis pulmones cuando mi espalda toca la madera. Una luz tenue se cuela a través de la cortina por encima de su hombro, pero entonces está frente a mí y es lo único que puedo ver. Lo único que puedo *sentir*.

—Eres preciosa, rubia —me dice con ronquera. Sus grandes palmas enmarcan mi cara, inclinando mi cabeza hacia atrás mientras su pulgar roza mi labio inferior—. Te vi en cuanto entré en el bar y no pude apartar los ojos de ti.

Se inclina hacia abajo, pero antes de que pueda presionar su boca contra la mía, giro la cabeza hacia un lado para que sus labios rocen mi mejilla; su barba me produce escalofríos mientras me besa por el cuello y vuelve a subir. Le rodeo el cuello con los brazos y hundo los dedos en su frondoso pelo para tirar de él.

—Nada de besos en los labios —susurro suavemente cuando sus ojos se encuentran con los míos—. Una noche. Sin nombres. Sin besos.

¡Muchas gracias por leer Debimos ser Nosotros! Espero que hayas disfrutado la historia de Miguel y Becky tanto como yo. Si tienes un momento, considera dejar una reseña breve. Si quieres más de estos dos, puedes obtener el epílogo adicional de Debimos ser Nosotros aquí.

Prepárate para Blake Walker. El padre soltero que se mudará a Bluebonnet Creek y se encontrará con la sorpresa de su vida: la nueva profesora de su hijo es su aventura de una noche que no podía quitarse de la cabeza y, lo que es más importante, ¡que está embarazada de él!

AGRADECIMIENTOS

¡Menudo viaje! Llevo recibiendo preguntas sobre Miguel y Becky desde marzo de 2021, cuando publiqué *Bésame primero,* y estos dos aparecieron por primera vez como los mejores amigos de Emmett, que le ayudaron a encontrar su felices para siempre. Cuando lo terminé, sabía que había posibilidades de escribir una historia sobre ellos, y como no dejaban de preguntarme, no pude negarme.

Escribir este libro ha sido duro, sinceramente, todo este año ha sido duro. No sé si es el hecho de que apenas he parado desde que escribí mi primer libro, o los acontecimientos de la vida real y todo lo que está pasando en el mundo y la comunidad del libro que están afectando a mi creatividad.

Trazar la historia suele ser la parte más divertida para mí, pero hay ocasiones en las que sentarse y escribirla de verdad es difícil. Eso es lo que me ha pasado con este libro. Sin embargo, ahora que lo he terminado, y he podido leerlo de principio a fin, tengo que admitir que me he enamorado inmensamente de estos dos personajes, y de todo este nuevo mundo que he construido en Bluebonnet Creek, y no puedo esperar a ofrecerles más historias protagonizadas por algunos de los personajes secundarios.

Quiero dar una ovación a mi increíble equipo alfa -Nina, Melody, Carrie-, gracias por escucharme quejarme y preocuparse cuando no sabía cómo seguir adelante con la historia. ¡Se merecen una medalla por tratar conmigo!

Muchas gracias a mi equipo: a mi editora, Kate, por hacerme un hueco en su agenda en el último minuto (como siempre), a mi encantadora diseñadora, Najla, y a su equipo por darme las portadas más impresionantes que podría haber pedido, a Wander por unas imágenes bellísimas y, por supuesto, a mi equipo de apoyo y a todos los bloggers que han trabajado incansablemente para ayudarme a promocionar este libro.

Pero, lo más importante, gracias a USTEDES, mis lectores, nada de esto sería posible ni tendría sentido sin ustedes. Estoy muy agradecida por cada uno de ustedes, ¡y espero que disfruten de la historia de Becky y Miguel tanto como yo!

Hasta el próximo libro.

Todo mi cariño,

Anna

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Olivia Rodrigo – drivers license
Lauren Duski – I Would For You
Ryan Hurd (with Maren Morris) – Chasing After You
Lauren Weintraub – She's Mine
Seaforth – Breakups
Tyra Madison – Right Girl Wrong Time
Madeline Merio – If You Never Broke My Heart
Avril Lavigne – Tell Me It's Over
Colbie Caillat – Never Getting Over You
Adeline Hill – The Things I Didn't Say
Mimi Webb – I'll Break My Heart Again
Anna Graceman – Runnin' to Me
Kelsea Ballerini (feat. Kenny Chesney) – half of my hometown
Zoe Wees – Hold Me Like You Used To
Olivia Rodrigo – good 4 u
Christ Young, Cassadee Pope – Think of You
Tokio Hotel – Easy
Matt Hansen – without you with me
Camylio – sometimes
Olivia Rodrigo – traitor
Christ Moreno – It Was You
Mitchell Tenpenny – Truth About You
Jake Scott – Texas Girl
Munn – the reason i hate home
Frawley – If I Don't Laugh, I'll Cry
Luke Brzan – Kiss Tomorrow Goodbye
Sadie Jean – Locksmith
Taylor Swift – You're On Your Own, Kid
Clara Mae – Loved You Once
Taylor Swift – Last Kiss (Taylor's Version)
Taylor Swift – The Story Of Us (Taylor's Version)
Taylor Swift – Mine (Taylor's Version)
Alexander Stewart – i wish you cheated
Taylor Swift – If This Was A Movie (Taylor's Version)

Taylor Swift (feat. Bon Iver) – exile
Taylor Swift – Sad Beautiful Tragic (Taylor's Version)
Taylor Swift - This Love (Taylor's Version)
Taylor Swift – I Wish You Would (Taylor's Version)
Taylor Swift – How You Get The Girl (Taylor's Version)
Taylor Swift – This Love (Taylor's Version)
Taylor Swift – You Are In Love (Taylor's Version)
Taylor Swift – Say Don't Go (Taylor's Version)
Taylor Swift (feat. Ed Sheeran) – Everything Has Changed
Matt Hansen – something to remember

OTROS LIBROS DE ANNA B. DOE

Bluebonnet Creek
Debimos ser Nosotros
Quiero ser Tuya

SOBRE LA AUTORA

Anna B. Doe es una autora de relatos románticos que ha estado en las listas internacionales de mejores vendidos y *del USA Today*. Escribe novelas románticas de la vida real que son dulces y sexys a partes iguales. Es adicta al café y al chocolate. Al igual que sus personajes, adora esas dos cosas oscuras, dulces y con un poco más de picante.

Cuando no está trabajando para ganarse la vida o escribiendo su último libro, la encontrarás leyendo o viendo series de televisión. Originaria de Croacia, siempre está planeando su próximo viaje porque lleva los viajes en la sangre.

Actualmente trabaja en varios proyectos. Algunos más secretos que otros.

Más información sobre Anna en su sitio web: www.annabdoe.com

Únete al grupo de lectores de Anna B. Doe’s Bookmantics en Facebook.